SERENATA
JENNIFER BLAKE

Serenata



Jennifer Blake

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO PRIMERO

Pilar Marie Sandoval y Serna sabía que lo que estaba a punto de hacer era una locura. Encontrarse con el famoso bandido El León, el león de las colinas de Andalucía -por casualidad y a plena luz del día-, era de por sí peligroso, invitarlo a reunirse con ella a medianoche en un oscuro patio suponía dejar su honor e incluso la vida en sus manos. No obstante, el peligro no le importaba. En algunas ocasiones merecía la pena correr el riesgo.

Pilar apretó el mantón contra su cuerpo mientras recorría de arriba abajo el patio embaldosado. La noche era fría, algo común a fines de diciembre en Sevilla. Ese frío era, naturalmente, la única razón para los temblores que la sacudían. ¿Por qué debía temer a El León? Su padrastro, don Esteban, era mucho más despreciable, un demonio con forma humana; sin embargo, no temblaba cuando se enfrentaba a él. Éste pensaba que la había derrotado, pero ella le demostraría lo contrario. Por supuesto que lo haría.

Era una noche tranquila. De las calles de la ciudad, sólo llegaba el crujido ocasional de un carruaje que pasaba y el murmullo de los últimos noctámbulos que regresaban a sus casas. En algún lugar lejano ladraba un perro. Más cerca, quizás a tres o cuatro casas de distancia, un enamorado hacía sonar su guitarra y entonaba una vieja tonada andaluza a modo de serenata para su dama. La música era confusa, la voz baja y profunda, enriquecida por una ahogada melancolía. La luz de la luna brillaba en el patio cerrado, filtrándose a través de las ramas del jacarandá y formando profundos charcos de sombra bajo los naranjos de hojas lustrosas. Atrapaba el agua arrojada por la fuente de piedra y convertía las gotas salpicadas en piedras lunares líquidas. Trazaba el complejo dibujo de las baldosas moriscas del piso y empalidecía el color rosado de los geranios en macetas adheridas a las paredes. Bajo su luz, el cabello color de miel de Pilar adquiría tonos dorados; sus pómulos se cubrían de un brillo perlado y sus cálidos ojos marrón-chocolate revelaban profundidades más que misteriosas.

Pilar disminuyó el ritmo de sus pasos. Se detuvo para escuchar la serenata distante. Había algo en ella o en la voz del cantor, que provocaba una cierta resonancia en lo más profundo de su ser. No. Era una sensación que no deseaba en este momento, pero tampoco podía evitarla. Se veía transportada a un estado de ternura y desesperación cercano a las lágrimas. Sentía que conocía el dolor del hombre que entonaba la serenata, pero también que él entendía y compartía el suyo. En cierto modo, le ayudaba a mitigar su aprensión.

La canción terminó. Las últimas notas de la guitarra se desvanecieron, y el silencio volvió a reinar.

Pilar sacudió la cabeza como si quisiera deshacerse de la peculiar fantasía de la luz de la luna. Rechazó ese brillante resplandor, y se refugió en las sombras de la galería de la casa. No debía ser vista desde el interior. Su padrastro estaba en una cena oficial y su dama de compañía todavía estaba levantada, trabajando en su bordado. La dama de compañía, una hermana de don Esteban que le tenía terror, pensaba que Pilar estaba durmiendo tranquilamente. Y debía seguir pensando así.

¿Dónde estaba El León? ¿Habría recibido su mensaje?

Quizá no; había tenido muy poco tiempo para entregarlo y ninguna

oportunidad de repetirlo. Demasiada suerte había tenido al haber aprovechado la ocasión que se le presentó. Ahora necesitaba otro milagro: que El León respondiera a sus súplicas. Bien podía haber decidido no hacerlo. Sería tan peligroso para él presentarse en la casa de don Esteban lturbide como para ella ir a buscarlo. Su padrastro lo mataría al instante, como podría hacerlo con un perro abandonado.

Un suave murmullo llegó desde una palmera de la esquina del jardín. Pilar se detuvo, rígida. Aguzó sus ojos en la oscuridad con todos sus sentidos alertas para percibir algún otro ruido. No escuchó nada. Debía de haber sido el viento, o algún pájaro perturbado en su descanso.

Aspiró profundamente y dejó salir un largo suspiro. Sujetó su mantón con más fuerza y retomó su rítmico ir y venir por la galería.

Todavía le sorprendía que su padrastro no la hubiera matado. Hacerlo no le habría causado ningún problema, ya lo había hecho con su madre, después de todo. Es cierto que Pilar no tenía pruebas, excepto sus sospechas y el hecho de conocer bien a don Esteban; sin embargo, estaba segura de que así era.

Pilar había despreciado al arrogante hombrecillo de ojos crueles y barba puntiaguda y perfumada desde el momento en que su madre viuda se lo había presentado como posible padrastro seis años atrás. Tampoco se había tomado la molestia de esconder sus sentimientos en presencia de don Esteban y, aún más, había hecho todo lo que una niña de dieciséis años podía hacer para impedir ese matrimonio. Fue inútil; su madre estaba locamente enamorada. Don Esteban era un viudo solitario con encanto y desenvoltura, le había comentado su madre, sonriéndole y acariciando sus sedosos cabellos de niña. Sería un honor y un privilegio ser su esposa, pues acababan de asignarle una importante posición en la corte de Madrid. Era comprensible que Pilar sintiera resentimiento hacia el hombre que tomaría el lugar de su propio padre al cual había adorado, pero se acostumbraría a don Esteban con el tiempo. Y en un año o dos, cuando fuera un poco mayor, era posible que ella y el hijo que tenía don Esteban de un matrimonio anterior, se casaran.

Nunca, había declarado Pilar. Nunca, jamás. Conoció al adorado hijo de don Esteban durante una visita. El joven la acorraló en un rincón oscuro del salón y, burlándose de sus protestas, la sujetó contra su voluntad y la pellizcó. Cuando Pilar le dio un puntapié en sus canillas y escapó, éste la maldijo. Nunca aceptaría a alguien que la acosaba de modo tan perverso y egoísta, ni tampoco podía considerar al padre mejor que al hijo.

Nunca tuvo posibilidad de elegir. Don Esteban se vengó de ella, por lo que él denominó su intromisión, en cuanto terminó la celebración de la boda. La acompañó a una escuela de monjas, en la que habló personalmente con la madre superiora, y le aclaró que Pilar era díscola y malcriada y necesitaba una severa disciplina. Dejó instrucciones de que debía enseñársele a respetar a sus mayores, a moderar su lengua y suavizar la poco femenina fiereza de su espíritu. Pocos meses después, llegó la noticia de la muerte del hijo de don Esteban en un duelo. Pilar fue forzada a permanecer de rodillas en oración por su alma durante horas, pues había osado comentar en voz alta que se alegraba de su muerte.

Finalmente, Pilar asimiló sus lecciones de obediencia. Aprendió a simular docilidad y complacencia, mientras la furia la quemaba por dentro. Aprendió a inclinarse ante miles de reglas mezquinas, a la vez que buscaba la manera de esquivar- las. Aprendió a aceptar el castigo sin pestañear, con una

sonrisa de perdón, aun cuando planeaba venganza. Odiaba la duplicidad, pero convivía con ella.

Durante los seis años de prisión no la autorizaron a regresar a su casa; nunca le permitieron comunicarse con su madre. Sin embargo, Pilar oyó rumores de otras niñas que disfrutaban de mayor libertad. Parecía que don Esteban pertenecía a la vieja escuela que suponía que las mujeres debían mantenerse encerradas en sus casas como en la época de los moros, creencia que se preocupó de ocultar antes del matrimonio. Para la madre de Pilar no hubo vida de corte, ya que su flamante esposo no tardó en decretar que ella no podía mostrarse fuera de su hogar, sino que debía permanecer sumisamente en él. A ella no debía importarle que él usara finos encajes y raras esmeraldas. Tampoco podía cuestionar sus gastos o el uso de su fortuna, que él había reclamado como suya, o preguntar sobre su supuesta riqueza. Debía obedecer todas sus órdenes, aceptar todos sus dictámenes. La palabra de don Esteban era ley, y no quería a Pilar en su casa.

Pero un año atrás, Pilar se enteró de que su madre padecía una enfermedad muy grave. La joven escribió rogando que le permitieran regresar a su casa, pero el silencio fue la única respuesta. Apeló a su único familiar, la hermana de su padre muerto que vivía en Córdoba, con la esperanza de que pudiera intervenir. Su tía hizo tentativas, pero sin ningún éxito; don Esteban aseguró que su esposa estaba bien y que Pilar sólo intentaba causar problemas. Pilar escribió entonces al confesor de su madre, el padre Domingo, pero no llegó a recibir ninguna respuesta satisfactoria sobre lo que estaba sucediendo, ninguna autorización para salir del convento.

Finalmente, su madre murió. Fue el padre Domingo el que logró que don Esteban permitiera a Pilar orar por el reposo del alma de su madre delante del féretro. La gente consideraría extraño, dijo el sacerdote, que la hija de su esposa no estuviera allí. Podrían preguntarse por qué se la mantenía alejada, qué se le trataba de ocultar a la niña. El padre Domingo dejó de ser bien recibido en la casa de don Esteban Iturbide, pero se envió un escolta para que acompañara a Pilar a Sevilla.

La casa en donde la madre de Pilar había estado prisionera y donde finalmente murió había pertenecido a la familia del padre de Pilar durante más de quinientos años, desde que Fernando el Santo había expulsado a los moros de Sevilla. Pilar apenas la reconoció al regresar. Donde una vez las armas de la familia Sandoval decoraron la puerta principal, estaba ahora la enorme, horrible cresta, de los Iturbide. Sirvientes desdeñosos ocupaban el lugar de los criados que habían servido a los Sandoval por años; a Pilar ningún rostro le resultaba familiar. Las habitaciones y los pasillos habían sido despojados de sus antiguos ornamentos, sus muebles tallados, sus tapices y su vajilla de plata y oro. Las ropas de su madre, sus imágenes religiosas, sus pocas joyas de oro habían desaparecido.

Todo se había vendido para acrecentar la bolsa de don Esteban o para alentar sus ambiciones en la corte. Aparentemente había tenido éxito pues obtuvo un cargo de custodio de multas, y, por tanto, se había convertido en uno de los regido- res del Cabildo, el cuerpo gobernante de la ciudad de Nueva Orleans en la colonia española de Luisiana. Ya que iba a concentrar un poder considerable, como el de retener el diez por ciento de las multas recaudadas, el cargo prometía devolverle mucho más en sobornos que lo que había gastado en obtenerlo. Había algunos que comentaban que el puesto había sido concedido por el deseo del rey de deshacerse de don Esteban y su

incesante demanda de favores. Don Esteban se mostró muy satisfecho, como si hubiera conseguido los honores más altos.

La madre de Pilar, enferma durante muchos meses, había fallecido al día siguiente del regreso de don Esteban de Madrid con las noticias de su designación. Parecía una coincidencia adecuada, puesto que no era conveniente llevar a una esposa enferma a Luisiana ni dejarla en Sevilla sin que pareciera que la había abandonado. Luego Pilar supo por su dama de compañía, la hermana de don Esteban, que éste había traído de Madrid algunos meses antes un tónico especial para su esposa. Le había ordenado que lo tomara e impartió órdenes estrictas de que se lo dieran todos los días. La mañana que murió se lo había administrado con sus propias manos. Inmediatamente después de la ceremonia fúnebre, regresó a la casa y comenzó a prepararse para el viaje a Luisiana.

La brisa nocturna envolvió a Pilar que se detuvo de repente con los puños aferrados al mantón. ¿Se había movido una sombra, allí donde un gigantesco recipiente recogía el agua que caía del techo? No podía asegurarlo; podría haber sido el viento el que había movido el arbusto de adelfa que crecía detrás. O quizá era sólo su imaginación y la tensión de la espera. Llevaba dos noches esperando, pero El León no había venido. Si no lo hacía pronto, esa noche o la siguiente, sería demasiado tarde.

Deliberadamente, desafiando el miedo que se negaba a reconocer, Pilar dio la espalda al rincón sombreado y comenzó a caminar de nuevo. En alguna parte maulló un gato y en la calle de atrás se oyeron las voces de dos hombres que conversaban de regreso a su casa. Los sonidos desaparecieron y todo quedó en silencio una vez más. Demasiada quietud.

Pilar tembló. En un intento por controlarse, dirigió sus pensamientos a otras cosas.

El día del entierro mantuvo en secreto las sospechas respecto a la muerte de su madre. Sin embargo, toda la tensión que había acumulado al reprimir su amargo dolor explotó en una pelea con don Esteban por el saqueo de la casa paterna. Él tenía todo el derecho a vender lo que le placiera -le había dicho su padrastro-. La casa había pasado a su madre después de la muerte de su marido, pues no había herederos masculinos, y estos mismos bienes pasaron a don Esteban el día de la boda por el contrato matrimonial. Pero, ¿qué importaba? Pilar no necesitaba muebles ni joyas en el convento.

Con cautela, Pilar preguntó por qué debía regresar. Le respondieron que no podía quedarse sola en la casa mientras don Esteban estaba en Luisiana y no había ningún otro sitio al que pudiera ir, nadie que cuidara de su bienestar. No tenía perspectivas matrimoniales y, en verdad, ya era una vieja doncella a los veintidós años. El convento sería un refugio para ella y el mismo don Esteban haría una donación a la Iglesia en su nombre, un cofre de oro que valía varios miles de pesos. Este oro, sería enviado con Pilar a su regreso, aseguraría su comodidad y le otorgaría dentro del convento una alta posición de jerarquía que merecía por su crianza y su nacimiento.

Pilar no estaba impresionada ni por la falsa preocupación por su bienestar ni por la posible donación que era mucho menos de una ínfima parte de los bienes que le hubieran correspondido al morir su madre. Declaró con firmeza que sus intenciones no eran las de regresar al convento y que, antes que nada, tenía un lugar adonde ir y alguien que la cuidara: se refugiaría en casa de su tía en Córdoba. Se produjo una airada disputa. Al terminar, don Esteban vociferando llamó a su mayordomo, y los dos hombres sujetaron a Pilar por la fuerza y la llevaron a su cuarto. La

arrojaron dentro y cerraron la puerta con llave.

Dos noches después se despertó al escuchar deslizarse una llave en la cerradura. La puerta se abrió y un hombre entró en la habitación. Pilar se sentó en la cama, gritando, pero él no respondió. Se acercó a la cama y le cogió la pierna. Pilar se zafó de su mano y se levantó de la cama. Él la sujetó y lucharon en la oscuridad. Fue entonces cuando su padrastro entró intempestivamente. Llevaba un candelabro y junto a él se encontraban varios hombres y mujeres, que quizás habían sido invitados a cenar. El candelabro reveló que el hombre que la había atacado era un lacayo de su padrastro, un joven de labios carnosos y rostro lleno de granos, llamado Carlos.

La ira del padrastro no recayó sobre Carlos, sino sobre Pilar. Según él, ella había llamado al lacayo a su alcoba. Era una depravada, una desgracia para su casa. Debía casarse con Carlos o él, don Esteban Iturbide, la enviaría de nuevo al convento esa misma noche, antes de que acarreara más vergüenza para él y para ella misma.

Era una trampa, y Pilar lo sabía; sin embargo, no podía hacer nada. Los invitados de su padrastro miraban con ojos ávidos y parecían no creer su versión de la historia. Si se casaba con Carlos, no ganaría nada, excepto un tipejo torpe y de risa lasciva, que tendría derechos legales sobre su cuerpo, así como también sobre todos sus bienes. Carlos estaba tan sometido a los deseos de don Esteban, que los bienes de su madre que pudiera heredar ella legalmente, por este matrimonio volverían automáticamente a su padrastro. Por otro lado, podía, al menos, ganar algo de tiempo aceptando regresar al convento. Con esto último en mente, fingió estar destrozada y dolorida. Simuló gemir mientras rogaba a su padrastro con lágrimas en los ojos que le permitiera volver a su pequeña celda en la que viviría rodeada de dulces hermanas y de todas las cosas que había llegado a conocer y amar. Interpretó su papel con tanta perfección que por un instante don Esteban pareció reticente a darle la autorización.

No había sido fácil mantener ese aire de mujer derrotada mientras su corazón se corroía en su interior por la furia, pero Pilar lo había conseguido. Su premio fue la autorización para ir a la iglesia del padre Domingo a escuchar misa todas las mañanas hasta su partida. Allí abordó al sacerdote y le confió su historia. El buen padre sólo suspiró y movió la cabeza aconsejándole obediencia y sumisión a su destino. Don Esteban no podía ser tan malo como ella decía; ¿acaso el dolorido esposo no había prometido erigir un vitral en la iglesia en memoria de su esposa? Los caminos de Dios eran misteriosos. Quizás esto significaba que Pilar debía ser esposa de Cristo y ésta era su forma de decírselo.

Pilar no tenía vocación, y lo sabía bien. Estaba muy ligada a los placeres y lujos del mundo, los había extrañado muy intensamente durante su cautiverio como para abandonarlos por su voluntad. No había ninguna idea de sumisión en su mente, sino más bien una abigarrada multitud de planes de venganza y desesperadas posibilidades de evasión.

La última había surgido después de ver a un joven llamado Vicente de Carranza y León. Estudiaba teología en la universidad. En tiempos mejores había vivido en el vecindario y todavía regresaba allí todas las mañanas para la misa. Vicente era un joven robusto, de rostro tierno y atractivo, que rara vez sonreía. De hecho, tenía muy pocos motivos para hacerla. Su familia había sido arruinada por don Esteban Iturbide unos años antes, poco después del matrimonio con la madre de Pilar.

Los Carranza y los Iturbide eran enemigos tradicionales en una disputa que se había extendido por más de cuatro generaciones. Don Esteban, se decía, había contratado asesinos para matar al padre de Vicente. Más aún, el hijo de don Esteban, el joven que debía haberse casado con Pilar, había atacado y violado a la hermana de Vicente, lo que llevó a ésta al suicidio. Cuando el hermano mayor de Vicente, Refugio, desafió al hijo de don Esteban a duelo por el crimen cometido contra su hermana y luego, al batirse, lo atravesó con su espada, don Esteban aprovechó sus conexiones en la corte para que Refugio fuera acusado de asesinato. El rechazo del joven a rendirse frente a los hombres enviados por don Esteban para su arresto terminó en una lucha en la cual tres de los mercenarios resultaron muertos. Refugio se convirtió en un bandido, marginado a las montañas. Fue llamado El León por su fiereza y también por el apellido de su madre. El odio de Refugio de Carranza y León hacia don Esteban igualaba por lo menos al de Pilar.

Cuando Pilar valió a ver a Vicente fuera de la iglesia, caminó rápidamente hacia él. Intentó escabullirse de su dama de compañía, que quedó perdida entre la multitud. Pilar se acercó a Vicente de Carranza y dejó caer su mantón al suelo. El joven se arrodilló para recogerlo. Ella hizo lo mismo. Al tomar el mantón que le acercaba, Pilar murmuró unas palabras al oído de Vicente. Éste la miró de un modo punzante desde sus oscuros ojos expresivos antes de inclinar la cabeza en un saludo silencioso. Pilar se volvió mientras su dama de compañía se acercaba y caminaron hacia la iglesia.

¿Habría entendido algo Vicente? Hubo tan poco tiempo. ¿Sabía él quién era ella, sabía algo de ella? O si no sabía, ¿se tomaría la molestia de averiguarlo? Si lo averiguaba, ¿haría lo que le había pedido o se olvidaría del incidente como algo sin importancia? ¡Tantas cosas dependían de este breve encuentro!

Por supuesto, incluso suponiendo que Vicente transmitiera a su hermano el mensaje de encontrarse con ella en el jardín de la casa de don Esteban a medianoche, no había garantías de que El León acudiera. Era necesaria una extraña combinación de odio, curiosidad y valor para hacerlo.

Las horas de oscuridad estaban llegando a su fin. Los pasos de Pilar perdían fuerza. Estaba cansada por las tres noches de vigilia, sí, pero era el agotamiento de la esperanza lo que más le pesaba en los hombros. Estaba tan segura de que podría evadir los planes que don Esteban tenía para ella, tan convencida de que lograría burlarlo. Lo haría de todos modos, con El León o sin él; sin embargo, se había apoyado tanto en la posible ayuda de Refugio de Carranza que era desalentador pensar que debía encontrar otra manera de hacerlo.

¡Ojalá fuera hombre! Desafiaría a su padrastro con la espada en la mano, le pediría cuentas por la muerte de su madre y el saqueo de su herencia. ¡Qué placer sería traspasar a don Esteban con una hoja de acero y ver el desdén de sus gestos convertirse en perturbación! ¡Hombrecillo odioso, arrogante y perverso! Verse forzada a inclinarse ante sus órdenes era más de lo que podía soportar. Haría cualquier cosa para escapar de eso.

Detrás de ella, se produjo un leve ruido como si se tratara del crujido de una tela. Pilar comenzó a girar con un movimiento deslizante. Un brazo robusto, como forjado con acero de Toledo, la tomó de las costillas y una mano le tapó la boca. Pilar contuvo la respiración e instintivamente empujó hacia atrás con el codo. Se encontró con los pliegues de una capa y, debajo, un torso como una pared de piedra. De pronto la presión se hizo más fuerte

quitándole el aire de los pulmones. Su espalda se apretó contra una ruda forma masculina, mientras sentía la tibieza envolvente de ese cuerpo y la suavidad de la capa.

-Quédese quieta -pudo oír que decía una voz tranquila y profunda contra su cabello-. Por más satisfacción que pueda darme mancillar a una mujer de la casa de don Esteban en su propio patio, en este momento, no estoy de ánimo para eso. Provóqueme, yeso puede cambiar.

Era El León; no podía ser otro. Dentro de Pilar bullía una furia que nacía de la desconfianza y brusquedad con que estaba siendo tratada, una furia que hacía desvanecer su miedo. Sacudió la cabeza para deshacerse de la mano que cubría su boca.

-Pretende hablar, ¿no es cierto? Bueno, eso es alentador, pues yo no quiero nada más que escucharla. Pero le advierto que las palabras deben ser suaves y dulces como una paloma.

La mano fue liberando poco a poco la boca. Pilar esperó antes de hablar. Sus palabras fueron lentas y mordaces.

-Suélteme. Me está rompiendo las costillas.

-¿Debo también dejar mi vida a sus pies atada con cintas y rosas marchitas? Gracias, no. Además, todavía tengo la idea de vengarme. De un modo íntimo, por supuesto.

-¡No lo haría!

-Dígame por qué no -dijo una voz que de pronto perdió su tono suave-. La última violación la cometió un lturbide contra una Carranza. Ahora puede ser nuestro turno.

- Yo no soy una lturbide, ni tengo nada que ver con esa disputa.

-Está en la casa de lturbide y, por lo tanto, pertenece a ella.

Sus palabras eran inflexibles.

-No por mi voluntad. Además, una vez fue la casa de mi padre.

Pilar podía sentir el latido del corazón de El León contra su espalda. La fuerza implacable de su aroma, una mezcla de lana y caballo, de aire fresco de la noche y masculinidad, penetraba en sus sentidos. Quería darse la vuelta para mirarlo, pero no podía moverse.

-Estoy enterado de todo eso, así como de su nombre, su estado y su historia reciente. Me he tomado la molestia de indagar para no pasar por idiota ni por un loco quijotesco. Lo que no sé es qué quiere de mí.

Liberó la cintura de Pilar repentinamente. Tomó su muñeca y la hizo girar para que lo mirase. Pilar, perdiendo el equilibrio, soltó una mano y se abrazó contra su pecho. Pudo sentir los músculos que lo recubrían, percibir la solidez abrumadora de su presencia. Se quedó mirándolo con la voz apresada en algún lugar de la garganta, ahogada por la duda.

El León era alto y robusto, y su figura estaba exagerada por el tamaño y la abundancia de su capa de lana negra. Los rasgos de su rostro eran firmes, regulares y moldeados con precisión. Se lo veía bronceado incluso bajo la luz de la luna, pero sus ojos no eran más que cuencas ensombrecidas por la amplia ala de su sombrero. Había a su alrededor un aire de riguroso control, unido a una sensación de peligro. No se permitió ni un gesto de simpatía.

Refugio de Carranza miró a la mujer que sostenía y sintió que el corazón se le encogía. Había aceptado este encuentro por pura curiosidad, para ver qué tipo de mujer era capaz de apartar a Vicente de sus estudios y persuadirlo de usar métodos de comunicación reservados, en general, para emergencias más extremas. Y lo comprobó. Era una mujer hermosa, con la piel suave y un cabello que hablaba de la sangre de invasores visigodos que

corría por sus venas y cuyo color era común en el norte de España, donde él había nacido, aunque no tan frecuente aquí, en Andalucía. Había orgullo en la inclinación de su cabeza y en la postura de sus hombros, y también una valentía decidida. Al recordar la suavidad, la fragancia de esa piel contra su mejilla, El León sintió la necesidad de estrecharla nuevamente contra su cuerpo. Se creía invulnerable a este tipo de seducción. Pero quedó demostrado lo contrario.

-Bueno -dijo al ver que ella no emitía sonido-. ¿Tenía algún propósito o se trata de un juego? ¿Debo liberarla de su tedio, o sería mejor que cuidara mis espaldas?

-Yo... Yo nunca lo traicionaría.

-Sus palabras me tranquilizan. Eso, y la inspección que hice de este hermoso jardín. Puedo suponer que si hay un asesino, debe ser usted.

-¡No!

-Entonces se trata de una cita. Y yo soy un amante rezagado. Acérquese y déjeme probar sus dulces labios.

Pilar sacudió la cabeza con un movimiento abrupto, resistiendo la presión en la muñeca que él todavía sujetaba.

-Le complace burlarse de mí pero, ¿por qué?

-¿Por qué no? Tengo muy pocas diversiones. Pero me complacería más que me dijera para qué me pidió que viniera.

-Quiero...

Pilar se detuvo, con la horrible incertidumbre de qué era lo que quería decir.

-Sí, ¿quiere...? Todos queremos algo. ¿Debo completar lo que le avergüenza tanto decir?

-¡No! -dijo con odio-. Lo quiero...

-Lo sabía.

Lo miró con vergüenza y fastidio. Luego vio, proyectándose por encima de uno de los hombros, el cuello de una guitarra que llevaba cruzada en la espalda. Comprendió que era él quien entonaba la serenata que había escuchado; el timbre de la voz, su suave poder, eran suyos. Este reconocimiento terminó con las dudas que tenía aunque sin saber por qué. Suspiró y habló con rapidez y quizá demasiado fuerte.

-Lo quiero para que me secuestre.

La presión que El León aún mantenía se aflojó. Pilar movió su muñeca libre y retrocedió. El hecho de haberlo sorprendido le produjo una leve satisfacción.

Era prematura.

-Encantado -dijo, quitándose el sombrero y saludando con gracia consumada-. Estoy a su servicio. ¿Debe de ser ahora?

-Ojalá pudiera, pero no tengo medios para pagarle en este momento. Si espera y me secuestra cuando vaya de regreso al convento, habrá un cofre de oro, la donación que será entregada en mi nombre. Puede quedársela como recompensa.

Su inmovilidad era completa, como la del gato al acecho antes de atacar. Cuando habló, sus palabras tuvieron un tono cortante.

-¿Voy a ser recompensado? Tenerla sería suficiente.

Una furiosa confusión se expandió por el rostro de Pilar.

-Usted... usted no me tendrá -dijo-. Me llevará de inmediato a la casa de mi tía en Córdoba.

-¿Lo haré? -preguntó El León, en tono insinuante.

El hombre que tenía delante había sido en otro tiempo poderoso, había tenido riqueza y títulos, así como los instintos y maneras de su clase. Ahora era un bandido, un marginado que vivía de tomar como prisioneros a otros miembros de su clase. Era El León, un líder de ladrones y criminales que no podía haber adquirido esa posición si no fuera más fuerte y más duro que los hombres que conducía. ¿Cómo podía confiar en él?

¿Cómo podía no hacerlo?

-¡Debe ayudarme, Refugio de Carranza! -Lloró, acercándose a él y tomando los bordes de la capa con sus manos-. Creo que no me estoy explicando bien, pero no sé cómo hacerlo. No quería insultarlo; sólo pensé que estaba acostumbrado al reclamo del oro. No dudo de que si acepta hacer esto que le pido, lo hará para humillar a don Esteban. Sería una gran injuria para su orgullo que su hijastra fuera secuestrada en sus propias narices. Y si esto sucede a campo abierto, cuando la caravana me lleva al convento, no habrá forma de que él pueda esconderlo o negarlo.

El León se quedó en silencio durante un largo rato. Finalmente, habló.

-¿Estará don Esteban en la caravana?

-Creo que sí. Quiere estar seguro de que me encierren en el convento.

-¿Comprende que lo que me pide podría significar su ruina? -dijo, levantando las manos para cerrarlas sobre los puños de Pilar y sujetarlos con firmeza-. No habrá nadie en España que crea en su castidad después de este secuestro, sin importar lo breve del tiempo que permanezca en mi compañía. La enemistad entre mi familia y la de su padrastro es demasiado conocida para que sea de otro modo.

Pilar levantó el mentón y se encontró con el brillo oscuro de los ojos de El León. .

-No me importa, si a usted no le importa. Ya estoy comprometida, por lo tanto, más rumores no pueden herirme.

Pilar le explicó rápidamente a El León la trampa que le tendió su padrastro.

Refugio escuchó a la joven que tenía delante con poca atención. Ya había oído algo de lo que estaba diciendo, y conocía lo suficiente a don Esteban como para imaginar el resto. Estaba mucho más interesado en el claro sonido de su voz, en la transparente pureza de su piel bajo los rayos de la luna y en la vida de sus ojos negros como la noche. La sensación de las tiernas manos, el recuerdo de esas curvas contra su cuerpo, nublaban sus pensamientos, creando en su interior una creciente necesidad de tener un poco más de eso. Pero al mismo tiempo sintió escrúpulos tan molestos como inevitables.

-Quizás eso sea así -dijo- pero, ¿su tía creerá lo que le diga y la aceptará?

-Creo que sí, rezo para que así sea.

-Aunque la alojara, ¿podría protegerla de lo que don Esteban pudiera hacerle después?

-Sólo puedo confiar en que podrá. No tengo a nadie más a quien recurrir.

-¿Ni siquiera a la Iglesia, al convento?

El tono de sus preguntas, la evidencia de la consideración que daba a su pregunta, dio esperanzas a Pilar. Su voz retumbó cuando respondió.

-No. No he nacido para ser monja y me niego a ser obligada a convertirme en religiosa por voluntad de don Esteban.

-¿Y estará contenta de ser una solterona, una mujer sin dote, rechazada por hombres que quieran estar seguros de la castidad de su esposa?

-Si son lo suficientemente tontos como para querer sólo mi dinero o

juzgarme por rumores y nada más, entonces no me interesan.

-Habla de un modo orgulloso, pero el orgullo no le mantendrá los pies calientes en las largas noches de invierno.

Las dudas que expresó eran más que conocidas para Pilar. Sin embargo, ya había evaluado el costo de lo que estaba a punto de hacer y no se echaría atrás. Levantó el mentón y lo miró fijamente a los ojos.

-¿Me secuestrará o no?

-Sí -dijo suavemente Refugio de Carranza y León, mientras la miraba bajo la luz de la luna-. La llevaré.

CAPÍTULO II

La caravana que trasladaba a Pilar de regreso al convento no era muy numerosa. La componía tan sólo un viejo y destartalado carruaje en el cual fue encerrada con su dama de compañía. Don Esteban cabalgaba a su lado en un caballo árabe y ocho lacayos servían de guardia, cuatro delante y cuatro atrás. Pilar estaba segura que todavía hubiera sido más reducida si no fuera por cuestiones de seguridad. Don Esteban no era un cobarde, pero tampoco un tonto. Se quejaba de los ladrones y bandidos que merodeaban los caminos y manifestaba sus miedos por el cofre de oro que llevaban atado en la parte trasera del carruaje, además del arcón que contenía las magras posesiones de la joven. Pilar sospechaba también que los escoltas fueron contratados para protegerse del enemigo de don Esteban, Refugio de Carranza, porque nadie estaba a salvo de El León una vez que comenzaba a internarse en las montañas. La vigilancia de su padrastro molestó a Pilar, quien no pudo hacer nada al respecto. Sólo tenía que confiar en que Refugio conociera los hábitos de don Esteban y los tuviera en cuenta al proyectar su ataque.

Don Esteban insistió en salir temprano y permitió muy pocas paradas durante el camino. Quería terminar el viaje cuanto antes. Si se daban prisa, podrían llegar al convento antes del anochecer. Después de pasar la noche en la posada del pueblo, regresaría a Sevilla al día siguiente. Aunque era cauteloso por tener que atravesar el territorio de El León, no tenía tiempo que perder. Había recibido órdenes del ministro del rey para viajar de inmediato a Cádiz, en donde lo esperaba el barco que lo trasladaría a Luisiana.

El carruaje se sacudía en el camino polvoriento y lleno de baches. La campiña que lo rodeaba, en verano de un verde intenso adornado por el rojo de las amapolas y el amarillo de las zarzas, yacía marrón y árida bajo el cielo invernal. Las figuras grises de los olivos o las malezas plateadas de los campos de cultivo se extendían a lo largo del paisaje. Los otros colores que predominaban en las colinas eran el azul y el lavanda, que se confundían con el horizonte. De cuando en cuando veían algún campesino que arrastraba un burro cargado con leños o algún niño que cuidaba pequeños rebaños de ovejas o cabras. No había otro movimiento excepto el viento, que soplaba sobre los campos arados y creaba pequeños remolinos de tierra suelta conocidos como demonios del polvo.

La tarde languidecía. La caravana se había apartado del camino principal para seguir una senda que se internaba por las colinas. Pronto se divisarían las torres de la iglesia del pueblo, que estaba ubicada junto al convento. ¿Dónde estaba El León?

Había dado su palabra de que vendría. Pilar no se atrevía a pensar que pudiera fallarle, pero no podía evitar correr con frecuencia la cortina de cuero del carruaje para mirar por la ventana.

-¿Qué pasa, señorita? -preguntó por fin su dama de compañía-. ¿Hay algún problema?

Pilar dejó caer la cortina.

-No. Sólo... estoy ansiosa por ver el convento.

-Se cansará de verlo, estoy segura -respondió la mujer con irritación en su voz.

-Sólo el exterior -replicó Pilar, con un tono reprimido.

Su papel de muchacha tranquila y sumisa estaba comenzando a molestarle. Quería gritar su provocación y anunciar su próxima libertad a la mujer que había sido contratada para vigilarla. Pero no podía permitirse ese lujo. Debía contenerse un poco más antes de poder escapar de las manos de don Esteban. ¡Cuán sorprendido quedaría! Era tan egoísta que no podría concebir que ella encontrara la voluntad, y mucho menos los medios, para lograr su propósito. ¡Cuánto ansiaba ver su rostro al darse cuenta de que no podía someterla a sus deseos!

Pilar hizo lo que pudo para asegurarse de que todo saliera bien. Se había puesto un vestido de lana de color gris azulado, sin rayas, figuras o encajes que atrajeran la atención y su capa era de color nuez adornada sólo con algunas trencillas. La vestimenta podía ser propia de una novicia, pero también era abrigada. Más todavía; se había sacado su *cul de Paris*, el miriñaque usado para dar volumen a las faldas, pues podría dificultar el cabalgar. Sus zapatos eran de un cuero fuerte, sin hebillas, por si tenía que caminar por terrenos escarpados. Su cabello revelaba la ausencia de las habilidades de un peluquero, puesto que no había requerido los servicios de ninguno, ni en el convento ni en la casa de don Esteban. No había hecho más que sujetarlo en un moño prolijo. Al menos, no sería una molestia si tenía que moverse con rapidez.

El carruaje se sacudió. Había un rebaño de ovejas en el camino. El cochero gritó e insultó al frenar atravesando las filas. Los animales saltaban a un lado y otro y balaban por la sorpresa. El carruaje se balanceó hasta parar en medio del rebaño. Un perro de raza incierta mordisqueaba las patas de las ovejas que pastaban, ladrando excitado y mirando a su dueño, el pastor, que era un anciano encorvado que se apoyaba en un cayado y vestía harapos y una capa con capucha. Se movía en medio de un mar de lana sucia, sin prestar atención a las ovejas o al perro. Parecía no escuchar los gritos del cochero ni las órdenes de don Esteban de que despejara el camino. En verdad, no había forma de que moviera su rebaño, pues las laderas a ambos lados del camino eran muy abruptas.

Los caballos del carruaje retrocedían en medio de relinchos, sacudiendo al vehículo hacia delante y hacia atrás. Don Esteban dio una orden a sus guardias que se adelantaron hasta los caballos para calmarlos. El padrastro de Pilar se internó entre las ovejas y se dirigió hacia el anciano. Por un momento Pilar pensó que iba a derribar al pastor pero, en cambio, levantó el pequeño látigo de cuero trenzado que siempre llevaba con él y lo soltó con fuerza sobre los hombros encorvados. El anciano se contrajo y bajó la cabeza mientras se daba la vuelta. Don Esteban levantó el látigo de nuevo.

El cuero trenzado silbó en el aire una vez más, pero nunca alcanzó a golpear al anciano. El pastor se enderezó, tomó la correa y la enrolló alrededor de su puño. Tiró con violencia y don Esteban se balanceó en su silla de montar. Al mismo tiempo cayó la capucha de la capa del viejo pastor, revelando un rostro joven y una larga cabellera negra.

-¡Carranza! -gritó don Esteban. Arrojó el látigo y miró con furia al pastor. Abruptamente, ordenó por encima de su hombro-: ¡Maten a la muchacha! ¡Mátenla! ¡De inmediato!

-¡El León! ¡El León!

El grito provino de los guardias de don Esteban y fue recogido por los hombres en las laderas. Pilar escuchó las voces que parecían resonar en el mismo cielo. Vio que los hombres de la banda de Refugio Carranza surgían de la nada aclamando el nombre de su jefe. Su corazón dio un salto. Con la

mano temblorosa, descorrió la cortina. El esperado momento de su secuestro había llegado.

Uno de los guardias de su padrastro se dirigió a la puerta del carruaje. Blandió su espada, pese a estar bloqueado por las ovejas asustadas que se arremolinaban a los pies de su caballo. Pilar reconoció a Carlos, el lacayo que había invadido su alcoba por orden de don Esteban. Cuando lo miró, las palabras que don Esteban pronunció adquirieron sentido. Su padrastro había ordenado que la mataran. Prefería verla muerte antes que permitir que cayera en manos de su enemigo.

Pilar miró a su alrededor con apremio desenfrenado; buscaba algo, cualquier cosa, para defenderse. Su búsqueda fue infructuosa. Frente a ella, en el otro asiento, su dama de compañía desgranaba oraciones con los ojos bien abiertos en medio de un rostro sin color.

Su padrastro gritó nuevamente con una furia estridente, pero el grito fue, de pronto, ahogado. No había tiempo para mirar. El lacayo surgió de entre las ovejas haciendo saltar su caballo por encima de un enorme carnero. Pilar cayó hacia atrás cuando la hoja de la espada cortó la cortina de cuero. Tomó un almohadón del carruaje y, cuando la espada volvió a introducirse, desvió su hoja afilada con el almohadón. Las plumas volaron por el aire formando una nube blanca.

La espada no volvió a penetrar el carruaje. Afuera, se escuchó el choque de acero contra acero. Un hombre de capa con capucha le impedía ver por sus hombros anchos. En un instante, se oyó un jadeo sordo y luego el cuerpo de Carlos cayó del caballo mientras El León se alejaba.

Ahora el vocerío se esparcía por doquier, seguido por el repiqueteo de los cascos de los caballos de la escolta que huían en retirada. El carruaje se sacudió cuando un hombre se encaramó a uno de sus lados. Al mismo tiempo, se escuchó el ruido de un cuerpo pesado que caía sobre el techo, como si uno de los hombres de la banda de Refugio hubiera saltado desde las laderas. Se oían golpes que provenían del asiento del cochero. Las ovejas balaban y el perro ladraba. Los hombres insultaban. Sonaban disparos. La dama de compañía chillaba y apretaba su rosario, mientras el carruaje se columpiaba hacia delante y hacia atrás. Cuando Pilar llegó a la puerta del vehículo, la dama de compañía le apretó el brazo.

-¿Adónde va? -gritó, sujetando a Pilar de las muñecas-. Regrese. ¡La matarán, o peor!

Pilar se liberó de la mujer. Empujó la puerta y salió usando el escalón de hierro como plataforma, a la vez que se aferraba a la puerta.

Los ruidos comenzaban a apagarse. El cochero había sido reducido a punta de pistola. Cuatro de los ocho guardias fueron amarrados, espalda contra espalda. Carlos yacía rígido e inmóvil con una mancha de sangre en su chaqueta desgarrada, mientras que los otros tres aparentemente habían huido, pues no se los veía por ninguna parte. Don Esteban estaba boca abajo en el camino, delante del carruaje; el perro del pastor olía su barba con la nariz fruncida.

No había tiempo para mirar más. El sonido de los cascos venía de atrás. Cuando giró la cabeza, un hombre montado a caballo la tomó a la carrera. El León le sujetó la cintura con fuerza. Pilar gritó de sorpresa cuando El León la levantó por encima del cuello del caballo y la sentó delante de él sujetándola con fuerza.

-¡Esto no era necesario! -gimió-. Lo hubiera seguido.

-Debe parecer un secuestro real, por su bien. Su dama de compañía será

testigo.

Las palabras estaban cargadas de ironía. Giró la cabeza para mirar el rostro de El León. Las angulosas facciones eran firmes y duras. Tenía ojos de un gris brillante, abrasados por una inteligencia y un orgullo evidentes, revelaban su determinación... Una sombra de duda la invadió, seguida de consternación. Para ocultar esto último, volvió la cabeza.

Delante de ella, sobre el camino, estaba tendido el cuerpo de don Esteban. Se humedeció los labios antes de preguntar.

-¿Está... muerto?

-No, gracias a Satán -respondió Refugio-. Está inconsciente, pues se golpeó la cabeza cuando lo empujé de la silla.

-Si lo odia tanto, ¿por qué no lo mata ahora que no está consciente?

-Prefiero que sepa quién asesta el golpe.

El caballo se movía, inquieto. Refugio de Carranza lo controló con los músculos de las piernas y de los brazos.

-Es una cortesía que puede costarle la muerte -dijo Pilar con severidad.

-¿Debo dejar que usted lo mate?

-No tengo armas.

-Le presto mi espada.

La tentación era grande, pero sabía que la empresa la superaba.

-Gracias, pero no.

-Cortesía o error, lo comparte, entonces -señaló.

-Sí.

-¿Podemos irnos?

La pregunta era seria, pero sin apuro, como si pudieran permanecer allí mientras quisieran, como si le estuviera dando la oportunidad de volverse atrás, de regresar al carruaje si así lo deseaba.

Pilar no se atrevió a ponerlo a prueba. No podía soportar quedarse un minuto más.

-Sí -dijo sin aliento-, vámonos.

El León giró el caballo al tiempo que daba órdenes a sus hombres. Sólo eran tres, aunque antes Pilar hubiera jurado que eran una docena. A la orden de su jefe, saltaron de sus caballos; uno ató a la última montura una mula cargada con el baúl de Pilar y el cofre con el dinero; otro juntó las riendas de los caballos sobrantes y el último ajustó las cuerdas que sujetaban a los guardias capturados. En un instante los tres volvieron a montar y todos se alejaron del carruaje varado. La dama de compañía, sacando la cabeza por la ventana, les gritó invectivas mezcladas con desesperadas súplicas. No miraron atrás.

Cabalgaron en silencio durante kilómetros. Tomaron senderos intrincados a través de las colinas y evitaron cualquier lugar poblado. Al principio Pilar esperaba que regresaran al camino principal que conducía a Córdoba, la forma más rápida de llegar a casa de su tía. Pronto comprendió que la precaución lo impedía. Comenzó, en cambio, a hacer cálculos en su cabeza sobre la distancia y el tiempo, preguntándose a qué hora de la noche se produciría el encuentro con su tía. Sabía que era un viaje de dos días desde Sevilla hasta Córdoba en carruaje y en las mejores condiciones. A caballo sería mucho más rápido, pero no tenía una idea exacta de cuánto tiempo sumarían al viaje los caminos montañosos. Finalmente llegó a la conclusión de que no llegaría a destino antes de la madrugada.

La senda por la que cabalgaban parecía volverse cada vez más agreste y abrupta como si se dirigiese a las montañas en lugar de abrirse al valle del

río Guadalquivir y al camino que conduce a Córdoba. Más aún, con el cielo nublado y la oscuridad del anochecer, Pilar no podía afirmar si estaban viajando en la dirección correcta. La duda y el desánimo que la habían asaltado antes, volvieron. ¿Qué había hecho? La frase repercutía en su cabeza con el ritmo de los cascos de los caballos. ¿Qué había hecho?

Los brazos del hombre que la sujetaban eran cálidos, pero la fuerza con que la sostenía parecía inquebrantable. Era consciente de un conflicto de instintos; una parte de ella quería liberarse, mientras que la otra la instaba a aceptar su protección. No podía entender esta ambivalencia. ¿Qué estaba haciendo El León sino cumplir con lo que ella le pidiera? No había nada malo en eso. Además, castigó al hombre que había tratado de matarla y debía estar agradecida por eso. Si en su momento había parecido que él aceptaba con demasiada facilidad la propuesta, ahora podría ver el cofre de oro sobre la mula como explicación. Estaba a salvo; ¿cómo podía ser de otro modo? ¿Qué otra razón tendría él para traicionar su confianza?

No podía haber otra razón y, sin embargo, no lograba relajarse. Permitirse aceptar su apoyo, recostarse contra su cuerpo, era un gesto demasiado íntimo. No lo conocía, ni él a ella. Parecía demasiado duro e inflexible para que algo así fuera siquiera posible. Los kilómetros pasaban y le dolían y ardían los músculos por el esfuerzo de permanecer erguida, pero se negaba a ceder.

Para distraerse volvió su atención a los hombres que cabalgaban a su lado. La comunicación había sido breve, los cáusticos comentarios eran propios de hombres que se conocían y sabían sus obligaciones demasiado bien como para mantener largos discursos. Había habido suficientes burlas, sin embargo, para dar a Pilar una idea de sus nombres. El que estaba a su izquierda se llamaba Enrique, creía. Parecía tener unos treinta años y lucía el cabello crespo de color marrón claro. Sus ojos eran marrones casi negros, los ojos color chocolate típicos de Andalucía, como los suyos. No era muy alto, sólo unos cinco centímetros más que ella y era bastante delgado. Su boca estaba delineada por un bigote fino que acariciaba a menudo, casi como a un talismán, y cuando la descubrió observándolo le sonrió con gesto burlón. De todos los hombres, parecía el más accesible.

A la derecha, había un hombre mayor llamado Baltasar, que se asemejaba a un oso por su tamaño y sus maneras rudas. Su rostro era sombrío, con una línea profunda entre las cejas y diversas marcas en su rostro, quizá debidas a la viruela. Sus ojos presentaban la mirada empalidecida del hombre que ha visto y experimentado mucho. La forma en que la miró cuando cabalgaba con Refugio era inteligente pero preocupada.

Atrás, guiando los caballos de repuesto, había un joven alto y delgado, de unos veintitantos años, que cabalgaba con su sombrero en la espalda, de modo que su cabello oscuro le cubría la frente. Su montura era extraña: tenía una perilla alta y decoraciones con medallas de plata en un estilo que Pilar no había visto antes; sin embargo, estaba sentado sobre el caballo como si hubiera nacido al galope. Casi de la misma edad que Refugio, que apenas pasaba de los treinta, sus ojos celestes eran claros y alertas, aunque tenía un aire de descuido que lindaba con la jactancia. Lo llamaban Charro, si es que Pilar había entendido bien.

Refugio no se había molestado en presentar a Pilar a esos hombres. La joven dudaba de que se tratara de un descuido, pues estaba comenzando a conocerlo un poco. Lo más probable era que pensara que cuanto menos supiera, menos podría contar. Trataba de convencerse de que no importaba,

que nunca volvería a verlos. Sin embargo, le molestó esta precaución.

Cuando Refugio decidió parar, se sintió aliviada. Parecía, por la forma en que los hombres comenzaron de inmediato a cambiar las monturas de los caballos cansados a los que estaban frescos, uno de ellos el árabe blanco de su padrastro, que el descanso no iba a ser largo. Pilar había hecho algo más que evaluar a los seguidores de El León: había preparado una sugerencia.

Cuando Refugio la dejó sobre la tierra y bajó a su lado, Pilar señaló a uno de los caballos de recambio.

- Puedo cabalgar ahora y liberarlos a usted y a su caballo de mi peso.

-No es pesada. Además, no hay sillas para mujeres y es probable que estos animales se asusten con esas faldas a su alrededor.

-Estoy segura de que puedo arreglarme -insistió.

-¿Cómo se enfrentaría a su tía si sufriera una caída? No, no puedo permitirlo; tengo que considerar mi reputación.

Pilar lo miró por debajo de las pestañas y pensó en todos los sentidos ocultos que percibía en su respuesta. Había severidad en ella y también la seguridad sorda de que sólo podría deliberar al respecto como si El León estuviera dispuesto a vencer toda resistencia que ella pudiera oponer.

-De verdad, estaré a salvo -dijo.

El León se quedó callado un momento antes de sonreír.

-¿Tan incómoda se ha sentido?

-En absoluto, pero ¿está seguro de que no lo ha estado usted?

-¿Cómo puede pensar eso? No aparecen todos los días en mi camino doncellas que no griten ni pateen.

Otra vez estaba allí ese deje de ironía. Refugio había sentido su aprehensión. Era un hombre de percepciones agudas; Pilar debía recordarlo. Que fuera perceptivo, por supuesto, no lo hacía confiable. Esto también tendría que tenerlo presente.

-Usted no me... -comenzó y luego se detuvo.

Refugio, al estudiar las líneas puras del rostro de la hijastra de don Esteban y la mirada grave de sus enormes ojos oscuros, al observar cómo el viento movía su cabello del color de viejas monedas de oro, sintió cierto desasosiego. Hacía años que no compartía una conversación con una mujer, o al menos con una mujer como Pilar Sandoval y Serna. Era hermosa y tenía una voluntad inquietante y bastante valor. Hubo un tiempo en que podría haberse acercado a ella con galantería e ingenio, serenatas y reverencias. Quizás ella hubiera respondido con sonrisas. Pero ese era otro tiempo, y no cabían las lamentaciones.

-¿Qué cosa no haría? -dijo abruptamente-. ¿Traicionarla? Podría hacer un hermoso discurso lleno de juramentos solemnes y promesas de honor, pero ¿por qué iba a creerlo? Es sabido que los bandidos mienten. Además, está bien que esté en guardia. No nos estamos dirigiendo a Córdoba.

-¿Qué? -Los ojos de Pilar se abrieron en la medida en que la conmoción se transmitió por sus nervios-. Pero mi tía esperaba verme esta noche, o al menos una o dos horas después de medianoche. Yo... yo no quisiera decepcionarla, pues ella se esforzó mucho para darme una palabra de bienvenida cuando el padre Domingo le habló en mi nombre.

-Creo que don Esteban sabe que ya una vez intentó buscar refugio en casa de su tía. -Como Pilar asintió, Refugio continuó-: También sabrá y temerá la influencia que una dama tan respetable podría tener en una investigación sobre las circunstancias de la muerte de su madre y la pérdida de su herencia. Por todos los medios intentaría impedir que usted

persuadiera a su tía en este aspecto. Suponiendo que recupere el conocimiento, como esperamos, no dudará en cabalgar hasta Córdoba para interceptarla. Será mejor si espera mientras tanto el tiempo necesario para que piense que puede haber encontrado otro lugar donde alojarse.

-¿Quiere decir que debería quedarme con usted? ¿Toda la noche?

-O más. No me diga que le preocupa su buen nombre. Pensé que lo había abandonado en Sevilla.

-¡Pero no dejé allí mi sentido común!

-¿Su sentido común le dice que yo voy a lastimarla?

Había un aguijón oculto en la suavidad de su tono, algo que sonó a una advertencia en la mente de Pilar. Al mismo tiempo, observó que los hombres de Refugio estaban muy pendientes de su discusión. Si bien los tres hombres parecían mantener una actitud de indiferencia mientras se apoyaban en un árbol o en el flanco del caballo, no hacían ningún ruido que pudiera entorpecer la conversación.

Pilar mantuvo la vista fija en los ojos de Refugio aunque los latidos de su corazón tenían un ritmo acelerado.

-El hecho es -dijo- que fue usted mismo el que mencionó la posibilidad.

Refugio levantó una ceja y sus rasgos se relajaron un poco.

-Así fue. No pensé que la impresionaría.

-Pensó mal.

-Ése fue mi error. Creo que también expliqué por qué lo dije. Mi estado de ánimo es el mismo que en el jardín de don Esteban, lo que significa, renuente. Le avisaré si cambia.

La mirada se posó entonces en sus hombres y se endureció cuando vio el interés que mostraban.

-¿Qué? -dijo, con una voz parecida a un suave latigazo-. ¿Están tan aburridos que sólo se les ocurre espiar? Tengo un remedio: ¡Monten!

Los otros murmuraron y refunfuñaron algo mientras obedecían, pero ninguno demoró sus movimientos. Pilar se quedó de pie, inmóvil. No había aceptado ir con El León y le molestó que su actitud fuera tomada como consentimiento. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Recorrer esas colinas sola, sin protección o transporte, sería más peligroso que esta alternativa. Además, su difícil situación le daba vueltas en la cabeza.

Refugio de Carranza subió al caballo árabe blanco y lo condujo hasta donde Pilar estaba de pie. Se agachó para ofrecerle la mano. Pilar lo miró durante unos segundos con una mirada rebelde, luego rechazó la mano y levantó el pie para colocarlo en la bota de El León. Refugio tomó su muñeca y la sentó delante de él con un movimiento suave, sin esfuerzo. Sus brazos la estrecharon una vez más. Cuando Pilar estuvo en su lugar emprendieron el camino con los otros hombres a sus espaldas.

La oscuridad cayó sobre ellos, como si estuvieran cabalgando en medio de una niebla negra y espesa. El cielo estaba nublado y no había luna ni estrellas que iluminaran para guiarlos. Poco después comenzó a llover. Era apenas una llovizna, aunque persistente y acompañada por un viento frío. Las gotas entraban en los ojos y caían por los mentones. Pilar se acurrucaba dentro de su capa, sosteniéndola en el cuello para que la humedad no le penetrara hasta la piel. Era difícil mantener el equilibrio, por lo que no podía evitar apoyarse contra el pecho de Refugio, aunque siempre luchaba para incorporarse de nuevo.

Finalmente, Refugio susurró una imprecación suave y la tomó de la cintura empujándola bajo su pesada capa y contra su pecho. Cuando Pilar

se endureció y trató de apartarse, dijo con impaciencia en su oído:

-Quédese quieta antes de que los dos no empapemos.

Era práctico obedecer. Pilar mordió su labio inferior mientras sus músculos, acalambrados por las horas pasadas en una posición poco natural, se relajaron. Un temblor, totalmente involuntario, recorrió su cuerpo.

Refugio abrazó con más fuerza su cintura.

-Mortificar la carne por una idea es cosa de fanáticos. ¿Está segura de que no quiere ser monja y recorrer las cuentas del rosario arrodillada sobre granos mientras piensa en la gloria? No es tan tarde para arrepentirse de esta locura momentánea.

-Creo que sí lo es -respondió-. De todos modos, no me arrepiento.

-Entonces olvide su orgullo y recuéstese en mí. Prometo no aprovecharme de eso.

-Nunca pensé que lo haría -dijo, girando un poco la cabeza para mirarlo, aunque no pudo verlo en la oscuridad.

Pilar no entendía cómo Refugio podía seguir el camino, a menos que pudiera ver en la oscuridad o que conociera la sen- da como un campesino conoce su pequeño trozo de tierra.

-¿No? Quizá sea verdad que no tiene vocación.

-¿Qué quiere decir? -preguntó.

-Las monjas no deben mentir.

Pilar se quedó callada por un momento, luego contestó:

-¿Siempre acusa con tanta ligereza?

-¿Cree que soy injusto?

-Podría haber otras razones para mantener cierta distancia entre nosotros.

-¿Cuáles?

-Mi reticencia a ser una carga para usted.

-Es muy considerada.

Incitada por la sequedad de su tono, continuó:

-O podría ser el penetrante olor a oveja.

Cerca, en algún lugar, Pilar escuchó una risa sofocada.

- Le pido disculpas -dijo Refugio-, pero algunas cosas son inevitables.

El sonido de su voz, a decir verdad, siempre ensombrecida por su humor, tenía un extraño efecto calmante. Puso su brazo junto al que la sujetaba con fuerza y se recostó un poco más contra él.

-Así parece.

-Precisamente. Duerma si puede.

Asintió débilmente.

No durmió. Ni siquiera sintió la más mínima somnolencia. Estaba muy alerta y en vilo cuando entraron en el patio de una pequeña cabaña de piedra construida en la ladera de un monte.

Una luz amarilla se derramó al abrirse la puerta; atravesó la llovizna y delineó la imagen de una joven mujer. El hombre mayor, Baltasar, la llamó y ella respondió, aunque los dos mantuvieron sus voces bajas. Refugio saltó de la silla y luego tomó a Pilar de la cintura haciéndola bajar. Ella se deslizó en sus brazos, apretando los hombros con sus dedos convulsivos hasta que los calambres desaparecieron de las piernas. Pensó en preguntar adónde la habían llevado, pero dudaba mucho que pudiera obtener una respuesta satisfactoria y estaba demasiado cansada y mojada como para hacer el esfuerzo.

Refugio la condujo hacia la puerta. La otra mujer, una joven de ojos ansiosos, dio un paso atrás para dejarla pasar. Alguien llamó a Refugio. Soltó a Pilar y regresó nuevamente al patio.

-Soy Isabel -dijo la joven a Pilar con un tono suave y dubitativo-. Debe haberse mojado hasta los huesos. Venga al fuego y séquese.

La gratitud por la consideración creció dentro de Pilar. Caminó hacia el hogar de piedra oscurecida que ocupaba la pared trasera de la casa de una sola habitación y puso las manos sobre el fuego. Por encima de su hombro dijo su nombre y murmuró su agradecimiento.

-Hice un poco de sopa -dijo Isabel.

Ésta cerró la puerta y, con pasos ligeros, se dirigió a revolver el caldero que estaba sobre las llamas. La sopa se derramaba sobre las brasas. Isabel no parecía darse cuenta. Mientras miraba a Pilar de reojo, continuó revolviendo.

-Pronto estará caliente -comentó.

-Tiene aspecto de estar muy buena -dijo Pilar.

Fue entonces cuando tuvo conciencia de estar hambrienta. Las dos mujeres sonrieron, aunque de un modo tímido. Isabel tenía una figura pequeña y atractiva, seductora y rapaz sin ser en realidad bonita. Su cabello era una nube suave de color marrón oscuro, sujeta con una cinta gastada detrás de las orejas, y sus ojos, del color del pasto naciente, bajaban levemente en las esquinas. Por sus movimientos rápidos e impulsivos y sus maneras tentativas, parecía de algún modo un gatito vulnerable.

La casa de piedra, quizá en otro tiempo la choza de un pastor, era más vieja y más amplia de lo que parecía desde el exterior. Aunque sólo había una habitación principal, tenía alcobas separadas con cortinas a cada lado del hogar que parecían servir como aposentos para dormir. El piso de tierra se notaba apisonado durante generaciones. El techo estaba ennegrecido por el humo de innumerables fuegos, y de los tirantes expuestos colgaban tiras de cebollas y ajos secos y también jamones curados. El aroma de estos alimentos impregnaba el aire, mezclándose con el olor de jamón y sopa de frijoles. El mobiliario era escaso, sólo una mesa en el centro de la habitación bajo una lámpara colgante y un par de bancos rústicos, artesanales, a cada lado del hogar.

Isabel revolvía la sopa con un cucharón de madera. Las dos mujeres no volvieron a hablar, aunque la mirada de Isabel, profunda y especulativa, se posó más de una vez en Pilar.

Detrás de ellas la puerta se abrió de pronto para estrellarse contra la pared. Isabel gritó y se apartó. Pilar se volvió y vio que Refugio entraba transportando el cofre con las asas de bronce que contenía la donación al convento. Lo depositó en la mesa rústica, levantó la tapa y lo volcó para que el contenido se esparciera sobre la mesa. Con los brazos a cada lado de la cadera, miró a Pilar.

El cofre sólo tenía un cuarto de su contenido. Las monedas no eran de oro, sino de plata y muy delgadas.

-Las promesas son baratas -ironizó Refugio, con los ojos llenos de furia mientras la miraba por encima del cofre- y yo debía de haber estado advertido, considerando de dónde venían, Pilar Sandoval y Serna. Sin embargo, si ésta es la recompensa, quizá es preferible que yo mismo sea el que ponga condiciones.

CAPÍTULO III

-¡No lo sabía! Juro que no lo sabía.

Pilar se volvió con lentitud hasta enfrentarse a Refugio. Decía la verdad pero se sentía tan culpable como si hubiera deliberadamente engañado al jefe de los bandidos. Debía de haberlo sabido, debía de haber adivinado que la generosidad de la oferta de don Esteban no estaba de acuerdo con su naturaleza. Sin duda iba a presentar la escasa donación a la madre superiora del convento en privado en nombre de la madre muerta de Pilar para alejar de sí toda posible sospecha. Ella nunca hubiera sabido de su mezquindad hasta que fuera demasiado tarde.

-Podría creerle si estuviéramos en un jardín oscuro e iluminado por la luna -dijo Refugio-, pero por desgracia para usted, no hay ninguna de las dos cosas.

-¿Por qué iba a mentir? No había forma de que yo tuviera acceso al oro.

-Pero la promesa fue un incentivo muy poderoso, o eso creía creer usted.

Las palabras tenían un tono sarcástico por debajo de la acusación. Su rostro, teñido de azul y de amarillo por la luz del fuego, era como una imagen esculpida en bronce, impenetrable, implacable. Agua de lluvia se escurría de su cabello y descendía con lentitud por las líneas del entrecejo.

Pilar se humedeció los labios. Los seguidores de El León -Enrique, Charro y Baltasar, que habían entrado detrás de él- los esquivaban, miraban al suelo, al techo, a cualquier lugar excepto a ella y a su jefe. Se dirigieron al fuego, acercaron las manos a las llamas y fingieron un gran interés en la sopa que se estaba calentando. La única persona que los miraba era Isabel, cuyos ojos estaban bien abiertos en medio de la palidez de su rostro. La voz de Pilar era tensa.

-Hubiera sido estúpido por mi parte prometer algo que no podía cumplir.

-Sí, a menos que esperara que no nos diéramos cuenta hasta que estuviera a salvo con su tía.

-¡No me rebajaría a una trampa así!

-Pertenece a la casa de don Esteban. ¿Por qué no lo haría?

- Y usted pertenece a una familia noble para la cual el oro es un insulto -replicó acaloradamente-. ¿Por qué le preocupa tanto?

-Aunque sus encantos son considerables, no arriesgué la vida de los hombres que me siguen sólo por eso, ni por unas pocas monedas de plata. Necesitamos el oro para conseguir caballos, comida y alojamiento y para sobornos que pueden, en momentos desafortunados, abrir las puertas de las prisiones.

-Lamento haberle decepcionado, ¡pero le digo que no tengo nada que ver con esto! No hay nada, nada que pueda hacer para cambiar lo que ha sucedido.

Refugio la miró un largo rato. Cuando habló sus palabras transmitían calma.

-Quizá hay algo que yo pueda hacer.

Isabel dio un paso adelante.

-Refugio -murmuró-, no.

El jefe de los bandidos ni siquiera miró a la otra muchacha.

-Me pregunto -dijo a Pilar- ¿cuánto pagaría su tía para que usted le sea entregada sana, feliz y, por supuesto, sin que nadie la haya tocado?

Pilar pudo sentir que el corazón le saltaba en el pecho.

-¿Usted quiere decir retenerme para cobrar un rescate? Qué mezquino.

-¿No es cierto? E innoble. Pero nunca simulé ser de otro modo. Es usted la que me tomó por un personaje de tragedia, el vengador de afrentas.

El rostro de Isabel enrojeció y de sus ojos comenzaron a brotar lágrimas.

-Refugio, no digas esas cosas -gritó consternada-. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué?

Pilar, distraída por la angustia de la otra muchacha, habló con arrogancia al hombre que tenía delante.

- Aparentemente cometí un error. En lo que respecta a mi tía, no tengo idea de qué haría o qué no haría por mi bien. Tendrá que preguntárselo a ella.

-Mi próximo objetivo. Se lo aseguro.

Se quedó callado mientras Isabel se acercaba para tomar su brazo tratando de atraer su atención. La muchacha habló con rapidez, casi sin aliento.

-Estás haciendo esto porque quieres a esta mujer aquí. La quieres a ella, antes que a mí.

Refugio la miró y no movió ni un músculo de su rostro, no apareció ni un gesto de emoción en la superficie plateada de sus ojos. Sostuvo la mirada lastimera y suplicante de Isabel, y dijo una sola palabra por encima de su hombro.

-¿Baltasar?

El hombre mayor ya estaba dirigiéndose hacia Isabel, colocando su brazo alrededor de ella.

- Vamos, mi amor –susurró-. Todo va a ir bien.

-Baltasar -dijo Isabel al darse la vuelta y aferrarse a sus hombros de un modo convulsivo-. Haz que se detenga. A Refugio no le importa el oro; sólo va a regalarlo. Es ella. Lo sé. Hará algo terrible por ella.

-Cállate. -Fue la única respuesta que el bandido le dio y caminó con ella hacia el fuego- Ahora cállate.

Refugio se volvió con determinación hacia pilar. Ella mantuvo la mirada sin pestañear, pero no pudo ver nada excepto su propia imagen en la superficie helada.

-Usted estaba ansiosa, creo, por reunirse con su tía. Ahora ése es mi mayor deseo. ¿No es maravilloso cómo se ha producido esto?

Pilar no se había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta que escuchó este tono mordaz. Le costó un gran esfuerzo disimular su respiración agitada. Su voz era tensa cuando asintió.

-Sí, ¿no es cierto?

-Le diría que es mi único deseo... pero esto sería presumir que está preocupada. Y usted no lo está, por supuesto. -Había burla en su voz.

-No -dijo Pilar.

Se alejó de la mesa.

-Pensé que no lo estaba. Es mejor que coma algo y trate de dormir. Cabalgaremos hacia Córdoba a media mañana.

-¡Por la mañana! Pero yo pensé...

Se volvió hacia ella con tanta rapidez que el dobladillo de su capa húmeda dejó un dibujo con gotas de agua sobre el suelo.

-¿Sí? ¿Usted pensó?

-¿No han cambiado las cosas? ¿No está... ansioso por ver a mi tía, por arreglar este asunto?

-Eso esperará.

Percibió la actitud de impaciencia apenas contenida mezcla- da con amenaza, pero se negó a dejarse acobardar.

-No podría dormir. Cabalgaría ahora mismo.

-¿Con el peligro de los mercenarios de su padrastro?

-No me parece menos peligroso quedarme aquí.

Una luz atravesó sus ojos, haciéndolos brillar con una serenidad divertida.

-Entonces, está preocupada.

-Me parece que eso es lo que usted quiere -dijo tensa-. No lo conozco bien, pero estoy comenzando a pensar que, en general, tiene una razón para lo que hace. Si esto es así, tengo el derecho de ser cautelosa hasta que descubra qué pretende hacer conmigo.

-¿Por lo que Isabel acaba de decir?

Levantó el mentón y fijó sus ojos en los de él.

-Y sus amenazas, sí.

-¿Y usted piensa -dijo con calma mientras rodeaba el borde de la mesa y se dirigía hacia ella- que esa cautela me detendría si decidiera acercarme a usted?

Ese lento avance fue una prueba para sus nervios. Pilar pensó en no moverse cuando él se acercaba más y más, caminando con toda la gracia de su físico y sus músculos acostumbrados al esfuerzo constante. No le importaba si pasaba por encima de ella, no se movería. Su mente buscó aquí y allí una respuesta a la pregunta que le había hecho. No pudo encontrar ninguna, pero no importaba, ella no se movería. Detrás de ella, el ruido de platos cesó. Los murmullos angustiados de Isabel se desvanecieron. Lo único que se oía era el crepitar del fuego y el débil repiqueteo de la lluvia en el techo.

Pilar tenía pocas defensas contra el jefe de los bandidos. Podía pelear, pero dadas las diferencias de sus fuerzas, la superaría al instante. Estaba rodeada por sus amigos y compañeros, hombres entrenados para hacer su voluntad sin preguntar y que, sin preguntar también, se harían a un lado cuando él decidiera hacer realidad los placeres imaginados. Ella se había colocado en manos de El León por su propia voluntad. Necesitaba una extraordinaria mezcla de ingenio y suerte para escapar de sus garras, a menos que él decidiera dejarla ir.

Se detuvo delante de ella, tan cerca, que los bordes de su capa rozaron su falda mojada. Alargó su mano fuerte, de dedos largos para tocar la curva suave de su mejilla. Pilar retrocedió con un movimiento instintivo cuando sintió el calor de su tacto, la dureza de los callos que cubrían su palma y la sensación desconcertante de ese contacto deliberado. Respiró con rapidez, abriendo los labios al inhalar. La mirada de Refugio se concentró en las suaves superficies de curvas delicadas y las acarició con el pulgar en un movimiento de tenue exploración. Pilar se estremeció, su mandíbula tembló un poco mientras bajaba las pestañas para ocultar su confusión.

La soltó abruptamente, bajando la mano. Cuando habló, su I voz resultó baja y burlona.

-Alerta y valiente, pero mojada hasta los huesos... ¿Qué le hace pensar que estoy tan desesperado por una compañera de cama que aceptaría una con los ojos desorbitados por la aversión y los dientes castañeando de frío? ¿O que tengo tan poca astucia como para rebajar el valor de un rehén?

Pilar tragó con dificultad, estaba tan helada por dentro, que sintió la piel de gallina cuando terminó su cálida caricia.

-Entonces lo que dijo fue sólo para asustarme.

-Para alentar respuestas rápidas y claras a preguntas pertinentes. Admito que fui rudo.

-Pero con éxito. ¿O debo pensar que lo que me dice ahora es otro esfuerzo para que me quede tranquila mientras usted y sus hombres descansan?

-¿Lo preferiría de ese modo?

-Preferiría que respetara nuestro acuerdo sin rodeos y amenazas.

Todos sus músculos habían comenzado a temblar en cadena, y tuvo que ocultar los puños apretados entre los pliegues de su falda para que nadie los viera.

-No había nada en nuestro acuerdo que dijera que tuviera que morir por usted, señorita. Esto, dejando de lado la cuestión del oro. Mantenga sus promesas y yo mantendré las mías.

-Hay cosas que no podemos controlar.

El León se quedó mirándola un buen rato antes de alejarse.

-O evitar -dijo con aceptación-. Creo que estamos de acuerdo con eso. Pero acérquese al fuego. Si quiere hacer un recuento de esas cosas incontrolables e inevitables, hagámoslo al menos con comodidad.

Su tono no permitía rechazos ni demoras. Si estaba resignada a no obtener más que la plata por el servicio, no exteriorizó ninguna señal. Él mismo había planeado sus movimientos para las próximas horas, y también mencionado que acudiría a su tía. ¿Qué más había?

Estaba la acusación de Isabel, que afirmaba que Refugio la había traído a la casa de piedra para su provecho. Pero no, Pilar no podía creerlo. No había habido signos en su comportamiento que sugiriesen que él se sintiera atraído hacia ella, mucho menos que quisiera retenerla contra su voluntad. Pilar no era más que un medio para lograr un fin, una forma de dañar a don Esteban y, al mismo tiempo, de ganar lo suficiente para mantener la banda de forajidos. Si había algún plan en el cual ella tenía que cumplir un papel, no era precisamente el de tenerla en cuenta como mujer. Isabel se angustiaba sin razón. Sin ninguna razón.

Pilar se decía estas cosas y, sin embargo, parecía que Refugio trataba de demostrar que estaba equivocada. Le acercó una silla al lado de la suya y, apoyándose en una rodilla, tomó un tazón de sopa y se lo pasó a ella con sus propias manos. La sonrisa que le brindó mientras Pilar frotaba sus manos contra el tazón tenía una repentina calidez que la perturbaba. Antes de comenzar a comer, Refugio se acercó, desabrochó la capa de Pilar y se la quitó de los hombros. Luego se sacó su propia capa, que había comenzado a despedir vapor con el calor del fuego. Colgó los dos abrigos en ganchos junto a la chimenea.

Isabel se atragantó con la sopa. Baltasar le palmeó la espalda, pero ella pasó su tazón a las manos rudas de Baltasar y se puso de pie de un salto. Con los ojos llenos de lágrimas, se alejó de todos ellos para esconderse detrás de la cortina de una de las alcobas.

Los hombres se miraron entre sí y luego siguieron en lo suyo. Refugio, por la poca atención que prestó, quizá ni llegó a darse cuenta. Se sirvió la copa con aparente despreocupación. Sin embargo, cuando se escuchó un gemido sofocado, se detuvo. Apretó los puños hasta que los nudillos se pusieron blancos y luego se relajó. Con el rostro impasible, terminó de llenar el tazón y se sentó a comer.

El apetito de Pilar se había esfumado. Apenas tragó unas cucharadas de sopa, pero usó el tazón de cerámica para calentarse las manos. Aunque

todavía temblaba de vez en cuando, estremecida por una mezcla de frío y tensión, trataba de reprimir el movimiento con firme voluntad. El agua de lluvia caía lentamente desde el dobladillo de su falda mojando el piso de tierra alrededor de sus pies.

Sintió la mirada de Refugio sobre ella, pero se negó a mirarlo. Fijó los ojos, en cambio, en su sopa o en el corazón rojo del fuego. Sus nervios dieron un salto cuando, de repente, él se puso de pie para alejarse y desaparecer en la alcoba opuesta a la de Isabel. Regresó poco después, y en su mano tenía una bata de hombre de mullido terciopelo.

-Tome -dijo abruptamente-. Quítese su ropa mojada y póngase esto.

Miró la bata y luego elevó con lentitud la mirada hasta su rostro.

Su expresión no se alteró. Había cierto cansancio en su voz cuando dijo:

-No en público, a menos que ése sea su deseo.

-No -dijo con voz ronca-. Le agradezco...

-La dejaremos sola mientras se cambia.

El León dirigió una mirada a sus hombres que se pusieron de pie al instante.

-No es preciso; puedo ir dentro.

Señaló la alcoba de donde acababa de salir Refugio.

-Es más cálido delante del fuego. Pero le dejo libre la cama que encontrará detrás de la cortina. No la necesitaré pues regresaré tarde.

Pilar lo miró, percibiendo la seguridad sin palabras que él le brindaba.

-Pensé que iba a descansar.

-Ya descansé. Descansamos.

-¿Pero seguro...?

-La recuperación de don Esteban me preocupa mucho. No se inquiete. Dejaré a Baltasar para que la cuide. Y si la perturba mi regreso, me quedaré con las monedas de plata.

¿Quería decir que no pretendía perturbarla y por eso no temía perder el dinero que tanto le había costado ganar? ¿O significaba que, si decidía reunirse con ella en la cama más tarde, renunciaría a reclamar el contenido del cofre a cambio de sus favores? Para cuando llegó a la conclusión, con gran esfuerzo, de que lo que había querido decir era lo primero, Refugio ya se había ido.

Baltasar salió de la cabaña con los otros, murmurando algo sobre lo que debía controlar fuera. Pilar esperó hasta que el sonido de los cascos de los caballos se perdiera y se puso de pie. El frío y la tensión de los músculos convirtieron cada movimiento en una penuria. Debió luchar con sus ropas para quitárselas. Colgó sus cosas en los ganchos y luego tomó la bata. El fino terciopelo rojo oscuro estaba bordado en las solapas con hilos de oro. Prácticamente estaba nuevo, como si fuera un recuerdo de tiempos mejores, quizá de cuando el padre de Refugio aún vivía. Olía a hojas de tabaco usadas para preservarla de las polillas, con un ligero aroma de chocolate, como si alguna vez hubiera sido usada para desayunar.

Era suave y cálida cuando entraba en contacto con la piel. Las mangas eran demasiado largas y el dobladillo arrastraba por el suelo, pero sus pliegues envolventes transmitían una extraña sensación de seguridad. Sólo cuando se arropó se dio cuenta del frío que tenía tanto fuera como en lo más profundo de su ser.

Las cortinas de la otra alcoba se corrieron. Isabel entró en la habitación. Dudó al ver a Pilar vestida con la bata y un espasmo doloroso cruzó su rostro. Un momento después se acercó.

-¿Se han ido todos?

-Todos excepto Baltasar -respondió Pilar, aunque estaba segura de que Isabel no había podido dejar de escuchar todo lo que se había hablado en la habitación.

-Ojalá se hubieran quedado. No me gusta esto.

-El León debe de saber lo que está haciendo.

Isabel asintió con lentitud.

-Siempre está en guardia, por eso está vivo todavía. Pero nunca lo he visto así… tan distante y tan duro.

El cuerpo de Isabel tembló ligeramente. Su rostro estaba hinchado y sus ojos rojos por el llanto. Había desolación en sus rasgos, como un niño al que retaron injustamente.

-Es un hombre formidable.

Los labios de Isabel se pusieron en tensión.

-No siempre, no conmigo. Es un hombre de sentimientos profundos, más profundos que los de la mayoría. Recibe el dolor de los otros y lo hace suyo. No es bueno para él hacer esto, pero no sabe hacer las cosas de otro modo. A veces, para protegerse, finge no sentirse afectado, pero no es así. Nunca es así.

-Parece que lo conoces bien.

Fue una afirmación de importancia. Pilar lo sabía, pero la pronunció más para protegerse que por curiosidad. Cuanto más supiera del hombre que la retenía, mejor.

-Lo conozco -dijo la joven con orgullo-. Es hijo de un hidalgo, un hombre que poseía la finca más conocida de Andalucía, donde se dedicaban a la cría de toros bravos para el ruedo. Refugio solía jugar a que era un torero, pero el padre lo castigaba por eso, pues no sólo era peligroso, sino que enseñaba a los toros más de lo que debían saber. Refugio vino a verme una vez cuando bailaba flamenco con las gitanas de Sevilla. Me cantó una serenata y me dio una rosa con una perla dentro. Después, años después, mató a un hombre por mí, un hombre que me golpeaba y me obligaba a vender mi cuerpo en las esquinas. Por poco tiempo fui la mujer de El León y dormí en su cama, aunque ahora pertenezco a Baltasar.

La simplicidad de la confesión le quitó lo que tenía de ofensiva y horrorosa. Antes de poder contenerse, Pilar afirmó:

-Amas a El León.

-¿Cómo podría evitarlo? -agregó la joven con una leve sonrisa-. Pero ojalá no se lo hubiera dicho nunca. Eso me alejó de él, dijo que había cometido un error. Refugio no quiere que las mujeres lo amen. Lo evita siempre que le es posible, pues no puede, con honestidad, ofrecer amor a cambio.

-¿Porque no tiene nada para darles, excepto… esto? -Pilar señaló la rústica habitación.

-Eso dice. Pero yo creo que tiene tanto amor oculto dentro de sí, que la mujer que pueda liberarlo tendrá su alma en las manos. Teme esto pues lo considera una debilidad y por eso sólo permite que se le acerquen mujeres a las cuales no puede amar, que no se sientan heridas por su falta de amor.

-Excepto tú -dijo Pilar.

La joven bajó la vista y miró al suelo.

-Es lo que quiso decir cuando habló de un error. Yo necesitaba tanto a alguien, y él no pudo rechazarme sin causarme más dolor del que pensó que yo podía soportar. Yo lo sabía, por eso el error fue también mío.

Un sentimiento de culpa por haber arrancado una confesión tan

perturbadora acometió a Pilar.

-Lo siento, no quería inmiscuirme en tus asuntos.

-No lo lamentes. Echo de menos no tener otra mujer aquí en las colinas. Baltasar es un hombre muy tierno y me escucha cuando hablo, pero no sabe cómo hacer esas pequeñas preguntas que llegan al corazón de las cosas como hacen las mujeres. Y respecto de los otros... -Isabel se encogió de hombros.

-¿Han estado todos juntos por mucho tiempo?

-¿Todos? Hay muchos más además de Baltasar, de Enrique y de Charro que siguen a Refugio en su banda. Refugio confía mucho en estos tres, son sus hombres de confianza, los que a veces pasan sus órdenes a los otros. Pero sí, hace más de dos años que estamos juntos.

Isabel se acercó al caldero de sopa para retirarlo del fuego, luego agregó un leño. Cuando las llamas volvieron a crepitar, Pilar se sentó en la silla que Refugio había dejado. Parecía de mala educación levantarse y dejar a la joven después de lo que acababa de decir. Además, Pilar no tenía sueño.

-Los otros de los que hablabas, ¿no se quedan aquí?

Isabel sonrió.

-No, no, no hay espacio. Hay otros sitios para ellos, algunos en las montañas, otros en los pueblos.

-No sabía que eran tantos.

-¿Pero no has escuchado las canciones, las leyendas? -preguntó Isabel con interés.

-Pensé... supongo que pensé que sólo eran historias que alguien había inventado.

Incluso en el interior del convento Pilar había escuchado las canciones que se entonaban sobre la forma en que El León había reunido a los bandidos de las montañas, pequeños ladrones y estafadores y aquellos que estaban fuera de la ley injustamente; cómo los había convertido en una fuerza que podía atemorizar a los corazones de los venales y corruptos. Se decía que no aceptaba a los que habían cometido asesinatos o violaciones o que habían lastimado a niños o usado la violencia para tomar lo que no les pertenecía. Pero a aquellos que habían sido detenidos por robar para comer o acusados injustamente o castigados sin motivo, les brindaba refugio y en algunos casos retribución.

-Enrique escribió algunas de las canciones, sí, pero no se cantarían en las tabernas ni se susurrarían en las iglesias si no fueran reales.

-¿El hombre más pequeño?

-El que usa un bigote angosto. ¡Qué orgulloso está de él, de ese bigote, y qué vanidoso de la impresión que causa en las mujeres! Pero es tan divertido que me hace reír. Es amigo de Refugio porque también lo hace reír a él y porque los dos sienten pasión por las palabras, uno por escribirlas; el otro, por decirlas.

-Es difícil pensar que Enrique sea un criminal.

-¡Pero no lo es! -exclamó Isabel con indignación.

- Pero ¿por qué está entonces aquí?

-Enrique formaba parte de una feria trashumante. Pertenecía a un grupo de saltimbanquis y a veces simulaba también ser un gitano que adivinaba el futuro. Pero adivinó el futuro equivocado a la dama equivocada. Dijo que le robarían y que matarían a su esposo. La dama contó a todo el mundo lo que el gitano le había dicho. Luego, cuando todo eso sucedió en la realidad, lloró y se lamentó hasta que todos concluyeron que el gitano había predicho sólo

lo que pretendía hacer. Enrique tuvo que huir de por vida. Lo que Enrique no sabía era que la dama tenía un amante y quería convertirse en viuda.

-Y Baltasar, ¿él también es inocente?

Isabel se mordió los labios.

-No exactamente. Una vez fue marinero en un barco que cubría el trayecto entre Cartagena de Indias y España. El capitán del barco era un malvado que disfrutaba azotando a los demás hombres. Baltasar provocó un motín, lo que ya es suficientemente comprometedor, pero además se llevó una buena parte del oro del rey con él cuando abandonó el barco. Lo perdió en un escondrijo de piratas en el Caribe, y volvió a España. El precio de su cabeza es alto.

-Imagino que así debe de ser.

-¿Quieres saber también qué paso con Charro? Su nombre es en realidad Miguel, Miguel Huerta y Cisneros, pero habla tanto de los charros, los jinetes que cuidan el ganado de la: estancia de su padre en el condado de Tejas en Nueva España, que todos lo llaman con ese nombre. Fue enviado aquí a la vieja España por su padre para que se educara, mejorara sus costumbres y además abandonara una relación imposible con una joven india. Sólo encontró problemas.

-Naturalmente -dijo Pilar. Isabel sonrió.

-El pobre Charro tuvo la poca fortuna de atraer la atención de una condesa a la que le gustaban los jóvenes no demasiado comunes. Su marido se enteró y desafió a Charro a un duelo. Charro debería haber permitido que le dieran algunos golpecitos con la espada para satisfacer el honor del hombre, pero era demasiado nuevo en este juego como para conocer el código. Mató al marido. La condesa y los familiares del conde no se sintieron complacidos; alguien contrató a un asesino para matar lo. Casi lo consiguen, Y así habría sido si Refugio no hubiera estado allí para impedirlo. Cuando Charro se hubo repuesto de sus heridas, decidió que podía aprender más con Refugio que en la universidad Y que estaría más seguro que entre la sociedad de Sevilla.

-¿Quizá Charro conoció a Vicente en la universidad?

-Creo que no, aunque Refugio había ido a ver a Vicente la noche en que luchó con el atacante de Charro. Refugio cuida mucho a su hermano, que está estudiando para ser sacerdote. Ha puesto muchas ilusiones en ello.

-¿Lamenta Vicente el modo de vida de su hermano? -preguntó Pilar.

Isabel sacudió la cabeza con su verde mirada turbada.

-No. Vicente se preocupa mucho por su hermano Y se uniría a él si Refugio se lo permitiera. Como no lo hará, es como si Vicente negociara con Dios, como si le ofreciera su vida a la Iglesia a cambio de que su hermano esté a salvo.

-Es algo admirable -comentó Pilar.

-A Refugio le molesta que Vicente se esté sacrificando por sus pecados. Él prefiere hacer sus propias compensaciones.

-¿Sacrificándose él mismo, quieres decir?

-¡Para nada! No es tan... tan...

-¿Tan místico?

Pilar propuso la palabra con certeza, aunque la hizo parecer una pregunta.

Isabel asintió.

-Exacto. Refugio compensa todos los días con las buenas obras que hace a los otros, los pobres, los enfermos, los hambrientos Y aquellos que no

tienen a nadie más, que no tienen otra forma de solucionar sus problemas.

-Realmente es todo un modelo -comentó Pilar con cierta ironía.

-Sí -replicó Isabel con simpleza.

No había nada que agregar a esto. La joven estaba encandilada todavía por el jefe de los bandidos, aunque él la hubiera dejado de lado. Afuera, el viento gemía en los aleros de la choza y la lluvia salpicaba contra la puerta. Pilar pensó en Refugio y en los otros que cabalgaban una vez más en la oscuridad, después de las largas horas en la silla de montar durante el día y trató de reprimir un sentimiento de compasión. La vida de un bandido no era fácil. Baltasar también estaba fuera, en alguna parte, asegurándose de que estuvieran a salvo. Pronto debería estar de regreso. Sería mejor no tener que mantener también una conversación casi forzada. Además, comenzaba a sentirse bien de nuevo y con la calidez que la invadía podía percibir su agotamiento.

Simuló un bostezo que, de pronto, se convirtió en real. Cubriéndose con los dedos, se dirigió a Isabel.

-Creo que quizá debería encontrar esa cama que habíais mencionado.

Isabel asintió.

-No tienes que preocuparte. Aunque Refugio vuelva, pondrá una manta junto al fuego con los otros.

-Así me lo dio a entender.

Las palabras de Pilar fueron dichas en un tono cortante.

-Refugio dice muchas cosas maravillosas, sobre todo para ver cómo las reciben las personas, para ver cómo son, la mitad de lo que dice no es verdad.

-Es la mitad verdadera la que me preocupa -dijo Pilar en tono burlón.

-¿Qué?

Pilar sólo sonrió y sacudió la cabeza, como si hubiera hecho una mala broma. Se puso de pie con dificultad, pues sus músculos estaban doloridos y acalambrados, y dio las buenas noches.

La cama de la alcoba estaba limpia y ordenada; parecía pertenecer a un monje por su sencillez. También resultaba inesperadamente cómoda, con su colchón de pelo de caballo cubierto por sábanas de lino y una cobertura de piel de oveja unida con tiras de cuero. Pilar quedó tendida durante largo rato escuchando la lluvia sobre el techo bajo y mirando las luces del fuego que se reflejaban a través de la delgada cortina y jugaban en el techo.

Pensó en su madre sola noche tras noche, aceptando la vida de una prisionera inválida, muriendo lentamente. Se preguntaba qué le habría dicho don Esteban a su esposa respecto de la ausencia de su hija, qué excusa le habría dado. Pilar dudaba que fuera la verdad. Que pudiera haberse sentido descuidada, abandonada en sus últimos días, llenaba a Pilar de una frustración tan grande, de un dolor y una pena tan reales que no podía contener el lento brotar de las lágrimas.

Todos los sueños de su madre de vivir en la corte se habían desvanecido. Qué conmoción debía de haber sentido cuando llegó a comprender que su marido quería privarla de ese privilegio que buscó con tantas ansias con su dinero. Qué horror debió de haber sentido cuando conoció la naturaleza del hombre con el que se había casado. ¿Se habría dado cuenta de que la estaba envenenando? ¿Habría tratado de escapar? ¿Se habría aferrado con desesperación a la esperanza de que su marido no fuera tan malo, o había quedado tendida hora tras hora, perdida en la desesperanza, preguntándose cuándo llegaría la muerte?

Don Esteban había ordenado la muerte de Pilar, había gritado a sus hombres que la mataran. Si alguna vez había tenido la menor duda sobre sus intenciones, ahora no le quedaba ninguna. Pero a ella no la mataron. Era algo que don Esteban lamentaría. Ella, Pilar Sandoval y Serna, le haría pagar por todo en persona.

Sus cabellos se humedecieron con las lágrimas que caían por sus mejillas, y percibió el sabor salado en los labios mientras se esforzaba por recuperar ese control del que se sentía tan orgullosa. Le debía la vida a Refugio de Carranza. Era un hombre irritante, despótico, engañoso, que la confundía con sus cambios repentinos entre la hostilidad y la preocupación, las amenazas y la magnanimidad; sin embargo, no debía olvidar esa deuda. Tenía que mostrarle su agradecimiento.

Pensaba en El León acostado donde ella estaba ahora, su enorme cuerpo cubriendo la cama estrecha. Había una intimidad molesta en esa idea, lo sentía en los poros de la piel. Trató de decidir qué haría si él regresaba y corría la cortina para reclamar su sitio. Se protegería, por supuesto, pero ¿cómo?

Antes de que pudiera responder a esa pregunta, sus ojos comenzaron a arder. Los cerró por un instante, para calmarlos.

Fue en algún momento que un sonido suave y susurrante interrumpió la tiniebla de su sueño. Se movió en la cama, consciente de la perturbación, pero demasiado cansada como para responder. La rodeó un cálido bienestar. Estaba a salvo. Suspiró y se quedó dormida.

CAPÍTULO IV

Pilar se despertó con todos los sentidos en alerta. Sus párpados se abrieron automáticamente. La luz de la habitación era gris y mortecina. En ella vio el destello gris de los ojos de Refugio que, al incorporarse en un codo, la miraba. Había cierto afecto en su mirada y una sonrisa divertida en sus labios firmes.

-Buenos días -dijo, con palabras serenas y despreocupadas-. Necesité un baño de lluvia para sacarme el olor a oveja. Ahora no tiene de qué quejarse.

Pilar esperó hasta que tuvo la seguridad de que su voz no la traicionaría.

-Se equivoca.

-¿Qué pasa, querida? Estaba seguro de que el sueño suavizaría su perspectiva, si no su disposición.

-¡No hay nada de malo en mi disposición! Usted prometió...

-Bajo pena de pérdida de las monedas. Y ¿la he decepcionado?

Lo miró con una extraña sensación de ahogo en el pecho. Podía sentir la fuerte musculatura de su cuerpo contra ella. Estaban muy juntos en la cama tan angosta. El brazo izquierdo de Refugio cruzaba por encima de la cintura de la joven hasta llegar al otro lado de la cama. Pilar lo sentía como un abrazo. Vestía una camisa, eso era todo lo que podía ver. Qué más tenía y si estaba debajo de las mantas o encima de ellas, no podía asegurarlo. Le hubiera gustado saberlo, pero se negaba a mirar por temor a revelar su ansiedad. Se concentró en los centros oscuros de sus ojos, en sus pestañas tan largas que se enroscaban hasta tocar la piel sobre las cejas.

-Usted sabe muy bien que dijo que podría tener esta cama para mí, sólo para mí.

-¿Cómo iba a saber que me encontraría con un grupo de hombres que necesitaban un lugar seco para tender sus mantas? No hay sitio para un cachorro recién nacido en la habitación, lo juro. Además, quería estar seguro de que nada la molestaría como le había prometido, sin considerar las nuevas llegadas. Era una cuestión de orgullo, presunción de mi parte, por supuesto. Ésta me pareció la mejor forma de asegurarlo.

-Sin duda piensa que debo estar agradecida.

-No, no, sólo debe comprenderme.

Pilar lo consideró.

-Eso puede ser, pues ahora soy más rica ya que poseo un cofre lleno a medias con monedas de plata.

-O vacío a medias. Pero la promesa era no molestarla, no necesariamente dejarla sola. Dígame a qué hora me uní a usted... y también por qué usted lo permitió... y puede reclamar la plata.

Era irritante la rapidez con la que podía jugar con el lenguaje. Con una o dos buenas frases le había imposibilitado decir cuándo había llegado. Pensó que lo sabía, pero si hubiera estado en realidad despierta, no le habría permitido quedarse. Si hubiera agregado algo más, habría dado pie a otras preguntas como por qué no se había quejado y cuántas cosas más debería aceptar de él. Estaba exhausta; ésa era la respuesta, aunque distaba de ser satisfactoria. Si apenas podía aceptar esta explicación ella misma, ¿cómo podía esperar que él lo hiciera?

-Usted es el más... -comenzó, luego se detuvo al recordar que ese hombre le había salvado la vida y, aún más, no la había tocado durante la noche que

pasó a su lado. O al menos creía que no lo había hecho.

-Vamos, no sea tímida. Soy un coleccionista de epítetos personales, en particular los inusuales. Déme uno que no haya escuchado.

Refugio la miró en la penumbra mientras Pilar reprimía lo que iba a decir mordiéndose los labios. La necesidad de acercarse y tocarla fue tan repentina y violenta que se sorprendió y se molestó por el esfuerzo que le supuso contenerse.

Pilar era hermosa, allí tendida con el cabello brillante desparramado sobre la almohada y la suave luz matinal reflejada en los espejos oscuros de sus ojos, pero él había visto muchas mujeres casi tan hermosas como ella. La situación entre ellos en ese momento era incitante, pero él había superado otras mucho más excitantes sin la agitación de ese deseo ardiente. Era verdad que Pilar tenía un refinamiento mayor en sus maneras y gestos que las mujeres que había conocido en los últimos cinco años, pero ¿qué importaba eso?

Sus motivos para estar allí, a su lado, eran exactamente los que dijo. Podía haber partido antes de que se despertara; ésa había sido su verdadera intención. Luego había sentido el impulso de probar de qué clase de acero estaba hecha. Ahora sabía que era valiente y honesta, sin la desagradable costumbre de gritar. ¿Pero eso había sido todo? ¿No había querido también probar su reacción en la intimidad de un ambiente más privado que el lomo de un caballo o una habitación llena de gente? Era verdad, pero injusto. Había llegado el momento de terminar con todo eso. En ciertos momentos la tendencia analítica podía no ser conveniente.

Sacó la capa que lo cubría por encima de la manta de piel de oveja. Se puso de pie con tranquilidad y se acercó para tomar su mano.

-Arriba. El sol debe de estar brillando en Córdoba, si es que hay sol, y ha llegado el momento de que la entregue a su tía.

Refugio la empujó con tanta rapidez hacia arriba que la manta de piel de oveja cayó sobre la enorme bata de terciopelo que vestía Pilar y la abrió hasta la cintura. Al sentir el aire frío sobre la piel desnuda retrocedió con un movimiento que la hizo perder el equilibrio y tambalearse sobre el borde de la cama. Refugio la sujetó e introdujo sus manos bajo la bata para recorrer esas deseables curvas hasta estrecharla contra él. Por un instante se quedaron inmóviles. Refugio acariciaba la piel satinada de la espalda de Pilar y extendía su palma sobre la suave curvatura de la parte baja de la columna. Su mirada se detuvo en la blancura surcada de venas azules de sus pechos cuyos pezones se ocultaban bajo el suave lino de su camisa. Una cierta palidez se entrevió en su piel oscurecida por el sol.

Pilar cerró lentamente sus manos contra los músculos tensos que surcaban sus brazos mientras cada gota de sangre en sus venas ascendía a su cabeza. El corazón le golpeaba contra las costillas y podía sentir muy adentro el crecimiento lento de algo no permitido, de algo no deseado.

Respiró con dificultad, retrocediendo mientras insinuaba una acusación.

-¡Usted...

-¡No! -dijo Refugio, la palabra resonó con violencia-. Nunca quise esto. Torpe puedo ser, pero no completamente venal. Le doy mi palabra de honor.

Aflojó la presión, hasta ese momento impenetrable, y permitió que Pilar se hundiera de nuevo en la cama, juntara los bordes de la bata y los apretara a la altura del cuello. Las miradas chocaron; los ojos marrones se fijaron en los grises que reflejaban la confusión seguida de cierta burla. La joven se detuvo en la cuadratura de los hombros, como si se estuviera protegiendo de

sus gritos de indignación o de su desdén.

A Pilar le pareció que decía la verdad, que no había buscado ese breve abrazo. Levantó el mentón con los ojos firmes sobre los rasgos endurecidos de Refugio.

-Acepto su palabra.

-¿La acepta? -dijo con palabras vacilantes mientras la miraba fijamente.

-No puedo hacer menos -dijo con dignidad.

-Pero, ¿por qué?

-Me he beneficiado con su... hospitalidad. Un Carranza pienso, no forzaría a una mujer bajo su propio techo.

-¡Ah!, mi hospitalidad.

El entendimiento entre ambos era completo. Pilar le estaba concediendo el derecho al honor que le correspondía a su nombre y a su anterior posición noble, junto con las muchas obligaciones que ese código de conducta le encomendaba.

Refugio inclinó la cabeza con una sombra de admiración en sus ojos.

-Acepte mi gratitud y mis disculpas.

-En absoluto -dijo-. Estaba hablando de partir, creo. Nadie puede estar más feliz que yo de estar en camino, pero mis ropas están allí, cerca del hogar. Dudo que sus hombres quieran ser interrumpidos en su sueño por unas enaguas.

- Lo que ellos quieran no importa en absoluto. Pero no se preocupe; le traeré sus ropas y su baúl. ¿Acostumbra tomar su chocolate fuerte o con mucha leche?

-No es necesario que se moleste -dijo mientras balanceaba sus pies sentada en la cama-. Quizás Isabel...

-Está durmiendo, y se me acaba de ocurrir que me gustaría que compartiera usted conmigo mi desayuno en la intimidad.

Echó una mirada a la alcoba.

-Le estoy impidiendo su descanso. Me levantaré y lo dejaré solo.

-En absoluto -dijo Refugio mientras corría la cortina-. ¿A menos que prefiera las opciones que tiene del otro lado de esta barrera? -Como Pilar no respondió, Refugio asintió.- Creo que no. Sea paciente y le traeré lo que necesita.

Posiblemente estaría más segura en la otra habitación, se dijo Pilar mientras Refugio desaparecía detrás de la cortina. Otros hombres podían ser menos fiables, pero no tan desconcertantes en sus palabras y actitudes. La idea de que él la sirviera mientras esperaba en la cama la hacía sentir muy incómoda, en especial a la luz de lo que acababa de pasar. Un hombre de una sensibilidad más fina y menos confianza la hubiera dejado recuperarse a solas. Reunirse con ella en sus aposentos era en esencia un gesto protector, o por lo menos así pensaba él, pero había algo casi posesivo en todo ello, un deseo de probar la confianza que ella le profesaba. No le gustaba eso, pero no podía impedirlo. Al menos esperaba que la situación no se prolongara demasiado. Unas horas más y estaría con su tía. Una vez a salvo, establecida en Córdoba, no había razón para que volviera a ver a Refugio de Carranza. Ninguna. Esto la hacía muy feliz. Por supuesto que sí.

Pilar se estaba peinando con los dedos cuando regresó Refugio. Apurada, formó un moño con la espesa masa ondulada, lo sujetó a la nuca y se estiró para tomar la taza de chocolate que él le acercaba. Cuando Refugio se sentó al pie de la cama, retrocedió para apoyarse contra la pared que estaba detrás de la cama. Refugio la miró con cierta burla, como si sospechara que trataba

de poner tanta distancia entre ellos como fuera posible, pero evitó los comentarios.

Quizá no estuviera completamente equivocada. Parecía tan grande en la pequeña alcoba. ¡La suya era una presencia tan abrumadora! Estar encerrada con él de nuevo detrás de la cortina, separados de los otros, era tan provocativo como incómodo. Que él lo sentía era evidente por la rigidez de sus movimientos y su relativo silencio.

Sus gestos eran más bien indiferentes cuando le acercó un trozo de pan que había traído envuelto en una servilleta. Pilar lo tomó y murmuró su agradecimiento. Trató de iniciar una conversación intrascendente.

-No sabía que la vida del bandido permitiera lujos como éstos.

-No vivimos mal, aunque el pan está hecho de granos gruesos y el chocolate, con leche de cabra.

-Parece que se arregla mejor que la mayoría.

-¿Por que dice eso?

Pilar se encogió de hombros.

-He escuchado historias.

-No debería creerlas.

-Si no lo hubiera hecho -dijo mirando al trozo de pan- nunca lo hubiera buscado, nunca hubiera escapado de mi padrastro. Estoy agradecida, pese a todo.

Refugio la miró un buen rato. Cuando habló, las palabras eran suaves.

-Lo habría hecho sin la promesa del oro, usted lo sabe bien. Lo que me desagrada es ser tomado por tonto.

-Nunca haría eso.

-Al menos no más a menudo que lo necesario -respondió con sequedad.

-No, de verdad -se quejó.

-Trataré de creerle. ¿Cómo puedo dejar de hacerlo?

Encontró su mirada para agradecerle este sutil pacto. Una sonrisa iluminó los ojos de Refugio, entibiando su color gris y plegando los pómulos de su rostro. También distendió un poco la atmósfera.

Comieron en silencio por unos momentos hasta que Pilar volvió a hablar.

-¿Descubrió qué pasó con don Esteban?

-Se fue del lugar del ataque. Aparentemente se recuperó lo suficiente como para ser llevado en el carruaje, o al menos eso parece.

Demostró que comprendía.

-No parece sorprendida.

-Sabía que no podía estar muerto; eso sería demasiada fortuna.

-Está muy sedienta de sangre -dijo sacudiendo la cabeza.

Su respuesta fue una sonrisa breve.

-Es porque llevo mucho tiempo al lado de don Esteban. Parece que las cosas siempre salen a su manera.

-No siempre, pero bastante a menudo.

Con el comentario recordaba lo mucho que él también había perdido. Al reconocer esto, Pilar cambió rápidamente de tema.

-He estado pensando. Si mi madre no se hubiera casado con don Esteban, no dispondría de los medios para lograr sus ambiciones... o su disputa con los Carranza. Es posible que tenga razones para desconfiar de mí.

Refugio la miró curvando ligeramente la boca antes de hablar en voz baja.

-Si los Carranza no hubieran inspirado tanto odio y tanta necesidad de venganza en su padrastro, quizá nunca habría buscado a su madre y se

hubiera casado con ella, tal vez no habría provocado su muerte y la hubiera mandado a usted al convento. Es una espada de doble filo.

-Puede ser, pero hay más. Si no hubiera matado al hijo de don Esteban yo habría sido forzada a casarme con el. Le debo eso.

-Sí, si lo hubiera matado por usted. Pero como no fue así, no me debe nada. Ni hay ningún motivo real de culpa. ¿Podemos decir que esto está terminado?

Pilar inclinó la cabeza y consintió a medias.

-Si le parece. -Sí.

Pilar miró por debajo de las pestañas al hombre que estaba sentado tan cerca. A través de la tela de la camisa se veía la tensión de sus hombros anchos. Su cabello era oscuro y ondulado y su mirada debajo de las cejas espesas era firme y revelaba una aguda percepción. Sus rasgos estaban perfectamente equilibrados y había fuerza y gracia en la forma de sus manos. Pese a su apariencia de bandido, había también en él rasgos de su antiguo linaje. Por un instante deseó que las cosas hubieran sido diferentes, que hubiera sido posible que ella continuara su relación con Refugio de Carranza y León en otras circunstancias más favorables. Su mirada se perdió en el infinito, perturbada por el sentido de estos pensamientos.

El silencio entre ellos se prolongaba. En la otra habitación un hombre tosió y se levantó murmurando una imprecación. Pudo oírse el crepitar del fuego cuando alguien agregó más leña a las brasas.

Refugio terminó su chocolate. -Por más agradable que sea esto, es tiempo de que comencemos a preparar nuestra travesía a Córdoba y a pensar qué artimaña usaremos para sortear sus puertas.

-¿Una artimaña?

-¿Qué esperaba? ¿Una gran procesión con carruajes, jinetes y los hombres venerables de la ciudad esperando para saludarla?

-Difícilmente -respondió con acritud.

-Bien. Entonces no se decepcionará.

Entró en la antigua ciudad amurallada en un carro de dos ruedas. Si hubiera viajado sola, podría haber cabalgado a través de las grandes puertas sin preocupaciones y sin más obstáculos que dar su nombre a los guardias. Pero no viajaba sola. Refugio había acordado llevarla a la casa de su tía, e iba a hacer exactamente eso. Pilar no había considerado, cuando le hizo la propuesta, cómo El León iba a cumplir con lo pactado. Conocía esas leyendas populares que le otorgaban los poderes de un fantasma para pasar sin ser visto. También había escuchado rumores de los muchos amigos y simpatizantes que tenía en el campo y que lo ayudaban a moverse de un lado a otro y los sobornos que a veces utilizaba para entrar y salir de Sevilla a voluntad. Nunca se le ocurrió pensar qué otros recursos podía verse forzado a usar. En verdad nunca había sospechado que sería parte de uno de ellos.

El carro era viejo y muy usado, de modo que sus ruedas altas de madera sólida vibraban constantemente en los ejes. La carga de leña, troncos y ramas de extraña forma, que había escogido con cuidado en el bosque, era quizá demasiada exigencia para el viejo burro que tiraba del vehículo. Pilar viajaba en el asiento mientras Refugio caminaba a uno de los lados con la rienda del burro en una mano y un palo que era más grueso de lo que parecía en la otra.

Habían encontrado ese medio de transporte en una granja bastante alejada de la ciudad. La mujer del granjero también había suministrado el rebozo de lana negra que cubría la cabeza y los hombros de Pilar y el trozo de carbón con el que se habían pintado oscuros círculos debajo de los ojos y en las mejillas. Pilar no preguntó dónde había encontrado Refugio el sombrero cónico que usaba y que le tapaba los ojos, los pantalones cortos y gastados y los zapatos rústicos que lo hacían parecer un campesino. Sólo lo miraba a veces, y con asombro teñido de respeto.

Fue en la mañana del tercer día, un día de mercado, cuando intentaron entrar en la ciudad. Se unieron a un grupo de carros, carretillas y burros que se dirigían a las puertas, todos ellos cargados con algo para vender, desde cueros curtidos hasta frascos de aceite de oliva, desde repollos frescos hasta gansos vivos. Detrás de ellos, a cierta distancia, venían Baltasar, Enrique y Charro en medio de un rebaño de cabras.

Pilar, Refugio y los otros tres hombres habían permanecido durante la segunda noche en la casa del granjero, compartiendo la única habitación con el hombre y su esposa, sus nueve hijos, cinco perros, una gallina negra y una buena cantidad de pulgas. Después de una noche como ésa, Pilar pensó, que seguramente se verían tan desaliñados que nadie podría reconocerlos. Sin embargo, Refugio no estaba satisfecho. Insistió en que llevara en brazos al último vástago de la familia del granjero, un niño de siete semanas, que lloró con todos sus pulmones al ser separado de los brazos de su madre. El niño no dejó de gritar desde que partieron de la granja, y mojó el regazo de Pilar pese a que varias veces tuvo que cambiar los trapos que servían de pañales. La madre, que los seguía con su marido detrás del rebaño de cabras, se acercó una vez para alimentar al bebé. El niño se tranquilizó sólo por unos minutos y comenzó a gritar de nuevo no bien volvió a los brazos de Pilar. Evidentemente intuía la inexperiencia y el miedo a lo que iba a suceder.

Delante de ellos se extendía el río Guadalquivir. El agua de color marrón-verdoso bajaba plácida rodeando sus islotes antes de deslizarse por los arcos del antiguo puente romano que daba acceso a la ciudad. El carro atravesó la fortaleza de Calahorra y comenzó a cruzar el puente. Delante de ellos, Pilar pudo ver en la puerta, construida con columnas de piedra en estilo románico, dos guardias. Uno estaba hablando con una joven atractiva y vivaz que tenía un ganso debajo de cada brazo. El otro los miraba aproximarse con las manos detrás de la espalda y un gesto adusto en el rostro.

El carro se acercó con las ruedas que crujían como si estuvieran alambradas. El guardia estiró las manos y las colocó en las caderas. Frunció el entrecejo. El carro se acercaba más y más. El guardia dio un paso hacia delante. Pilar miró levemente a Refugio. El jefe de los bandidos parecía despreocupado por el peligro y seguía mirando hacia delante.

-¡Alto! -ordenó el guardia.

Refugio no dio señales de haber escuchado. Pilar pasó la lengua sobre los labios al mismo tiempo que sacudía al bebé que lloraba con la esperanza de que se quedara callado.

El guardia se puso delante de ellos con la mano levantada.

-Le dije que pare. ¡Alto! -gritó enérgicamente.

Una especie de pánico recorrió los rasgos de Refugio. Tiró de la rienda que sostenía al burro. Cuando el animal se detuvo, Refugio se quitó el sombrero y se quedó con la cabeza gacha, temblando de un modo casi

invisible.

-Eso está mejor -dijo el guardia sacando pecho-. Están haciendo mucho alboroto y despertarán a los nobles. Por amor de Dios, engrase sus ruedas. Y tú, mujer, ¡da de mamar a ese niño!

-¡Sí, señor, sí! De inmediato, señor -replicó Refugio con voz servil.

Se inclinó hasta casi tocar el suelo al mismo tiempo que hacía gestos frenéticos a Pilar. Estas acciones aflojaron la rienda que tenía en la mano lo que provocó que el burro comenzara a avanzar de nuevo. El guardia salió del camino, aunque observó a Pilar con tanta dureza que la hizo ruborizar y manipular con torpeza su vestido por debajo de las puntas del rebozo. Por suerte, el bebé consideró familiar el movimiento y la forma en que lo sostenían, y disminuyó el volumen de su llanto.

Siguieron en marcha confundiéndose con la multitud. Pilar se sentó erguida, esperando que los llamaran de nuevo o que Baltasar y los otros fueran detenidos. Pero no sucedió. Estaban dentro de los muros de la ciudad, habían llegado a Córdoba.

Continuaron por la calle; pasaron por la fachada de la antigua mezquita que había sido construida por el califa moro de Córdoba más de mil años atrás y se transformó en catedral cuatro siglos y medio más tarde con la conquista del rey católico. Sus arcadas majestuosas se elevaban sobre ellos, sólidas y armoniosas en su simetría. Refugio y Pilar apenas miraron hacia arriba. El bebé lloraba sin parar. Refugio, que caminaba al lado del carro, miró a Pilar de reojo. Su voz sonó divertida cuando dijo:

-Veo que no es muy maternal.

-Ser maternal no tiene nada que ver con esto -replicó-. Esta pobre criatura sabe que algo no está bien y quiere a su madre.

-No más de lo que yo quiero que ella lo tenga.

-¿No le gustan los niños? -preguntó con curiosidad.

-Adoro a los pequeños tesoros, pero no cuando llaman la atención.

-Traerlo fue su decisión -le recordó.

-Sí, bueno, el niño da una cierta credibilidad a mi imagen de hombre sin mucho ingenio con una mujer gritona, ¿no le parece?

Pilar frunció el entrecejo.

-No soy su mujer.

-¡Ha hecho una actuación maravillosa! El mundo puede ver que tiene la mirada apropiada para su compañero.

-Le dije...

-Sí, lo hizo. Y dígame, ¿por qué se preocupa tan poco por lo que es adecuado? ¿Por qué se niega a hacer el papel de la esposa de ese Carlos?

-No entiendo qué quiere decir -dijo Pilar, sacudiendo al bebé con vigor, pero sin lograr ningún efecto.

-La mayor parte de las mujeres en su lugar estaría buscando un sacerdote para conseguir la seguridad del nombre de un hombre, el nombre de cualquier hombre.

Pilar lo miró con dureza.

-Ya tengo suficientes problemas.

-El propósito es resolverlos, no crearlos o, al menos pretender que un anillo tenga ese poder, puesto que el matrimonio es un estado deseado por una mujer.

-También puede ser una trampa -agregó Pilar pensando en su madre.

-Semejante herejía la apartará de la sociedad, de aquellos que han hecho ese trato y no tienen otra posibilidad que respetarlo.

-No parece más dispuesto al matrimonio que yo -le contestó Pilar.

-Parece un estado bendito para aquellos que se aman; recuerdo cómo fue con mi madre y mi padre. Lo que sucede es que el amor no es muy frecuente.

-Sí -murmuró-. De todos modos, no estoy segura de que un anillo y un voto puedan recuperar mi respetabilidad.

-¿Por eso los desprecia?

Una sonrisa reticente rozó su boca.

-Ya comprendo. Usted está sin duda pensando en uvas verdes y zorras.

-No, no -respondió- sólo en miel y abejas.

-¿Qué? -preguntó Pilar, pero Refugio estaba buscando detrás de ellos señales de quienes los seguían y no respondió.

Cruzaron la vieja ciudad; pasaron puertas de hierro forjado que dejaban entrever imágenes de patios verdes y recluidos, debajo de balcones cargados de geranios y a través de calles bordeadas por las formas puntiagudas y oscuras de los cipreses. Se detuvieron en una calle lateral a la sombra del Alcázar, el antiguo palacio en el que Fernando e Isabel vieron la partida de Colón hacia América y donde se alojó la Santa Inquisición. Del otro lado del camino había una casa de piedra con techo de tejas, que proyectaba balcones con barandas de hierro y una pesada puerta pintada de azul. Era una casa cómoda más que imponente. También era muy tranquila.

Baltasar, con Enrique y Charro detrás de él, se unieron a ellos. Todos se quedaron mirando la casa. Pilar recogió sus faldas y se preparó para descender del carro. Refugio levantó la mano y le rozó el brazo.

-Espere-dijo.

Pilar dudó. Refugio había abandonado su aire torpe como si fuera una parte de su vestimenta. Estaba alerta, listo para actuar de inmediato. Su mirada, bajo el ridículo sombrero cónico, se posó en la fachada de la casa. Investigó cada ventana y cada puerta, luego se dirigió a la de los vecinos. Un gato perdido los vio y se detuvo. Maulló, combando su espalda, y luego huyó.

-Quédense aquí -dijo Refugio.

No esperó una respuesta, sino que cruzó la calle y se dirigió a una callejuela. Miró a ambos lados y luego se deslizó por el oscuro pasaje. Pilar esperó sólo hasta que desapareció de la vista, se acercó a la madre del bebé, que venía detrás de las cabras y le devolvió el niño. Saltó del vehículo para seguir a Refugio. La casa que tenía delante pertenecía a su tía, su único familiar. Pilar estaba dispuesta a tomar todas las precauciones necesarias, pero las interminables demoras la estaban enloqueciendo. No había indicios de don Esteban ni de las autoridades y ella estaba ansiosa por ver a la hermana de su padre.

Había una segunda callejuela que se abría a partir de la primera y que pasaba por detrás de la casa de su tía. A mitad de camino se hallaba una puerta de madera adosada a una pared, y, por el aspecto, una entrada para sirvientes. Pilar vio que Refugio se detuvo delante de la puerta y la empujó. Vio que cedía ante la presión y que se abría en silencio. Refugio se quedó escuchando un largo rato, luego la traspuso con un solo movimiento antes de desaparecer hacia el interior. Estaba en medio de un patio, pues a través de la puerta abierta Pilar divisó las ramas de arbustos y algunas tejuelas de piedra. Un pájaro cantó con un sonido discordante y penetrante.

Pilar se adelantó y cruzó la puerta del patio. Dentro, el jardín tenía un aspecto descuidado. La fuente estaba seca, y la piscina que recogía el agua parecía tan oscura y vidriosa como un espejo de acero bajo la luminosidad

gris de un día nublado. El patio estaba abandonado.

Pilar se detuvo en la sombra, mirando cómo Refugio se dirigía a la casa y trataba de abrir la puerta trasera. Estaba cerrada. Se alejó de la vista de Pilar, y luego se oyó el crujir de vidrios que se rompían. Esperó un poco más. Después siguió en dirección al lugar donde había desaparecido. Una gran, ventana con pequeños círculos de vidrio de color estaba completamente abierta. Se acercó a ella con pasos rápidos y trepó hasta deslizarse en el interior.

Estaba en una especie de recibidor, de un tamaño y una formalidad impresionantes. Sillas de terciopelo rojo se alineaban contra las paredes, debajo de oscuros retratos. La luz proveniente de los vidrios coloreados de las ventanas formaba manchas verdes y azules en el enlosado de piedra. El aire era frío y olía a leños apagados, cuero agrietado y polvo acumulado.

Detrás de una puerta doble había un vestíbulo con una escalera que serpenteaba hacia arriba entre las sombras. Pilar se dirigió hacia allí; escuchó el crujido de un escalón y pensó que Refugio había tomado ese camino. Recogió sus faldas y subió tras él.

Un cuerpo se hallaba en el primer descanso de la escalera. Por su forma de vestir parecía un viejo sirviente o quizás el mayordomo de su tía. Tenía la piel fría y los ojos muy abiertos. Su camisa estaba manchada de sangre producida por la herida de un puñal. Había muerto de noche, pues la vela que sostenía había rodado hasta dejar un rastro de cera antes de apagarse.

Pilar se inclinó un poco para esquivar al muerto. Su aprensión se convirtió en horror mientras algo frío y duro le aprisionaba el corazón. ¿Qué había pasado allí? ¿Dónde estaba su tía?

Escuchó el ruido de otros pasos encima de ella, hizo la señal de la cruz sobre el muerto y siguió su camino. Subía la escalera con cuidado, pegada a la pared.

El piso superior era un laberinto de habitaciones y alcobas. Pilar no podía determinar dónde había ido Refugio. Pensó en llamarle, pero le daba miedo romper el silencio que reinaba en la casa.

Entró y salió de las distintas habitaciones hasta que por fin se encontró ante un conjunto de puertas que eran más amplias y con una mayor decoración. Penetró en una antecámara para pasar luego a un salón presidido por una enorme estufa de mosaicos de Flandes. Tras una puerta había una alcoba con una cama apoyada sobre un estrado. Ésta tenía una cabecera dorada y postes coronados por plumas de avestruz.

Sobre el suelo, al lado del estrado, estaba tendida la criada con un mantón sobre la camisa de noche y su cabellera gris desparramada por la espalda. La criada, como el mayordomo, había sido apuñalada.

La tía de Pilar estaba sobre la enorme cama, recostada en un par de almohadones con una Biblia en su regazo. En la cabeza tenía un hermoso gorro de noche de encaje de Alençon pasado con cinta rosa. Un hilo rojo de sangre rodeaba su cuello por donde le habían cortado la garganta. De pie, con la mano sobre el rostro estaba Refugio.

Pilar emitió un grito de conmoción. Refugio levantó la cabeza y maldijo con fuerza. En un segundo, saltó del estrado y corrió hacia ella. Le hizo darse la vuelta tomándola del brazo y la empujó suavemente fuera de la habitación.

Pilar se aferró a la puerta.

-¡No, no! Quiero saber. Tengo que saber si está...

-¿Viva? No, por supuesto que no. Está muerta, y lleva como mínimo diez

horas, quizá más. ¿Puede hacer algo por ella? No. Ya le he cerrado yo los ojos. Es todo lo que se puede hacer.

-¿Cree que don Esteban tiene algo que ver con esto? -preguntó Pilar con voz desfalleciente.

-Sus mercenarios, supongo. O eso o el destino está de su lado. Prefiero pensar lo primero.

Pilar sacudió la cabeza, no porque no le creyera sino en un intento de negarlo.

-¿Cómo ha podido hacerlo? ¿Cómo se ha atrevido?

-¿Cómo? Muy fácil. Porque piensa que sus deseos, sus necesidades y su voluntad son únicos. Y, ¿por qué no iba a atreverse? No sería la primera vez.

Había algo de corrosivo en su voz que le provocó terror.

-Lo lamento -dijo Pilar-. Esto también es una advertencia para usted.

El rostro de Refugio, allí en la luz tenue de la habitación cerrada, se ensombrecía con desdén por sí mismo.

-No. Es un fracaso.

-¿Por qué? No hay nada que pudiera haber hecho -respondió Pilar.

-Sí que podía haber hecho algo si hubiera pensado un poco y no me hubiera dejado llevar por otros motivos.

-Ése no era nuestro pacto -dijo Pilar con voz dura-. Si yo no hubiera involucrado a mi tía, ahora estaría viva.

Refugio la miró varios segundos con los ojos perdidos.

-¿Me usurpará mi autoinmolación o sólo la compartirá? De cualquier forma no va a ser generoso.

-Pensé que había odiado lo suficiente para eso.

Sus músculos faciales no cambiaron, sin embargo su expresión se volvió meramente cortés.

-Sí -dijo-, aunque hay atractivos de igual valor y mayor placer. Hablar de ellos podría ser estimulante, pero no ahora. Los lechos de muerte requieren más circunspección, en general, y éste más que otros.

La indirecta fue delicada, pero Pilar la comprendió.

-Sé que no puede ser hallado aquí, pero hay cosas que debo hacer. Alguien debe avisar a las autoridades, llamar a un sacerdote, preparar el luto..., tantas cosas.

-Si la encontraran aquí conmigo también podría tener oscuras consecuencias.

-Entonces debe dejarme ahora, antes de que venga alguien. Yo... estaré bien, de verdad.

-¿Qué le hace pensar eso? ¿Qué ocurre si quien viene es el asesino? ¿O su padrastro?

-No puedo irme -afirmó mirando de nuevo la cama silenciosa.

-Lo que no puede es quedarse. ¿De verdad cree que don Esteban, que ha ido tan lejos, la dejará con vida? Quédese y mañana habrá otro cadáver con heridas de puñal.

-No es su responsabilidad. Estoy segura de que las autoridades...

- Las autoridades son conscientes, siempre que no estén muy ligadas a don Esteban, pero no pudieron proteger a su tía.

-Pero... ¡no puedo volver con usted a la sierra!

-¿Por qué no? Su tía debe de tener otros familiares, otros amigos que se encarguen de todo. No puede permitir que la culpa que siente se convierta en una trampa.

-No es sólo eso. ¿Qué haré si voy con usted? ¿En qué me convertiré?

-¿No es demasiado tarde para preocuparse? Cualquier enfermedad que vaya a coger ya la ha cogido.

-No quise decir eso -dijo con ojos preocupados-. Sin contar eso, debe ver lo imposible que...

Las palabras quedaron cortadas cuando Refugio hizo un gesto pidiendo silencio con un suave movimiento de la mano. Se quedó inmóvil, escuchando. Pilar no pudo oír nada, aunque mantuvo la cabeza erguida y contuvo la respiración. Luego escuchó el sonido de un silbato de advertencia que venía de la calle.

Refugio alcanzó a tomarle la cintura con su brazo de acero, llevándola hacia el lado opuesto de la casa. La arrastró con él a través de las habitaciones polvorientas y silenciosas. Las pisadas golpearon los escalones de piedra de la escalera trasera y luego, entre las tablas de un fregadero y la cocina. Una gran puerta de madera se asomó delante de ellos. Refugio sacó con las dos manos la ancha barra de hierro que la mantenía cerrada. En un instante levantó la barra y se abrió el portal dejando entrar la luz del patio trasero.

Hicieron una pausa al borde del estanque. Desde las calles que rodeaban la casa se podían oír los cascos de los caballos. Se escuchó una orden, que fue repetida de inmediato cerca de la puerta del patio.

-¿Es la policía? -murmuró Pilar.

-Sólo Dios lo sabe, yo no.

Refugio no la miró mientras respondía sino que observó detenidamente los árboles cercanos a la pared del jardín.

-¿Dónde están los otros?

-Cuidándose, como debemos hacer nosotros.

Refugio le tocó el hombro a Pilar. Luego señaló un jacarandá que crecía contra la pared y que se extendía hasta la casa vecina. Detrás de sus ramas más altas había un techo plano de estilo morisco, que en verano se usaba para aprovechar el aire de la tarde. Por ahí podían huir.

Pilar pensó que no podría hacerlo. Antes de poder dejar eso en claro, fue empujada entre las ramas. Pudo asirse de una de ellas e impulsarse hacia arriba en un acto de autodefensa, luego alcanzó otra mientras hacía un sitio a Refugio que estaba trepando detrás de ella. Un momento después, la había sobrepasado rodeando el tronco del árbol y luego pasó mano sobre mano para alcanzar la rama más grande. Durante un segundo quedó suspendido sobre el techo y luego se dejó caer. Bajó y aterrizó de cuclillas. Se puso de pie al instante y la alentó a seguir su ejemplo.

Tenía que hacerlo, no había otra posibilidad, no había tiempo de pensar, no había tiempo para dudar. Detrás de ella podía escuchar el golpeteo de las botas en las habitaciones de la casa de su tía. Un momento más y la verían. Si los hombres habían sido enviados por su padrastro, eso significaría la muerte para ambos, para Refugio y para ella. Pero aunque sólo se tratara de la policía, si bien no habría peligro para ella, no debía dejar que apresaran a Refugio. No podía ser la causa de la captura de El León, no después de lo que había hecho por ella.

Se arrojó de la rama del árbol. Con los dientes apretados, se dejó caer. Refugio la tomó absorbiendo su peso sin esfuerzo aparente, sosteniéndola por un momento hasta que recuperara el aliento. Luego se dispusieron a la fuga.

Se deslizaron hasta el siguiente techo donde treparon a una cañería de arcilla y de allí a una serie de pendientes abruptas con sus manos y sus

rodillas. Al borde de la última saltaron hasta alcanzar un pequeño balcón. Una rápida mirada hacia adentro les reveló que en el interior de la alcoba había una dama que todavía dormía. Refugio sacrificó su chaqueta para fabricar una soga y poco después estaban corriendo por una callejuela.

Encontraron a Baltasar y a Enrique esperando en una calle lateral a pocas manzanas de distancia pero Charro, el granjero y su esposa con el niño chillón y el carro, habían desaparecido. Se movieron con cuidado hacia la puerta de la ciudad por donde habían entrado; todos permanecían alerta por si hubiera una alarma general y las puertas estuvieran cerradas.

La puerta estaba abierta. Verla así, con el mismo guardia que los saludó mientras pasaban, perturbó a Pilar. Significaba que los hombres que estaban en la casa de su tía debían de haber sido enviados por su padrastro. Significaba que su propósito sólo podía ser matarla. Si éste era el caso, no tenía otra alternativa que ir con Refugio a la sierra y unirse a él.

Cuando apenas habían recorrido dos kilómetros, encontraron a Charro en el camino, con los caballos que había llevado para una emergencia. Montaron y regresaron a las montañas.

La pequeña banda llegó a la casa de piedra en las primeras horas de la madrugada siguiente. El viaje había sido rápido y sin descanso. Para Pilar fue una sucesión de caminos pesados, pedazos de comida tragados al galope y breves paradas para cambiar de caballo en lugares solitarios. Estaba tan cansada que le parecía moverse en una nube. No entendía cómo había podido mantenerse en su silla, pues sus músculos habían pasado de los dolores y los calambres a una completa insensibilidad que la hacía sentirse paralizada. Se ladeó sobre el caballo, pero no se cayó. Al llegar a la cabaña, tuvieron que ayudarla a bajar del caballo. Al intentar caminar tropezó y se habría caído si Refugio no lo hubiera impedido.

Pilar vio a Isabel de pie en la puerta, con una lámpara en la mano. Presintió el aire de consternación que cruzó el rostro agitado de la joven cuando la vio en brazos del bandido, pero no tenía fuerzas para preocuparse o para sentir algo más que gratitud por su apoyo. Todo lo que deseaba era un lugar para tenderse, un lugar sólido que no se moviera.

Isabel se acercó a ellos con rapidez. Su voz parecía venir de lejos. Pilar comprendió el sentido de sus palabras sólo cuando sintió la rigidez de Refugio.

-¡Ay, Refugio! -gritó la joven, luego titubeó-. Es Vicente, lo siento, lo siento.

-¿Qué pasa?

La voz de Refugio era tranquila pero llevaba el sonido del látigo.

Isabel envolvió una mano en el delantal.

-Trajeron el mensaje esta noche, desde Sevilla, de parte de don Esteban. Dice que... que han secuestrado a Vicente. Lo hicieron mientras caminaba por la calle. Dice que ha tomado a tu hermano como esclavo y va a llevarlo con él a Luisiana. Y si alguna vez quieres ver a Vicente vivo, entonces debes asegurarte de que la mujer que tienes, su hijastra Pilar, no cause problemas hasta que él regrese.

CAPÍTULO V

El silencio los envolvió. El rostro de Refugio se endureció; sus facciones asumieron las formas rígidas de una máscara de metal. La luz de la lámpara iluminaba sus ojos con un reflejo de dolor violento. Apretó un poco más el brazo de Pilar hasta hacer casi crujir el hueso. El viento de la noche soplaba entre las tejas de la cabaña, suspiraba y se extinguía.

Detrás, los hombres de Refugio parecían concentrados en sus movimientos: Baltasar sostenía la silla que acababa de sacar del caballo; Enrique se quitaba el polvo del rostro con su capa; Charro frotaba su montura con una escoba de paja. Isabel se tapó la boca mientras mantenía una mirada de angustia en los ojos, como si el mensaje que acababa de transmitir hubiera sido un golpe que ella misma había recibido. Al mismo tiempo, su rostro revelaba el temor que le producía ver al jefe de los bandidos.

Todos lo miraban a la espera de su reacción y todos parecían inquietos, e incluso atemorizados. ¿Pero de qué? ¿Qué esperaban de él? ¿Esperaban algún acto violento de ira contra ellos? ¿Temían que hiciera algo que los pudiera llevar a la destrucción? ¿O su preocupación era debida a que temían que descargara esa necesidad de destrucción en sí mismo? Fuera lo que fuera, tampoco hacían nada para forzar la situación.

Pilar apoyó su mano libre en los dedos de Refugio.

-Lo siento -dijo en voz baja.

-¿Lo siente? -preguntó Refugio con una voz no más audible que el viento de la noche-. ¿De verdad? ¿Lo lamenta lo suficiente?

Pilar retrocedió, no sólo por el latigazo de las palabras, sino también por la ferocidad apenas contenida que percibió en la profundidad de los ojos de Refugio. Retiró la mano como si se la hubieran quemado. Podía sentir el latido acelerado del corazón y el paso del aire en los pulmones.

De pronto, Refugio la soltó y se internó con largos pasos en la oscuridad.

Pilar respiró profundamente. Uno de los tres hombres suspiró y maldijo. Baltasar dejó caer la silla que sostenía, luego fue a tomar la lámpara de la mano temblorosa de Isabel. La joven comenzó a llorar con el sonido tranquilo e indefenso de un gatito perdido. Los otros se juntaron y apenas se miraron.

-¿Qué va a hacer? -preguntó Pilar, posando su mirada en uno y en otro.

Fue Charro el que respondió.

-¿Quién puede saberlo?

-Matará a don Esteban -dijo Enrique levantando uno de sus hombros en señal de que su respuesta era obvia.

-O morirá en el intento -murmuró Isabel con un gemido.

-Quiero decir ahora, en este momento -dijo Pilar-. No pueden dejarlo ir.

-¿Cómo sugiere que lo detengamos? -Enrique la miró con un movimiento irónico de cejas.

-Pueden ir detrás de él, estar con él.

-Sí, si no amáramos tanto la vida.

Pilar perforó con la mirada al ex acróbata, irritada por esa tendencia al melodrama.

-Es un hombre como cualquier otro. No puede ser tan malo como ustedes creen.

-Si piensa así, entonces puede ir y ofrecerle consuelo.

-Apenas lo conozco, pero ustedes son sus amigos, sus compañeros.

-Si usted apenas lo conoce, señorita -dijo Baltasar con lentitud-, ¿a qué viene esta preocupación?

-Yo no estoy... -comenzó, luego se detuvo. Levantó el mentón antes de continuar-. Quizá porque me siento culpable. .

-Sí -asintió Baltasar.

-Don Esteban se protege desde todos los ángulos, o al menos así lo parece -acordó Enrique-. Mata a su mujer, a su tía, para impedirle que utilice su ayuda e influencia contra él, después toma a Vicente como rehén para asegurar el buen comportamiento de Refugio y consigue que El León no haga más reclamos antes de partir de España o mientras esté fuera del país. Al mismo tiempo, se venga de los dos, de Vicente y de Refugio, por interferir en sus asuntos privados. En realidad, ha logrado herir a El León y enjaularlo. Ha ganado. ¿Díganos cómo vamos a consolar a Refugio por esta derrota?

Todos los rostros la acusaban. Pilar sintió el ardor de la culpa que se ponía de manifiesto en sus mejillas.

- Yo no quise que esto sucediera. Deben saberlo.

-Lo sabemos -respondió Baltasar.

Las palabras eran frías. Su sonido hizo pensar a Pilar cuál era su significado. Quizá todos dudaban de su inocencia en el asunto. Parecía imposible que creyeran que ella había conspirado con su padrastro para colocar a Refugio en esta difícil situación. Una trampa tan bien elaborada no hubiera sido necesaria, incluso sin el peligro de una venganza de Refugio como freno.

Apartó la mirada y la dirigió hacia el lugar en el que Refugio había desaparecido. ¿Si sus seguidores creían lo peor de ella, qué podía pensar El León? En su primer encuentro, había sospechado de una trampa. Ahora bien podía creer que la trampa se había cerrado.

Pilar levantó sus faldas y comenzó a internarse en la oscuridad. Charro, desde la puerta, le dijo con urgencia en la voz:

-Espere, señorita. Usted no sabe lo que hace. Sería mejor que se enfrentara a una banda de indios apaches pintados para la guerra antes de ir allá.

-Puede ser, pero tengo que ir.

Sin mirar atrás, Pilar se adentró en la oscuridad de la noche. No pudo encontrarlo. Rodeó la cabaña; caminó unos metros y luego se detuvo a escuchar. Dio unos pasos más y se detuvo de nuevo. Regresó al lugar en el que había comenzado, a unos cien metros del frente de la cabaña, con todos los sentidos alertas. Rastreó las sombras debajo de los árboles y registró las rocas cuya silueta se recortaba contra el cielo nocturno. Incluso inspiraba la brisa en busca de algún aroma. No había nada. Nada se movía, ni una criatura, ni una rama. La misma luz de las estrellas parecía estática.

Pasó un largo rato. Finalmente, Pilar comenzó a caminar de nuevo, en una sola dirección. Se internó más y más en la oscuridad, hasta que empezó a preguntarse si podría encontrar el camino de regreso a la cabaña. Pero al caminar, una sospecha la sobresaltó. Creció dentro de ella, en parte era instinto y en parte era conocimiento adquirido en esos días. Dio otro paso y otro. Disminuyó la velocidad, se detuvo.

Se quedó inmóvil, casi sin respirar. Cuando el silencio llegó a su mayor profundidad, cuando la quietud a su alrededor era casi insoportable y la oscuridad parecía cerrarse más, lo supo.

-Si me toca, grito -dijo Pilar-. No por miedo, sino por disgusto.

-¿Quién la iba a escuchar? ¿O si la escucharan, quién iba a venir? -respondió desde tan cerca que su cálido aliento rozó el cabello de su nuca.

-Nadie, por supuesto. Pero odiaría perder la poca energía que me queda.

-Tiene mi compasión. Pero eso es lo que vino a ofrecerme, ¿no es cierto? -comentó Refugio.

-En parte. Además, quería explicar lo de Vicente.

La elección de las palabras no fue inteligente; lo supo en el mismo instante en que escaparon de su boca. Esperaba la violencia, una explosión de ira y de rechazo. En cambio, sintió cómo retrocedía y se alejaba de ella.

-¡Espere! -gritó al darse la vuelta-. Sé que lo he metido en algo mucho más grave de lo que esperaba, pero le doy mi palabra de que jamás pretendí hacer eso. Y le juro que nunca quise que Vicente se viera envuelto en esto. Por favor, créame.

-La creo. Si fuera de otro modo, nunca la hubiera puesto a mi merced. Suponiendo que don Esteban la valorara como cómplice, por supuesto. Hay una posibilidad de que usted haya sido abandonada.

-Le aseguro...

-También hay una posibilidad de que la use para vengarme, la lastime, la marque, la viole en mi furia. La tentación de devolver la agresión cometida contra mi hermana es fuerte, ¿no es cierto? Más que eso, serviría para oscurecer el brillo de las leyendas campesinas de modo que habría menos lágrimas si mi cuerpo apareciera colgado en un remoto cruce de caminos.

El sonido monótono de su voz, sin expresión, mientras exponía el potencial que la situación alentaba provocó un escalofrío en Pilar. Abrió la boca para contestar, pero las palabras de Refugio continuaron sin pausa, inexorables en su lógica.

- La situación no es la misma. Mi hermana fue seducida lejos de su casa por una atracción fatal por el hijo de don Esteban, además de una cabeza llena de ideales románticos inspira- dos por las tragedias de Shakespeare y una inclinación familiar al sacrificio personal. Quería zanjar la brecha, ¿me entiende? Cuando descubrió el alcance de su error, se extinguió por dentro; quitarse la vida fue sólo un pequeño pecado más. Usted, creo, está hecha de un material menos vulnerable. Usted nunca se permitiría amar a un hombre inadecuado, nunca dejaría que su espíritu fuera violado junto con su cuerpo.

-¿Eso es lo que piensa de mí?

-Sí, aunque no me es posible estar seguro. ¿Probamos?

Se había acercado de nuevo mientras hablaba. No había nada que anunciara lo que iba a hacer, ningún preludio a sus últimas palabras. Dejó de hablar y abruptamente Pilar tropezó y cayó. Se quedó sin aliento cuando golpeó el suelo, aunque los brazos de Refugio suavizaron el impacto en las piedras del terreno y le rodearon la cintura. Sus labios descendieron hasta los de ella; con firmeza buscaba grabar a fuego su impronta en la memoria de Pilar. La joven sintió que ardía por dentro. Hizo un movimiento convulsivo, como si quisiera liberarse, pero se forzó a la inmovilidad en un acto de voluntad irrefutable. No le daría la satisfacción de superar su resistencia, no lo alentaría en el experimento siquiera con un atisbo de respuesta.

Y, sin embargo, el beso fue incitante, cuando cesó la presión. Los labios de Refugio sobre los suyos, suaves y cálidos, la invitaban sutilmente. El roce de la lengua en la tierna superficie de su boca era dulce. La invasión resultó de una infinita ternura en lugar de exigencia. Pilar sintió el fluir de la sangre

en las venas, escuchó cómo comenzaba a latir en su cabeza. Su cuerpo se enardeció. Sus pechos, presionados contra Refugio, temblaban con exquisita sensualidad, de tal modo que podía sentir la textura de la rústica camisa de campesino y el tejido de los músculos que estaban debajo. Los rígidos muslos presionaban contra los de ella. El peso de ese hombre la volvía consciente de su vulnerabilidad como si muy dentro de sí supiera que estaba indefensa, sin posibilidades de reacción.

La recorrió una sensación de alarma, silenciosa pero potente. Respiró profundamente y lo empujó con violencia lejos de ella. Refugio la soltó. En el mismo movimiento se apoyó en una rodilla y la rodeó con su antebrazo. Rió sin aliento.

-¿Ve? -dijo-. Valiente e inviolada en su interior. ¿Cómo podría ser de otro modo?

Pasó un momento prolongado antes de que Pilar pudiera confiar en su voz para hablar, antes de que pudiera forzar a su mente a funcionar. Quería alejarse de él pero se negó a proporcionarle la satisfacción de una retirada.

-¿Cómo en verdad? -respondió finalmente en un tono ronco-. Debe de haber alguna otra razón para esta demostración. Si esto es el precio a pagar por tener compasión de usted, debo decirle que es demasiado alto.

-Al contrario, es extraordinariamente bajo, una decisión tomada con deliberación. A diferencia de algunos, no tengo deseos de humillar a un rehén.

- Yo no soy su rehén.

-¿No lo es?

Refugio alcanzó a apresar sus manos. Levantó a Pilar con un solo movimiento, la puso de pie con tal fuerza que fue catapultada a sus brazos. Con las palmas de la joven contra su pecho, le preguntó:

-Dígame, ¿cuánto tiempo cree que me costará cambiar a usted por mi hermano?

Si la enviaba con don Esteban, no había dudas de que su padrastro la mataría.

-Usted... usted no lo haría -susurró con la sangre helada en las venas.

-No niega que puedo hacerlo. ¿Eso significa que acepta que yo la tengo aquí como rehén o sólo que percibe que soy capaz de cualquier iniquidad?

La inundó el enfado al tomar conciencia de su posición.

-Ninguna de las dos cosas. Simplemente que no había pensado que se rindiera con tanta facilidad a las manipulaciones de don Esteban.

-Está en juego una vida. La de mi hermano.

-¿Y la mía?

-Admito que la decisión es difícil. Dígame, ¿por qué debo preservarla a usted en lugar de proteger al fruto del vientre de mi madre, a un hermano que me venera y confía en mí y que espera incluso ahora, sin quejarse, que vaya por él?

-¿Está reclamando un pago? -Pilar no pudo evitar que la perturbación interfiriera en su voz.

-Si eso puede asegurarme olvido, será considerado.

La voz de Refugio era clara y fría; sin embargo, quemaba por dentro. Pilar permanecía en silencio mientras escuchaba los ecos de su mente. Era, pensó, el sonido de un dolor reprimido.

-No, no hará eso -dijo con certeza-. Usted hará algo, no tengo dudas, pero eso no. Después de todo, usted es El León, el jefe de los bandidos, el hombre al que escriben canciones los campesinos. ¿Cuán difícil puede ser para

usted derrotar a don Esteban? ¡Yo sé que si usted se lo propone, puede salvamos a mí y a Vicente al mismo tiempo!

Un sonido parecido al de una risa seca se le escapó a Refugio.

-¿Quién sabe? -dijo-. Hasta quizás podría valer la pena el esfuerzo.

Al mirar a la mujer que estaba sosteniendo, Refugio no vio más que la pálida curva de su mejilla en la oscuridad y le hubiera gustado desnudarla. No físicamente sino descubrir su interior. Quería saber qué pensaba, qué sentía, qué creía y qué lugar ocupaba él en su imaginación. Podía hacerlo con la fuerza de su ingenio, pero ¿qué conseguiría? El acto en sí mismo provocaría un cambio. Por eso debía esperar, debía obtener lo que quería a hurtadillas. La acosaría con palabras y dulces posibilidades hasta que se revelara por dentro. Y cuando su curiosidad estuviera satisfecha, entonces podría, debería, dejarla marchar.

Ella era diferente. No pretendía promesas de amor ni lo tentaba con gestos y coqueteos; de hecho, no quería tener nada que ver con él. Por otro lado, no se escapaba de él o jugaba a ser la doncella tímida y retraída. Tenía una férrea voluntad, mayor incluso que la gente de su banda. Eso parecía, o si no, no estaría allí. No podía ser intimidada y, si estaba asustada, se negaba a demostrarlo. Enfrentaba sus arranques de ira con un ingenio y una comprensión que desconcertaban.

Refugio creía que esta mujer era exactamente como él pensaba, pero no podía estar seguro. Le intrigaba, y por eso era peligrosa. Era necesario conocer todo lo posible de ella. Antes, estos temas siempre le habían provocado aburrimiento y hastío. Ahora, lo intentaría de nuevo, si Dios se lo permitía.

Como Pilar no respondió a su provocación, Refugio retrocedió y señaló la débil luz que venía de la cabaña. El movimiento era exagerado en su galantería, pero no menos sincero por eso.

Pilar se adelantó hacia la casa. Debería haber expresado satisfacción por el hecho de que lo había desviado de su preocupación por Vicente, pero no pudo sentirla. Parecía, en cambio, que no había ganado una concesión, sino un alivio momentáneo.

No iba a haber descanso. Refugio, con órdenes y exhortaciones, dispuso que se movilizaran y fueran de nuevo a montar. Pilar pensó que la dejarían en la cabaña, hasta que recibió la instrucción de volver a su caballo. Llevaban el pequeño cofre con las monedas de plata, porque, suponía, el jefe sentía que podía mostrar su utilidad y se llevaban también a Isabel, ya que la joven, en un ataque próximo a la histeria, se negó a quedarse. Estaban ya muy lejos, con el primer sol del día asomando por detrás de una nube rosada sobre un intenso azul, antes de que alguno se atreviera a preguntar adónde estaban yendo.

Cádiz era el destino. Cádiz, la ciudad de mil años y diez mil barcos, donde los mercaderes fenicios una vez soñaron con Tiro, donde los cartagineses y los romanos saludaron a sus bailarinas con vino de Jerez y donde fue desembarcada la riqueza dorada de los dioses aztecas. Cádiz, donde el mar rodea la Alameda y la Alameda bordea las casas de la ciudad y todo aparece resguardado por las tierras rocosas de Los Cochinos y Las Puercas.

Se dirigían a Cádiz, en donde don Esteban iba a zarpar hacia Luisiana.

Nadie preguntó qué harían cuando llegaran allí. No preguntaron, porque no era el momento para eso y carecían del aliento o la voluntad de hacerlo.

Pilar pensó que antes habían viajado rápido; se había equivocado. Atravesaron los caminos de las montañas, sobrepasando a los viajeros menos desespera- dos por las zanjas del costado, atrapando a pollos y gansos entre los cascos de los caballos y arrojando a los perros de los caminos en medio de aullidos. Comían y bebían con un pie en el estribo y no cerraban los ojos por miedo a que la tierra del camino los cegara.

Figuras sombrías les daban comida, les cambiaban los caballos exhaustos por nuevos. Estos hombres hablaban con Refugio en voz baja, señalaban al sur, explicaban, dispensaban. A veces recibían dinero a cambio, otras veces no.

Leguas quedaban detrás de ellos. El día se esfumó, la noche hizo su aparición y ellos todavía estaban cabalgando. Pilar, cansada antes de comenzar, se sentía como si estuviera en un tormento. Gradualmente se vio envuelta en una neblina a través de la cual podía oír y ver pero no sentir. Sus dedos eran garras hechas para sostener las riendas y tenía partes de sus muslos y sus caderas en las que la piel quizá no volviera a crecer. A diferencia de otros, en particular Baltasar, que roncaba con los ojos cerrados mientras cabalgaba, no podía dormir en la montura. Permanecía erguida en su caballo por la mera fuerza de la voluntad, y una hostilidad alimentada con cuidado.

Refugio era el objeto de su ira. El León, el hombre que cabalgaba con su fuerza incansable, que nunca se ladeaba, nunca tambaleaba al desmontar, que seguía alerta, vigilante e incansable. Él era quien los arrastraba, quien no les permitía demorarse o perder el tiempo, quien no les permitía detenerse o dormir, y que apenas los dejaba respirar. Se negaba a quejarse y se tragaba todos los reproches de dolor y cansancio. Pero en su mente castigaba al hombre que galopaba al frente considerándolo inhumano y despojado de sentimientos. Un monstruo de arrogancia. Y mantenía su mente semialerta tramando su venganza.

Llegaron a Cádiz el segundo día de viaje por la noche. Los muros de la ciudad estaban abandonados como para desplomarse, y no había nadie en la única puerta de entrada. Se internaron en las calles hasta alcanzar el borde exterior de los muelles de la bahía. Se detuvieron delante de una taberna con un letrero casi destruido que exhibía un gallo cabalgando un delfín. En su interior olía a sudor y agua salobre, tabaco y vino ácido. El propietario era un hombre enorme, un gigante gordo que estaba sentado detrás de una mesa, espantaba moscas y palmeaba las espaldas de todas las camareras que se ponían a su alcance. Rió cuando escuchó el nombre del barco por el cual preguntaban. Su cuerpo se sacudió divertido, se movió en olas que se elevaban aquí y allá como un mar embravecido.

Había habido mucho ajetreo al cargar el barco, dijo, pues viajaba un hombre que se creía muy importante y quería que todo Cádiz tuviera la misma opinión. El tabernero comentó que era rápido para ordenar latigazos, y miserable con el dinero; no sólo dejó marcas en las espaldas de los estibadores contratados para cargar el carruaje, sino en las de un joven sirviente que tenía y al que llamaba Vicente. Además de esto, había engañado a los hombres del puerto con el pago de una ración de grog. No obstante, los poderosos también parecen tener sus problemas. El carruaje del noble había caído misteriosamente al mar cuando era subido al barco. Lo sacaron de nuevo, pero los adornos dorados y los almohadones de tercio-pelo se habían estropeado. El joven sirviente fue castigado con el látigo por el incidente, pero pareció no importarle.

¿Estaba todavía el barco en la bahía? Por todos los santos, ¿lo veían? La embarcación había zarpado del puerto con la marea matutina. Ahora, estaría mar adentro, ¡en ruta hacia las Indias Occidentales!

La taberna no estaba pensada para alojar a huéspedes durante la noche. Había una sola habitación en el altillo, pero la usaban las camareras para entretener a los clientes que querían algo más estimulante que una copa. El tabernero no quería dejarlos permanecer allí y parecía inclinado a preguntarles por qué no iban a la posada. Así opinaba hasta que Refugio se inclinó hacia él y le preguntó en un gentil tono satírico por la existencia de contrabando en el puerto. El hombre gordo se atragantó, y miró más de cerca a su cliente.

-El León -murmuró con ojos saltones-, El León.

La habitación era de ellos. El tabernero se ofreció a limpiar la parte trasera de la taberna, pero El León se negó, pues podía llamar la atención. Les llevaron comida: medio cerdo asado, una paella del tamaño de una rueda de carro, varias hogazas de pan y dos jarras de vino. Encendieron un fuego en el hogar ennegrecido por el humo, y colocaron un par de velas. Cuando todo esto estuvo listo, los dejaron solos.

Pilar comió uno o dos bocados de cerdo y bebió un vaso de vino, pero estaba demasiado cansada para algo más. El calor del fuego era tan soporífero en combinación con la bebida agria, que se sintió mareada, desorientada. Necesitaba con urgencia un baño, pero como parecía imposible conseguir uno en tales circunstancias, no lo mencionó.

Había cuatro camas en la habitación. Se hundían aquí y allí, y la única sábana que cubría a cada una de ellas distaba mucho de estar limpia. Pilar, después de inspeccionar la cama más alejada del fuego, quitó la sábana sucia y la arrojó a una esquina. Se envolvió en el cubrecama y se sentó en el colchón.

Eran cuatro camas para seis personas. Parecía obvio que dos personas tendrían que compartir una cama. Quién sería, de- pendía de un gran número de factores, ninguno de los cuales parecía demasiado importante por el momento. Pilar pensaba que si nadie lo objetaba, se acostaría en la que había elegido en un principio. Después de eso, realmente no le importaba quién compartiera la cama con ella.

Isabel ya estaba dormida, sentada en una silla con la boca abierta de tal modo que, más que parecer ridícula, sólo la hacía aparecer frágil. Enrique, con su entusiasmo aplacado, pestañeaba adormecido junto al fuego. Charro volvía a trenzar, muy concentrado, un lazo deshilachado. Baltasar se sentó en un banco con los codos en las rodillas y el mentón en las manos. El jefe de los bandidos se había quedado abajo, hablando con el tabernero antes de unirse a ellos. Ahora se recostaba en un sillón con sus largas piernas estiradas hacia el fuego y cruzadas a la altura del tobillo. Apoyaba la cabeza en el respaldo del sillón y miraba hacia el techo.

Refugio había estado bebiendo; varias veces volvió a llenar su vaso. Los ángulos de su rostro estaban un poco laxos y sus ojos tenían un aire enceguecido e introspectivo. Aparte de esto, no le temblaban las manos cuando llevaba el vaso a los labios y sus gestos eran tan severos como siempre. Su voz, cuando quebró la quietud soñolienta, era tan clara y firme: como la campana de un convento.

-¿Qué dirían mis hombres -preguntó- si les propusiera un viaje por mar?

-No -dijo Baltasar-. No querrás decir...

El campesino se detuvo cuando Refugio giró la cabeza y lo atravesó con

su mirada gris acero.

-¿Por qué no? -preguntó el jefe con delicadeza-. ¿Qué hay aquí que no puedas dejar? ¿Qué alegría que no pueda ser reemplazada? ¿O es que extrañas no ser perseguido?

-Si pretendes seguir a don Esteban, debemos tener dinero para pagar nuestro pasaje. Además necesitaríamos más ropa para el viaje que la que tenemos.

-Tenemos las monedas de plata, y los caballos tienen valor aún en una venta rápida.

-Un barco es un lugar muy pequeño -argumentó Baltasar-, donde sería fácil acorralarte si algún necio descubre quién eres.

-Los necios son muy comunes, pero rara vez son peligrosos, a menos que uno sea descuidado. Nosotros no lo seremos. Además, nadie conoce mi rostro y nos podemos cambiar los nombres.

La voz del jefe era paciente pero tenía una firmeza que no podía negarse. Era evidente que pronto llegaría el momento de tomar una decisión.

-Pasará un año o más antes de poder regresar. Hay personas que dependen de El León. ¿Vas a dejar a la banda que se las arregle sola?

-¿Qué pasaría si fuera capturado esta noche y colgado al amanecer? Nuestra llamada no tiene garantías, ni de alianza, ni de jefe. Y debes saber que aquellos que exigen estas cosas no duran mucho en la banda.

Baltasar miró a Refugio largo rato, luego asintió con deliberación.

-Parece que estás decidido. Que así sea, entonces.

Refugio se volvió a Charro. El joven hizo una mueca.

-Siento el olor del viento de Tejas y me está llamando a casa.

-¿Enrique?

El hombre delgado levantó los hombros y buscó su bigote.

-Será diferente. Las mujeres serán diferentes. Hablas de cambiar los nombres y siento deseos de convertirme en un noble y que la gente se dirija a mí como don Enrique. Prométeme esto, y soy, como siempre, tu hombre.

Refugio sonrió con la luminosidad del fuego jugando en los ojos.

-Hecho.

Pilar se puso de pie. Sosteniendo el cubrecama alrededor de los hombros, se acercó a los otros y se introdujo deliberada- mente en el círculo. Su voz estaba tranquila.

-¿Qué va a pasar conmigo?

-¿Con usted?

Refugio giró la cabeza de modo que pudo verle el rostro.

-¡Sí, conmigo! Tengo interés en perseguir al hombre que mató a mi madre y a mi tía y que me robó todo lo que poseo.

-Excepto este cofre de plata.

-Una suma despreciable.

-Pero pensé que usted lo reclamaba.

Había algo en la mirada de Refugio que la inquietaba; sin embargo, no veía un motivo para retirar su demanda.

-Es cierto -le contestó Pilar-, pero don Esteban se llevó mucho más.

-Entonces, ¿no le importará hacer el papel de la Venus de la Torre para tratar de recuperarlo? ¿Desnuda si es necesario?

La Venus de la Torre. Pilar sabía que era una famosa escultura, la representación de una mujer totalmente desnuda y apresada en una torre de marfil. Se decía que la modelo era la amante del conde Gonzalvo de Córdoba, una hermosa mujer que había sido mantenida como prisionera durante años

por el excéntrico noble. Tan perfectas eran sus formas que el conde: había contratado a un desconocido escultor para que hiciera una estatua de mármol de tamaño natural. El pobre artista se había enamorado de la amante. Cuando terminó su trabajo, hizo una copia del original, de memoria, una obra maestra que fue comprada y exhibida por el rey Carlos III.

Pilar se enderezó en la medida de lo posible en su cubre- cama y dijo con mordacidad:

-¡No sea absurdo!

-No es absurdo, sino necesario.

La mirada de Refugio era dura, aunque en el fondo había una chispa que podía ser producto de la satisfacción o del vino. De una cosa no hay duda, quiso decir lo que dijo. Si su modo no lo indicaba, Pilar lo había advertido por la rapidez con que había respondido a su propuesta. Refugio sabía que ella pediría ir con ellos y estaba preparado. A Pilar le molestaba que la manipulara tanto, pero no podía hacer nada al respecto.

-Supongo que usted será el conde -dijo con frialdad.

El rostro de Refugio era imperturbable.

-Voy a ser como el conde Gonzalvo, un hombre acerca del cual muchas personas han oído cosas, pero pocos han visto. Para completar esta mascarada, necesito una Venus. Usted viajará como mi amante prisionera, la dueña de mi corazón, señorita, o no viajará.

CAPÍTULO VI

Pilar aceptó ir como la Venus de la Torre. No tenía otra opción. No iría desnuda, sino cubierta de sedas, terciopelos, un sombrero de plumas y el cuello envuelto en perlas falsas aunque de fina calidad. Viajaba como la enamorada -incomparable en su belleza, por supuesto- de un noble de gran riqueza, buena disposición y hábitos excéntricos, don Gonzalvo, cuyo; nombre y prestigio eran reconocidos de inmediato, pero no su rostro. Viajaba con una criada llamada Isabel que transportaba la caja con sus joyas, un sirviente llamado Baltasar que sostenía el almohadón para sus pies y desempeñaba otras tareas y un par de galanes conocidos como don Enrique y don Miguel, amigos de don Gonzalvo, a los que se había confiado la tarea de divertir a la Venus sin molestarla y también mantener alejados a otros hombres.

Pilar era la pieza clave, la que justificaba los disfraces de todos ellos. Aceptó esa posición no sin sentirse irritada. La enfadaba, no tanto por el lugar en que había sido colocada, sino porque era una prueba más de que no hubiera necesitado pedir que la dejaran unirse a la banda. El bandido nunca pensó en algo que no la involucrara, pero utilizó su reclamo como un modo de persuadirla de representar un papel que de otra manera no hubiera aceptado. Más que eso, su personaje era un recordatorio constante de su calidad de rehén.

Si había pensado que la impostura que todos estaban representando sería conducida con algún grado de cordura, pronto comprendió que estaba equivocada. La moderación no formaba parte de los planes de Refugio. Quería que ella y el noble que estaba a su lado estuvieran ante la mirada de todos y tuvieran tal capacidad para llamar la atención que nadie tuviera tiempo de considerar que podían no ser lo que parecían.

Enrique y Baltasar demostraron ser los más capaces de generar interés con el cuento del conde Gonzalvo y su amante. Con astucia, competencia y resistencia al vino, desparramaron la historia de cómo el conde llevaba a su Venus al Caribe para alejarla de la fama que había adquirido su aventura amorosa y también de los hombres inoportunos que quedaban atrapados por sus encantos, tanto en mármol como en carne y hueso. Hablaron de los celos terribles del conde y susurraron sobre los duelos en que éste se vio envuelto por su Venus. Insinuaron que poseía riquezas que los mortales ni siquiera podían soñar, lo que le permitía un temperamento violento y extravagancias tales como bañarse todos los días, no comer otra fruta más que granadas y hacer que Baltasar probara su comida en ciertas ocasiones.

También fue Enrique el que, junto con Refugio, visitó a un discreto judío que comerciaba con joyas falsas y ropas que habían pertenecido a personas ricas. Allí fue donde todo el grupo consiguió con pocos recursos su indumentaria. La mayor: cantidad de dinero se gastó en el guardarropa de Pilar. Ninguno de los dos hombres podía entender por qué no estaba más agradecida por este hecho, o al menos eso simulaban.

No había ningún barco que zarpara para Luisiana desde Cádiz hasta dentro de un mes, o quizá más. Había, sin embargo, una embarcación llamada Celestina, que se dirigía a México pasando por la isla de Cuba. Si desembarcaban en el puerto de La Habana, podían llegar a Luisiana a bordo de un buque de carga costero que unía la isla con los puertos de Mobile y

Nueva Orleans. Tendrían que dar un rodeo para llegar a su destino, pero salía más a cuenta que esperar el siguiente barco. Más aún, era una alternativa más segura para Refugio y los otros que quedarse en Cádiz. No debían desestimar la posibilidad de que uno de ellos fuera reconocido por las autoridades. Cuanto antes asumieran sus nuevas identidades, cuanto más rápido estuvieran lejos de España, mejor.

Charro fue el que proveyó el carruaje para llegar al muelle. Lo tomó prestado, por así decir, de su dueño, un inválido que rara vez abandonaba su habitación y que no notaría su ausencia por unas horas. Tenía un penacho pintado en las puertas, pero fue ensuciado con barro hasta quedar indescifrable. El cochero y los lacayos que lo acompañaban vestían levitas de terciopelo bordado con hilos de oro. Si sus rostros tenían un sospechoso tono rosado por los efectos del alcohol y se movían monedas de plata en sus bolsillos, nadie se acercó lo suficiente como para notarlo.

La mirada de los otros cinco o seis pasajeros ya a bordo del barco, así como de gran parte de la tripulación y todo marinero borracho u observador en el puerto de Cádiz, se fijó en Refugio que descendía del carruaje. Se movía con gracia animal, aunque poseía la grandeza de un príncipe. Estaba muy llamativo con una chaqueta de terciopelo rojo, abrochada con botones de plata del tamaño de una manzana. Con ella lucía pantalones de color dorado, medias grises y zapatos negros con hebillas de plata, Su sombrero tricornio, colocado sobre el cabello ligeramente empolvado, tenía una pluma de Borgoña, y su bastón pulido era muy largo y lucía una cabeza dibujada con una filigrana de oro. Su capa estaba formada por varias sobrecapas, cada una más llena que la anterior, de modo que sus hombros parecían aún más amplios.

Con magnífica indiferencia por su audiencia, Refugio rechazó la ayuda de un sirviente y tendió la mano a Pilar para ayudarla a descender. Ella no desentonaba en esplendor, vestida con un traje de viaje de terciopelo gris adornado con satén rosado y un sombrero de ala ancha de fieltro gris sujeto con una cinta rosada debajo del mentón. Las perlas falsas brillaban sobre su pecho con un resplandor opalescente que hacIa parecer su piel luminosa, y había bastante piel para ver. El vestido era escotado y tenía un borde de encaje rosado que lo enmarcaba. Pilar mantuvo la vista baja, aunque envió a Refugio una mirada fulminante por debajo de las pestañas cuando se inclinó sobre su mano en un gesto calculado para indicar homenaje y adoración. Sentía que la estaba convirtiendo en un espectáculo, haciéndola representar algo que no era. Al mismo tiempo, parecía que él se reía de ella, aunque bien podría ser que se burlara de sí mismo.

Recorrieron la zona de desembarco. Detrás de ellos venía Isabel, vestida con simpleza, y llevaba la primera de una cantidad de cajas que bajaban del carruaje. Charro vestía una chaqueta de montar negra que combinaba con el abrigo y también con los pantalones sujetos por unas botas de cuero. Con su sombrero de copa achatada y el lazo de cuero trenzado alrededor de los hombros, parecía un jinete consumado. La calidad de su vestimenta daba señales quizá de alguna hacienda dedicada a la cría de caballos árabes o de toros para el ruedo; sin embargo, su papel se parecía tanto a su propia identidad que parecía natural.

El capitán del barco se acercó a darles la bienvenida. Se inclinó con una amplia sonrisa con el fin de congraciarse.

-Que usted viaje con nosotros es un placer inesperado, don Gonzalvo -dijo el capitán-. Nos hace un gran honor. Haremos todo lo que esté a nuestro

alcance para que su viaje sea cómodo y agradable.

El capitán se ofreció a presentar a los otros pasajeros pero Refugio rechazó la sugerencia con un gesto lánguido. Más tarde, quizá. La señorita estaba fatigada, dijo, y él deseaba inspeccionar personalmente la limpieza de su camarote antes de que el barco zarpara.

Pilar nunca había estado antes en un barco. Las pocas imágenes que tenía en mente no la habían preparado para la pequeñez del que estaba abordando, o para las diminutas habitaciones asignadas a los pasajeros. El camarote que le mostraron a ella y a Refugio contenía una litera angosta, un lavabo con una vasija encima y una mesa minúscula con dos sillas. Apenas había espacio para dar un paso completo entre los muebles, y ésta era la habitación más sofisticada del barco, cercana a la del capitán.

El espacio asignado a los otros pasajeros estaba aparente- mente en un nivel más bajo, pues Baltasar dejó la caja que traía y luego con Enrique, Charro e Isabel siguieron al marinero que estaba destinado a instalarlos. Pilar se hubiera ido detrás de ellos, pero Refugio la tomó de un brazo.

-Un momento, mi vida -dijo con una dulce sonrisa y cerró la puerta.

Pilar lo miró y percibió cierta burla en sus ojos. Movió la cabeza.

-Está disfrutando de todo esto, ¿no es cierto? Esta actuación y el hecho de correr riesgos.

-Se puede soportar.

-Más que eso, creo.

Refugio inclinó la cabeza, como si reconociera la verdad de estas palabras.

-Estar restringido a las montañas o depender del dinero o de la lealtad para estar seguro es una especie de prisión. Las prisiones son deprimentes. Estar libre por un día es gratificante.

-Pero peligroso.

-La perspectiva de semanas, incluso meses, en libertad, es un regalo de los dioses. Estos regalos es mejor aceptarlos sin calcular el costo.

-Todo eso está muy bien -aceptó Pilar con una mirada de reproche-, pero algunos de nosotros no disfrutamos del miedo. O de entrar en posibles trampas.

Refugio ladeó la cabeza.

-¿Cuáles?

-Esta habitación. Tengo la extraña sensación de que está esperando con alegría el momento en que deba conceder que la amante de un hombre comparte habitualmente su alcoba.

-No sólo alegría. Es más bien un interés considerado. ¿Cómo le ha costado tanto tiempo darse cuenta?

Pilar le sonrió con reservas.

-Pensé que en general usted dormía solo y que le gustaba. Pensé que la supuesta excentricidad de «su noble» seguramente se extendería a compartimentos separados. Como esto no ocurrió, pensé que compartir la habitación todos sus hombres era un hábito tan arraigado en usted que no pensaría en hacer otra cosa. Pensé muchas cosas, ninguna de ellas, parece, era la correcta.

-No tiene nada que temer de mí -dijo con suavidad.

- Me ha retenido contra mi voluntad, me amenazó y forzó sus atenciones hacia mí. Dígame por qué tengo que creerle.

-Mis atenciones -repitió.

-¿Lo niega?

-De ningún modo. Pero usted debería comprender que las atenciones que menciona eran un ejercicio de control, comparado con lo que podía haber hecho.

Era cierto lo que decía. Eso lo tenía que admitir Pilar. Trasladó su vista a la puerta de madera que aparecía detrás del hombro izquierdo de Refugio.

-Eso no las hace aceptables.

-Repito, usted no tiene nada que temer. Todo lo que se necesita es la apariencia de intimidad.

-No me gusta.

La afirmación fue firme y llena de tensión.

-¿Por qué? Aunque aquellos para los cuales representamos esta mascarada descubran quién es usted, esto no puede lastimar un nombre ya dañado. Como están las cosas, ¿por qué una nueva Venus debería preocuparse?

-No me llame así -replicó con enfado.

-Entonces, créame -contestó reemplazando la razonabilidad de su tono por una suave acritud-. Si le estuviera pidiendo y rogando que me concediera sus favores, tendría un motivo para quejarse. Pero no lo estoy haciendo.

-Por el momento.

-Ah, de acuerdo. ¿Esa es la objeción?

-¡En absoluto!

Podía sentir el calor que le subía por el rostro hasta la frente. Era la furia la que lo causaba y no las imágenes mentales que las palabras generaron en su cabeza.

-¿Tengo que demostrarle que usted no está obligada a acurrucarse a mi lado con delicados arrullos y suaves e intrépidas caricias? Si entre nosotros no hay ni temor ni deseo, ¿qué puede molestar nuestros sueños? -le interrogó Refugio.

-Estamos forzados a viajar juntos. ¡No estamos forzados a dormir juntos! -contestó airada Pilar.

Los ojos de Refugio se achicaron y su voz se aquietó, las dos eran señales de advertencia.

- Ah, pero lo estamos. A menos que usted prefiera cambiar de lugar con Enrique. Me niego a tener a Charro por compañero de cama, usa sus espuelas para dormir.

- Quiere decir…

-Puede escoger.

-¿E Isabel?

-Es poco probable que Baltasar acepte que lo deje solo. Ella puede cambiar de lugar con usted, si quiere, y Baltasar lo permitiría, pero la cuestión es si usted consideraría este arreglo una mejora.

-¿Cree que lo preferiría a usted?

Había burla en el desafío. Escondía las palpitaciones que produjeron las palabras.

-Estoy seguro de eso -respondió Refugio con una autoestima incomparable-. Yo no ronco.

-¡No estoy proponiendo dormir con Baltasar!

-¿No? Yo tampoco.

Pilar se apartó de él y se detuvo frente a la portilla de vidrios pequeños, anchos y manchados de sal. Desde esa posición en la popa del barco, podía ver el muelle en plena actividad y más allá la curva de tierra que sería su

última vista de España por mucho tiempo, quizá para siempre.

-Usted piensa que es fácil -dijo Pilar con una voz cargada de inquietud y de ansiedad que trataba de ocultar con valentía-. A usted no le importa marcharse a una colonia al otro lado del mundo. Está acostumbrado a ir de un lado a otro con Baltasar, Enrique y los otros. La perspectiva de estar apretado contra otra persona en un espacio apenas mayor que una celda de monjas durante semanas es, para usted, sólo un inconveniente. Yo no puedo verlo así.

-Usted me juzga mal. Nunca he compartido un espacio tan pequeño con otro ser humano y la idea también me afecta. Soy consciente de que este camarote no es y nunca será la celda de una monja.

La elección de las palabras era ambigua. Para Refugio, la ambigüedad sólo podía ser deliberada. Se giró para enfrentarlo.

No había nadie allí. El panel de la puerta estaba cerrándose. Terminó en un golpe débil.

Zarparían en una hora. Las espaldas de los hombres que remaban en los botes que los habían conducido desde la bahía brillaban con el sol. Las gotas de agua que caían de las cuerdas tensas parecían diamantes perdidos. Cádiz se alejaba en la luminosidad, vislumbrándose más allá del agua como si bailara un bolero de despedida. El océano los saludaba con olas. Los pájaros marinos que los seguían golpeaban las alas y volvían al puerto junto con los botes frágiles. Los tonos ocres y grises verdosos de la tierra que se acurrucaba con delicadeza contra el azul puro del cielo se volvían neblinosos. Se desteñían en un tono púrpura, se volvían una niebla pálida hasta desaparecer en un instante. El turquesa del mar se profundizaba y se oscurecía para volverse de un azul intenso. El crepúsculo se les echaba encima y pronto se hizo de noche.

Pilar no quiso dejar el camarote. Deploró la aprensión que la mantenía encerrada allí, pero no podía evitarlo. La pequeña habitación se había convertido en un refugio en el que estaba protegida de las miradas curiosas y acusadoras. Sintió la urgencia de reunir a todos ellos, a Isabel y Baltasar, a Enrique y Charro y en especial a Refugio como si eso los protegiera. Las consecuencias de que se reconociera a Refugio o a alguno de sus hombres parecían demasiado terribles como para arriesgarse a recorrer el barco, a exponerse a los pasajeros y a la tripulación. Por ella, sentía poca preocupación. La posibilidad de que alguien la reconociera era remota; la habían encerrado en el convento durante mucho tiempo. Y, sin embargo, su seguridad dependía de que los otros también estuvieran a salvo.

Sabía que esa sensación de seguridad en la habitación era falsa, sabía que quedarse escondida era la forma más segura de atraer la atención. Pero no podía evitarlo. Necesitaba tiempo para adaptarse a este nuevo peligro y a su nueva posición.

Le extrañaba pensar que la gente creyera que era la mujer de Refugio. La idea le provocó tantos sentimientos contradictorios que no pudo definirlos. Que no se hubiera opuesto a esto con más fuerza era algo extraño, incluso para ella misma. La razón, pensó, era que confiaba en que se trataba de un mero subterfugio. Además de esto, había cierta necesidad de pertenencia. No tenía a nadie, ni padre ni madre ni parientes ni amigos. Se acostumbraría a este hecho con el tiempo, pero por el momento era reconfortante formar parte de la banda de Refugio, compartir la calidez y las bromas así como también las dificultades. Necesitaba no estar sola. Más aún, había alguien más que entendía sus metas, sus necesidades y sus enemistades, alguien

que acudiría en su ayuda si fuera necesario. Podía molestarle el hecho de que Refugio quisiera retenerla contra su voluntad, podía estar irritada porque la usaba para sus propios fines, pero dependía de él. Que también resintiera esta dependencia era natural.

El modo en que Refugio la hacía sentir, su pura reacción física hacia él como hombre, la molestaba. Parecía no poder controlarlo, lo que la angustiaba aún más. Nada bueno podía surgir al enamorarse de un bandido, un hombre cuyo futuro más probable sería una muerte innoble. Además, Refugio había resuelto evitar todo enredo que implicara complicaciones emotivas. Amar a un hombre así sólo podía traer dolor. Su propio futuro era lo suficientemente incierto sin esa carga adicional.

Pilar no se reunió con los otros a cenar, pero usó el agotamiento como excusa para quedarse en el camarote. Refugio cenó con la pompa y afectación propias de la grandeza de su personaje y mantuvo a Baltasar de pie detrás de su silla para probar cada bocado. Enrique estuvo encantador; relató sus travesías por Europa sin mencionar la *troupe* de acróbatas. Charro habló de Tejas y de las propiedades de su padre cerca de la capital norteña de Nueva España, conocida como San Antonio de Bexar. En particular se explayó en lo referente a los hombres que trabajaban con el ganado, lo enlazaban y lo tumbaban doblando sus largos cuernos para marcar las bestias que descendían de antepasados españoles.

Isabel, cuando llevó a Pilar la cena en una bandeja, le contó las novedades. La joven se alegró de no haber estado allí. Invitó a Isabel a compartir el postre y la interrogó acerca de los otros pasajeros.

Eran cinco, dijo Isabel. Había un joven sacerdote muy buen mozo que iba a presentarse ante su obispo en la ciudad de México, un mercader que poseía una curtiduría en La Habana y volvía a casa con su esposa de sólo quince años; acababan de casarse y con ellos viajaba también la madre de la esposa. Además había una joven y rica viuda que, como ellos, se dirigía a Luisiana.

Parecía que a Isabel le había disgustado esta última dama. La mujer se vestía con sedas y encajes, aunque usaba el color negro por el luto. Había intentado partir en el barco que abordó don Esteban, pero un accidente en el camino desde Madrid se lo había impedido. La viuda iba a liquidar unas propiedades dejadas por su difunto marido. Se había casado con él, un hombre mayor, unos cinco años antes mientras estaba en España y había tratado de reunirse con él en la colonia. No había podido por una larga serie de dificultades que eran muy tediosas de mencionar. Isabel, sin embargo, pensaba que toda esa historia no era verdadera. La viuda era una impostora de primer orden, afirmó Isabel, una mujer frívola que probablemente había dilatado el encuentro con su esposo debido a fiestas y otras diversiones de la corte. Por qué si no la viuda se había quitado el velo negro con el único propósito de seducir a Refugio. ¡Era una desvergonzada!

Refugio regresó tarde al camarote. No encendió la lámpara que colgaba de un gancho, sino que se desvistió en la oscuridad. Pilar cerró los ojos mientras percibía lo que él estaba haciendo; aunque el camarote estaba a oscuras, la luz de la luna sobre el mar penetraba por la portilla. Pilar podía decir por el suave roce de las ropas cuándo se quitó la chaqueta y la dejó a un lado, cuándo se quitó la camisa y se liberó de las botas. Una vez que los sonidos se desvanecieron, apretó los dientes esperando que él se aproximara al lecho.

Sólo hubo silencio. Abrió los ojos de a poco y lo vio junto a la portilla. Su

silueta se dibujaba contra el vidrio y una tenue luminosidad plateada resaltaba sus anchos hombros desnudos y se deslizaba por los músculos del brazo y por el pecho apenas cubierto de vello hasta el vientre completamente plano. Se había dejado los pantalones puestos, pues el brillo de la piel terminaba en la cintura.

Refugio pensaba que nadie lo observaba, al menos eso parecía. Levantó una mano, la presionó contra el vidrio y apoyó la cabeza para que descansara sobre la muñeca. Apretó los párpados, con una respiración pareja, sin hacer ruido, pero tensionado como si fuera un esfuerzo mantenerse así.

Los minutos pasaron. Pilar luchó contra la necesidad de sentarse en la cama y preguntarle si se sentía mal, si podía ayudarlo, consolarlo o hacer algo por él. Sin embargo, hubiera sido una intromisión en un momento tan privado, lo sabía, y por eso no lo interrumpió.

Por fin, Refugio se movió. Se detuvo ante una de las cajas y se puso de rodillas para levantar la tapa. Sacó de adentro una botella; después de descorcharla, la acercó a los labios. Bebió un poco. Luego devolvió la botella donde estaba y tomó una manta. Se envolvió en ella y se acostó contra la pared.

Pilar había pensado que Refugio de Carranza era invulnerable, que su fuerza y su resistencia eran inagotables. Todos, parecía, llevaban dentro penas y dolores. Algunos permitían que se vieran, otros no. Que eligieran esto último no significaba que sintieran menos, quizá todo lo contrario.

En algún momento, sin precisar, Pilar cerró los ojos y después se quedó dormida.

La viuda estaba presente en cubierta cuando Refugio, rejuvenecido y vestido con un traje color lima, acompañó a Pilar para que tomara el aire. Presentó a las dos con toda cortesía. La viuda era Luisa Eguezábal. Tenía unos treinta años, cabello rojizo y ojos brillantes de color avellana que escudriñaban todo. De baja estatura, de formas redondas, caminaba sacando el pecho hacia delante como una paloma. La mirada que dedicó a Refugio era seductora y divertida. No prestaba atención a Pilar, sonreía al bandido vestido de caballero.

-Lo he estado esperando -dijo en voz baja pero animada. La inclinación de Refugio fue cortés, aunque Pilar creyó ver cierta cautela en sus ojos.

-Es una dicha, seguramente inmerecida. Si hubiéramos sabido que usted mostraría semejante interés, mi compañera y yo nos habríamos apresurado a unimos a usted.

La otra mujer ignoró esa referencia.

-Qué galantería, mi valiente. Y una mentira total. Usted sabía que yo lo estaría esperando. La verdad es que me reconoció en cuanto me vio, Refugio de Carranza. Admítelo. ¿Cómo podrías pensar que yo no te reconocería, o que permitiría que pudiésemos viajar juntos sin saludamos?

-Debe haber un error.

-No, ninguno. Todos los días no descubro a un antiguo amante que pensé que no volvería a ver... o se me presenta la oportunidad de desafiar a un león, al gran El León.

Refugio permaneció imperturbable. Su rostro inmóvil era una máscara para los pensamientos. Pilar inhaló el perfume a almizcle y jacintos que emanaba de la otra mujer, y sintió crecer dentro de ella un profundo disgusto. Quería abofetear a la viuda por ponerlos en peligro, aunque estaba segura de que no debía ejercer la violencia. Refugio no se mostró sor-

prendido, debió de haber reconocido también a la mujer. Pilar esperaba confiada que aniquilara a la viuda. Sería algo rápido y definitivo, aunque sólo verbal, por supuesto. Lamentablemente.

Refugio rió, fue un sonido de placer desconsolado.

-¿Hubo alguna vez una alegría tan grande como este encuentro? Temí que me negaras, Luisa. Un romance pueril puede ser olvidado y el nuestro ocurrió hace muchos años.

-No tantos.

-Y estás tan bella como entonces, pese a la ropa de duelo.

El cumplido brotó con facilidad, sin esfuerzo aparente.

-Qué encantador -dijo la viuda, jugando con su velo negro al suspirar.

-¿Puedo serlo ahora mismo? Refugio le ofreció su brazo a Luisa Eguezábal y miró leve mente a Pilar mientras la abandonaba.

Fue una rendición, una capitulación sin escaramuzas ni defensa y en los términos más vulgares. Había razones para ello. Si doña Luisa había reconocido a Refugio, entonces podía lastimarlos a todos, y él debía impedir que eso sucediera. La dama había, aparentemente, decidido el precio para su silencio. Refugio no tenía otra posibilidad que pagarlo.

Pilar los vio alejarse, miró a Refugio con la cabeza inclinada hacia la viuda y una delicada sonrisa. Miró y aceptó que era necesario, e incluso lo comprendió.

Comprender no impidió que se sintiera desolada. O que pudiera aceptarlo.

CAPÍTULO VII

La angosta habitación en la que los pasajeros, el capitán y los oficiales del Celestina comían, se usaba también como salón. Durante la tarde del tercer día en alta mar, Pilar se encontró allí a la viuda Elguezábal. Doña Luisa tenía todo el aspecto de una dama preparada para recibir visita: el cabello muy arreglado y cubierto por una gorra de fina muselina bordada de encaje negro, un vestido de día tan fresco como si acabara de cambiarse. Tenía una bandeja de bombones junto al codo y en las manos una pieza de bordado para pasar el tiempo. Sin embargo, estaba sola.

El primer impulso de Pilar fue alejarse de inmediato. Lo superó con gran esfuerzo. Se acercó de un modo casual hasta sentarse cerca de la mujer. Intentó decir algo agradable y recibió por respuesta un comentario arrogante y trivial. Probó de nuevo.

-Le ruego acepte mi pésame por la muerte de su esposo. Su pérdida antes de que tuviera tiempo de conocerlo debe de haber sido un gran golpe.

La viuda sonrió piadosamente y bajó las pestañas.

-En verdad, sí. Tan triste.

-Qué ironía es que usted deba viajar ahora a Luisiana para atender sus negocios cuando no pudo hacerla antes.

-Esas cosas suceden -fue la respuesta acompañada de una mirada punzante.

-Pero verse forzada a hacerla en este momento es terrible. Pienso que lo sobrelleva muy bien.

-Hacemos lo que debemos -aceptó la viuda con tono ácido-. Hay una traba inesperada sobre la herencia, el asunto de la amante mulata de mi marido y sus dos hijas, mulatas, por supuesto.

Pilar sintió que enrojecía. En parte era incomodidad, pero en parte era también fastidio, pues sabía muy bien que la viuda quería confundirla.

-Qué desafortunado -fue lo único que se le ocurrió decir.

-¿No es cierto? Las hijas tienen doce y catorce años. Una siente pena por ellas, por supuesto, pero no puede permitírseles interferir en lo que debe ser mío.

-Ya veo. El arreglo parece haber sido anterior a su matrimonio. ¿No estaba enterada de eso?

Como doña Luisa había sacado el tema, no había nada de malo en continuarlo.

-Por supuesto, lo sabía. Hubiera, sido una locura hacer un contrato sin indagar las circunstancias del novio.

Las palabras eran condescendientes; la mirada en los ojos de avellana se burlaba del delicado intento de Pilar de hacerla sentir incómoda. La joven fingió no darse cuenta. La hostilidad que sentía por la mujer tenía un buen motivo. Doña Luisa parecía estar disfrutando de su posición de poder, sobre ellos.

Había comenzado a dar órdenes a Isabel y se habla apropiado de Enrique y Charro para divertirse, haciendo que la atendieran, que jugaran a las cartas con ella o que le relataran historias de El León.

-Se casó con ese hombre, sin embargo -señaló Pilar.

-No necesitaba ser amada, al menos no por un marido, sino sólo ser mantenida con una riqueza razonable. Parecía un arreglo justo.

-¿Y lo fue?

Doña Luisa miró a Pilar largamente, sin sonreír.

-¿Sabe que Refugio y yo estuvimos comprometidos?

Pilar no lo sabía.

-¿Lo estuvieron? -preguntó.

-Fue algo arreglado entre nuestros padres, aunque nosotros no nos oponíamos. No, por el contrario. Él solía venir y cantar debajo de mi ventana con una voz que rendía el corazón. Hubiera subido hasta mí, lo sé, con el menor aliento. Sus pasiones eran muy violentas en esos días pero muy tiernas. Ahora todo ha pasado. Terminó cuando tuvo que huir después de la muerte del hijo de don Esteban en un duelo.

-¿Nunca intentó verla de nuevo?

-Si piensa que él haría algo así es porque no lo conoce. El orgullo lo mantuvo alejado.

-Y la responsabilidad. Y, quizá, ¿protección?

-¿Qué era eso?

-Nada -dijo Pilar-. ¿Usted no se puso en contacto con él?

-No pude, nadie menos que yo podía invitarlo a trepar a mi alcoba aunque a veces hubiera deseado que... Pero no importa. No lo había visto desde entonces, no hasta que subió a es- te barco. Lo reconocí de inmediato. ¿Cómo no iba a hacerlo?

La voz de la mujer era demasiado alta para semejantes confidencias. Pilar bajó la suya en un intento de compensarla.

-¿Ahora mantiene su propio criterio por... afecto, entonces?

La mujer sonrió.

-Eso y la perspectiva de, ¿podríamos decir diversión? Es largo y tedioso el camino a Luisiana.

-¿No tiene miedo de que la diversión se vuelva peligrosa?

La otra mujer retrocedió.

-Mi querida niña, ¿está osando amenazarme?

-En absoluto -dijo Pilar con acritud-. Estaba pensando en lo que podría pasar si alguien más descubre lo que usted sabe.

-Rechazaría a Refugio de inmediato y juraría que fui engañada.

Una extraña angustia creció dentro de Pilar.

-¿En verdad haría eso? Quizás él debería estar advertido.

: -Qué infantil es usted, mi querida; Refugio sabe esto muy bien. No esperaría otra cosa.

-¿Y ése es un buen pacto?

Doña Luisa sonrió con placidez.

-Mientras a mí me agrade.

El empalagoso aroma del perfume de la mujer cubría las fosas nasales de Pilar y amenazaba con ahogarla. Se puso de pie con la intención de alejarse.

-Hay un hombre al que debe haber visto en la corte, don Esteban Iturbide. ¿Lo conoce?

-Sí -dijo la viuda con una chispa de interés en los ojos como si percibiera más oportunidades para divertirse.

-Pensé que podría conocerlo.

Pilar se dio la vuelta y hubiera salido del salón pero el camino estaba bloqueado. Isabel acababa de entrar en la habitación. Detrás de ella, en la puerta con una mirada apenada en sus facciones escarpadas, estaba Baltasar.

-¿He oído bien? -dijo la joven a Pilar con el rostro pálido-. ¿Esta mujer

sabe... ella sabe que...

Isabel tenía problemas con el nuevo nombre que había asumido Refugio. Apenas podía recordar cuál era y le resultaba difícil nombrarlo así.

-Está bien -replicó Pilar con rapidez-. Todo está bien.

-Pero dijo que él le cantaba.

- Eso hacía -agregó la viuda enarcando las cejas.

-Me cantaba a mí -declaró Isabel- cuando hacía lazos en Córdoba. Solía mirarme con las bobinas y entonar melodías que combinaran con el ritmo del tejido.

Pilar, conmovida por la suavidad del rostro de Isabel, habló casualmente.

-¿Pensé que eras bailarina?

-¿Qué? Sí. Sí, él también me cantaba entonces. Eso fue antes de que me salvara de ser vendida a un moro y ser llevada a Argel.

En los ojos de Pilar se evidenció un profundo desconcierto, pero antes de que pudiera expresarlo, doña Luisa habló.

- Parece que ha tenido una vida interesante para ser una sirvienta.

-Y usted también -refutó Isabel a la viuda-. A menos que esté mintiendo. ¿Está segura de que su marido está muerto? ¿Está segura de que alguna vez tuvo un marido?

-¡Por Dios! -exclamó doña Luisa, antes de volverse a Pilar-. Esta criatura está loca, creo. Es su criada; ¿no tiene ningún control sobre ella?

Baltasar entró en la habitación y tomó a Isabel del codo.

-Ven, cariño, te dije que había cosas que hacer. Ven y ayúdame.

Isabel lo miró distraídamente.

-¿Cuáles?

-Te las mostraré -dijo el hombre mayor con voz calma. La tomó con delicadeza del brazo. Isabel fue lo suficientemente obediente como para seguirlo. Baltasar condujo a Isabel afuera, mirando a Pilar en busca de una disculpa.

-¡Bueno! -dijo la viuda enfadada.

Pilar no respondió al comentario, sólo observó a la pareja que partía con el entrecejo fruncido. Nunca antes había escuchado a Isabel hablar con tanta vaguedad. Aparentemente estaba aturdida por el temor. Murmuró una excusa y abandonó el salón detrás de los otros dos miembros de la banda de Refugio.

Baltasar caminaba demasiado rápido como para que Pilar pudiera alcanzarlos, sobre todo porque no quería que creyeran que iba tras ellos. Baltasar condujo a Isabel al cubículo que compartían. Cuando Pilar llegó allí, había bajado la cortina que lo cerraba y se escuchaba su voz censurando la actitud de Isabel y las protestas entre llantos de la joven. Pilar no podía entrometerse, aunque estaba preocupada por la joven, sería como interferir en una pelea entre marido y mujer.

El aire estaba frío y dejaba un sabor salado en los labios pero era refrescante. Pilar se sostuvo de la baranda y miró al mar hasta que su mente se despejó de la agitación y recuperó la calma. No podía entender bien por qué se había permitido estar tan deprimida. Doña Luisa e Isabel, o sus relaciones con Refugio, no tenían nada que ver con ella.

Se estaba acostumbrando al continuo vaivén del barco, a los ruidos constantes de maderas que crujían y al zumbido del viento que golpeaba las velas. Había algo de hipnótico en el movimiento del barco que dirigía su proa hacia el horizonte y se esforzaba por alcanzarlo. Era fascinante saber que en algún lugar en la dirección que seguían estaban las islas Canarias, cerca de

la costa africana, y que atracarían allí para buscar agua fresca, frutas y vegetales antes de atravesar el océano en pos del Nuevo Mundo. Pilar había sentido temor de que no le gustara viajar por mar, miedo de sentir nostalgia de España, de enfermarse o de que los movimientos del agua la hicieran sentir mareada.

Se había equivocado. El espacio vacío y el cielo abierto le sentaban bien. De algún modo, este descubrimiento la satisfizo. Estaba bien, pues pocas cosas le resultaban agradables en su actual situación.

El viento trajo una débil melodía. Pilar miró en derredor esperando ver un marinero con una caja de música o quizás una armónica. Sus ojos percibieron una capa medio escondida detrás del mástil delantero. Le resultó familiar. Se arropó para enfrentar el viento frío y caminó hacia allí.

Refugio estaba de pie con la espalda apoyada en el mástil. Levantó la vista cuando Pilar se aproximó a él pero no dejó de tocar la guitarra. La melodía que arrancaba de las cuerdas era lenta y dulce. La había escuchado antes, aunque no podía recordar dónde.

-Tengo entendido -dijo- que es famoso por sus serenatas.

Refugio la miró, cerrando los ojos a causa del viento que le enredaba el cabello y hacía flamear el extremo de su corbatín.

-¿Quién dice eso?

-La viuda por un lado. Isabel, por otro.

-Es bueno tener fama, sin importar lo inmerecida que sea.

-¿Lo niega? - Forzar la respuesta fue un error, casi tan grave como comenzar a hablar en primer lugar. Lo sabía, pero sabía también que era demasiado tarde para echarse atrás. Más que eso, sentía dentro de ella un dolor que necesitaba ser suavizado con una respuesta.

La melodía que estaba tocando servía de contrapunto a sus palabras.

-Le canté a Isabel una vez para que se durmiera.

-Estoy segura. -Sus labios adquirieron la forma de una; sonrisa burlona-. ¿Después de qué rescate?

Refugio mantenía la mirada en el intrincado movimiento de los dedos.

-¿Sospecha que yo participo de sus fantasías? ¿O sólo que me aprovecho de ellas?

-¿Está diciendo que las historias que cuenta no son verdaderas, que usted nunca impidió que fuera vendida en una esquina o que fuera llevada a Argel por un moro?

El primer maestre, detrás de ellos, dio una orden. Los marineros corretearon hacia las cuerdas para plegar la vela. Refugio volvió su atención a los hombres, evaluando el progreso mientras respondía.

-La encontré temblando en un callejón una noche de lluvia. Cómo llegó allí, nunca lo dijo. No sé si lo sabe.

-Pero por qué...

Dejó de tocar con un acorde desafinado.

-¿Por qué no? ¿Por qué no debería cambiar el pasado para sentirse mejor? ¿Todos sus recuerdos son tan buenos que no le gustaría cambiar algo? Si es así, entonces debe de estar contenta.

Pilar ignoró la pregunta, pues sabía que era consciente de la respuesta.

-Los cambios que Isabel ha hecho lo comprometen. ¿Eso no le molesta?

-Mi pasado no está tan limpio como para que una o dos manchas más puedan importar.

-Podría haber tratado de convencerla de que no era un salvador heroico, un Cid que derrotó a todos sus demonios.

-Pero lo intenté. Lo suplanté por otra doncella rescatada.

Sus ojos se agrandaron al entender el significado de las palabras. Al mismo tiempo, recordó la angustia de Isabel la noche que llegó a la cabaña de las montañas. Razones, siempre había razones para lo que él hacía.

Lo miró, miró el cabello negro enredado por el viento, los ángulos cincelados de su cara, el ancho de sus hombros bajo la capa flameante. Su perfume la rozaba, una mezcla de lino limpio y masculinidad y frescura del aire salado. La fuerza de su presencia hizo que la sangre le palpitara en la garganta y que una extraña calidez se adueñara de la parte baja de su cuerpo; algo que no podía impedir. Y sin embargo, había en él más que armoniosas facciones, hombros anchos y una mera atracción animal. Poseía además la rápida capacidad de cálculo y la febril intensidad de su deseo. Armado de inteligencia, competencia orgullosa e intenciones superiores, era un hombre formidable. Por lo tanto, la pregunta surgía sola: si tenía razones para lo que hacía, ¿por qué le había dejado conocer su propósito al llevarla a su retiro en la montaña? La probable respuesta hizo que el preguntar fuera un proyecto aterrorizador.

-Veo -dijo Pilar con voz reprimida.

-Sí -agregó con ojos sombríos-. Pensé que podría. Dígame, ¿fue cruel o delicado?

-¿Para quién?

-Para Isabel, por supuesto. Me parece poco probable que yo figure como salvador, héroe o algo así para usted.

-No -respondió Pilar volviendo su mirada al mar-. Supongo que pretendía ser una delicadeza. -Después de un momento tragó y volvió a mirar a Refugio-. ¿Pero qué pasa con la viuda? Parece que piensa que usted es un amante de su juventud.

-¿La acusa también de fantasear? No se preocupe, atenderé a doña Luisa. Sus sueños no tienen nada que ver con usted.

Cuando Pilar se encontró con sus ojos, los vio opacos; en ellos no se podía leer nada, como si estuvieran hechos de dura piedra.

Pilar decidió, con un doloroso reconocimiento del riesgo, perseverar.

-Debería tomar conciencia de que ella conoce a don Esteban.

-Muchos lo conocen.

-¿No cree que es extraño?

-No -dijo Refugio con creciente irritación en su voz-. Pienso que es desafortunado, inquietante y muy inoportuno, pero Luisa es una criatura de la corte de Madrid, como su padrastro, por eso no, no creo que sea extraño. ¿Por qué? ¿Le disgusta?

Pilar se había dado cuenta de que estaba cometiendo un error. Había formas, sin embargo, de desviar las preguntas. Le sonrió con ironía y buscó sus ojos con franqueza.

-La dama es amistosa y mundana y tan ligera con sus chismes como con sus bombones. Más que eso, ella lo conoció cuando usted era joven. ¿Cómo puede disgustarme?

Refugio la miró largamente. En sus ojos había interés y divertida reticencia.

-Huele bien también.

-¿No es cierto? -la respuesta de Pilar tenía una compostura incomparable.

Refugio produjo un sonido que podría haber sido una risa sofocada, luego bajó la cabeza y volvió a rasguear las cuerdas de su guitarra.

Pilar dio media vuelta y se alejó. Mientras caminaba, le seguía la misma canción que había escuchado antes. Era una melodía persistente, armoniosa y sugestiva. Creaba en su mente una imagen de jardines, oscuridad y la presencia cercana de un hombre.

Se detuvo, inmóvil con sus faldas flameando a su alrededor. Eso era. La canción era la serenata que había escuchado la noche que se encontró con Refugio, la que cantaba en la calle mientras esperaba. Como era propio de él, ahora lo sabía, atraía la atención de ese modo. Al mismo tiempo, al recordar esa voz rica y cálida que llenaba la noche de deseo y de pasión, se sintió desconcertada por el mensaje que parecía contener ahora.

Siguió caminando un poco más despacio.

Había visto y oído muchas cosas en los últimos días sin comprender, tan inmersa en sus propios problemas y preocupaciones que apenas tuvo tiempo para considerar lo que podía estar ocurriendo con el resto de la banda. Además, había supuesto que el tiempo que iban a estar juntos sería mínimo, que pronto se separarían y que nunca se volverían a ver. En esas circunstancias, la gente rara vez se compromete personalmente.

Pero las cosas habían cambiado. Tenían por delante muchas semanas que compartir. Ahora dependían el uno del otro para obtener apoyo, compañía, y sobre todo, seguridad. Un desliz de cualquiera de ellos podía significar la muerte para algunos, la prisión para el resto. En esto Pilar no se hacía ilusiones; ella, después de haber huido con identidad falsa, sería considerada una de la banda y tratada como tal.

Se dio cuenta de que estaba relacionada con un grupo de personas a quienes apenas conocía. Más que eso, lo poco que sabía se lo había dicho una mujer que parecía ser poco fiable o desequilibrada. ¿O lo era? De todos modos, esto hacía que su posición fuera muy precaria. Tenía que hacer algo, tenía que buscar algún modo de conocer mejor a toda la banda. Saber quiénes eran y qué hacían; cada uno de ellos se había convertido de pronto en algo vital para ella.

De todos ellos, Baltasar parecía el más cercano a Refugio. Sin embargo, no era un hombre acostumbrado a hablar y era probable que por su carácter y su lealtad resultara difícil extraer algo valioso de él. Además, estaba en ese momento con Isabel. Eso dejaba libres a Enrique y a Charro. Ninguno de los dos iba a decirle algo realmente importante; no obstante, eran más accesibles que Refugio. De él no podía esperar nada, excepto lo que él quería que supiera.

Encontró a los dos hombres jugando a las cartas, un juego respetable de Reversi con el mercader de La Habana y uno de los oficiales del barco en una esquina del salón. Doña Luisa estaba todavía allí, y mantenía una conversación con la esposa del mercader y su madre: les contaba anécdotas acerca de la conducta disoluta de María Luisa, la princesa de Nápoles, que se había casado con el heredero del trono. Con las damas estaba el joven sacerdote que bebía un vaso de vino con un aire impenetrable mientras escuchaba.

Pilar no quería atraer demasiado la atención. Tampoco deseaba que sus preguntas tuvieran tal énfasis que distrajera a alguno de los hombres en su juego. Encontró un libro sobre la mesa, una edición de los poemas de Manrique, incluyendo sus Coplas por la muerte de su padre. Se sentó en una silla construida con la mitad de un barril de vino y se dispuso a leer.

Esperó con paciencia. Leía distraídamente y escuchaba todo el tiempo el intercambio de ocurrencias entre Enrique y Charro, sus bromas por el juego

y otros insultos variados. Pero obtuvo su premio una hora y media más tarde, cuando otro oficial reemplazó a Enrique. El acróbata, disgustado, se acercó y se sentó a sus pies. Recogió sus rodillas y las rodeó con los brazos.

-La suerte de algunas personas es suficiente como para hacer que el mismo Papa sospeche -dijo mirando hacia atrás a Charro y al primer oficial.

Pilar, que tenía la sospecha de que Enrique y Charro estaban desplumando a los otros, le sonrió sin recibir respuesta.

Enrique se acercó y le sacó el libro de la mano. Hojeándolo, lo hizo a un lado. La fina línea del bigote enfatizaba su sonrisa beatífica.

-Mediocre donde no es morboso -fue el comentario sobre sus gustos literarios-, aunque le garantizo que el hombre escribió un buen poema sobre la muerte. Pero el poeta también está muerto y yo estoy vivo. Hable conmigo.

-¿Ya está aburrido? -preguntó, más deseosa de lo que él imaginaba.

-¿Por qué no? La viuda sólo ve a nuestro Refugio y sería peligroso mezclarse con la joven esposa. Sólo queda usted, nuestra Venus, para recibir el beneficio de mis encantos.

-Me siento honrada.

-No, está divertida, entretenida, pero no honrada. -Bajó su voz-. Por eso estoy a salvo.

-¿A salvo? ¿De enredos? Pensé que la ausencia de ellos era lo que estaba deplorando.

-Sí -aceptó y suspiró-. Pero también estoy a salvo de la ira de Refugio en la medida en que pueda hablar con usted y usted sólo sonría.

-¿Él le exige que sea circunspecto? -le preguntó Pilar.

Enrique frunció las cejas en un gesto de ambigüedad.

-Parece inteligente si no necesario -respondió.

-Para todos nosotros -aceptó-. Pero, ¿usted piensa que a Refugio le importaría realmente si doña Luisa estuviera también seducida por usted?

Enrique miró a la dama con un destello de luz en los ojos. Con un dedo se alisaba el bigote.

-¿Piensa que ella puede estarlo?

-¿Cómo no? -Pilar le sonrió burlona.

-¡Cruel, cruel, mujer! -acusó-. Está jugando con mis afectos, haciéndome soñar con que la viuda se rendiría ante mí como la cáscara de una naranja. Si Refugio no rinde mi cuerpo primero.

-¿Por qué lo iba a hacer?

-Fuimos advertidos anoche, todos nosotros, Charro, Baltasar y yo.

Estaba bien, quizá, que la respuesta que recibió a una pregunta tan alejada de su auténtico propósito no fuera concreta.

-¿No me diga que Refugio teme ser suplantado? -le inquirió Pilar.

-Creo que está más preocupado por la discreción. Los momentos íntimos pueden sacar a la luz la verdad, ¿no cree?

-No sabría decir lo.

Pilar notó que sus palabras habían sido duras. Debía tener más cuidado; parecía que también la estaban midiendo a ella.

Enrique inclinó la cabeza con su peluca empolvada y bien enrulada y miró a Pilar con sus brillantes ojos marrones.

-Así que me encuentra atractivo -comentó maliciosamente.

Pilar sonrió manteniendo la vista fija en él.

- Isabel me dijo que usted era acróbata en una feria ambulante.

-Un saltimbanqui para ser preciso. Pero he sido muchas cosas.

-Entre otras, un gitano adivinador del futuro. Creo que debe de haber

sido bueno en eso.

Enrique se llevó un dedo a los labios, miró a su alrededor y luego se acercó a la joven.

-Lo soy -dijo y pestañeó con modestia.

Pilar mantuvo la voz tan baja y conspiratoria como la de Enrique y se inclinó hacia él.

-Y además es un buen noble, aunque debo decirle que la mayoría de las personas que he conocido encontrarían un insulto para su dignidad el sentarse en el suelo.

Enrique frunció el entrecejo.

-¿Es cierto eso?

-Le doy mi palabra.

El acróbata asintió. Dirigió una mirada a la esquina en la que doña Luisa conversaba, luego miró hacia donde se encontraban los jugadores de cartas. Miró de nuevo a Pilar. Con una flexión de sus músculos, se puso de pie y acercó una silla a la de la joven.

-Aquí está -dijo acomodándose, cruzando las piernas y arreglándose los pantalones-. ¿Cómo estoy ahora?

-Excelente -respondió Pilar con voz grave.

-Dignidad. Debo recordar eso. Y si cometo otros errores, confío en que usted me los señalará.

-Lo haré, aunque, como le dije, lo está haciendo muy bien. Charro también, pero en su caso no es tan difícil, pues sólo se está representando a sí mismo.

-Dudo que pueda hacer alguna otra cosa. ¿Se ha dado cuenta de su forma de hablar?

-¿Quiere decir cómo a veces se olvida de la pronunciación castiza?

-Exacto. El tonto se niega a admitir su elegancia, dice que es difícil para su lengua.

-¿No la usan en Tejas?

Sacudió la cabeza.

-Es un lugar bárbaro. -El brillo que su padre quería que adquiriese ha resultado un fracaso. -No precisamente. Descubrió algunas cosas sobre la compañía de mujeres mayores y le he enseñado un poco acerca de las más jóvenes, entre otras cosas.

-Estoy segura de que está agradecido.

-¡No está agradecido en absoluto! De hecho, me acusa de robarle sus mujeres mientras le muestro mi técnica. No es verdad y no debe creerle.

-No, no lo haré -dijo Pilar con solemnidad.

Pero Pilar no podía creer tampoco lo que Enrique decía. Sus respuestas surgían con bastante rapidez y parecían confirmar lo que Isabel le había dicho, pero no estaba ante un hombre simple como él pretendía simular; ninguno de los seguidores de Refugio lo era. Enrique bien podría engañarla por diversión, o podría decirle lo que pensaba que ella quería escuchar por cortesía. Además era capaz de oscurecer las cosas por un propósito propio, por órdenes de Refugio, o porque lo consideraba bueno para el grupo. Tendría que hablar con Charro.

Quizás entonces podría comparar lo que cada uno de ellos decía y llegaría a algo aproximado a la verdad.

Con estas cosas en la mente, habló con suavidad.

-¿Cree que Refugio todavía está enamorado de la viuda?

-¿Todavía? Es una criatura atractiva, pero nunca he oído su nombre en

los labios de Refugio antes de este viaje. Es más, aunque una actitud indolente y una tendencia a la conversación ligera tienen un encanto irresistible para algunos, no diría que nuestro jefe soporte estas cosas más de una hora.

Pilar reprimió rápidamente la alegría que le provocaron estas palabras. Se mordió los labios.

-Pero ella es su amor perdido.

-Una atracción fatal, sí. Doña Luisa lo tiene también sujeto con firmeza.

-Pero, ¿es un hombre que acepte el yugo? No lo creo, a menos que le agrade.

Enrique sacudió la cabeza con una mirada grave.

-¿Cree que preferiría una soga en el cuello antes que los brazos de una mujer? Podría, por su preciosa dignidad noble, excepto por una cosa. No sería colgado solo.

Ése era el punto. La preocupación de Refugio por aquellos que lo seguían era legendaria. Había, más de una vez, arriesgado su vida para salvar a alguno de los suyos de la horca o del escuadrón de fusilamiento.

Pilar no pudo responder. Se escucharon unas suaves pisadas en dirección a la puerta que estaba detrás de ellos. Refugio: se agachó sobre ellos con una mano en el respaldo de cada silla.

-Cuchicheando como dos viejas frente a una olla de chocolate -dijo-. Resulta gratificante que hayan encontrado un tema de interés común. Estoy, por supuesto, encantado de ser el elegido. Qué pena sería si se quedaran sin tema de conversación. No teman, no los defraudaré.

Refugio se acercó hasta donde se encontraba sentada la viuda y se colocó a su lado. Y por unas horas se entretuvo con una muestra de coqueteo representada para la vista del público. Flotaban cumplidos y gestos de delicado homenaje; hubo miradas y suspiros languidecientes. La viuda retrocedía con afectación ante los avances corteses; el bandido la tentaba para que se mostrara arrogante. Tomó su abanico, lo extendió y refrescó sus mejillas arrebatadas. La viuda lo recuperó y le golpeó con él los hombros y luego recorrió el mentón oscurecido por una sombra de barba. Le dio a comer un bombón que Refugio masticó con lentitud, saboreando el gusto antes de pasar la lengua por los bordes interiores de sus labios.

Pilar se negaba a mirar. Reía y bromeaba e incluso aceptó participar del juego de cartas. Sólo miraba cada tanto a la representación que se desarrollaba en el lado opuesto del salón. La noche llegó, terminó la cena y llegó la hora en que pudo excusarse para retirarse a la cama.

El sueño tardó en llegar. Le dolía la cabeza, el camarote parecía cerrado y sin aire y la navegación del barco era más agitada, como si en algún lugar del océano se estuviera gestando una tormenta. Cuando la noche había avanzado y el barco parecía aquietado, Pilar se preguntó dónde estaría Refugio y qué haría. Disfrutando, probablemente, pensó con cinismo. Golpeó su almohada en un intento por hacerla más suave, luego cerró los ojos con decisión.

Después de medianoche Refugio entró en el camarote. Cerró la puerta detrás de él sin ruidos y se quedó de pie escuchando. El cielo estaba encapotado, no había luna ni estrellas del otro lado de la portilla. Se movió por instinto en la oscuridad hasta el lecho. Se arrodilló y se acercó a la mujer que y estaba allí acostada.

La respiración de Pilar era pareja y tranquila. Estaba a salvo y profundamente dormida. Descansaba confiada, sin usar nada más que una

delgada camisa pues podía ver el borde del escote sobre sus pechos. Estiró la mano para tocar su sedoso cabello desparramado sobre la almohada. Percibió tibieza y una vibrante vitalidad debajo de la punta de sus dedos. Retrocedió y cerró la mano en un puño.

Era un tonto. Esa noche había permitido que la irritación, la desesperanza y un poco los celos lo llevaran a una exhibición de pasión que no sentía. Pensó que debía ser condenado por completo. No sabía cuánto podía lastimar la condena en los ojos de otra persona. O con qué facilidad sus pensamientos ofensivos podían llegarle al corazón.

El impulso de acostarse al lado de Pilar, de rodearla y de esperar allí el sueño o la mañana, lo que llegara primero, era un dolor punzante en su cabeza. Era tan dulce, inocente y hermosa que sería algo natural.

Si era paciente, quizás ella despertara y se volviera hacia él. Un roce y estaría perdido. Probaría la suavidad rosada de su boca y recorrería las delicadas curvas de su cuerpo con cuidado. Ciego y sordo, mudo y sin memoria, buscaría en ella su salvación personal. Con diligencia y deseo, la conduciría en una danza de amor hasta que sintiera la música, hasta que se uniera a él en su ritmo apasionado.

Era imposible. Aunque ella lo permitiera, él no era inocente y ciertamente no era dulce. De hecho, estaba saturado de sudor y perfume de jacintos decadentes mezclados con lástima de sí mismo y remordimientos. No podía permitir que Pilar se viera expuesta a nada de esto.

Un baño de agua salada al amanecer lo limpiaría del olor de su trabajo nocturno y la lástima se desvanecería con las primeras luces, de eso no tenía dudas. En lo que se refería al remordimiento, sin embargo, no había ningún remedio posible.

CAPÍTULO VIII

La carabela de los corsarios apareció con las primeras luces y abandonó en silencio la neblina nocturna. Podría haber sido un barco portugués por su aspecto, pero tenía una sola vela cuadrada en el mástil delantero al estilo de los barcos del Mediterráneo africano. Cuando el vigía del Celestina divisó la embarcación, ya estaba tan cerca que era posible ver las cabezas envueltas en turbantes y las armas destellantes de los hombres que se alineaban en las barandillas, se balanceaban en las crucetas y trepaban a las flechaduras. En el palo mayor flameaba un estandarte verde con una luna creciente, el símbolo de los hijos del Islam, conocidos como los piratas bárbaros.

El cielo encapotado del día anterior se había tornado negro azulado y el viento traía consigo una llovizna fría. El capitán español era un hombre cauteloso y, de algún modo, indolente; su barco estaba navegando con las velas recogidas por la tormenta que se avecinaba y lo había hecho así durante horas. Importunado en su cómodo lecho y alertado del peligro, se decidió a observar al otro barco. Discutió acaloradamente la situación con sus oficiales pero rechazó toda sugerencia de detenerse y pelear. Sin embargo, no había garantías de poder escapar; los barcos españoles eran famosos por su escasa maniobrabilidad, aunque navegaban bien en mares picados. Mientras tanto, los gritos impacientes de los piratas comenzaban a oírse.

El capitán, en el frenesí de su furia, dio una orden a gritos. Una trompeta de bronce gimió y se desvaneció. Hubo una serie de órdenes secundarias, seguidas de gritos, maldiciones y ajetreo de hombres en cubierta. Los marinos corrían de aquí para allá con rostros pálidos y ojos convulsionados. Se dirigieron a los aparejos para izar las velas. Con esfuerzo lograron desplegarlas. El barco daba tumbos debido a la confusión de órdenes contradictorias. El capitán ordenó una salva para disuadir a los piratas. Pero sólo se escuchó un disparo. El cañonazo tronó. El humo se disipó en una nube negra mientras la bala se perdía inútilmente en el mar como una piedra en una laguna. Elevando la proa por encima de las olas, el navío español comenzó un desesperado intento de fuga.

Era demasiado tarde. El barco pirata se estaba aproximando. Cada vez estaba más cerca. Las flechas silbaban como una bandada infinita de delgados pájaros perversos. Estruendosos disparos de fusiles se extendían por la cubierta. Había gritos en una media docena de lenguajes. La franja de agua azul entre los dos barcos se estrechaba más y más. Los piratas portaban arpones con cuerdas. Los hicieron girar en el aire hasta caer en la cubierta del Celestina. La madera crujió con el mordisco.

Los piratas subieron por las cuerdas, se treparon a las barandillas, las saltaron y cayeron en el barco español con puñales y espadas en las manos y deseo de sangre en los ojos. En un momento, la cubierta se convirtió en escenario de la lucha. Los hombres combatían en medio de gruñidos y maldiciones, golpeando e hiriendo antes de hundirse en la muerte. La sangre salpicada formaba arroyuelos que se deslizaban por las grietas de la cubierta y se escurrían a través de los imbornales.

Pilar, en cubierta cuando se divisó a los corsarios, había recibido la orden de bajar a su camarote. Al principio se había quedado allí, pero el encierro la ahogaba y el temor de ser arrinconada era demasiado grande. Permaneció

oculta sólo un momento. Primero se arriesgó a ir al pasillo, luego al salón. Allí estaba el joven sacerdote. Arrodillado al lado de una silla con la cabeza gacha y las manos unidas en oración, elevaba una ferviente súplica. Pilar pensó que estaba solo hasta que vio al mercader escondido debajo de una mesa con los ojos apretados y las manos en los oídos. Se quedó mirándolos un momento, luego tomó una botella de vino vacía y se encaramó a la cubierta.

No tenía idea de qué iba a hacer con la botella; sólo sentía la necesidad de tener algún tipo de arma yeso era todo lo que encontró a mano. Sabía que no sería de mucha ayuda en la pelea, pero no podía soportar el hecho de permanecer temblando abajo como un conejo en una madriguera o como el mercader de La Habana. Algunas veces los piratas llevaban los barcos capturados de nuevo a puerto pero normalmente tomaban como prisioneros al pasaje y a la tripulación y prendían fuego a las embarcaciones. No podía soportar la idea de quedar atrapada entre las llamas, y si iba a convertirse en esclava de algún musulmán, al menos quería oponer resistencia.

Cuando emergió a la cubierta, escuchó gritos que se elevaban por encima del tumulto, voces fuertes, exultantes que clamaban una y otra vez un nombre:

-¡Gonzalvo! -gritaban-. ¡Gonzalvo! ¡Gonzalvo!

Ese sonido era como un imán. Le hacía avanzar aunque se mantenía en el castillo de popa con su espalda aplanada contra él. A babor, donde los arpones eran más populosos y los piratas trepaban como moscas a la carcaza, vio un grupo de hombres, con Charro, Baltasar y Enrique como núcleo central y Refugio como cabeza. Los gritos del jefe atrajeron a otros, reforzando el arado humano que pugnaba hacia adelante. Con salvaje tenacidad defendieron su lugar y con lentitud pero de un modo irreversible obligaron a los piratas a retroceder. Al mismo tiempo, la voz de Refugio, incisiva y autoritaria, resonó con una orden que trajo al desparramado contingente de tiradores del barco hacia la popa, donde estrecharon filas. Un momento después se produjo una mortífera descarga, luego otra y otra.

Hubo un lapso de tiempo sin respiros en el que parecía que nada podría terminar el combate excepto la muerte de todos, que la ferocidad, la pródiga entrega, la voluntad y la sangre continuarían hasta que ninguno de ellos quedara con vida. Luego se evidenció un predominio de las fuerzas españolas. Un hombre de turbante cayó, luego otro. Un levantino barba- do arrojó su espada rota con una maldición. Dio media vuelta y huyó. Una media docena más lo siguió. Los españoles avanzaron con esfuerzo redoblado.

A bordo del barco pirata el capitán, reconocido por la pluma que llevaba en el turbante sujeto con una piedra preciosa, gritó una orden. Los gigantes nubienses estacionados en la cubierta blandieron la espada y comenzaron a cortar las cuerdas sujetas a los arpones. De pronto reinó la confusión. Los piratas saltaron del Celestina, se deslizaron por tiras de sábanas corta- das y se sumergieron en las olas. Salieron a la superficie y se colgaron de las cuerdas de su barco que se alejaba del español.

Refugio y sus servidores acosaron a los hombres en retirada. Los disparos comenzaron a desvanecerse. El humo ácido de la pólvora ascendía por los mástiles, oscureciendo a los heridos, a los moribundos y a las figuras que todavía combatían aquí y allí. Refugio transpiraba copiosamente y respiraba con esfuerzo. Comenzó a retroceder mientras abarcaba con una mirada amplia y vigilante toda la cubierta. De pronto sus ojos se detuvieron, se

quedaron fijos en un punto. La rigidez se adueñó de sus facciones. Sus labios se separaron como si fuera a gritar.

Un último disparo explotó. Refugio retrocedió y tambaleó mientras huesos rotos y músculos destrozados se abrían en una gran mancha roja sobre su pecho. Bajó la punta de su espada con lentitud. En medio de la gritería que celebraba la victoria española, sus ojos se cerraron. Pesadamente iba a caer sobre cubierta.

Baltasar sostuvo el cuerpo de Refugio y lo depositó en el entarimado. Enrique y Charro, con los rostros lívidos, se acercaron empuñando las espadas, tratando inútilmente de protegerlo mientras bloqueaban la visión del cuerpo. La gritería se desvaneció. Por un breve instante hubo un silencio cargado de inquietud.

Pilar se deshizo de la botella que tenía en la mano. Ésta rodó por la cubierta empinada y se hundió en el mar. Los heridos se quejaban y gritaban. Los marineros españoles, salvajes al liberarse del temor, se movían de un lado para otro, pateando los cuerpos de los piratas inclusive los que todavía no estaban muertos. Nadie hizo nada para ayudar a los marineros heridos o moribundos. Nadie hizo nada para ayudar a Refugio.

Pilar sintió que su corazón se incendiaba. El dolor surgía dentro de ella, le cortaba la respiración, le nublaba la vista. No podía moverse, no podía pensar. Su voz estaba atrapada, sofocada en la garganta. Todo parecía confuso; los gritos y quejas a su alrededor se distanciaban sin significado.

Abruptamente, se estremeció y llenó de aire los pulmones. Su cabeza se aclaró de modo que todo lo que veía y oía era definido, cristalino, sin ambigüedades. Sin un pensamiento cierto, comenzó a caminar hacia donde yacía Refugio, luego a correr.

Enrique, con las manos rojas hasta la muñeca, estaba inclinado sobre él presionando la herida con una tela. El jefe de los bandidos permanecía inmóvil.

-Está... -comenzó a decir.

Enrique la miró.

-Vivo, apenas. Una cálida energía inundó sus venas.

-Llévenlo abajo -dijo con voz firme y clara.

Los hombres de El León la miraron y luego se miraron entre sí. Baltasar asintió. Se agacharon hasta Refugio y comenzaron a levantarlo.

-¡Con cuidado! -dijo Pilar. La miraron de nuevo pero no hicieron comentarios. En ese instante el sacerdote se unió a ellos. Se alineó detrás de los otros hombres. Deslizaron las manos por debajo de Refugio y formaron una base de apoyo con los brazos. Se movían con el cuidado de una madre con un bebé al encaminarse hacia abajo.

No había médicos a bordo del barco. Los oficiales y los marineros cuando estaban enfermos o heridos recurrían a algún miembro de la tripulación que tuviera experiencia o se trataban ellos mismos. Se esperaba que los pasajeros hicieran otro tanto.

En el convento Pilar conoció a una monja que, para asegurarse de que Pilar fuera de cierta utilidad y quizá por un impulso de gentileza, le había enseñado a curar heridas y también a reconocer y cultivar hierbas medicinales. Pilar no estaba muy segura de si sus escasos conocimientos se adecua- rían a la situación presente, pero consideraba al menos que no eran inferiores a las otras posibilidades disponibles.

Ordenó que Refugio fuera colocado en el lecho de la cabina que compartían. Envió a Enrique en busca de coñac o ron, mientras dispuso que

Charro convirtiera la única sábana de lino en tiras. Ella misma hizo una almohadilla con la faja de Enrique y la sostuvo con firmeza en el lugar. Iba a pedir a Baltasar que fuera a buscar una vasija con agua de mar cuando en la entrada se escuchó un alarido débil y angustiado.

Era Isabel. Sus ojos estaban desolados cuando vio a Refugio en el lecho. Con un gemido desgarrador, intentó lanzarse sobre el cuerpo rojo de sangre.

Baltasar la sostuvo antes de que llegara al lecho. La sacudió con violencia.

-¡Basta, basta con ese ruido! ¡No está muerto todavía!

Isabel tragó saliva y de sus ojos rodaron lágrimas.

-Ay -dijo entre temblores-. Ay -murmuró de nuevo. Se arrojó sobre el pecho de Baltasar llorando con gemidos ruidosos. El hombre la retuvo y trató de calmarla con palma- das en la espalda. En sus ojos había enfado y desconcierto.

Por un instante Pilar sintió que iba a llorar, pero se contuvo. No había tiempo para eso, no había tiempo para analizar la angustia que manaba como un arroyo sin fin en su mente. Refugio estaba sangrando, la marea roja empapaba el trapo que sostenía, le mojaba los dedos con su flujo caliente. Había que hacer algo. Ella lo haría.

Charro fue el miembro de la banda más valioso. La hacienda de su padre, dijo, estaba en un sitio aislado. Todos los que estaban allí, incluyendo su familia, curaban sus propias heridas. Él había ayudado a su madre en tareas de enfermería desde que era niño. Luego había realizado operaciones de urgencia a animales y también a los hombres que trabajaban para su padre, algunos que habían sido heridos por el ganado de cuernos largos o por los arbustos espinosos, o charros que arreglaban sus diferencias con violencia.

Juntos, Charro y Pilar expusieron la herida y examinaron el daño. Encontraron la bala insertada contra el pulmón después de abrir un surco en el pecho de izquierda a derecha y astillar dos costillas. Extrajeron la pieza de hierro deformado y limpiaron la herida con coñac. Esperaron a que la sangre que fluía limpiara los lugares donde no podían llegar. Presionaron una venda contra el pecho de Refugio, la sujetaron fuertemente con tiras de sábana, y lo dejaron descansar.

Refugio no había recuperado la conciencia. Su pecho se movía con un ritmo tan suave que era necesario prestar mucha atención para verlo. Sus manos estaban laxas sobre la manta que lo cubría y sus pestañas ensombrecían las mejillas. Los labios estaban secos, con los bordes de un color azulado.

Nadie quería abandonar la habitación. Se sentaron mirando, esperando. Las lágrimas de Isabel habían disminuido. Cada cierto tiempo alguien tosía o cambiaba de posición en la silla. Aparte de eso, el silencio era absoluto.

La tormenta pendiente se desató sobre ellos con truenos, lluvia intensa y un mar encrespado. Encendieron una lámpara y sostuvieron a Refugio con ropa de cama enrollada para mantenerlo quieto pese a los movimientos convulsivos del barco. Su herida, que casi había dejado de sangrar, se volvió a abrir. Durante unos momentos desesperados lo tuvieron que envolver con vendajes cada vez más gruesos. Luego la tormenta fue cediendo poco a poco. El movimiento del barco se volvió más calmo. La herida dejó de sangrar.

El día pareció calmarse. En el camarote, la intimación de un entrecejo fruncido en las facciones fláccidas de Refugio o un apretón de sus dedos como si recordara la empuñadura de la espada era todo el signo de vida.

El brillante sol subtropical apareció al atardecer, disolviendo las últimas nubes y la neblina. Su luminosidad rosada penetró en la cabina y los abarcó a todos. Los hombres se turnaban para buscar comida, bebida y aire fresco. Invariable- mente regresaban al poco tiempo.

Los que volvían traían algunas noticias: el aumento del número de muertos entre los marineros heridos, los daños menores sufridos por el barco, la petición histérica de la joven esposa del mercader de regresar a España y su lenguaje violento cuando se lo negaron.

Doña Luisa acudió a la cabina cuando el atardecer se convertía en noche. Sus ojos exudaban piedad, y sostenía un pañuelo de encaje en la mano mientras miraba a Refugio.

-No puedo creerlo -dijo con voz trémula-. Uno pensaría que ya había tenido suficientes desgracias. Si no hubiera sido, tan arrogante... pero entonces no habría sido El León, ¿no es cierto? Es una pérdida, una pérdida terrible.

Había algo en el tono de la mujer que perturbó a Pilar, como si la viuda considerara a Refugio muerto. Sin embargo, fue cortés cuando se dirigió a la viuda.

-¿Quizá usted quiera sentarse con él por un momento? Como usted y él se conocían bien, es posible que él le responda.

El rostro de la otra mujer se manifestó alarmado.

-¡No! No soy buena en las habitaciones de los enfermos, de verdad. Nunca sé qué hacer y ver sangre me descompone y los olores... -Levantó el pañuelo contra la nariz.

Isabel, que estaba sentada tranquila en un rincón, se irritó bruscamente.

-No importa. No la necesitamos. Refugio no la necesita.

-Estoy segura de que es verdad -agregó doña Luisa con alivio no disimulado-. Quizá más tarde, cuando... cuando esté mejor, habrá algo que pueda hacer. Quizás entonces pueda entretenerlo.

-Sí, después. -Pilar aceptó y esta vez su tono fue distante.

Isabel, con todos sus deseos de proteger y sus buenas intenciones, no resultaba de utilidad. No podía controlar su tendencia a llorar sobre el paciente, y sus manos cuando lo tocaban tenían tan poca firmeza que una vez casi derramó una vasija de agua sucia sobre el vendaje. Lo habría hecho atragantar al tratar de darle de beber si Pilar no le hubiera arrebatado el vaso de su mano.

La presencia de tantas personas en el pequeño cubículo dificultaba la movilidad, si no la hacía imposible. Las recomendaciones, aunque querían ser útiles, lo único que hacían era causar problemas, pues Pilar comenzaba a dudar de sus propios instintos. El aire, pesado por el olor a sangre seca y coñac, dificultaba la respiración. Cuando tuvo que sortear las largas piernas de Baltasar por vigésima vez, Pilar ya tuvo suficiente. Prometió a todos que les asignaría un turno para cuidar al herido, pero les rogó que se fueran. Le obedecieron con reticencia.

Poco después de medianoche comenzó la fiebre. Pilar mojó los labios secos de Refugio con un paño fresco, y lavó su rostro y sus brazos. El calor del cuerpo secó el paño y el rostro del herido se enrojeció. Pilar peinó su cabello y deslizó sus dedos por la mejilla ardiente por centésima vez para controlar la temperatura cuando los párpados de Refugio se endurecieron, se estremecieron y finalmente se levantaron.

Su mirada era brillante y húmeda por la fiebre, pero lúcida y penetrante. Pilar lo vio juntando fuerzas como si quisiera hablar.

-Ha sido herido y ahora está en el camarote, en nuestro camarote -se anticipó.

-Lo sé -susurró, y cerró los ojos de nuevo. -¿Hay algo que pueda hacer? ¿Quiere agua o más mantas? Sacudió la cabeza en lenta negación.

Pilar mordió su labio inferior mientras trataba de pensar qué más decir para mantenerlo junto a ella. Sería estúpido preguntar si estaba dolorido; por supuesto que lo estaba pero no había nada que ella pudiera hacer. Si corría a llamar a alguno de los otros, Refugio podría desvanecerse de nuevo mientras estaba afuera.

Abrió los ojos en un esfuerzo infinito.

-Usted vio...

Pilar sabía perfectamente qué le preguntaba. ¿Cómo lo había notado? Ella no se había dado cuenta de que él fuera consciente de su presencia en la cubierta durante la lucha.

-No fue un pirata el que le disparó, eso es todo lo que sé. Pero no vi su rostro.

Refugio suspiró y sus párpados cayeron como si fueran una losa. Después de un largo rato musitó en voz tan baja que podría haberse tratado sólo de la respiración.

-Quédese. No se vaya. No abandone el camarote.

-No -dijo Pilar-. No lo haré.

No hubo nada más. Pilar pensó que, después de un momento, se había quedado dormido. Se sentó en una silla al lado de la cama con las manos en el regazo. Le dolía el cuello, la espalda; le ardían los ojos, pero no tenía sueño. Se sentó bien erguida. Miraba a la pared mientras el miedo se le metía en las venas como un veneno. Vio una y otra vez en su mente el momento en que del núcleo de tiradores que disparaba a la masa de piratas en retirada surgió el disparo que hirió a Refugio. Él lo había visto y sabía que el hombre que le disparó no era pirata ni enemigo conocido.

De algún modo, don Esteban había logrado contratar a un hombre para matar a El León. Sin embargo, ¿cómo podía haberlo hecho cuando su padrastro se había marchado antes? ¿Cómo era posible cuando no podía tener idea de que se había embarcado en el Celestina?

Había varias explicaciones posibles. La primera era que los mercenarios de don Esteban los habían seguido, uno o más de ellos, desde Córdoba, desde la casa de su tía, luego los rastrearon hasta Cádiz, y se embarcaron para completar la tarea asignada. La segunda era que algún mercenario de don Esteban, que los siguió hasta Cádiz, hubiera pagado a uno de los marinos del barco para que realizara el trabajo. También era posible que el mercenario fuera un renegado de la banda de El León, quizá un hombre que hubiera suministrado caballos y luego contactó con su padrastro para ofrecerse para el trabajo. Otra alternativa era que alguno de los que viajaban en el barco estuviera, por una coincidencia desafortunada, pagado por don Esteban y hubiera tomado un arma cuando la oportunidad se le presentó o hubiera contratado a un marinero para hacerlo. Una última posibilidad era que alguno de sus hombres, -Enrique, Charro, Baltasar o Isabel- hubiera hecho los arreglos para que se produjera el disparo. De estas últimas dos hipótesis no sabía cuál era más improbable.

Se había sentido tan segura. El barco parecía un oasis en un momento en que el miedo a morir no turbaba su mente. Fue una conmoción descubrir que no era así.

Quédese, había dicho Refugio, como si hasta en la adversidad extrema

estuviera preocupado por su seguridad. Era él, sin embargo, el que casi había muerto. ¿Por qué si era su padrastro el que había enviado al asesino? Era a ella a la que quería muerta.

Venganza era la respuesta obvia, venganza por la humillación que Refugio le había asestado, venganza por entorpecer sus planes para Pilar. ¿Qué más podía ser? ¿Qué otros enemigos podía tener Refugio que recorrieran esas distancias para deshacerse de él?

Pero, ¿por qué el asesino no le disparó a ella también?, se preguntaba Pilar. ¿Por qué no la apuñaló en los pasillos duran- te la confusión o la arrojó por la borda en la oscuridad de la noche cuando ella caminaba por cubierta?

No había nada que se lo impidiera, no ahora. Hubo una ilusión de seguridad allí en el camarote con Refugio pero nada más que eso. Él no podía protegerla, ella tampoco podía protegerlo, aunque se quedara como él se lo había pedido.

Debía ir a buscar a uno de los otros. Ellos podrían mantener a Refugio a salvo.

¿Podrían? Pronto uno de ellos vendría a relevarla, a sentarse al lado de Refugio en las horas de la noche hasta el amanecer cuando el espíritu y el cuerpo eran más débiles y más fáciles de vencer. ¿Cómo podía permitirlo cuando se había comprometido? ¿Había alguna forma de impedirlo?

Charro fue el primero que acudió al camarote. Sonrió con confianza a Pilar. Tenía el cabello revuelto y los ojos pesados por el sueño. Parecía tan normal y poco amenazador cuando bostezó que Pilar se sintió culpable por el tenor de sus pensamientos.

Charro rechazó la silla que le ofrecía. Apoyó la espalda contra la pared, al lado de la puerta y se puso en cuclillas con las manos entre las rodillas. Su equilibrio era firme en esa posición que parecía perfectamente natural para él.

-¿Cómo se encuentra? -preguntó con la mirada fija en Refugio.

-Como puede ver su fiebre es muy alta.

-Sería peor si no la tuviera; es lo natural.

-Pero, sin embargo, inquieta. Dijo unas pocas palabras. -Pilar no continuó.

-Un buen signo. -Charro la examinó con preocupación-. Se le ve cansada. ¿Por qué no duerme un poco?

-No estoy segura de que pueda.

-Inténtelo.

-Quizás dentro de un rato. -Rechazar la sugerencia la habría hecho parecer demasiado preocupada, como si no confiara en Charro. También podría parecer que estaba creando un vínculo con Refugio y no quería eso. Si sólo posponía el descanso, no habría motivos para la sospecha.

-Refugio es afortunado de tenerla con él.

Pilar lo miró ligeramente pero sólo vio aprobación en su rostro.

-No estoy segura de que él esté de acuerdo con usted -dijo con ironía-. Si no fuera por mí, su hermano estaría libre, él no hubiera sido herido y estaría en España al frente de sus hombres.

-Sí, todo es culpa suya. Refugio no tuvo otra elección ante lo que sucedía, ni deseos o razones propias.

-En lo que respecta a eso, no lo sé -comentó Pilar-. Supongo que los tenía. Pero tendrá que admitir…

-Usted hizo algo que yo he estado intentando durante meses, y es

persuadir a Refugio para que deje España. Allí no había futuro para él, no había esperanza, excepto que cuando la muerte llegara fuera rápida. Ah, tenía su banda y sus cantores que resaltaban sus victorias contra la injusticia. Pero Refugio es un genio en organización, una fiera para el trabajo y una maravilla para sacar lo mejor de los hombres. Es capaz de mucho más. Merece mucho más.

-Hay leyes y autoridad en Luisiana, y a menudo llegan noticias de España. ¿Qué le hace pensar que su pasado no viajará con él y se volverá en su contra?

-¿Quién está hablando de Luisiana? Hablo de Nueva España, de la tierra de Tejas. Y sí, allí hay leyes y autoridades. Pero el camino entre Tejas y España es largo y lento. Cartas y mensajes deben viajar a la ciudad de Méjico y luego a Veracruz en la costa del Golfo de Méjico antes de ser puesto en un barco para España. Respuestas y órdenes deben hacer el viaje a la inversa. Puede llevar un año, a veces dos, para que un pedido sea enviado de la ciudad de San Antonio de Bexar, cerca de mi casa, a Madrid y que se reciba la respuesta. Hay peligro de indios, animales salvajes, enfermedades, accidentes, tormentas y piratas a cada paso. El camino desde Luisiana a San Antonio es más largo y más aventurado, sobre todo por las tribus indígenas conocidas como apaches. Mucha comunicación se pierde y es posible que las respuestas que llegan sean ignoradas u olvidadas.

-¿Ignoradas?

-¿Por qué no? España se preocupa poco por sus posesiones más distantes, apenas alimenta y viste a un grupo de soldados que vigila los espacios abiertos e ignora que las misiones comenzaron a hacer ese trabajo para convertir a los indios, pues, en su mayor parte, han fracasado. Los hombres y las mujeres enviados por la corona para establecer y civilizar al país llevan abandonados lo menos cien años. Todos, soldados, sacerdotes y colonizadores por igual, aprendieron a hacer sus propias reglas basándose en lo que la gente es y en cómo vive, no en quiénes son. Los otros que han venido por sus propios medios no son nobles y, a decir verdad, no están exentos de una o dos manchas en su pasado. Lo que importa es vivir lo mejor posible como para que Dios frunza el entrecejo pero no tan bien como para hacer sonreír al diablo; el resto carece de importancia.

-Y sin embargo -dijo Pilar-, a usted lo enviaron a adquirir educación en España.

-Mi padre ama todo lo referente a Sevilla. Cree en las ventajas de una educación clásica y en la importancia de relacionarse con los hijos de los nobles. Es una cuestión de orgullo para él poder enviar a su hijo, aunque mi padre nunca dejaría Nueva España. Hay muchos, sin embargo, que incluso después de tres generaciones todavía proyectan y hablan de volver. Para la mayoría, es sólo un sueño. Para mí, fue un error.

-¿No estaba impresionado?

-Ah, sí, Sevilla es hermosa y le tengo afecto. Y mi cabeza está tan llena de experiencias que tardaré en digerirlo. Sin embargo, nunca aprendí a agachar la cabeza ante el paso de cualquier hidalgo que sentía la necesidad de homenaje, tampoco a jugar al amor.

- Isabel me mencionó a su duquesa. Parece que tenía buen gusto.

-Es muy gentil, señorita -le contestó Charro.

-En absoluto. ¿Supongo que piensa volver a su casa desde Luisiana?

-Tan pronto como pueda persuadir a Refugio de venir conmigo.

-Él... tendrá otras cosas en mente.

Charro se encogió de hombros.

-No tengo mucha prisa.

Hablaron de otras cosas, de la planicie que rodeaba su tierra natal con su clima seco y templado y el pasto regado por el río San Antonio; de las vides que cubrían las paredes de su casa que fue construida como una fortaleza contra las incursiones; de los apaches; de los caballos criados en las haciendas y del ganado custodiado por los charros que tenían cuernos tan afilados como lanzas; de los padres de la misión y de sus sistemas de irrigación que habían cambiado la tierra y de los; indios de la misión que eran dóciles y temían a Dios, y que en nada se parecían a los apaches de las praderas abiertas. Pilar escuchaba y hacía preguntas con mucho interés. Para ella, Tejas era de algún modo irreal, algo legendario, hermoso y mágico, pero perturbado por demonios.

Estaban hablando todavía cuando la luz gris de la mañana atravesó la portadilla e hizo que la lámpara fuera innecesaria. Charro en medio de una historia sobre cómo su tía, la hermana de su padre, había sido capturada por los indios cuando era una niña y cómo su abuelo había resultado muerto tratando de recuperarla, se puso de pie y apagó la luz. Se estiró, elevando los brazos por encima de la cabeza de modo que sus puños rozaron el techo. Entrecruzó las manos detrás del cuello y miró al lecho. Se quedó inmóvil.

Pilar siguió esa mirada. Refugio estaba despierto y los miraba con serena preocupación.

Fue uno de sus pocos momentos de conciencia.

Refugio no se volvió a levantar, ni al día siguiente, ni en días sucesivos. No quería nada, no necesitaba nada; sólo pedía que lo dejaran solo. Yacía con los ojos cerrados aunque no era posible decir si estaba consciente o inconsciente, dormido o despierto. A veces miraba al techo o a cualquiera que estuviera hablando pero no parecía ver ni oír. Parecía no importarle quién llegaba o se iba, qué se decía o se hacía. No respondía a las súplicas de Isabel para que bebiera o a los gruñidos de Baltasar que quería saber qué pensaba que estaba haciendo dejándose morir de hambre. Nadie creía que no supiera dónde estaba o quién lo acompañaba, sólo que no se preocupaba por reconocer esas cosas. Se había sumergido en su interior y se había atrincherado allí. Si era el resultado de la fiebre y de su herida sumadas a años de rebeldía o sólo su propio deseo inviolable, nadie podría asegurarlo.

Doña Luisa, un par de días después de su primera visita, llevó a Refugio una pócima. La había preparado con sus propias manos, dijo, un arte que había aprendido de su madre. Estaba hecha con vino y especias y algunos otros ingredientes que iban a garantizarle el descanso. Pilar, que estaba sola con él en ese momento, miró la taza llena de un líquido oscuro y humeante con asco y bastante recelo.

-Descanso -dijo- es algo que Refugio ha tenido en abundancia. Lo que necesita ahora es alimento.

-¿Qué sabe de estas cosas? -replicó la otra mujer, con los ojos flameantes de furia porque alguien osaba contradecirla-. ¡Con sus cuidados se está evaporando delante de nuestros ojos!

La tensión en esos largos días había afectado el temperamento de Pilar.

-Puede ser, ¡pero no le permitiré que lo obligue a beber su brebaje de bruja!

-¡Brebaje de bruja! ¡Cómo se atreve! Se olvida, querida, que usted es sólo su mujer, no su esposa.

-Y, ¿qué es usted?

-¡Su amiga!

-Ah, sí, mientras su amistad le proporcione placer y su precio no sea demasiado alto.

-Por qué, pequeña... sabría cómo llamarla si no fuera una dama. Él no puede seguir así o morirá. Morirá y usted tendrá la culpa si no deja que nadie lo ayude.

Pilar de pronto sintió el cansancio como si llevara un gran peso que nadie podía aliviarle.

-Váyase -dijo-. Tome su pócima y bébala usted, úsela para refrescarse la boca o para fijar su cabello o cualquier cosa que le plazca, sólo váyase.

Cerró la puerta en la cara de la otra mujer. Después de un momento, del otro lado del panel se escuchó una exclamación indigna de una dama y luego el taconeo de la retirada. Pilar se quedó escuchando por un momento. Casi deseó haber tomado la pócima, sólo para deshacerse de ella. Siempre era posible que hiciera otra, por supuesto. Esta vigilancia constante la agotaba.

Miró hacia la cama, lo que ya se había convertido en un hábito. Refugio yacía observándola. Su rostro, aunque enrojecido por la fiebre y ensombrecido por la barba oscura, mantenía cierta compostura. Sin embargo, por un instante pensó que veía un aire divertido en sus ojos. Se acercó al lecho y se arrodilló al lado. Buscó el paño depositado en el recipiente de agua que tenía a mano y mojó los labios resecos de Refugio. Su mirada estaba centrada en el rostro de Pilar pero una vez más carecía de vida, como si la dirección de los ojos no fuera más que un accidente.

Pilar dejó el paño, tomó una taza de agua y la acercó a la boca de Refugio, empujando con suavidad para que una pequeña cantidad se deslizara por entre los dientes. Tragó una, dos veces moviendo la garganta con dificultad, aunque era imposible determinar si la acción era consecuencia de la sed o un simple reflejo.

Pilar se enderezó y lo observó atentamente. Dejó la taza de agua y le volvió la espalda. Con la voz tranquila, casi reflexiva, le habló.

-¿Qué ocurre? ¿Qué es lo que está mal? Sé que está herido y débil, pero no puedo creer que un hombre de su fuerza no pueda curarse. Me niego a admitir que quiera morir.

No hubo respuesta, ni ningún signo que diera a entender que le había oído.

-No puede morir -continuó-, no lo dejaré. Todos lo necesitamos. Sin usted, ¿qué esperanza tiene Vicente de ser liberado? ¿Qué posibilidad hay de que Charro regrese a su casa o que él, Baltasar, Isabel y Enrique no sean apresados por las autoridades en el momento de llegar a La Habana? ¿Y qué posibilidad tengo yo de alcanzar a don Esteban o de recuperar aunque sea parte de lo que me quitó? Y si no lo recupero, ¿cómo voy a vivir? ¿Qué va a ser de mí?

La respuesta que esperaba no llegó. Después de un momento cerró los ojos. Estaba tan fatigada, tan fatigada... Sentía que se movía en una niebla de fatiga, y sus nervios se crispaban por lo que parecía un tiempo infinito sin poder dormir. Más que eso, estaba enfadada, sí enfadada, con Refugio por su continua falta de respuesta a todo lo que habían hecho o estaban haciendo por él. Pero más que nada estaba enfadada por su deserción.

Refugio era tan fuerte, tan vital. No era posible que se abandonara, sin importar la gravedad de sus heridas. ¿Qué podía significar este

comportamiento pasivo, excepto un retiro voluntario? Que tenía razón, no podía dudarlo, pero no estaba segura de que su cuerpo pudiera soportar el esfuerzo que le exigía, la falta de alimento o de movimiento. A Pilar no le importaba qué estaba haciendo Refugio, sólo sabía que tenía que abandonar esa conducta.

Pensaba que debía haber algo que ella pudiera hacer para llegar a él, alguna palabra o acto que pudiera usar para hacerle tomar conciencia del peligro, alguna forma en que podía apartarlo del camino que se había trazado. Tanto dependía de eso que parecía, en la confusión del agotamiento, que cualquier cosa que ella intentara valía la pena el esfuerzo.

Buscó de nuevo el paño, lo escurrió del exceso de agua pero lo dejó bastante húmedo. Corrió la manta que cubría a Refugio y comenzó a lavarle el rostro y el cuello como había hecho miles de veces en los últimos días, tratando con constancia de contener la fiebre. Mientras trabajaba, hablaba, casi para ella misma.

-Es posible, creo, que estar tendido así tenga una razón más profunda que el mero intento de morirse. A veces pienso que puede ser porque sabe quién lo hizo o piensa que lo sabe. Quizá vio algo, escuchó algo que le reveló la identidad de quién pagó al atacante. Posiblemente se siente tan mal por haberlo descubierto que no tiene deseos de mejorarse.

¿Eso fue una sombra de respuesta detrás de sus ojos? ¿De algún modo, había conseguido su atención?

Pasó el paño refrescante por el cuello y los hombros con mucho cuidado. Su mirada estaba fija en el rostro de Refugio. No había nada allí. Con un ceño pensativo entre los ojos, volvió a sus tareas.

Retorció el paño y luego lo sumergió en la depresión de la clavícula. Sus movimientos eran suaves cuando deslizaba el paño por la superficie ancha y musculosa del pecho. Primero frotó un brazo, luego el otro y, sosteniendo las muñecas, enjugó las manos, las callosas palmas y los dedos bien formados.

Se agachó, remojó el paño en el agua fresca y lo estrujó, luego volvió a su tarea.

-¿Qué es lo que quiere? -preguntó con serenidad mientras rodeaba el vendaje con cuidado. Después enjugó el abdomen que estaba debajo-. ¿Se está ofreciendo como blanco, eso es? ¿Cree que puede atraer a quien quiere matarlo aquí? ¿Cree que la debilidad lo alentará a intentarlo de nuevo?

Una punta del paño estaba muy mojada. Dejó un rastro de agua que cruzó el abdomen hasta frenarse en el ombligo. Comenzó a mojarse la cintura de su ropa interior de lino. Al notarlo, Pilar trató de absorber el agua pero no pudo llegar al ombligo pues estaba cubierto. Sumergió el paño de nuevo en el recipiente y comenzó a desabrochar la cintura de su ropa interior.

Refugio exhaló con suavidad.

El movimiento de Pilar se detuvo cuando comprendió lo que estaba haciendo y la conciencia que Refugio tenía de eso. Durante un largo rato miró el área de carne que había dejado expuesta, una zona más pálida que el pecho y marcada por una línea de vello oscuro y rizado que desaparecía bajo los últimos botones, un área que estaba formada por músculos tirantes. El lento palpitar de los segundos que pasaban parecía resonar en sus oídos al unísono con los latidos del corazón.

Rápidamente, antes de perder el coraje, levantó la vista y la fijó en él. Había calidez en el gris oscuro de sus ojos, y acusación.

Pilar tomó aire y lo dejó ir muy despacio.

-De verdad que creo que es eso -agregó-. Creo que esta debilidad suya es fingida, una pose deliberada destinada a atraer a este camarote a la persona que quiere verlo muerto.

El centro oscuro de los ojos de Refugio se expandió, pero no dio ninguna respuesta.

Pilar se mojó los labios que tenían cierta tendencia a temblar en las esquinas. Su voz no fue más que un susurro.

-Creo que es eso, pero no puedo estar segura. Debe de haber algún modo de tener la certeza. Todo lo que tengo que hacer es encontrarlo.

CAPÍTULO IX

Pilar esperó casi una semana más. Esperó hasta que los seguidores de Refugio tuvieron varios turnos de vigilancia durante las largas horas de la noche, hasta que cada uno hubiera intentado súplicas y órdenes inútiles, algunas plenas de humor y otras de enfado, para sacarlo del estado en que estaba. Esperó hasta que su cansancio se hizo tan profundo que parecía estar caminando en un sueño, hasta que tuvo la certeza de que nada más podía hacerse o que enloquecería considerando las ventajas y desventajas de su decisión si no actuaba. Soportó hasta no poder esperar más.

Casi abandonó la idea con la esperanza de que no iba a ser necesario. La mañana después de su enfrentamiento con Refugio, la fiebre cedió. El sudor formó una capa húmeda que cubrió su piel de bronce. El enrojecimiento de las mejillas lo abandonó. Los ojos se tranquilizaron. Comió un poco y dejó que lo lavaran, lo afeitaran y le cambiaran la ropa interior, pues no tenía una camisa de noche en su guardarropa. Sin embargo, la aceptación de estas atenciones fue negligente. Estaba desvinculado de los demás, como si nada tuviera que ver con él. Y además no hablaba.

Era el silencio, la pérdida de esa voz vigorosa y cáustica, lo que más turbaba a Pilar. Era como si su parte más vital se hubiera extinguido, pues esa voz era el reflejo de las complejas operaciones de su mente. Que pudiera ser el producto de su propia voluntad era irritante, pero que no lo fuera resultaba insoportable. La incertidumbre sobre cuál era la verdad supe- raba su tolerancia. Fue esa pérdida, finalmente, la que la impulsó a seguir con su plan.

Era la noche de lo que había sido un día perfecto. Habían pasado casi cuarenta y ocho horas en puerto en las Islas Canarias cargando fruta y vino y alfombras turcas y uno o dos pasajeros más. Luego habían zarpado con la marea matutina. Las aguas estaban calmas, el aire refrescante y las brisas provenían del lugar adecuado. El atardecer rojizo se transformó en rosado, carmesí, lila, azul, azul-celeste, violeta y dorado en el occidente y manchaba el agua con reflejos opalinos. Las últimas llamas de luz brillaban a través de la portilla abierta de la cabina. Pintaba de rosa las paredes y salpicaba el rostro y los brazos de Pilar con la iridiscencia de la madreperla. Estaba sentada terminando la cena que le habían traído en una bandeja. Refugio, que ya había sido alimentado con la pequeña ración que aceptaba, estaba recostado en las almohadas y la miraba. La luz refractada le daba una engañosa mirada de deslumbramiento.

La luz comenzó a desvanecerse con la caída de la noche. Cuando las sombras cubrieron el camarote, Pilar se levantó de la mesa, recogió la bandeja y la depositó al otro lado de la puerta. Cerró el panel con llave. Comenzó a soltar las hebillas que sujetaban su cabello. Una gruesa trenza cayó. Pilar comenzó a soltarla con lentitud y su cabello se convirtió en un torrente de color dorado oscuro que le cruzaba los hombros y le llegaba a la cintura. Se dirigió al rincón donde estaba la vasija para lavarse.

Volcó agua en la palangana y se lavó las manos. Tomó un paño, lo humedeció y lo retorció. Comenzó a pasarlo por el rostro y el cuello con lentitud. Despejando el cabello hacia atrás, dejó el paño y comenzó a desatar las cintas del corsé de su vestido de seda verde.

Sobre la palangana había un espejo de acero pulido, pequeño pero

adecuado para el propósito. Pilar fijó la vista en él mientras abría el corsé ballenado, deslizaba los brazos por las mangas y sacaba el vestido por encima de la cabeza. Lo acomodó en una silla. Luego fue el momento de las enaguas de adornos de seda amarilla con bordados verdes. Tiró los zapatos y se quitó las medias de las piernas, luego aflojó las tiras de sus enaguas antes de dejarlas caer alrededor de sus tobillos. Salió de ellas con ágil gracia y las colocó también en la silla. Cubierta sólo con una camisa de escote bajo, mangas tres cuartos y bastante corta que apenas tapaba sus rodillas, volvió a tomar el paño para lavarse.

Pilar se había acostumbrado a hacer su toilette delante de Refugio; no había otro remedio desde que había sido herido. Siempre había preservado su recato, teniendo el cuidado de sacar una prenda sólo después de haberse cubierto con otra. También había elegido el momento en que pensaba que su paciente dormía, aunque a veces creía escuchar diferencias en la respiración, lo que llamaba su atención, o se volvía para descubrir que había cambiado de posición. Cuando miraba, sin embargo, los ojos de Refugio siempre estaban cerrados. Gradualmente se había acostumbrado a su presencia. Casi.

No sabía si Refugio estaba mirando ahora. No estaba dormido cuando ella comenzó, de eso estaba segura. Se sentía expuesta, como si su camisa fuera transparente. La brisa de la portilla abierta pegaba el delgado material al cuerpo y resaltaba cada curva. Secaba la humedad que quedaba sobre la piel cuando pasaba el paño, y le provocaba piel de gallina y le crispaba los nervios en anticipación del momento que se acercaba.

Finalmente, llegó.

El corazón saltó en su interior. Sus manos se sacudieron y pudo sentir el ardor que subía por su rostro hasta el nacimiento del cabello. Tragó con dificultad. Súbitamente, antes de cambiar de idea, abrió el cuello de su camisa, la deslizó por los hombros y la dejó caer al suelo.

Apretó los ojos con fuerza como si al cerrarlos ocultara su desnudez. La asaltó una duda sobre la sensatez de lo que estaba a punto de hacer. Si se detenía ahora, si recogía su camisa y se la volvía a poner, podía simular que haberla dejado caer fue sólo un accidente. Podía seguir como antes; todo sería igual.

Pero, ¿de qué serviría eso, qué probaría? No. Había descubierto una pequeña falla en la armadura de Refugio y debía aprovecharla. Debía hacerlo o todos estarían perdidos.

Bajó la cabeza de modo que la cortina de sus cabellos se deslizara hacia delante, tapándola en cierto modo. Pilar retorció el paño una vez más. Lo pasó con cuidado por los pechos y el costado hasta el abdomen y los muslos que parecían moldeados en pálido alabastro. Moviéndose con gracia, levantó una pierna y luego la otra, frotó las pantorrillas y los tobillos y se inclinó para enjugar hasta las plantas de los pies. Al terminar sus abluciones, dejó el paño y tomó el cepillo. Con las pestañas bajas, comenzó a peinar su cabellera hasta que brilló como las antiguas monedas de oro.

Cuando finalizó, dejó el cepillo. Respiró con lentitud una, dos veces, y luego giró con decisión y cuidado. Levantó el mentón y se dirigió al lecho donde estaba Refugio.

Estaba despierto mirándola.

Pilar, al ver sus ojos fijos en ella, se sintió desfallecer. Había rabia y frustración en los ojos del bandido y algo más que parecía deseo, lo que dio a Pilar el valor para seguir hasta llegar al borde del lecho. Evitó mirarlo de

nuevo, sin embargo, y se sentó a su lado.

Refugio se alejó de ella con apuro, retrocedió hasta que sus hombros estuvieron contra la pared. Este movimiento le dejó más espacio. Pilar lo aprovechó, pues si no se acostaba allí se iba al suelo. Todas las fibras de su cuerpo temblaban. Bajó hasta reclinarse en el colchón. Se volvió hacia él, apoyada en un codo, levantó las piernas y las estiró al lado.

Por un largo rato ninguno de los dos se movió o habló. La brisa entraba por la ventana, ondulaba la sábana que cubría a Refugio hasta la cintura y le acercaba la larga cabellera de Pilar que lo rozaba como si fueran delicados dedos. El espacio era tan exiguo que sus piernas se tocaban desde el muslo. El movimiento del barco los acercaba más todavía con un ritmo lento y acompasado.

Refugio respiraba con violencia, su pecho subía y bajaba por debajo del vendaje. Pilar se sintió inquieta. Con el entrecejo fruncido se acercó a él y colocó la punta de sus dedos en el pulso que palpitaba en la garganta.

Refugio sostuvo su muñeca con fuerza y con la voz ronca por el enfado le preguntó:

-¿Por qué?

El triunfo la invadió como contrapunto al terror que la inundaba. Tuvo que humedecerse los labios antes de poder hablar.

- Vanidad, ¿qué otra cosa? -respondió con más jactancia de la que sentía-. ¿Qué mujer podría resistir la posibilidad de devolver a un hombre la vida?

-Inténtelo de nuevo -le contestó Refugio-. Intente este sacrificio sensiblero producto de la piedad y coronado por la compasión.

-No. He descubierto el precio de tener compasión por usted. Por lo demás, ni soñando traspasaría su territorio.

Los ojos de Refugio se empequeñecieron.

-Tengo mis razones para lo que estoy haciendo -comentó-. No tienen nada que ver con el sacrificio o la compasión. O con usted.

-Pero deben tener algo que ver conmigo si me veo obligada a cuidarlo, por no mencionar el dormir en el suelo.

-El suelo es duro, bien lo sé, pero eso no explica por qué está aquí, a mi lado.

-¿Aceptará que se trata de curiosidad?

-¿Está aquí para probar si lo que adivinó la otra noche era así? Podría haberlo hecho desde el otro lado de la habitación si hubiera mirado con cuidado. ¿Quizás está preocupada por su seguridad? Seguramente sabe que mis hombres la protegerán. En verdad, después de verlos y oírlos con usted en los últimos días, creo que la protegerían a usted más que a mí.

-¿Quizá me niego a quedar atrapada como anzuelo con usted?

-En ese caso debería irse a otra parte.

-¿Y dejarlo a usted indefenso? ¿Cómo podría hacerlo? Además, se supone que usted es mi protector -le contestó Pilar. -También representa ser mi amante, llena de consideración y simpatía, mientras trama minar cualquier cosa que yo esté tratando de hacer sólo por interferir y vengarse de un modo infantil.

Pilar clavó los ojos en él sin retroceder, aunque el palpitar de la sangre en las venas la mareaba.

-Quiere insultarme para que lo deje solo. ¿De qué tiene miedo? ¿De lo que puedo hacer, o simplemente de mí?

-Cuídese. Puede haber más vida en mí de la que usted cree, o menos juicio. Le advierto que tengo un terrible dolor de cabeza, como si alguien

estuviera martillando en mi cabeza e inclinaciones que si suelto al viento arrastrarían a este barco hasta La Habana mañana mismo. Y nunca la he protegido más que en este momento.

-Me cuidaré -dijo con voz baja y suave- si usted se reintegra al grupo de los vivos.

Refugio la observó un largo rato mientras sentía por dentro el aflojamiento de su voluntad. Esta dulce tentación superaba lo que un hombre podía resistir. Que le faltasen fuerzas para intentarlo no se debía tanto a su herida cuanto a los muchos días de vivir cerca de Pilar. Había sido el purgatorio estar tan juntos, verla vestirse y peinarse; ver cómo al ajustarse el corsé resaltaba la plenitud de sus pechos, sentir su delicado perfume femenino cuando lo rozaba, yacer y escuchar esa suave respiración mientras dormía y saber que tocarla le estaba prohibido por todas las reglas de la decencia.

Pilar había violado esas reglas deliberadamente. Refugio entendía las razones que le daba pero, aunque dudaba que fueran las únicas, no se atrevía a preguntar más. Lo que estaba haciendo no había sido considerado con ligereza, de eso estaba seguro. Tampoco podía ser descartado de la misma manera, no al menos sin causarle una gran humillación. Quizás ella pudiera soportarlo; él no.

Era posible que fuera más débil de lo que pensaba, de otro modo rendirse no sería una tentación tan poderosa.

Estaba derrotado. Lo había sabido desde el momento en que ella caminó hacia él, el momento en que comprendió que ella no había olvidado que él estaba allí. La impronta de ese momento quedaría grabada a fuego en su mente.

Pilar estaba hermosa en su determinada seducción, recostada allí con un poco de miedo y cierta extraña exultación reflejados en la oscuridad misteriosa y profunda de sus ojos. Su piel parecía un raro mármol rosado iluminado por las últimas luces del día, sus pechos tan perfectos, su cintura pequeña y esculpida como para ajustarse a las duras manos de Refugio. Sus caderas se curvaban con delicadeza en deliciosa simetría, siguiendo el ritmo impuesto por el barco. Su cabello de seda brillaba sobre su pecho, temblando con los rápidos latidos del corazón. ¡Era tan atractiva!

Refugio respiró hondo y dejó salir el aire en un suave y lento suspiro. Levantó una mano y cerró los dedos en la madeja del cabello, envolviendo el puño con las hebras de seda.

-¿No hay salida, entonces? -susurró con una ternura dolo- rosa al acercarse-. También puedo protegerla estrechándola desnuda en mis brazos. Podría decir que es para mejorar nuestros disfraces, ¿no es cierto? ¿Le advertí que mi juicio no es muy bueno? Estoy inundado de sofismas, excusas y apasionadas buenas intenciones, o mejor buenas intenciones apasionadas...

Las últimas palabras se ahogaron contra la boca de Pilar. El roce de sus labios fue tibio y un poco seco por la fiebre, dulce y tierno y rigurosamente contenido. Refugio moldeó la boca de ella a la suya, probó su miel, trazó las curvas con la punta de la lengua mientras soltaba el cabello y la rodeaba con los brazos. Con cierta reticencia los labios de Pilar se separaron bajo la presión cada vez más fuerte y se estremeció. Refugio se elevó sobre las almohadas y se corrió para que ella quedara apoyada de espaldas. Invadiéndola con delicadeza, tocó los bordes afilados de los dientes con la punta de la lengua, luego presionó un poco más como si buscara la fuente

de su dulzura.

Pilar se apretó contra él y deslizó sus brazos hasta rodearle el cuello. Los pechos contenidos por el pecho de Refugio se aplanaron bajo los músculos y el vendaje. Alimentada por la necesidad y los vestigios del sacrificio que antes había negado, sintió que un ardor crecía dentro de ella. Le quemaba las venas de tal modo que su piel parecía calentada desde el interior y poseedora de una creciente sensibilidad. Introdujo los dedos en las ondas oscuras de su cabello emitiendo un murmullo de deseo confuso y turbado.

Aceptó esa lengua que se fundía con la suya en una sinuosa exploración. Luego, con creciente audacia, siguió la retirada de Refugio para probar las suaves superficies interiores de esos labios un tanto afiebrados. Perdida en un maravilloso estallido de los sentidos, sintió que el tiempo y el espacio desaparecían.

Todo lo que quedaba era la oscuridad y el hombre que la sujetaba contra él.

De pronto, disminuyó la presión. Por un instante Pilar se sintió decepcionada, pero luego contuvo la respiración en la garganta cuando sintió la palma abierta de Refugio sobre la piel de su abdomen. La mano recorrió su delgadez, acarició la piel suave en círculos antes de seguir con los dedos inexorablemente hacia abajo, hasta el triángulo que constituía el vértice de los muslos. Al mismo tiempo, Refugio inclinó la cabeza y comenzó a besar su pecho.

El pezón se estremeció con la presión de la lengua. El pecho parecía buscar esa caricia arrebatadora. El placer se expandía a través de Pilar en forma de ondas. Los latidos del corazón se aceleraron. La parte baja de su cuerpo se volvió húmeda y pesada. Entonces sintió la primera conmoción de la íntima caricia.

Los músculos del abdomen se contrajeron en espasmos y contuvo la respiración, pero no se movió, no retrocedió. En su interior podía sentir el crecimiento de incalculables impulsos. Lo quería, quería saber cómo era hacer el amor con ese hombre. ¿Se había engañado en sus razones, sus causas y sus sacrificios?

Los hombros de Refugio eran anchos y fuertes; los músculos, elásticos cuando se deslizaban en el movimiento. El aura de poder que poseía aun herido, la rodeaba. Le provocaba una extraña debilidad, una languidez que la arrastraba hacia una rendición de plenitud total. Había mucho más que la pérdida de su castidad en juego, y ella lo sabía bien.

No era el tipo de mujer para olvidar, tampoco era de las que tomaban decisiones a medias. Susurrando su nombre, le acarició el rostro. Mientras él la besaba una vez más, Pilar se entregó en una ofrenda ferviente y silenciosa, sin pedir nada a cambio.

Refugio exploraba con ternura las curvas y las depresiones del cuerpo y siempre volvía al sitio de su mayor deleite. Pilar recorría el pecho de Refugio con la punta de sus dedos. La caja torácica se hinchaba con cada inspiración mientras adaptaba su posición para permitir un mayor acceso. Pilar extendió sus dedos hasta sentir el latido de su corazón y los músculos que rodeaban las costillas, evitando el vendaje para alcanzar la cintura. Con gran osadía y destreza desabrochó sus pantalones.

Refugio se deshizo de ellos. A medida que la acercaba más, acariciaba su cadera empujándola contra él.

Pilar sentía la humedad y el calor palpitante. Pero no dejaba de sentirse inquieta. Murmuró junto a su cuello.

-¿Está... va a estar todo bien?

-Va a ser glorioso -dijo con espasmos de risa en la voz-. Va a ser estupendo, un reflejo del paraíso, pero no va a estar bien, nunca.

-Quiero decir... ¿puede...?

-¿Quién puede decirlo? Pero debo intentarlo y pedirle que sea una custodia gentil... -No hay peligro -dijo. -y sin embargo -siguió como si ella no hubiera hablado, en voz baja y no muy controlada- pídeme que me detenga y lo haré. Te prometo que lo haré.

Pilar no dudó.

-Soy yo la que necesito una custodia gentil -dijo.

-¿Por qué -preguntó- cuando yo estoy aquí?

Y fue gentil. También fue firme y enérgico. Apenas hubo un instante de dolor al entrar pero fue suavizado por una multitud de caricias. Pilar contuvo la respiración mientras se disolvía su centro fundiéndose a su alrededor. Con una mano en la cintura lo acercó más a ella, empujándolo cada vez más adentro como si su profundidad no tuviera fin.

Refugio murmuró su nombre, rozó sus párpados con los labios y luego se elevó por encima de ella como preparación para hundirse más profundamente.

Así fue y Pilar gritó su nombre. En un tumulto de subidas y bajadas, la estrechó más y la arrastró con él en el rapto. Con los ojos bien apretados, Pilar se reveló en la proximidad de la unión, sintió un éxtasis creciente que vibraba dentro de ella, reconoció su propio júbilo sensual en el deseo de Refugio. No hubo ninguna resistencia que quedara sin quebrar. Se entregó sin reticencia. Volvió a gritar y Refugio aumentó la presión de su abrazo mientras la llenaba prolongando el placer hasta el borde del infinito.

Luego, se estrecharon en una grandeza conseguida. Se sumergieron en sensaciones que parecían cubrir el universo. Sólo existían ellos dos, desnudos, espléndidos en su comunión, olvidados de todo, plenos en su gloria.

Pilar notó lágrimas en los ojos. En medio de ese calor líquido, Refugio se hundió en ella una vez, dos veces más, luego la acercó a él, unido a ella mientras rodaba hacia el costado.

Sus pechos se movían con dificultad, sus corazones palpitaban con violencia. El barco parecía sumergirse junto con ellos, acunándolos. Refugio corrió el cabello del rostro de Pilar para que pudiera respirar más tranquila. Ella presionaba y soltaba su brazo. Luego, comenzaron a calmarse.

La inquietud invadió a Pilar. Con una pequeña exclamación levantó la mano y logró colocarla en la frente de Refugio como si le controlara la fiebre. Él tomó su mano y la llevó a los labios.

-Me siento tan tranquilo como un monje que se acaba de confesar y tan alegre como un cachorro al que acaban de palmear, con razón. ¿Y tú?

-También -dijo Pilar sonriendo.

-Entonces duerme mientras yo te relevo.

Hizo lo que le pidieron y no se despertó hasta que Enrique golpeó la puerta para avisar que estaba el desayuno.

Llegaron a La Habana unas tres semanas después. El resto del viaje no había tenido incidentes, bendecido por un inusual buen tiempo. Durante esa larga temporada de cielos soleados y vientos salados, Refugio tuvo una rápida mejoría. Había abandonado su estado casi catatónico sin esfuerzo aparente y con pocas explicaciones. Con sus modos casuales y su

vestimenta prolija y digna de un caballero, había vuelto al salón al día siguiente de la noche con Pilar.

-¡Mi querido conde! -dijo doña Luisa, poniéndose de pie y apurándose para tomar su brazo-. Bienvenido, bienvenido, ¡cómo lo hemos extrañado! ¿A qué debemos esta recuperación milagrosa?

-El aire de mar y la solicitud de los amigos y ese remedio soberano para todos los males de la carne, el cuidado de una mujer hermosa...

-Ciertamente mis súplicas ayudaron a la recuperación -dijo la viuda-, pero temo que sea una exageración.

-En absoluto -respondió y, mientras se inclinaba, intercambió una mirada cómplice con Pilar.

Refugio entretuvo a su compañera con historias ingeniosas, con música de su guitarra y con suaves canciones que fluían incesantes. Si el esfuerzo lo fatigaba o le dolía la herida, no lo dejó traslucir. A la mañana siguiente, él mismo cambió el vendaje y luego pasó las horas antes del mediodía caminando por la cubierta con doña Luisa en un brazo y la joven esposa del mercader en el otro. Para el fin de la semana ya estaba practicando con la espada mientras entretenía a los observadores con bromas cáusticas.

Pero su temperamento no se había recuperado como su cuerpo. En determinados momentos nada parecía conformarlo. En esas ocasiones sus palabras y sus frases tenían un filo que penetraba hasta los huesos. Pequeñas cosas lo irritaban más allá de lo soportable: la forma en que el cocinero hacía los frijoles, el perfume del pañuelo de doña Luisa cuando lo sacudía en su cara, ver a Pilar jugando a las cartas con Charro y Enrique. No quedaba satisfecho hasta que disminuía la cantidad de grasa en los frijoles, arrojaba el pañuelo de la viuda por la borda y terminaba el juego de cartas con una serie de órdenes que enviaban a Charro a un extremo de la habitación y a Enrique al otro. El resultado era que había momentos en que tanto los pasajeros como la tripulación lo dejaban solo. Esto, al menos, lo complacía.

Un cierto desasosiego era natural en un hombre como Refugio, acostumbrado a la acción y a los espacios abiertos, no sólo encerrado en un barco en alta mar, sino perseguido por el temor de lo que podría sucederle a su hermano. Además, lo acosaba el espectro de sus obligaciones no cumplidas, la presión de la mascarada y las constantes demandas de doña Luisa. Otro motivo, pensaba Pilar, podían ser los dolores de cabeza que no lo abandonaban. Ella había aprendido a reconocer los síntomas: los ojos congestionados, la tirantez en las comisuras de la boca. También comprendió que era imposible soportar sus modos fríos y sus palabras hirientes. Todo lo que tenía que hacer era ignorarlos; casi no había enfado en ellos y nunca se refería a algo personal. Al menos con ella.

Los hombres de El León se dieron cuenta de que Pilar no le tenía miedo, por lo que procuraban estar siempre junto a ella, impidiendo así tantos comentarios punzantes como fuera posible. A veces incluso apelaban a lo que sentían debía ser su trato caballeresco. Querían ayudar, pero Pilar pensaba que eso sólo empeoraba las cosas. Refugio la acusaba, con sus palabras más salvajes, de coquetear con ellos. Esos comentarios se debían a sus celos. Le hubiera gustado creerlo. Habría sido más satisfactorio que suponer que surgían de la mera irritación de sus nervios.

A veces, por la noche, Pilar le masajeaba las sienes y los músculos de la nuca; parecía que servía de algo. Refugio aseguraba que lo hacía sentir mejor y, también, que ella durmiera a su lado. En una ocasión, cuando la

hizo enfadar por algún comentario sobre su propensión a buscar la compañía de Charro, Pilar trasladó sus sábanas a un rincón del camarote. Cuando él regresó de un encuentro con la viuda, ella ya estaba dormida. Sin embargo, una sacudida la despertó cuando la levantó contra su pecho. La llevó a la cama, se sentó con ella en los brazos y la calmó con palabras y caricias hasta que la persuadió de que se acostara con él de nuevo.

Después, mientras la sostenía entre los brazos, dijo:

-El conde Gonzalvo era un hombre sabio.

-¿Lo era? ¿Por qué? -preguntó Pilar, mientras, soñolienta, alisaba el vello oscuro del pecho de Refugio con un dedo para que no le hiciera cosquillas en la nariz.

-Mantuvo a su Venus a salvo, y a su propia mente tranquila.

-Pero, ¿y ella?

-Lo adoraba, o al menos eso decían, y le daba todo lo que podía desear para que estuviera bien.

-¿Se supone que eso era suficiente?

Refugio inclinó la cabeza tratando de ver su rostro.

-¿Crees que no?

-Ser amada y estar libre me parece mejor. -Dejó los ojos bajos para evitar su mirada.

-¿Qué, ni velo, ni harén de paredes altas? ¿No interesa la seguridad?

-Si estuviera interesada en eso, no estaría aquí. Estaría en el convento en el que mi padrastro quería que estuviera.

-Es cierto.

-Además, si las mujeres no pueden retener a los hombres en torres, ¿por qué debe permitirse a los hombres el privilegio de retener a las mujeres allí?

-¿Por qué? ¿Te gustaría retener a un hombre en una torre?

Una sonrisa asomó a sus labios.

-Me parece peligroso, aunque no deja de ser atractivo.

-Lo harías, entonces -dijo Refugio en voz baja y profunda-. ¿Vamos a buscar una torre para quedamos allí?

Pilar levantó los ojos para encontrar su mirada, esperando ver el brillo de la burla. En cambio, se vio reflejada en su gris oscuridad. Además había una arruga entre sus cejas, resultado del dolor. Levantó los dedos para suavizar el gesto, luego bajó por la mejilla hasta los duros contornos de su mandíbula. Refugio logró atrapar esos dedos y se los llevó a los labios.

-¿No? -dijo con su aliento suave y cálido contra las puntas de los dedos-. Entonces haré una pared de besos a tu alrededor y estaremos a salvo por ahora, si no para siempre.

Era una tarea en la que ella quería colaborar.

Pilar no sabía si Refugio compartía la cama con la viuda. Creía que no, pero para no enterarse de lo contrario, no preguntaba. Prefería creer que no tenía fuerzas ni interés. Sin embargo, era consciente de que eso no era necesariamente así.

En todo caso, no tenía derecho a quejarse. Ella se había arrojado a él, después de todo. Más allá de sus razones, esto no podía negarse. Él no le debía fidelidad, aunque la seguridad de todos ellos no le dictara acceder a los deseos de la viuda.

No era una cuestión de amor entre ella y El León. Por supuesto que no. Su unión estaba basada en la proximidad y en una violenta atracción de los sentidos. Y protección; ella no debía olvidar eso. Si alguna vez se permitía pensar de otro modo, sólo tenía que recordar lo que Isabel le había dicho;

que Refugio nunca se comprometería con una mujer que le interesara. Había cierto placer, en todo ello, pues sus atenciones hacia la viuda podían verse también bajo esa misma luz.

La Habana era sofocante. El sol tenía un brillo metálico, cuando se reflejaba en las ondas del muelle, las playas acogedoras y las copas de las palmeras. La cubierta del Celestina absorbía el calor y lo irradiaba a los funcionarios del gobierno, los representantes de la aduana, el jefe de puertos, el recaudador de impuestos, el notario y un oscuro empleado que subieron a bordo tan pronto como ancló el barco.

Hubo un momento en que Pilar, al mirar a los hombres que se dirigían adonde ella estaba junto a Refugio y el capitán, sintió cierta alarma. Se desvaneció cuando los funcionarios se detuvieron con rígidas inclinaciones y comenzó una ronda de presentaciones y obsequios.

Refugio fue cortés pero distante, como corresponde a un supuesto aristócrata con vastas posesiones en España. Los funcionarios mostraron deferencia; sus saludos de bienvenida, en particular para Pilar, fueron lisonjeros. Nadie trató de detener a Refugio cuando dio media vuelta con cierta displicencia y se alejó con Pilar del brazo.

Si bien había pensado en evitar a las personas, sin embargo, pronto descubrió su error. No llegaba todos los días un noble a la dormida ciudad de La Habana, y la noticia de su presencia se extendió con rapidez. Para el anochecer había recibido una docena de invitaciones que ofrecían de todo, desde desayunar con el rico dueño de una plantación, conocido por tener cinco hijas casaderas, hasta cabalgar por la isla con el gobernador. El desayuno podía declinarse sin sospecha, pero no así la cabalgata. Al regresar de ella, Refugio se sentía bastante complacido. No obstante, había habido otra invitación. Se trataba esta vez de un baile de disfraces en el palacio del gobernador.

La invitación no era sólo para Refugio sino que incluía a todos los miembros de su entorno. Se suponía que esto se extendía a Pilar, pues era bien sabido que el conde Gonzalvo no asistía a ninguna función de la que su Venus estuviera excluida.

En parte, esta actitud era la que lo había obligado a recluirse. La invitación podía también ser tan amplia, ya que se trataba de un baile de máscaras por carnaval; las convenciones nunca eran tan estrictas en esas ocasiones. En lo referido al peligro de encontrar- se con personas que pudieran conocer a Refugio de Carranza o al conde, era muy remoto pues todos usarían disfraces y máscaras durante la mayor parte de la noche. Alguna excusa para partir siempre podía encontrarse después de quitarse la máscara.

Doña Luisa estaba fascinada ante la perspectiva de alternar en sociedad, a pesar de lo provinciana que pudiera ser; había recibido una invitación separada por oficios de un amigo de su difunto marido, un caballero que alguna vez fue miembro del consejo municipal de Nueva Orleans y que ahora servía en un puesto similar en La Habana. El señor Manuel Guevara, de un modo inesperado, se había acercado al barco y había requerido su presencia bajo su techo hasta que el navío costero estuviera listo para zarpar, dentro de pocos días. Se sentiría encantado de extender la invitación a Refugio y a los otros. Doña Luisa le había dicho que todos aceptarían.

-¿Qué sucedería si este caballero conociera al conde? ¿O si ha visto a Refugio de Carranza o a Enrique o a Charro? -preguntó Refugio.

-¿O si alguna vez fue amante de su Venus? Una cosa parece; tan

improbable como la otra; ha estado fuera de España durante años -fue la respuesta decidida de doña Luisa.

Refugio se encogió de hombros.

-Bien, no hay de qué preocuparse entonces. Si saca a la luz recuerdos molestos para alguno de nosotros, siempre podremos acabar con él y con toda su familia, hasta con el bebé y la sirvienta.

-¡Qué salvaje! -gritó entre risas la viuda.

- Y además malvado. Qué espectáculo brindaría cuando el verdugo me colocara la capucha. O quizá fuera mejor un auto de fe; la Santa Inquisición no tiene el monopolio de enviar a los hombres a las llamas. Cualquier cosa, señora, con tal de entretenerse.

-El fuego es excitante, ¿no es cierto? -dijo la viuda con ojos brillantes.

Pilar al verlos se estremeció, pues tomó conciencia del frío que recorría el corazón de la viuda.

CAPÍTULO X

La mansión del señor Guevara había sido construida con bloques de piedra caliza blanca. Era una sólida estructura cuadrangular diseñada para soportar las tormentas tropicales que azotaban la isla durante la temporada de otoño. Las numerosas puertas y ventanas en todos los costados de la casa estaban protegidas por galerías que las resguardaban del caluroso sol, permitían disponer de aire fresco durante la época de lluvias más suaves y aprovechar los beneficios de los vientos constantes. Aislada en un predio de gran amplitud, disfrutaba de la majestuosa vista del mar turquesa y se hallaba rodeada de árboles frutales con nombres exóticos que daban sombra a jardines que seguían trazados geométricos y terminaban en hermosos canteros de flores. A unos cien metros de la casa se extendía un amplio mar verde, que constituía la inmensa plantación de caña de azúcar del señor Guevara.

La hospitalidad del funcionario no podía ser despreciada. A Pilar y Refugio les habían dado la mejor de las habitaciones de huéspedes y los habían atosigado con comida y vino, y obsequiado con canciones entonadas por las hijas del señor Guevara. La necesidad que tenían de noticias de España, cualquier noticia, era tan grande que parecía que hubieran agasajado a un mendigo ciego a fin de obtenerlas. Las preguntas que formulaban eran interminables, en particular las del hijo mayor del hacendado, Philip, que lucía aires de galán, y parecía interesado en ampliar la extensión de sus conquistas. Las damas querían enterarse de todo lo referente a la moda y qué mujeres estaban imponiendo su estilo en la corte. El señor Guevara sentía curiosidad por los diversos escándalos entre los ministros del rey. Todos deseaban enterarse de las últimas tendencias en bailes y música.

Los supuestos hábitos de reclusión del conde Gonzalvo demostraron ser de gran utilidad, pues toda falta de información podía ser achacada a ellos. Refugio compensó esa deficiencia, sin embargo, sentándose al clavicordio una noche y tocando una serie de aires nuevos con tanta gracia y sentimiento que le hicieron repetir en varias ocasiones. Entonces los deleitó con un conjunto de viejas baladas y canciones de cuna de una dulzura tan nostálgica que consiguió emocionar a toda la audiencia.

Los bailes de disfraces eran uno de los pasatiempos favoritos de la isla y

la casa de los Guevara estaba muy preparada para ello. Los pasajeros del Celestina sólo tuvieron que elegir entre los muchos disfraces que había.

A Refugio le resultó fácil; la ropa de un príncipe moro le venía a la perfección. Sin embargo, Pilar se negó a ir como una princesa mora, envuelta hasta los ojos en sofocantes velos, o como una bailarina mucho más descubierta. El hábito de una monja no le agradó en absoluto. Consintió por fin en la vestimenta de una dama de corte del siglo anterior, formada por un enorme miriñaque cubierto por seda azul oscuro, y un corsé ballenado atravesado por hileras de moños azul pálido.

Refugio se puso el traje blanco y el tocado con hilos de oro, luego dejó a Pilar y a Isabel dueñas de la alcoba. Su propósito era dejarles tiempo para la difícil tarea de introducir a Pilar en el miriñaque, un gesto cortés que no era infrecuente en él. Pilar lo vio irse en el espejo que estaba sobre la cómoda mientras Isabel arreglaba su cabello rizándolo con pomada para que estuviera listo para empolvarlo. Le pareció encontrar a Refugio inquieto y distante. Con su disfraz parecía algún jefe del desierto dispuesto a la diversión si se presentaba la oportunidad, pero también a la destrucción si era necesario.

Pilar pasó de la alcoba a la galería poco después, atravesando la puerta con extraños movimientos. Con sus amplias faldas barría el suelo mientras se aproximaba al lugar en el que se encontraba Refugio.

Al acercarse escuchó repentinos gritos de dolor. El ruido venía de la dirección opuesta. Refugio se dirigió al encuentro de un pequeño de menos de tres años cuyo rostro tenía una expresión de pesar. Era el hijo menor del funcionario, el último de su numerosa familia. El niño vestía pantalones cortos, camisa, zapatos con hebillas y su cabello sedoso estaba recogido hacia atrás. Mostraba uno de sus dedos en el cual había una diminuta gota de sangre. Detrás del niño había un loro verde de cabeza amarilla que lo seguía con determinación.

-¡Me ha mordido! -gimió el niño-. ¡Me ha mordido!

-¿Quién ha sido? -preguntó Refugio mientras tomaba el pequeño dedo rosado entre los suyos, rústicos y marrones, y limpiaba la sangre con una punta de su traje.

El niño señaló con la otra mano al loro.

-Ese pájaro malvado. ¡Me ha mordido el dedo!

-Sí, ya lo veo -dijo Refugio con gravedad-. ¿Y qué le has hecho a él?

-Sólo quería jugar con él.

-Quizás él no tiene ganas -le contestó Refugio.

El niño no dijo nada, sólo se limpió las lágrimas que tenía en la mejilla. El loro se acercó hacia los dos y comenzó a dar vueltas alrededor de ellos.

-¿Es tu loro? -preguntó Refugio. El niño negó con la cabeza. -De mamá.

-¿Le contamos lo que te ha pasado y dejamos que ella lo castigue?

-No.

-Ya veo -dijo Refugio-. Esto ya te ha pasado otras veces, ¿verdad?

El niño miró al suelo sin responder. El loro movió la cabeza a un lado y dijo con voz ronca:

-Hola, Mateo.

-¿Ése eres tú? ¿Mateo?

El niño asintió, y agachó la cabeza de nuevo.

-Bueno, ¿qué merece este pájaro malvado por morderte? ¿Debemos cortarle la cabeza y ponerla en una cacerola?

En el rostro del niño apareció la alarma.

-¡No!

-¿No? ¿Quizá tendríamos que atarle el pico?

El niño sacudió la cabeza y miró al loro que había encontrado un pliegue rugoso en el traje de Refugio y estaba trepando hasta su hombro.

-¿Te gustaría morderle el dedo, entonces?

-No tiene dedo.

-Tiene pata. Dos patas.

Una sonrisa formó un hoyuelo en la mejilla del niño. Rió.

-¡No! Está muy sucia. Refugio suspiró.

-Entonces no sé qué hacer.

-¡Ya lo sé! -gritó el niño.

Se acercó y colocó su brazo delante del loro. El pájaro saltó: con facilidad y caminó hasta el hombro del niño. Mateo dio media vuelta y salió corriendo con el pájaro que aleteaba como si estuviera volando.

Refugio se puso de pie. Su rostro mientras miraba al niño era el más suave, el menos inquieto en mucho tiempo. Al verlo, Pilar tomó conciencia del dolor que sentía muy dentro de sí y también de un extraño vacío.

Refugio se volvió y observó a Pilar con cierto aire burlón contemplando desde la coronilla empolvada de su cabello, pasando por el corsé que exponía la parte superior de sus pechos y la estrechez de su cintura, hasta el miriñaque que se extendía ridículamente hasta un metro de cada lado. Le sonrió.

-Estás majestuosa -dijo por fin-. Y hermosa, por supuesto. Pensé que sería mejor el hábito de monja, pero creo que éste es mejor después de todo.

El cumplido era inesperado y desconcertó a Pilar. Con esfuerzo trató de mantener la voz firme.

-¿Por qué?

-Porque -dijo Refugio- con lo que te has puesto, ningún hombre puede acercarse lo suficiente como para preocuparme.

-A menos que yo lo ayude -le contestó burlonamente Pilar.

-Existe la posibilidad, pero no creo, por tu buen corazón, que alientes a alguien de un modo poco sensato.

-¿Qué tiene que ver mi corazón con esto?

-No le gustaría ser responsable de una muerte -respondió Refugio.

Pilar mantuvo su mirada fija en Refugio durante un largo rato antes de preguntarle:

-No sería la primera, ¿verdad?

-¿Qué? -La voz de Refugio era punzante.

-Después de la de mi tía, quiero decir.

-Eso es otro asunto. Tú no tienes la culpa de las decisiones de un hombre loco.

-¿No? Tampoco tú, entonces -replicó Pilar con serenidad.

Refugio la miró mientras se acercaba a él con el oro del atardecer en el cabello y la calma en sus ojos, pero no le respondió.

La cena se sirvió en la hacienda. Era evidente que la esposa del funcionario, como contaba con la presencia de lo que pensaba que era un miembro de la nobleza española, trataba de impresionar a sus vecinos. Un gran número de ellos había sido j invitado a compartir la mesa junto con los miembros mayores de la familia. Todas las piezas de plata de la casa habían sido pulidas y colocadas en la mesa para la cena. El cristal de Venecia relucía, así como la porcelana inglesa y había tantas velas, que el calor marchitaba las flores tropicales colocadas en los vasos de Sèvres. Había

tanta gente, utensilios y candelabros en realidad, que la mesa distaba mucho de revelar la elegancia que la señora de la casa había tratado de alcanzar.

Refugio estaba sentado a la derecha de la anfitriona y doña Luisa a la derecha del anfitrión. Pilar estaba colocada entre un hombre de edad vestido de negro y el hijo mayor de los dueños de la casa. El hombre de edad se consagró a su comida con fruición y no parecía mostrar interés por la conversación. Philip Guevara no estaba en absoluto interesado en la comida.

-Señorita -dijo en voz lo suficientemente baja como para ser cubierta por el murmullo de la conversación y el mido de los platos a su alrededor-. Me siento como un idiota. Ruego que sepa disculpar mi ignorancia, pero no me había dado cuenta de quién era usted. Pensar que la famosa Venus de la Torre lleva dos días con nosotros y no lo había sabido hasta ahora.

El joven era buen mozo y tenía un modo refinado al estilo castellano. Parecía también ser bastante consentido y mostraba tener más experiencia con las mujeres que la que debería a su edad. Pilar dijo la verdad.

-Por favor, prefiero no hablar de eso.

-Debería haberlo sabido; ¿cómo no lo adiviné? Sus formas, sus gestos, son incomparables. No tengo dudas de por qué el conde la mantiene encerrada, pues yo haría lo mismo si usted fuese mía.

-Debo recordarle que la única razón es que el conde es extremadamente celoso.

Pilar señaló con la cabeza en dirección a Refugio que los estaba mirando por encima de su copa de vino.

El joven apenas miró en la dirección indicada. Sus ojos oscuros brillaban.

-¿Le teme? ¿Puedo salvarla?

-¡En absoluto! Usted no pensará en semejante tontería.

-¿Tontería? Habla como si yo fuera incapaz de hacerlo.

Pilar reconoció la vanidad afrentada en su voz, y trató de que la suya fuera lo más tranquilizadora posible.

-En absoluto. Es sólo que no necesito un salvador, pues estoy bastante a gusto.

-Creo que en realidad usted tiene miedo. ¿Puedo pensar que se preocupa por mí?

-Apenas lo conozco -protestó Pilar.

-Hombres y mujeres se han enamorado en menos tiempo, por una mirada compartida en un paseo, por una sola palabra intercambiada en la misa matutina.

Su rostro enrojeció. En su mirada quiso transmitir pasión, Pilar era un desafío para él, un misterio para poseer; podía verlo. Era una cortesana cuyos encantos habían esclavizado a un noble, así como el noble la había puesto en una prisión. Parecía que sólo hablar con ella excitaba al joven. El intento de seducirla podía resultarle algo irresistible.

-No es mi caso -dijo Pilar con frialdad-. No estoy acostumbrada al amor.

-Una mujer como usted no puede decir palabras tan duras.

-Se lo aseguro, puedo -respondió Pilar.

-Prefiere ser adorada, como en el pasado con el conde. Lo entiendo perfectamente. Sería un gran placer para mí arrodillarme a sus pies.

-Gracias, pero no será necesario.

-Si es riqueza lo que le interesa, yo la poseo.

-Su padre la tiene, quiere decir. ¿Y acaso tiene un título?

-Le agrada ser cruel, pero eso hará más dulce su rendición.

Pilar estaba perdiendo su aliento y, probablemente su consideración, simulando indiferencia. Volvió la cabeza y se encontró con la mirada de Charro, que estaba al otro lado de la mesa. Debía de haber estado siguiendo la conversación pues le sonrió con divertida simpatía en el fondo de sus ojos azules.

Ya había pasado gran parte de la noche cuando finalizaron el último plato de la enorme cena y los huéspedes se prepararon para acudir al baile. Los jóvenes irían a caballo y llevarían las antorchas para iluminar el camino. Los hombres mayores y las damas viajarían de un modo más tranquilo en los carruajes que ya estaban alineados.

Refugio decidió cubrir la corta distancia a caballo, al igual que Enrique y Charro. Baltasar, disfrazado de sirviente, viajaría en la pértiga de uno de los carruajes. La señora Guevara, con su hija mayor y la dama de compañía de la joven, una prima lejana, iban en el carruaje de la familia. La mujer estaba a punto de asignar el cuarto lugar a Pilar, o al menos eso pensó ésta, cuando la viuda Elguezábal se unió al grupo con una máscara en la mano y una mantilla sobre sus redondos hombros.

-¿Usted va, doña Luisa? -preguntó sorprendida la señora Guevara.

-Por supuesto -respondió la viuda en el mismo tono, luego continuó-. Ah, usted está pensando en mi luto. No bailaré, por supuesto, pero quiero alejar mi mente de la pérdida que he sufrido. Mi querido esposo lo hubiera deseado, lo sé; era el hombre menos egoísta que ha existido.

Enrique, que estaba cerca, dijo *sotto voce*:

-Era, sin duda, un santo.

-Así es -replicó doña Luisa.

-¿Era por eso que no pudo soportar vivir con él?

La viuda dio media vuelta y no prestó más atención al acróbata. Señalando el asiento vacío del carruaje agradeció a su anfitriona.

-Veo que me ha guardado sitio -comentó.

-Si le agrada. -Había cierta censura en la voz de la señora Guevara.

Pilar estaba entretenida con la viuda y sus caprichos y con Enrique y sus burlas; sin embargo, al mismo tiempo se sentía perturbada. Ella misma ni siquiera estaba usando ropa de luto por su tía y se estaba preparando para disfrutar de los placeres de la noche. La situación era difícil, eso era cierto, pero debía de haber alguna manera de expresar su respeto.

La señora Guevara estaba hablando a Pilar, aunque sus maneras no eran menos rígidas que las que había mostrado con doña Luisa.

-Lamento la imposición, señorita, pero temo que debo pedirle que vaya con mis buenos amigos, nuestros vecinos, los...

Entonces habló su hijo.

-Perdón, madre, pero yo conduciré a la dama. Sólo me llevará un momento preparar mi carruaje.

La mujer frunció el entrecejo antes de mirar a sus huéspedes que estaban observando los acontecimientos con ávido interés y diversos grados de desaprobación. En sus rostros se veía el desagrado.

-¿Esto la satisface?

Pilar era consciente de que Refugio la miraba desde su pardillo negro y movedizo. Parecía, en verdad, que la mitad de las personas allí reunidas estaban esperando su respuesta.

-Por completo. Había pensado en llevar a mi criada Isabel en caso de que tuviera problemas con mi traje. Esto será más cómodo para ella que viajar arriba con el cochero.

Philip pareció de algún modo decepcionado, pero no retiró su oferta. No le agradó en absoluto cuando Refugio, Charro y Enrique se colocaron a cada lado del pequeño carruaje para escoltarlo.

El trayecto al palacio del gobernador era muy agradable. Recorría el borde del puerto desde donde se veía la vieja ciudadela de La Fuerza con su torre de observación, coronada por una veleta con la forma de una doncella india conocida como La Habana y atravesada por las fortalezas que resguardaban la entrada al puerto, El Castillo del Morro y La Punta. Las fortificaciones, incluyendo la de La Cabaña detrás del Castillo del Morro y los muros de la ciudad, habían sido construidas, según informó Philip a Pilar, para desalentar a los piratas y confundir a los ingleses. Había sido una medida eficaz, aunque no había servido para lo último. La Habana había sido tomada por los ingleses poco más de veinticinco años atrás, durante la Guerra de los Siete Años. Hacía un año que la habían devuelto a España, al terminar la guerra, a cambio del territorio de Florida.

El palacio del gobernador era un edificio imponente de esplendor barroco, situado al este del centro de la ciudad que era conocido, como en la mayor parte de las ciudades coloniales españolas, como la Plaza de Armas. Lo habían levantado no hacía mucho, y algunos sectores todavía estaban en construcción. Sus habitaciones eran espaciosas y ricamente amuebladas conforme a la importancia del hombre que tenía la jurisdicción de todos los funcionarios españoles del Nuevo Mundo.

El baile en el palacio del gobernador era de gala, pues el Martes de Carnaval era el último día de fiesta y regocijo antes de la abstinencia de la cuaresma. La sala de baile era alargada, con un cielo abovedado avivado por un fresco religioso con toques dorados y puertas francesas en dos de los lados, que estaban abiertas para aprovechar la brisa de la noche. Las luces de las enormes arañas de cristal titilaban con la corriente que entraba por las puertas. La música de violines y guitarras, flauta, clavicordio, tambores y castañuelas era vivaz y apasionada. Los invitados lucían sus joyas, sedas y terciopelos; bailaban constantemente como si se dejaran llevar por el abandono de la música. Los hombres se inclinaban hacia las mujeres, éstas movían sus abanicos con gracia y sonreían enviando fugaces miradas por detrás de las máscaras.

Pese a todo, no se dejaba de lado la compostura: las damas de compañía y las madres ansiosas se abanicaban mientras vigilaban sentadas, y los maridos estaban en guardia. La naturaleza reprimida de las pasiones se agregaba al aire de licenciosidad que rodeaba a la reunión y aumentaba la sensación de que allí estaban en juego impulsos contenidos y tentaciones no del todo desdeñadas.

Pilar bailó primero con el señor Guevara. Era, pensó, una danza obligada por parte de su anfitrión, un intento de establecer para ella un cierto grado de respetabilidad. Sus gestos mantenían la rigidez del decoro y se movía escrupulosamente dentro de los límites impuestos por las reglas de la conducta formal. Poco después, Philip insistió en conducir a Pilar a la pista para un baile. Parecía imposible rechazarlo después de la actitud de su padre, y en especial, porque se había tomado la molestia de traerla al baile. De inmediato lamentó haber aceptado. La mostraba como si se tratara de un trofeo. El disfraz del joven era de terciopelo doble con medias, pechera y casco de conquistador. Le iba de maravillas, puesto que parecía preparado para la conquista. Aunque Pilar se había sentido un poco incómoda en el barco en su papel de Venus del conde, hasta ese momento nunca se había

sentido denigrada por él. Las miradas ardientes de Philip, el roce insistente de sus manos mientras la guiaba en la danza eran una declaración pública del tipo de mujer que él pensaba que era y de su deseo y su intento de poseerla.

-Si no deja de mirarme de ese modo -le dijo Pilar entre dientes- voy a abofetearlo.

-No sé a qué se refiere -le contestó Philip.

El brillo de los ojos del joven desmentía sus palabras.

-Creo que sí lo sabe. No soy una tonta jovenzuela para caer rendida a sus pies. El juego que está haciendo es peligroso, se lo advierto.

-¿Está segura? Creo que se sobrevalora. No veo que su protector se preocupe mucho por usted.

-Porque prefiere no ridiculizarse o ridiculizarme -respondió Pilar.

-O no le importa. Los hombres se cansan de sus amantes. Era, por supuesto, una posibilidad pero se rehusaba a considerarla.

-Me sorprende que esté interesado en bienes usados -le contestó Pilar con ironía.

-Para mí usted será fresca y nueva, además de mucho más hermosa que cualquier dama de la noche que La Habana tenga para ofrecer.

El rostro de Pilar se heló de furia.

-Me está lisonjeando, estoy segura -comentó.

-Imposible -dijo el joven.

-¡Usted es el que es imposible! -dijo Pilar por lo bajo con frialdad y no volvió a hablar.

La música terminó. Charro, por casualidad o deliberadamente, estaba al lado de ella. Se inclinó ante Philip y ofreció el brazo a Pilar para bailar con ella. Por un momento pareció que Philip se negaría a dejarla ir. Frunció el entrecejo y lo miró fijamente. Algo que vio, sin embargo, lo obligó a una pausa pues realizó una inclinación breve y se alejó.

Pilar le sonrió con calidez a su nuevo compañero.

-El rescate ha llegado a tiempo. Gracias.

-¿Es muy molesto, no es cierto?

-No tiene importancia. Es sólo un joven vanidoso.

-Puedo enviarlo a su casa, si quiere.

-Prefiero no atraer la atención.

Charro rió, mientras se movía con ella siguiendo una danza que acababa de comenzar.

-Es muy tarde para eso -le comentó.

Charro iba vestido de caballero templario, un guerrero medieval cristiano de una orden con sede en la isla de Malta. El traje, con la cruz roja en la túnica, le quedaba de maravilla. Sus comentarios sobre los otros invitados eran punzantes y graciosos; sus maneras eran admirables pero cuidadosamente, quizá demasiado cuidadosamente, impersonales. Sus inclinaciones cuando terminó la danza llevaban una carga que excedía la mera cortesía. Sus ojos azul claro a través de las aberturas de la máscara mostraban dedicación y pena cuando cedió la mano de su compañera a Refugio.

Refugio, al observar esa mirada, se perturbó pero no se sorprendió. Por el efecto que Pilar había tenido en sus seguidores, nadie podía culparse, excepto él mismo. Ella era hermosa, perseguida y estaba sola en el mundo; el resultado era inevitable. El mismo sentía instintos de protección inquietantes. ¿Por qué debía esperar otra actitud de los hombres de su

banda?

¿Qué sentía Pilar? Ojalá lo supiera. Estaba sonrojada por el calor y la danza; su piel estaba húmeda y tibia y su respiración agitada. Le tomó la mano y le apoyó los dedos en su brazo mientras la llevaba junto a una puerta abierta. Le dio un poco de tiempo antes de hacerle una advertencia.

-La devoción de los admiradores mejora el cuerpo y entibia el corazón, pero tiene un modo de cobrarse su precio.

Pilar dirigió su vista a Charro y supo que Refugio se refería a él. Era consciente de la forma en que el otro hombre la buscaba pero estaba segura de que sólo se trataba de la proximidad generada por el largo viaje. Las atenciones de Refugio para con doña Luisa no eran tan inocentes. El tono de Pilar era frío cuando respondió.

-Hablas por supuesto por experiencia.

-Por supuesto.

-¿Y qué forma asume habitualmente ese precio? -preguntó Pilar.

-Los devotos requieren trozos de usted, elegidos al azar.

Las palabras eran precisas y severas. No estaba hablando en términos generales. ¿Podía estar pensando en los últimos días con la prometida que había perdido?

-¿No puede una persona defenderse? -preguntó Pilar.

-Se necesita mucho estómago y una aptitud para causar dolor.

-¿La alternativa podría ser la aceptación total?

-Sí, existe esa posibilidad, si hay una tendencia al martirio.

-¿O si alguien impone el martirio? -preguntó Pilar con los ojos fijos en las duras facciones del rostro de Refugio, aunque sus pensamientos estaban en otra parte.

-En general hay una posibilidad de elección.

-Excepto cuando hay otras personas involucradas.

- Incluso entonces. Las heridas limpias curan y los bebés no lloran después de recibir el pecho y una muerte rápida elegida con cuidado es mejor que una insoportable agonía para llegar al mismo final.

Él estaba diciéndole muchas cosas que ella no estaba segura de entender.

-Veo por qué no quieres ser amado.

-¿Quién está hablando de amor? -respondió Refugio-. Ése es otro asunto diferente.

Bailar con Refugio fue un ejercicio de precisión. Había conocimiento y capacidad de conducción, pero sobre todo instinto y gracia ilimitada. Ella lo disfrutó. La música vibraba dentro de él, lo que se traducía en movimientos que empujaban a su compañera.

Pilar, al hacer estos descubrimientos, sintió que su propio placer se multiplicaba. Ella también tenía sus instintos que se habían encontrado y fusionado con los de él. Poder, con un pequeño esfuerzo, adaptarse a su ritmo fue un triunfo privado. Miró los ojos gris plateados cuando avanzaban y retrocedían y lo que vio allí, a medias escondido por sus pestañas, la hizo aumentar la presión de sus dedos. Podría no querer recibir o dar amor pero no era indiferente a ella. Éste era un motivo de consuelo.

La velada se estaba acercando a la medianoche, la hora en que terminaba el Martes de Carnaval y comenzaría el Miércoles de Ceniza. Entonces los invitados se quitarían las máscaras y habría pocas sorpresas. Poco antes de esa hora se sirvió una última cena que consistió en carnes y pasteles y todas las delicias que estarían prohibidas durante la cuaresma. El gobernador de la isla, resplandeciente con sus encajes plateados, su peluca de blanca seda

y sus zapatos de hebillas rojas, señaló el camino hacia el comedor. Estaba flanqueado por guardias vestidos de escarlata que portaban mazas de plata. Los invitados reían, bromeaban casi sin apetito debido al poco tiempo que había transcurrido desde la cena.

Refugio condujo a Pilar y le encontró una silla. Para cuando decidió ir en busca de comida para ambos, Philip ya estaba allí ofreciendo a Pilar un plato completo. No lejos de él estaba Charro, también con una selección de delicias, y detrás de él venía Enrique con una copa extra de vino. Estar rodeada de hombres era gratificante, aunque las intenciones de varios de ellos eran más protectoras que amorosas. También era absurdo, porque había mucha más comida de la que era capaz de comer. La única forma de no herir sentimientos fue probar algo de cada oferta. No pudo evitar hacer esto bajo la mirada burlona de Refugio. Sin embargo, probó diversas exquisiteces y bebió un poco de vino, todo mientras conversaba para aliviar la rara sensación que la situación creaba entre los hombres.

Enrique y Charro parecían no interesarse por Philip o su presencia. Hicieron una cantidad de comentarios, sólo a medias risueños, sobre el provincianismo de la isla, la insipidez de su comida y la complexión física de sus mujeres. Para acabar, menospreciaron los caballos criados en la isla, la capacidad de los jinetes e inclusive dudaron del nivel de experiencia de los lugareños con una espada. Philip, al principio, estuvo de acuerdo con ellos y manifestó desear la excitación y las aventuras de una estadía en España. Pero rápidamente comenzó a ponerse verde de rabia.

Pilar miró a Refugio esperando que pusiera fin a esta provocación. Sería insensato comenzar una escaramuza en el palacio del gobernador, en especial teniendo como eje al hijo de su anfitrión. El jefe de los bandidos, sin embargo, parecía haber encontrado algo de máximo interés en el fondo de su copa de vino. Su concentración era total. Los comentarios continuaron. La misma Pilar trató de dirigirlos hacia otros temas, pero no obtuvo resultados. Cuando la voz de Philip se enardeció más y su rostro se puso rojo, envió a Refugio una mirada penetrante.

Fue entonces cuando una mujer mayor habló en un tono displicente y agresivo.

-Este hombre es un impostor, ¡eso puedo asegurarlo! Es demasiado buen mozo; además le falta fuego. Si fuera el conde Gonzalvo no habría este grupo de hombres rodeando a su Venus, ¡no, no! Si fuera el conde, en este momento habría un intercambio de espadas.

Refugio se puso rígido, luego se volvió con lentitud para enfrentar a su detractora. En ese momento, surgió en él el orgullo de generaciones de nobles escondido en la frialdad del príncipe moro que estaba representando esa noche. El rostro detrás de la máscara estaba negro de enfado.

A su alrededor, el silencio se extendió apenas interrumpido por el suave silbido de los murmullos.

La aprensión que invadió a Pilar se debía a que no sabía cómo Refugio iba a responder a la mujer y qué consecuencias tendría para todos ellos. Creía que una defensa furibunda o una respuesta fría no estarían acertadas, le darían a las palabras de la mujer demasiado peso.

Se humedeció los labios buscando energía.

-Mi amor -dijo a Refugio, en un tono íntimo teñido de humor-, qué poco te conoce esta mujer.

Refugio giró la cabeza sorprendido, luego sonrió en un realineamiento de sus facciones que tenían la luz del deseo impaciente en sus ojos y curvó la

boca de manera sensual.

-O a ti, querida -respondió con suavidad.

Inclinó la cabeza para volver su atención a la anciana en lo que pareció resultar un esfuerzo.

-No intentaría justificar mi conducta ante usted, señora, pues no hay nada que lo obligue. Sin embargo, no quiero que piense que valoro menos a mi Venus ahora que en los primeros días de mi amor. ¿Piensa que es imposible confiar en una mujer? Se equivoca. Pero hay más. Muéstreme cuál de estos hombres que la rodean merece sus sonrisas. No puede, pues ella está tan por encima de ellos, así como está tan por encima de mí. Pelear con ellos sería tan inútil como tratar de pelear con cada hombre que mirara la luna con deseo.

-Si usted fuera el conde Gonzalvo, lo intentaría -replicó la mujer, aunque había en sus ojos cierta aprobación.

-¿Cómo? -preguntó Refugio con franqueza-. Derramar la sangre del hijo de mi anfitrión sería una violación intolerable de conducta, y no puedo pensar que el gobernador aprecie un sangriento final para este baile.

Detrás de Refugio, Philip emitió una punzante exclamación:

-La sangre derramada bien podría ser la suya -le contestó airado el joven.

-Podría, si su capacidad se igualara a la hazaña -respondió Refugio con cortesía.

-También tengo fuerza y juventud. ¿Qué arriesgaría usted?

El rostro del joven estaba acalorado, su postura era beligerante. La mirada que lanzó sacudió a su madre y a su padre que estaban conversando en la otra punta del salón.

-¿Espera que ofrezca a mi Venus como premio? Algo vulgar que ella, sin duda, rechazaría.

-Por supuesto -dijo Pilar, mientras los dos hombres fijaba la vista en ella.

-No tengas miedo de pagar la prenda, te lo aseguro -dijo Refugio antes de que su mirada se dirigiera por encima de la cabeza de Pilar donde estaban Charro y Enrique.

Entre los tres se estableció cierta comunicación, una orden fue dada y recibida.

Pilar sintió que la alarma le corría por los nervios. Refugio estaba buscando algo, pero ¿qué era? Ojalá pudiera saber si debía aceptar o ayudarlo oponiéndose. Pensó que esto último sería lo mejor, aunque no tenía ninguna certidumbre sobre el modo de razonar de Refugio.

-No tengo miedo -afirmó con la voz baja por la indecisión.

-Qué gratificante.

-¡No para mí! -declaró Philip Guevara-. Reclamo un encuentro.

-Y yo -agregó Enrique tratando de imitar la posición rígida de Refugio-. El honor de todos nosotros se ha mancillado así como el de los hombres de Santiago de Cuba. Exigimos reparación.

-No -dijo Pilar con los ojos bien abiertos-. No seré parte de esta locura.

-Así debe ser -declaró Enrique con fervor-. ¿No hemos sido insultados junto con los caballos y las mujeres de esta isla?

-¿Caballos? -dijo turbada la mujer que había comenzado el incidente.

Refugio sacudió la cabeza.

-Esto se está volviendo ridículo. Sería imposible pelear con todos ustedes. Además, ¿qué probaríamos con una resolución privada y mortal de este tema? No, no. No seré culpable de semejante violación de la hospitalidad.

-Debe hacerlo -dijo Philip-. Sería vergonzoso rehusar ahora.

Refugio suspiró.

-No tengo necesidad de más infamia. Pero, ¿el gobernador y sus invitados no deberían entretenerse con este enfrenta- miento? ¿Qué dicen de mi juicio público, algo más justo? Lo que se necesita es un torneo, el esplendor del choque de las armas, una justa entre hombres.

-¿Un torneo? -dijo Philip disgustado.

-Precisamente. ¿No le complace pensar en demostrar su capacidad ante todos, en particular ante las damas?

Un brillo especulativo apareció en los ojos del joven, luego sacudió la cabeza.

-Podría ser, pero llevaría demasiado tiempo arreglar las cosas. Ahora, un duelo...

-¿Qué arreglos son necesarios? Tenemos la noche y una arena blanca al borde del mar. Tenemos caballos, hombres y espadas e inclusive una luna para iluminar el terreno. Todo es perfecto. A menos que no tenga valor para esto.

-¿Quiere decir... esta noche?

-¿Qué mejor momento? Después que termine el baile del gobernador, por supuesto. No querría ofenderlo.

-Pero, ¿qué honor puede haber en esto?

-El mismo que en una batalla, la derrota de un valiente enemigo.

-¿Usted participará?

-Será un placer. -La cuerda dorada del tocado de Refugio brilló cuando inclinó su cabeza.

Charro habló después.

-¿Qué se demostrará, capacidad en el manejo de la espada o de los caballos?

-¿Es necesario que sea uno o el otro? Los antiguos torneos eran una prueba de ambas técnicas, una guerra simulada.

Un murmullo surgió entre los que estaban escuchando. En él se manifestaba un curioso interés y también admiración. De las frases que emergían parecía que la mayoría pensaba que el ejercicio era una maravillosa excusa inventada por el conde para crearse una audiencia que escarmentase definitivamente al admirador de su Venus.

-No me gusta esto -expresó Pilar, impulsada a ponerse de pie por el temor que sentía.

-Pero a mí sí -replicó Refugio con los ojos brillantes por el desafío que se le presentaba-. Y tú serás el juez, si no también el premio. Qué podría ser mejor que una verdadera diosa lunar, la más justa de las justas, imparcial, incorruptible y también complaciente.

-¡Basta! -reclamó Pilar-. No es necesario.

-Sí, lo es, te lo aseguro. Se necesita una prueba, no comprendes. Una prueba de que valoro a mi Venus y que por lo tanto soy quien digo ser. Una prueba para todos. Y para mí.

¿Quién había escuchado estas últimas palabras? Nadie, pensó Pilar, excepto ella.

-No tendré nada que ver con esto. Nada.

-¿No? La pérdida se sentirá; ¿cómo podría ser de otro modo? Necesitamos miradas y favores, así como un veredicto. Y tú, mi dulce Venus, a diferencia de la diosa de la justicia, no eres ciega.

CAPÍTULO XI

La noticia del torneo voló por la sala de baile con la rapidez de la luz reflejada en un espejo. La señora Guevara se alarmó al escucharla, pero la mayoría celebró la perspectiva con entusiasmo. Tan grande fue la preocupación de los invitados del gobernador que el desenmascaramiento de medianoche se convirtió en un ritmo mecánico, un símbolo del comienzo de una fiesta antes que el de su fin. Ésa fue, sin duda la intención de Refugio, aunque no la única.

Refugio y sus hombres, junto con Philip y un grupo de sus amigos, abandonaron la fiesta no bien se quitaron las máscaras. Los asistentes los siguieron de cerca, pocos querían perderse el espectáculo.

Los invitados al baile bajaron las escaleras del palacio del gobernador, llamaron a sus sirvientes, montaron en sus caballos, sus coches, sus carruajes y marcharon detrás de los contendientes. Se dirigieron a la playa ubicada detrás del puerto. Su paso a través de la ciudad atrajo la atención de otros muchos habitantes, los trasnochadores de estratos más bajos, los sirvientes mulatos, los vendedores callejeros y los músicos, los marineros y los estibadores de los muelles. Estos los seguían a pie, riendo, bebiendo y gritando para averiguar la razón de la fiesta.

Pilar encontró un sitio junto a la señora Guevara, pues se adelantó a doña Luisa sin esperar una invitación. El recibimiento fue frío. La mirada de la mujer era punzante como si supiera que Pilar estaba en el centro del asunto, pero no hizo acusaciones. La esposa del funcionario pidió a doña Luisa que cejara en sus quejas ante la posibilidad de que su vestido se arrugara en el vehículo lleno de gente y que entrara si deseaba ir. Dio una orden al cochero para que el carruaje se pusiera en marcha.

En cierta forma, Pilar había pensado que Refugio y sus hombres sólo querían pelear con Philip. Cuando llegó a la playa, sin embargo, las cosas habían cambiado. Philip había traído a tres de sus amigos. Entre ellos habían juntado caballos, espadas y escudos suficientes para los ocho participantes. Dos de ellos ayudaban a Charro a preparar los caballos con mantas a modo de protección, mientras Philip ayudaba a Baltasar y Enrique a quitar el filo a las espadas.

Pilar saltó del carruaje y se abrió paso hasta donde estaba Refugio a través de las risas y las conversaciones de la multitud. Se había quitado su atuendo moro y su tocado, y sólo lucía una túnica sin mangas sobre los pantalones y las botas. Estaba controlando los frenos del caballo que iba a montar. Calmaba al animal excitado por el murmullo y la agitación de la gente y la luz de las antorchas que habían sido clavadas en la arena en los dos extremos del terreno destinado para la lucha.

Refugio vio llegar a Pilar; no obstante, continuó con lo que estaba haciendo hasta que ésta se detuvo delante de él.

-¿Decidiste brindarme tus bendiciones? -dijo con voz ligera-. ¿O se trata sólo de morbosa curiosidad?

-Esto último, por supuesto -replicó- ¿Podrías decirme qué crees que estás haciendo?

-Sí, querida, lo haré pues todavía tienes algún derecho a exigir respuestas. ¿Qué quieres saber ahora?

Su ironía tenía un aguijón que le hizo tensar los labios.

-Es mi vida la que estás poniendo en peligro junto con la tuya. ¿Por qué? ¿Por qué haces esto?

-Tenía en mente escapar después de quitarme la máscara pero parece que ha salido de otro modo. No importa. El terreno estará a oscuras cuando se apaguen las antorchas.

-¿Se supone que esto debe darme seguridad? ¡Pueden matarte, y también a los otros!

-Y tú llorarás y te irás con el vencedor.

-Eso es lo más ridículo que te he escuchado decir. ¿Qué me interesa de Philip Guevara?

-Yo me pregunto lo mismo.

Esas palabras eran para pensar e incitaban deliberadamente a la confusión. Pilar controló el impulso con esfuerzo.

-Disfrutas de esto. No puedes contener la impaciencia por golpear y herir a alguien.

-No he tenido hoy mi cuota de sangre -le contestó Refugio.

-No has tenido a nadie en quien descargar tu mal carácter desde que se te escapó don Esteban, excepto tus propios hombres que ahora necesitan liberar sus propios impulsos violentos.

-Ya dije que no eras ciega. -Su tono fue seco.

-Ah, te entiendo muy bien si eso es lo que quieres decir. Podrías haber querido dejar el baile y haber decidido presentar a tus hombres un modo de gastar sus energías pero más que esto lo que querías impedir era el derramamiento de sangre que implica un duelo, mientras enseñabas al hijo de nuestro anfitrión una lección.

-¿En el manejo de la espada y de los caballos? Él mismo ha dicho que es el campeón de esta isla.

-Tendría que haber dicho que la lección sería discreta.

-Ésa es una idea. Y si en la derrota aprende a moderar su lengua y sus inclinaciones amorosas, ¿no será un hombre mejor? ¿Y no será causa de regocijo si, después, nos hallamos sin lugar donde hospedamos pero más seguros?

Lo miró mientras el viento hacía volar sus faldas y desbarataba el elaborado arreglo de su cabello. Era probable, como Refugio estaba sugiriendo, que después de esa noche no fueran bienvenidos en la casa del señor Guevara. Sin duda, el aloja- miento en otro lugar sería más conveniente, pues se habían formulado preguntas acerca de su identidad, y la familia Guevara los observaría de un modo más riguroso. Era la viuda la que les había conseguido ese lugar, sin embargo.

-¿Y doña Luisa? -preguntó Pilar.

-Deberá hacer lo que le plazca.

-¿Y qué pasará si tú eres vencido?

-Se ha convenido que los ganadores tienen licencia para besar a las damas más encantadoras.

-Eso no es lo que quise decir. -Sus ojos se ensombrecieron al mirarlo.

Refugio sonrió con singular dulzura.

-Lo sé, tengo ojos. Y oídos. Tú tienes cintas para compartir; reclamo una como favor.

La cinta formaba parte de una hilera de moños y estaba ubicada entre sus pechos en la parte superior del corsé. Refugio la desató y la quitó antes de que Pilar pudiera pensar en una respuesta. Ésta sintió el tibio roce de los dedos del hombre, luego el aflojamiento de su corsé. Llevó rápidamente la

mano al escote para cubrir el espacio desnudo y miró a Refugio con severidad por sus tácticas de evasión.

Éste encontró la mirada y, todavía sonriendo, envolvió la cinta alrededor del brazo y la ató con las puntas al aire. Le tomó la mano y la condujo hasta el lugar que había preparado para ella al borde de la arena. Era una silla colocada sobre una manta desde donde podía ver todo el terreno. La sentó allí, se inclinó y se fue. Pilar lo vio irse y se dio cuenta de que el asiento estaba dispuesto desde antes de su llegada. Comprendió que él siempre había pensado que ella iría a pesar de sus negativas.

Los otros participantes, siguiendo el ejemplo de Refugio, comenzaron a moverse entre la multitud en busca de favores. Las jóvenes damas de La Habana se sonrojaban y escondían sonrisas, mientras se desprendían de echarpes y cintas y se las entregaban a sus galanes. Baltasar tomó un ceñidor del vestido de Isabel. Enrique, con cómica cortesía, persiguió a doña Luisa para suplicarle que le diera una cinta de su sombrero de viuda. Quizá porque estaba complacida de intervenir en el procedimiento o quizá sólo para poner fin a la situación que era vergonzosa para ella, la viuda se desprendió de la cinta con un gesto descuidado.

Pilar, después de presenciar ese encuentro, vio a Charro arrodillado delante de ella. Había osadía en sus ojos y una cierta arrogancia en la posición de los hombros cuando la importunó.

-Una cinta también, mi señora, para aumentar mi honor.

¿Cómo podría rehusar? Estaba jugando a la caballería, sin un significado más profundo, sin obligaciones. Se quitó otra cinta y la ató en el escudo, una pieza redonda de madera cubierta con cuero de toro. Charro se arrodilló con la mirada fija en ella hasta que terminó. Se acercó entonces, le tomó la mano y se la llevó a los labios. Su boca estaba tibia y en su mirada había reverencia.

Por fin, la dejó.

-La haré sentir orgullosa -dijo poniéndose de pie de un salto. Un momento después se había ido.

Los combatientes se movían de un lado al otro, reconociendo el terreno y demarcándolo, mientras probaban el equipo. Discutían la estrategia a seguir en voz baja en grupos de dos o de tres. La multitud aumentó detrás de Pilar. No lejos de donde estaba situada, el gobernador y su esposa estaban sentados en cómodas sillas. Los músicos del baile junto con otros ambulantes, provistos de armónicas y concertinas, tocaban una melodía festiva. Los vendedores de naranja y de pasteles gritaban sus mercancías, mientras reiteraban el embuste de que el Miércoles de Ceniza con su abstinencia comenzaba en realidad el amanecer. Había un activo comercio relacionado con los bancos que había traído un carpintero oportunista y en los márgenes de la reunión un comercio aún más vivaz alrededor de ciertas mujeres. Sin embargo, la actividad más frenética se concentraba en el sector de las apuestas, que favorecían a los hombres de la isla.

Esto fue antes de que la multitud viera lo que estaba por suceder.

Refugio y su grupo se habían reunido en un extremo y formaban un círculo. Cuando se dieron la vuelta, los espectadores pudieron ver que se habían quitado las camisas y las túnicas y se habían oscurecido los rostros, los brazos y la parte superior del cuerpo con grasa y hollín. Pelearían casi sin protección contra los golpes de los adversarios, pero se confundirían en la oscuridad de la noche, lo que haría difícil encontrarlos.

Pilar estaba bastante entretenida, aunque no podía despojarse del temor.

El hollín era un disfraz para Refugio y su grupo. Pero la falta de túnica dejaba expuesta la cicatriz púrpura de su herida como una raya negra que le cruzaba el pecho, un signo que recordaba su reciente debilidad. ¿Qué ocurriría si lo herían de nuevo? No podía soportar pensarlo, no estaba segura de poder resistir el combate. Que el resto de la audiencia no tenía esos temores y aprobaba la táctica empleada lo demostraba el repentino cambio en las apuestas.

Philip y su fuerza no lo habían tomado a la ligera. Protestaron, sólo para que les ofrecieran grasa y hollín. Con gestos de grandeza, el joven declinó. No se desmerecía tanto como para refugiarse detrás del hollín. Lo que Refugio respondió se perdió entre la gritería de los otros pero Philip dio media vuelta y se alejó para reunirse con sus amigos. Destinó a Pilar una mirada que contenía deseo y cierta sospecha, pero no se atrevió a aproximarse a ella.

Refugio se adelantó y enfrentó a los asistentes como un gladiador a punto de salir a la lucha. Con los pies separados, la espada en una mano y el escudo en la otra, se dirigió a ellos.

-¡Bienvenidos, peregrinos de la noche, habitantes de estas islas encantadas! Los invitamos a esta última expresión de la época de Carnaval que se aleja con rapidez de nosotros. A cambio de nuestra estima por su hospitalidad, les prometemos un torneo de destreza, fuerza y dominio de caballos. Todos aquellos que han soñado con grandes hazañas y honor de caballeros únanse a nosotros. Y si no combaten a nuestro lado, miren a amigos y enemigos por igual. Pues no venimos a derramar sangre sino sólo orgullo; no a quitar la vida, ¡sino a saludarla!

Continuó con las reglas del juego. Era un torneo en el verdadero sentido, una guerra hasta el fin. Las espadas estaban desafiladas pero aún podían infligir cierto daño. Habría choques a raudales, pero no se permitía clavarla. Un hombre que sangraba se lo consideraba muerto y debía retirarse del certamen. Un hombre desarmado podía ser tomado prisionero o intercambiado por un rescate. Un hombre inconsciente podía ser alejado por los amigos o tomado prisionero por los adversarios, lo primero que sucediera. No era obligatorio desmontar para enfrentar a un hombre que hubiera perdido su caballo. El último hombre o equipo que quedara en el terreno sería el ganador, aunque la lucha podía terminar en cualquier momento con la rendición del equipo contrario. También podía detenerse por el juez que en este caso era una dama justa, la Venus de la Torre. Ella debía dar la señal para comenzar.

Era simple pero grandioso, altivo pero llano. Refugio con términos concisos invitó a la audiencia a participar, mientras establecía los límites de lo que podía esperarse. La multitud aprobó a gritos sus palabras.

Lo que Refugio no dijo, pero que se había vuelto obvio para Pilar mientras él hablaba, era que el quitarse las vestimentas tenía una última razón. Emparejaba las posibilidades para Philip y sus amigos. Refugio sabía que sus hombres eran superiores en edad y experiencia y en el tipo de habilidades que poseían. Era un hombre justo y por eso les había facilitado ventaja. Hacerlo sangrar a él o a sus hombres sería más fácil pues les faltaba la protección contra las hojas desafiladas. Al reconocer lo que había hecho, Pilar sintió que el corazón le saltaba en el pecho seguido de un latido lento y doloroso.

Refugio se inclinó con rapidez, se dio la vuelta y saltó a su montura con naturalidad. Se quedó en el centro del terreno, mientras uno a uno, los otros

participantes se adelantaban para ser presentados y mostrar su obediencia al juez y a los espectadores. Al finalizar, los combatientes montaron y retrocedieron a sus lugares detrás de las líneas trazadas a cada extremo del terreno. Las antorchas fueron enterradas en la arena hasta extinguirse y la oscuridad descendió sobre el campo de batalla.

En la repentina quietud podía escucharse el murmullo del mar y el silbido de la arena que volaba. Un caballo bufó. En algún lugar a lo lejos, ladró un perro. Más cerca, un hombre estornudó y una mujer sofocó una carcajada.

En la oscuridad se podía ver la doble hilera de jinetes, formas negras como sombras bajo la pálida luz de la luna. El viento arremolinaba las crines de los caballos y también hacía flotar las mangas de las camisas, brillantes en su blancura, de los cuatro hombres alineados a la derecha. Detrás de ellos, el mar rodaba infinitamente hacia la costa, reflejando la débil luna en sus olas.

A Pilar no le habían dicho de antemano que debía dar la señal para comenzar, no tenía idea de cómo hacerla. Detrás de ella un tambor comenzó un suave redoble que ascendía lentamente de volumen. Pilar miró a su alrededor buscando algo para hacer sonar, alguna luz para extinguir o algún sombrero para arrojar. No podía ver nada en la oscuridad. De pronto recordó las cintas de su vestido. Todavía quedaba una que podía ser sacrificada. La desató y la soltó. De pie, la levantó por encima de su cabeza de manera que pudiera aprovechar la luz de la luna y el impulso del viento. Luego, con un gesto amplio la arrojó al centro del terreno.

Flotó, brilló y se desvaneció en la tierra. Cuando tocó la arena el redoble terminó con un ruido sordo.

La noche explotó en gritos, alaridos y resonar de cascos de caballos. Los hombres se acercaron con un estrépito que provocó que la mitad de sus animales retrocedieran. Las espadas chocaron y rechinaron. Hubo gruñidos, gritos y maldiciones.

Los ruidos de los golpes amortiguados por los escudos servían de fondo. Un caballo retrocedió. Otro rompió filas y fue empujado hacia atrás de nuevo. Cada hombre era una confusión de golpes y tajos.

La multitud comenzó a gritar, animar y a moverse para encontrar una mejor visión. Los hombres se golpeaban con los puños por la excitación. Unas pocas mujeres gritaban y saltaban, mientras otras giraban la cabeza, incapaces de mirar. Pilar no volvió a su asiento, se quedó de pie con las manos apretadas. Apenas podía soportar ver la lucha pero tampoco podía permitirse ignorarla.

Un caballo rodó. El jinete saltó, y luego se apartó del camino de los otros. Era Enrique por el tamaño y el brillo de la grasa oscura de su torso. Por unos momentos deambuló de un lado a otro en su intento por apresar el caballo asustado mientras era perseguido por un jinete del otro bando. Cuando vio que su caballo galopaba por la playa, se dirigió hacia su atacante. Lo esquivó con la espada firmemente sujeta. Luego se tumbó, rodó por debajo de la panza del caballo de su oponente y salió del otro lado para arrancar al hombre de su silla. Se vio el relámpago de una hoja bajo la luz de la luna y una línea oscura apareció en la camisa del hombre. Enrique se subió al caballo del vencido y lo condujo de nuevo al centro del combate.

El tambor tocó un rápido redoble. El hombre herido se tambaleó hasta el borde del terreno en donde sus amigos le sacaron la camisa para curar la herida. Los combatientes quedaron reducidos a siete.

Pilar trataba de seguir esos movimientos fantasmales. Pensó haber visto un golpe dirigido y atrapado por un escudo que no se había producido entre un amigo y un enemigo sino entre dos de los hombres de Refugio. Debía tratarse de un accidente, un golpe errado, pues los hombres se movían con rapidez. Sin embargo, su respiración se contuvo. Cualquier cosa podía suceder allí en ese caos de espadas, caballos y carne sin protección. Cualquier cosa.

Ahora se podía escuchar, por encima de las exhalaciones, el surgimiento de una voz calma y objetiva que aprobaba, desdeñaba, corregía, explicaba cada movimiento, cada ataque, cada defensa, cada error. Era Refugio que hostigaba al enemigo a su manera y también les daba instrucciones de qué recursos podían o no usar. La audiencia reía y vibraba. El combate cambió de ritmo, se serenó. Los adversarios se volvieron cautelosos, los golpes deliberados, la furia y el ansia de sangre se alejaron, para dar paso a la resistencia.

Entonces la luna comenzó a esconderse detrás de una nube. Poco a poco el terreno se fue oscureciendo, cada vez más. La luz de la luna se extinguió por completo. Todo lo que quedaba era el brillo de las estrellas sobre el cuero y los trozos de plata en las pálidas camisas de los hombres de Philip. Los seguidores de Refugio se volvieron meros fantasmas que avanzaban y retrocedían y golpeaban desde no se sabía dónde. Las hojas de sus espadas se movían constantemente, escupiendo arcos de chispas anaranjadas cuando entrechocaban. Los caballos de la isla, bestias bien cuidadas pero no entrenadas para este tipo de combates o condiciones, se ponían cada vez más nerviosos, retrocedían y relinchaban cuando recibían embestidas destina- das a los jinetes. Al poco rato, Charro quedó fuera.

Pilar no vio cómo sucedió. En un momento estaba en medio de un combate salvaje; al siguiente, Refugio dio una orden que hizo que Charro bajara el escudo y sacara su caballo de la lucha. El hombre de Tejas se deslizó de la montura y detuvo al animal antes de caminar hasta donde Pilar se encontraba. Cuando se acercó, vio la sangre que caía de una herida oscura que le cruzaba la mejilla. Extendió la mano como si fuera a tocarla, pero Charro giró la cabeza con rapidez y se puso fuera de su alcance. No habló; se quedó mirando el combate con enfado en los ojos.

Pilar se preguntaba si él la culpaba por el torneo y por su herida. En cierta forma, era culpa suya. Si Philip no se hubiera sentido atraído por ella, los instintos protectores de los hombres de Refugio no se habrían despertado y todo esto no habría comenzado. No podía pensar qué podría haber hecho para que las cosas fueran diferentes, sin embargo, se sentía culpable.

Era posible, por supuesto, que el comportamiento de Charro no tuviera nada que ver con ella sino que fuera producto de la vergüenza que sentía por haber sido eliminado del torneo. Su orgullo no le permitía aceptar la derrota con facilidad o reconocer que la herida que la provocó no era más que un rasguño.

En el terreno, el conocimiento de los hombres y de las armas de los seguidores de Refugio había producido un desequilibrio. Los hombres sin camisa estaban empujando hacia atrás a los otros, forzándolos a retroceder paso a paso y a quebrar la alineación. Su capacidad superior y su fuerza imbatible los impulsaban inexorablemente hacia delante. Philip y sus dos compañeros peleaban con garra pero era evidente que los estaban superando.

-Maldito sea -dijo Charro, y agregó un breve epíteto tajante sin dejar de

observar el desarrollo de la acción.

-¿Qué pasa? -preguntó Pilar alarmada.

-Me acabo de dar cuenta de quién me ha dejado fuera de juego.

Pilar lo miró y comprobó la frustración que le cruzaba el rostro y la forma severa en que seguía a Refugio con sus ojos implacables.

-¿No quiere decir...?

-¿Quién si no? Parece que quería emparejar las cosas antes de infligirles el castigo. -Llevó los dedos a la cara-. O quizás esto fue parte del resto.

-Pero no veo por qué.

Charro la miró desolado.

-¿No? -le contestó éste interrogadoramente.

Pilar se rehusó a aceptarlo. Observó a Charro largo rato. Todavía lo estaba mirando cuando oyó gritos y alaridos por doquier. Miró hacia allí con el corazón en la garganta. Tres, no, cuatro caballos habían caído. Golpeaban y pateaban en una maraña de sillas y jinetes. Parecía que uno se había herido una rodilla y había caído arrastrando a los otros con él. Había un jinete de camisa blanca tendido con una pierna posiblemente rota. Los otros hombres se agachaban para sujetar los caballos y tantear las bridas al intentar ponerlos en pie. Esquivaban los golpes de los cascos, se inclinaban para recuperar las espadas caídas. Y la luna volvió a brillar.

Con su luz, Pilar vio a Philip levantarse del suelo con una espada en la mano. La hoja relumbró y la luz se desplazó por el borde desde la punta hasta la empuñadura con un brillo maligno. El gemido de la estocada que dirigió Philip al jefe de los bandidos fue un sonido macabro en la noche. Refugio contuvo el duro golpe con su escudo y el cuero rústico que cubría la madera se abrió como seda podrida.

Luego comenzó a retroceder ante los golpes conducidos por la furia y la súbita confianza. Los bordes de las dos espadas se unieron en una especie de doble campana, silbando y chirriando cuando se encontraban una sobre la otra y chocando como dos trozos de hierro cuando se trababan empuñadura contra empuñadura.

Los dos hombres se estaban enfrentando a sólo unos centímetros de distancia. Refugio habló, fue una advertencia en voz baja. Philip rió y saltó hacia atrás con su espada en posición. Un instante después atacó.

La multitud inspiró colectivamente. Nadie dejó de ver que la espada que Philip sostenía no estaba desafilada, y se adivinaba lo que Refugio había dicho a Philip.

Y de pronto el ritmo de la pelea entre los dos hombres cambió, mientras los caballos trataban de levantarse sin ayuda y los otros combatientes miraban con las puntas de las espadas apoyadas en el suelo.

Refugio enfrentó el ataque de Philip con fuerza controlada y movimientos ejecutados a una velocidad enceguecedora. Era evidente que había liberado cierta moderación interna y estaba apelando a reservas de arte y excelencia que había retenido hasta ese momento. Con movimientos dictados por la justicia y convertidos en mortales por la furia, Refugio comenzó un ataque lento y firme. Dominó a su oponente sin dar lugar a errores. Philip retrocedió en un intento desesperado por defenderse con el rostro tan blanco como su camisa.

Los ojos de Pilar ardían del esfuerzo por ver. De pronto escuchó las oraciones de una mujer. Era la señora Guevara. A su lado estaba doña Luisa; sus ojos brillaban de excitación. La multitud advertía, gritaba, clamaba. Se apostaba de un modo frenético. Charro estaba de pie con las

manos apoyadas en la espada. Cuando sintió la mirada de Pilar giró la cabeza.

-Lo matara -dijo-. Refugio lo matara.

Philip estaba retrocediendo en medio de los caballos agitados. El sudor cubría su rostro, la respiración se le ahogaba en la garganta. Sus réplicas se habían vuelto pesadas y lentas, sus ataques mecánicos. Estaba desmoralizado por la fría furia de la ofensiva que le ofrecían. Había olvidado sus conocimientos y su práctica. Lo único que impedía su derrota era la voluntad del hombre que lo enfrentaba. Y ahora esa voluntad estaba desapareciendo.

La luz de la luna se deslizó por la hoja de la espada de Refugio que se estrelló contra la del otro hombre y rozó con un chispazo del color del diamante el corazón de Philip.

Pilar vio que se acercaba el momento y sintió terror. Debían detener a Refugio, pero ¿cómo? De pronto comprendió. Ella era el juez. Le habían otorgado el derecho de poner fin a ese Juego.

-Basta -dijo con un susurro ronco. Luego corrió hacia delante-. ¡Basta! ¡Deténgase! ¡Ahora!

Refugio no titubeó. Manchado de hollín y brillante por el aceite y la transpiración, continuó su embestida. Su último ataque fue lanzado con perfección y con tanta precisión que resultó mortal. Philip se estremeció e intentó contraatacar deslizando su perverso acero. Era demasiado tarde.

Philip gritó, se arrodilló. Refugio retrocedió. Su rostro carecía de expresión. Incrustó la espada en el suelo. Con deliberación, giró y caminó hacia donde estaba Pilar. Lo vio venir mientras el dolor la envolvía en una marea amarga como si la más negra bilis la forzara a las lágrimas.

Detrás de Refugio, Philip se puso de pie ayudado por un amigo a cada lado. En su camisa, directamente sobre el corazón había lágrimas causadas por la punta de una espada, lágrimas teñidas de rojo que formaban la señal de la cruz.

Pilar miró a Philip y luego a Refugio que caminó hasta detenerse delante de ella. Encontró su ardiente mirada gris y la suya turbada pero feliz.

Logró tomarla de los brazos y acercarla a él. Inclinó la cabeza y rozó su boca con la de él en un beso fugaz y apasionado.

-Me detuve, mi señora, y reclamo mi recompensa. El juego terminó.

CAPÍTULO XII

Llegaron a Nueva Orleans cuatro días antes de Pascua, después de un viaje por demás tranquilo. La última parte fue la más dura. La escalada por el río Misisipí con sus infinitas ondas de agua amarronada, su progresión de curvas y un exuberante paisaje de árboles y barro. Al principio, encontraron cierta novedad en estar en un terreno húmedo, en las aves, las víboras, las ranas, los cocodrilos y la gran variedad de insectos molestos. También fue un alivio entrar en aguas más calmas. Sin embargo, al poco tiempo ya estaban ansiosos por llegar por fin a su destino, por liberarse de los límites de un espacio tan reducido en el que habían tenido que dormir casi uno encima del otro y por estar a una distancia tangible, por fin, de su presa.

Una razón por la cual estaban hartos del barco costero era que pasaron los últimos tres días de su estadía en La Habana allí dentro. Habían abandonado la casa de los Guevara inmediatamente después del duelo en la playa, deteniéndose sólo a recoger sus pertenencias. Esto era lo que Refugio pretendía, por supuesto. La sorpresa fue que doña Luisa se unió a ellos. No quería que la dejaran atrás, dijo, y menos tener que escuchar ella sola las recriminaciones de la señora Guevara. La madre de Philip estaba furiosa por el incidente que no sólo casi había provocado la muerte de su hijo, sino que también había manchado su honor.

Pero las instalaciones, un solo camarote con literas apiladas una arriba de la otra y una cortina que destilaba grasa, que dividía la sección de las damas de la de los caballeros, no se ajustaban a las nociones de comodidad de doña Luisa. Había pedido, usar el camarote del capitán, pero se lo negaron. Los detalles de la riña que siguió junto con los insultos que el capitán le había proferido, su apariencia y hábitos desagradables fueron su principal tema de conversación durante el resto de viaje.

El otro tema recurrente fue el torneo. Era como un hueso jugoso tirado a un grupo de cachorros aburridos. Intentaban sacar conclusiones. Nadie podía decir de dónde provenía la espada afilada que Philip había adquirido, si era una hoja que se habían olvidado de desafilar en la oscuridad y la confusión de la rápida preparación -perteneciente a alguno de los amigos de Philip- o si uno de los jinetes la había introducido subrepticiamente durante el certamen. Si se trataba de lo primero, parecía improbable que el hombre que la usara no se hubiera dado cuenta, pues los isleños elegidos para participar tenían experiencia adquirida en los duelos, bastante frecuentes en su clase. Que el hombre que tuviera la espada se hubiera dado cuenta y no lo comentara no era improbable, pero ello estaba fuera del código de honor. Además, si la espada había estado allí todo el tiempo, el espadachín que la poseía no era hombre avezado, porque no había habido signos de espada afilada en ninguno de los escudos de la banda ni en las hojas de sus espadas.

Parecía más probable, que la espada hubiera aparecido en medio de la confusión de los caballos caídos. Se podía pensar que la herida en el animal fuese deliberada, pero ese tipo de sutilezas suceden en una batalla o bien podía ser el producto de una caída involuntaria. Si lo hubieran planeado, sin embargo, podía haber sido con el propósito de introducir el arma afilada.

Philip declaró haber encontrado la espada cerca de su mano después que la suya se perdió en el fragor del combate. ¿Era eso cierto? ¿Había planeado y realizado el cambio? ¿Había traído la espada para usarla más tarde como

una forma de emparejar las posibilidades si él juego se volvía en su contra?

Charro tendía a creer qué Philip era inocente respecto de la tentativa dé asesinato. Pero, ¿quién más estaba allí? Uno de sus amigos podría haber actuado a instancias del orgullo herido y colocó la espada cerca de la mano de Philip para salvar su honor. También pudo haber sido pagado por alguien que actuaba en nombre de don Esteban. La cuestión era, ¿quién?

Como con el disparo que había herido a Refugio, parecía que debía de haber un agente de don Esteban en el barco con ellos, alguien que los había seguido desde España. Que no hubiese habido ningún atentado contra la vida de Refugio desde que salieron de La Habana podía indicar que la persona se quedó en la isla o sólo que no había aparecido otra oportunidad conveniente.

La naturaleza de los ataques era muy sugestiva. Parecía que el agente era demasiado cobarde para realizar la tarea por sí mismo y prefería pagarle a alguien más. También podía significar que la persona era muy débil para enfrentarse a Refugio en un encuentro personal, quizás una persona mayor, alguien no muy familiarizado con armas de fuego o espadas, alguien como un empleado o un mercader... o, quizás, una mujer.

Refugio apenas participó en esas discusiones. Se guardó su opinión para sí mismo. Sin embargo, no se mantuvo alejado; jugó a las cartas con ellos, les ofreció su música, les contó historias graciosas, hizo gestos galantes a las damas e invitó a los hombres a exhibiciones de lucha y esgrima en cubierta así como a trepar a los mástiles y cables. Pero cuando el tema de los ataques surgía, o bien trataba de cambiar el eje de la conversación o encontraba algún motivo para alejarse.

Y dormía solo.

La estrechez de las literas en el camarote abierto hacía difícil cualquier otra cosa, pero Pilar no estaba segura de que prefiriese algo diferente. Sus gestos privados hacia ella eran corteses pero distantes desde el torneo, aunque a veces lo encontraba mirándola con una extraña luz en los ojos que a ella le perturbaba sobremanera. Encontraba cierta satisfacción cuan-do comprobaba que trataba a doña Luisa del mismo modo. Pilar se preguntaba si no se sentía satisfecho de tener una excusa para evitar los encuentros privados con la viuda también. Éste era, por supuesto, su deseo.

El barco ancló en un recodo del río Misisipí a poca distancia de Nueva Orleans, justo antes del mediodía. La tarde estaba declinando cuando los funcionarios de aduana realizaron su inspección y emitieron los permisos para atracar. La banda desembarcó en grupo y dejó la ciudad cuando cayó la noche. Su destino eran las posesiones de doña Luisa, ubicadas a cierta distancia de la ciudad junto a un afluente del Misisipí llamado Bayou Saint Jean.

La casa que la viuda había heredado con la muerte de su marido era una estructura irregular blanqueada, del estilo francés propio de las Indias Occidentales. Tenía dos pisos con seis habitaciones cada uno y un techo a cuatro aguas que se proyectaba en galerías. Había también un ala conectora conocida como *garçonniére* que se usaba habitualmente para los niños mayores de la familia o para los parientes pobres o visitantes. Las paredes eran troncos verticales, cuyos intersticios se habían rellenado con *bousillage*, un cemento de barro espesado con musgo y pelo de animal. Había un ama de llaves mulata y sus dos hijas adolescentes instaladas en una de las habitaciones de la planta baja. Parecía que no entendían el español pero doña Luisa, usando su francés de corte, pronto hizo comprender a la ex

amante de su marido quién era ella y por qué estaba allí. La mulata trató de enfadarse pero pronto aceptó el hecho de que debía preparar las habitaciones, calentar el agua para el baño y cocinar algo.

Doña Luisa recorrió su nueva propiedad, como primera medida. Poco después comenzó a asignar los cuartos. Para ella eligió una de las habitaciones de la esquina, en la parte de atrás de la casa principal. Envió a Refugio a la habitación del frente que se conectaba con la suya, y a Pilar a la otra habitación del frente que estaba separada de la de Refugio por una sala de estar. A Baltasar e Isabel les destinó el piso superior de la *garçonniére*, Y a Enrique y Charro, las otras habitaciones de esa ala. Después de acomodar todo según su satisfacción, comenzó a ordenar a la mulata y a sus hijas que llevaran el equipaje que estaba en la galería.

-No. La objeción, simple pero firme, vino de Refugio.

-¿Perdón?

Las cejas de doña Luisa se elevaron hasta la línea en la que comenzaba el cabello cuando lo enfrentó.

-Perdóname, pero no. Has sido muy gentil y te has ganado nuestra gratitud por ofrecemos tu hospitalidad. Estoy desolado de tener que contradecir tus disposiciones; sin embargo, tengo la obligación de proteger a los que me han seguido hasta aquí.

Doña Luisa se desprendió de su cortesía con un gesto impaciente.

-¿Prefieres dormir en otra parte?

-Prefiero tener a aquellos que dependen de mí más cerca.

-¿Por ejemplo? -La voz de la anfitriona era dura.

-Pilar compartirá mi habitación.

-Ah, pero...

-No aceptaré otra cosa. También será más conveniente que los otros estén en la casa principal. Sugiero que Enrique ocupe la habitación que está al lado de la tuya y Baltasar e Isabel la opuesta. Charro puede entonces tener la otra habitación del frente.

-¡Qué impertinencia! No estoy segura de que pueda permitirlo. Pronto me estarán diciendo cuándo puedo ir y venir.

-En absoluto. Eres libre de hacer lo que quieras. Si nuestra presencia te desagrada, encontraremos fácilmente otro lugar en el cual hospedamos.

Los dos se miraron a través de la habitación polvorienta, iluminada por las velas, mientras los otros movían los pies y miraban las paredes rústicas y las ventanas cerradas, el mobiliario hecho a mano y los pocos adornos que servían de decoración. Pilar no miraba a otro lado sino que dividía sus ojos entre las facciones expectantes de Refugio y el rostro pálido de la viuda. Ella era la causa del enfrentamiento entre los dos pero no podía entender los motivos de Refugio.

-¡Que sea a su modo, como siempre! No recuerdo que hayas sido tan duro antes, Refugio, y el cambio no es para mejor.

-¿Tengo la culpa de lo inevitable? Me lastima.

Las palabras estaban entremezcladas con un humor macabro.

La viuda lo miró con desagrado.

-¡Ojalá pudiera pensar eso, pero lo dudo!

Se retiraron a sus respectivas habitaciones poco después de la cena; había cierta inquietud por haber llegado al fin del viaje y todos sabían que al día siguiente bien temprano debían emprender la misión que habían venido a cumplir.

Pilar estaba de pie en el centro de la alcoba que tenía que compartir con

Refugio observando la cama de madera de ciprés con sus cortinas de red para protegerse de los mosquitos cuando él apareció. Hizo una pausa en el umbral y entró despacio en la habitación y cerró la puerta detrás de él. Pilar giró la cabeza y lo miró. Su voz era fría cuando habló.

-Has molestado a nuestra anfitriona con los arreglos de las habitaciones. ¿Ha sido prudente?

-No, sólo necesario.

-Pero te habías esforzado tanto para mantenerla contenta.

-¿Y así debía haber esperado aquí, jadeando como un perro faldero, contento de recibir sus caricias? Doña Luisa nos ha dado alojamiento; ese hecho no le otorga privilegios extraordinarios.

-¿Sólo los ordinarios?

Inclinó la cabeza como manifestación de acuerdo.

-Hay límites. Puede darme órdenes, no puede darte órdenes a ti.

Se acercó con el cuerpo relajado y poderoso, la mirada gris oscura y decidida.

-¿Objetas mi protección? -le preguntó Refugio con suavidad.

-¿Es eso así? -simuló estar sorprendida Pilar-. ¿Estás seguro de que yo no te estoy protegiendo a ti?

- En ocasiones, aunque no lo suficiente.

Se vislumbraba la sombra de una sonrisa en sus palabras. Fue bastante para que el rostro de Pilar se encendiera al recordar su intento frenético de detener el torneo.

-¡Tú sabes que no quise decir eso! -comentó Pilar.

-¿No? Pero debiste o si no voy a creer que tu humillación es producto del despecho, o peor.

La verdad era que ella estaba celosa. Había sido un error desafiarlo en este tema de las habitaciones, cuando ella no estaba segura de lo que quería. Sólo había una forma de recuperar posiciones. Levantó el mentón y mantuvo firmes sus ojos en él cuando habló.

-No tengo ninguna queja sobre ti.

-Y desdeñarías manifestar alguna. Lo entiendo perfectamente.

-No lo creo. Estoy tratando de decir que cualquier cosa que pueda sucederme no será culpa tuya. Te pedí que me llevaras contigo aquella noche en el jardín y sin considerar adónde pueda conducirme esa petición, lo haría de nuevo.

Los ángulos del rostro de Refugio estaban rígidos, impasibles, pero había una chispa de algo brillante y vital en la profundidad de sus ojos.

-Atractivo -dijo- pero mientras estás ocupada absolviéndome deberías considerar que hay obligaciones más recientes entre nosotros.

-¿Te refieres a mi intento de sacarte de la parálisis que te habías impuesto?

-Más bien a tu éxito -le contestó Refugio.

Pilar trató de mantener su voz tranquila pese a las imágenes que esas palabras conjuraban en su mente.

-De todos modos, la situación es igual. Fue mi elección.

-Y la mía. ¿Piensas que no pude haber rechazado tu tierno sacrificio? Podría haber puesto en peligro la salud y el alma pero era una posibilidad.

-Me doy cuenta ahora. ¿Por qué no lo hiciste? -le preguntó Pilar.

-Cortesía, fatalismo y una lógica desquiciada. Pueden ser llamados vicios.

-Desquiciada -murmuró Pilar.

-Violenta y para mis propios fines. ¿Eso la hace más aceptable o menos?

-¿Para qué? -interrogó Pilar.

-Para mi protección. ¿Te sientes inclinada a aceptarla?

Pilar encontró su mirada gris y descubrió la burla que estaba enterrada a medias en ellos y el propósito.

- Lo preguntas con tanta cortesía; ¿por qué siento que no tengo posibilidad de elegir?

-Eres una dama con cierto discernimiento.

-Entonces, ¿por qué simular?

- Las ilusiones pueden ser reconfortantes -dijo Refugio.

-¿Quien piensa que las necesita? -pregunto Pilar con valor.

-Yo, por supuesto -dijo Refugio sin asomo de duda mientras se acercaba para tomarle la cara entre las manos-. ¿Me permitirás esta ilusión, que te preocupas por mí?

En vista de semejante generosidad, ¿cómo podía rechazar su protección y el deseo cobijado en ella? Era demasiado tarde para escrúpulos femeninos y en todo caso a ella le faltaba la voluntad para invocarlos.

Esto no podía durar. En el mundo de Refugio, las mujeres eran diversiones pasajeras; no tenía tiempo, ni deseo de algo más y estaba demasiado imbuido en nociones de honor para seguir una inclinación diferente. Un día, pronto, quizá mañana, mataría a don Esteban o resultaría muerto por él. Sucediera lo que sucediera, se iría. Este momento que tenían entre ellos, entonces, bien podría ser el último que disfrutaran juntos.

-Haré algo más -dijo con serenidad-, lo compartiré.

Pilar lo escuchó inhalar profundamente sorprendido. Incapaz de encontrar sus ojos por temor a lo que podía ver en ellos, cerró los suyos. Refugio bajó la cabeza y sus labios, como un tibio y dulce premio, rozaron los de la joven. Sus suspiros se perdieron en la mejilla de Refugio y se acercó presionando sus firmes curvas contra él, que la estrechó por un largo rato de modo que Pilar pudo sentir la violencia de los latidos del corazón y el frío acero de los botones de la chaqueta. Luego Refugio se inclinó levemente para colocar su brazo debajo de las rodillas de la joven y la levantó en sus brazos.

La apoyó sobre el colchón de plumas, se quitó la chaqueta, la corbata, el chaleco, la camisa y los pantalones antes de reunirse con ella. Sus amplios hombros bloqueaban la luz de la única vela que se consumía en la mesa de noche. Le iluminaba la piel, delineaba su forma en una nube luminosa y dejaba el rostro en sombras. Giró y estiró su largo brazo a través de los pliegues de la red para apagar la llama con los dedos. Todo quedó a oscuras.

Pilar se sacó los zapatos que aterrizaron en el suelo. No tenía medias que la molestaran, pues no las había reemplazado después del baño. Levantó las manos para desabrochar los ganchos de su corsé. Refugio detuvo sus movimientos y sujetó sus puños con los dedos largos y callosos.

-Permíteme -dijo con una voz rica y profunda.

Los ganchos se abrieron y el corsé, que actuaba también como cotilla, fue arrojado a un costado. Desató las cintas que sostenían las faldas y las enaguas y las dejó deslizar por las caderas de Pilar, empujándolas hasta los tobillos para que pudiera liberarse de ellas. Le llevó sólo un segundo despojarla de su camisa. Se quedó apoyado en un codo durante un rato mientras acariciaba las pequeñas estrías y canales que la ropa le había marcado sobre la piel. Luego, con lentitud, bajó la cabeza y comenzó a seguirlos con suaves besos y el roce ardiente de su lengua.

Fue un merodeador suave pero inexorable. Con delicadas frases, la persuadió de hacer lo mismo. Tomó sus pechos entre las manos mientras

humedecía sus pezones rosados. Pilar jugaba con sus uñas en la mata sedosa de su pecho, probaba la dulzura de sus tetillas, acariciaba la cicatriz que se extendía entre ambas con su lengua. Refugio recorría con los labios las superficies interiores de los muslos, introduciéndose en el vértice y las circunvoluciones secretas y frágiles de la piel de ese lugar. Pilar exploró su miembro midiendo, sujetando, celebrando su indomable firmeza. Juntos sobre el colchón giraron, se sacudieron, combinaron durezas con suavidades, curvas musculosas con orificios húmedos hasta que sintieron la sangre enardecida en las venas y la respiración jadeante pasar de una boca a la otra. Cuando por fin la unión no pudo posponerse más, Refugio se hundió en la suavidad acogedora de Pilar en una sacudida devastante. Se movieron, estremecidos de placer, perdidos en una dicha infinita.

La mente de Pilar se incendiaba, su cuerpo se cubría de humedad. No había nada en la negrura de la noche, excepto el hombre que la sujetaba y la magia de su unión. Le dolía la plenitud y sus músculos temblaron con la intensidad de su necesidad. Su ritmo implacable la hacía subir en una espiral hacia un reino de dicha febril. Flotaba con las manos aferradas a los hombros de su amante mientras sentía el lento despertar de su verdadero ser.

Se produjo la ruptura de un dique interno que la inundó de una corriente cálida y la transportó en una marea del más puro placer. En la cima, se volvió alrededor de Refugio y lo arrastró con ella al olvido.

Los cuerpos se entrelazaron y quedaron como si estuvieran muertos. El sueño llegó con las manos de Refugio todavía enredadas en la nube dorada del cabello de Pilar.

Se despertaron al amanecer y gozaron nuevamente de una suave y lenta comunión. Los labios se curvaron de sonrisas de placer, aunque la luz era una distracción. Y cuando el día se volvió más claro, cerraron los postigos y usaron sus pestañas como escudos para lo que estaba oculto en sus ojos.

CAPÍTULO XIII

A la mañana siguiente, nada más terminar el desayuno, Refugio y sus hombres fueron a la ciudad de Nueva Orleans. Su propósito era averiguar el paradero de don Esteban, conocer qué clase de vivienda tenía y dónde estaba. Al mismo tiempo, investigarían todo lo que fuera posible el modo en que estaba organizada la ciudad, cómo era custodiada y con qué frecuencia eran patrulladas las calles principales. Todo ello podía llegar a ser importante para la tarea que les esperaba.

Una hora después de la salida de los hombres, llegó a la casa un mensaje del gobernador de la colonia, Esteban Miró, que ordenaba a la viuda Elguezábal y a sus huéspedes a presentarse en la casa del gobernador. El capitán de la embarcación costera había informado al funcionario de su llegada. Éste debía entrevistarse con ellos para determinar si eran personas de bien y podían permanecer en Luisiana, y si tenían medios para saldar toda deuda en la que pudieran incurrir durante su estancia. Si la entrevista era favorable, se extendería un permiso para quedarse por un período de tiempo limitado. Era una formalidad que no podía ser omitida.

Ante la insistencia de Pilar, doña Luisa se sentó y escribió una nota al gobernador, en la que ofrecía una cita sujeta a la aprobación del gobernador. No era razonable que enviaran soldados detrás de ellos. Si a Refugio no le convenía el momento que la viuda había elegido, lo cambiaría.

Refugio y sus hombres regresaron poco antes del mediodía. Nueva Orleans, dijeron, aunque parecía cobijar más de seis mil almas, tenía el estilo de un pueblo de la campiña francesa. Era una sucesión caprichosa de viviendas de uno o dos pisos, la mayor parte de ellas de madera y *bousillage* aunque, cada cierto trecho, había casas más nuevas de ladrillo revocado, decoradas con hierro forjado importado de España, arcadas y patios cerrados. Las residencias estaban esparcidas en sólo la mitad de las sesenta y seis manzanas destinadas a la ocupación dentro de los muros de la ciudad. Estaban, generalmente, junto al río o cerca de la plaza de Armas. En esa plaza estaba situada la prisión o calabozo y también el cuartel de la guardia junto a la iglesia de San Luis. Al otro lado de la iglesia, se hallaba el convento de los padres capuchinos y las barracas de los soldados, construidas en un estilo barroco francés.

Nueva Orleans, como la mayor parte de los puertos tropicales, no se caracterizaba por su salubridad. Había un sitio fuera de los muros de la ciudad llamado la Tierra de los Leprosos en el que estos infortunados eran aislados y un Hospital de Caridad que cuidaba de los muchos indigentes que morían en las calles. Éstas estaban encharcadas, pues no había zanjas de desagüe, lo que incrementaba notablemente los problemas de salud. Otro inconveniente para el bienestar público era la falta de iluminación y de servicios municipales como bomberos o patrullajes de policía. Al menos dos de estos defectos eran considerados por la banda como posibles beneficios.

Descubrieron que don Esteban había alquilado una casa cerca de la del gobernador, en la calle Chartres, muy próxima a la plaza. Estaba construida en estilo francés, con la puerta del frente directamente sobre la calle. Las habitaciones destinadas al esparcimiento estaban al frente y las alcobas al fondo, mientras que la cocina era un edificio separado situado en el extremo posterior de un gran jardín abierto. Había muy poca vigilancia; daba la

sensación de que el señor no esperaba visitantes molestos.

No habían podido ver a Vicente, pero habían escuchado a un cocinero que llamaba a un sirviente con la forma francesa de ese nombre. Averiguaciones en una tienda de vinos les habían proporcionado la información de que don Esteban tenía a un joven criado que estaba de pie detrás de su silla durante las comidas para servirlo.

La orden del gobernador para que se presentara ante él no les produjo sorpresa, pues un comerciante ya les había advertido acerca de la necesidad de un permiso de residencia. Habían escuchado que el gobernador Miró era un hombre severo y exigente en el cumplimiento de las leyes y regulaciones y disfrutaba de los gestos paternalistas; al asumir su cargo había proclamado que las damas de Nueva Orleans debían restringir la ornamentación excesiva en sus vestidos y que las mujeres morenas no podían usar joyas ni plumas, sino sólo turbantes como muestra de su condición. Responder las preguntas oficia- les podía resultar excesivo, pero el peligro de ser reconocidos no era tan inminente. El gobernador había servido en esta colonia de Luisiana, en varios cargos, durante algunos años.

Con un poco de suerte -comentó Refugio-, no tendrían problemas para obtener el permiso del gobernador. Doña Luisa debía respetar la cita pero excusar a sus huéspedes. Si mostraba sus considerables encantos, podría persuadir al honorable caballero de aceptar otra fecha para Refugio y sus hombres. Antes de que llegara ese día, era probable que sus asuntos en Nueva Orleans ya hubieran concluido.

Sería interesante saber si don Esteban había puesto en conocimiento del gobernador la presencia de Vicente y su estado. Quizá doña Luisa pudiera preguntar sobre ello, de un modo delicado por supuesto.

Durante la comida discutieron ampliamente sobre la forma de organizar el rescate. Baltasar estaba a favor de un ataque frontal a la casa, pero la sugerencia fue dejada de lado por considerársela muy peligrosa para Vicente y probable causa de repercusiones oficiales. Enrique prefería introducirse en la casa de noche, sacando al muchacho sin ser visto. La información recogida, sin embargo, parecía indicar que Vicente que- daba encadenado a la pared durante la noche. Además, había una guardia más segura a esa hora. Charro se inclinaba por infiltrarse en la casa y sorprender a don Esteban, durante una comida que Vicente estuviera sirviendo. Refugio consideró a esta última como una posibilidad pero se preguntó cómo lo harían. ¿Cómo iban a aproximarse a la casa sin atraer la atención de los guardias de don Esteban?

-Podemos simular ser artistas callejeros -sugirió Enrique de un modo tentativo-. Podemos rogarle interpretar algo para él.

-O sobornar a los soldados para usar sus uniformes por unas horas -fue la idea de Baltasar-. Luego podemos pedir ver el permiso de residencia de don Esteban, aludiendo a criminales peligrosos que llegaron a la colonia de incógnito.

Isabel, que jugaba con su budín de pan en salsa de brandy, habló conteniendo el aliento.

-Todo esto es muy peligroso, demasiado peligroso.

Refugio asintió ante cada sugerencia sin hacer comentarios. Su actitud era retraída, como si el bienestar de su joven hermano le pesara mucho. Casi parecía que el temor por Vicente lo volvía reticente a moverse con su habitual decisión.

El silencio se apoderó de ellos. Cuando Pilar habló, su voz pareció

demasiado fuerte.

-Hoy ha venido a la casa una anciana que tiraba de un carro. Vendía verdura fresca para ensaladas y también hierbas, perejil, cebollas, y algo que llamó hierbas para quingombó. Cuando la cocinera de doña Luisa la llamó, la anciana llevó el carro hasta la cocina en el fondo de la casa, y se quedó bebiendo tafia por más de una hora. Y esta mujer sólo fue una más de las muchas que han pasado por la casa.

Baltasar y Enrique la miraron y luego se miraron entre sí con las cejas levantadas, como si las palabras de Pilar no tuvieran sentido. Charro dejó sus ojos fijos en el plato en el que estaba despedazando un trozo de pan. Isabel se mostró receptiva aunque intrigada.

Doña Luisa se dirigió a Pilar.

-En verdad, querida -dijo- no veo...

-Déjenla hablar -replicó Refugio con interés.

-He pensado -continuó Pilar- que debe de ser costumbre que los vendedores entren con mucha facilidad en las casas. Van y vienen a todas horas, venden todo tipo de cosas, huevos, leche, vegetales, panqueques y pasteles, recogen alfombras, afilan cuchillos y tijeras, reparan cacerolas. Algunos de ellos llevan su mercancía en bandejas, por supuesto, pero otros tienen carros que son bastante amplios, lo suficiente como para llevar a un hombre o dos.

Cuando terminó de hablar, encontró los ojos de Refugio. Éste los mantuvo fijos en ella durante algunos segundos. Una sonrisa rozó las firmes curvas de su boca, luego desapareció. La encaró de un modo directo.

-Esta vez no tenemos ningún bebé llorón para usar.

-No -aceptó Pilar- pero puedo aparentar fácilmente una buena mujercita.

-No -contestó Refugio.

Pilar había temido este rechazo.

-¿Por qué no? -preguntó indignada-. Fui capaz de ayudar en Córdoba.

-Así fue, pero esto no es Córdoba. Don Esteban no dejará ir a Vicente con facilidad, aunque le tome por sorpresa. Puede ser peligroso.

-También existía peligro en Córdoba -le replicó Pilar.

-Lo recuerdo bien, por eso prefiero no tener que dividir mi preocupación entre tú y mi espalda. O entre tú y Vicente.

-¡No te pido que me protejas!

-Pero si estás allí, debo hacerlo -le dijo Refugio.

-En verdad, Pilar -dijo doña Luisa-. No debe ser tan arrogante. Deje que los hombres se ocupen de esto.

-Tengo tantas cosas en juego como ellos -replicó con sequedad.

-No tanto -respondió Refugio-. Al menos todavía no. Y no puedo permitir que haya más.

-¿Entonces no voy a hacer nada? ¿Piensas que después de haber rescatado a Vicente de la casa de don Esteban por la fuerza, mi padrastro me recibirá con los brazos abiertos cuando vaya a reclamarle mi dote?

-Nos ocuparemos de que don Esteban se desprenda de tu dote, así como de Vicente.

-Eres muy gentil. Pero soy consciente de que el oro no será tu primer objetivo. Ni espero que lo sea. Por otro lado, puedo buscarlo mientras están ocupados en otra parte.

- Imposible -dijo tajantemente Refugio.

-¿Por qué Pilar no puede venir con nosotros? -preguntó Charro con el rostro turbado-. Antes demostró ser de mucha utilidad.

Refugio se giró con lentitud para encararse al otro hombre. Su voz resultó un poco descontrolada.

-Porque es mi voluntad como jefe y ésa es una razón suficiente. A menos que quieras tomar mi lugar.

El silencio se hizo de pronto denso, lleno de tácitas advertencias. Charro mantuvo la mirada de su jefe durante un largo rato, mientras la sangre se agolpaba en su delgado rostro. Por fin, miró hacia otro lado.

La diferencia entre el tono de Refugio cuando se dirigió a Pilar y el que usó con Charro era una indicación de la especial consideración que le tenía. Sin embargo, ésta no podía permitir que esto interfiriera. Buscó la mirada gris acero de Refugio y mantuvo firme la suya, aunque la sangre golpeaba en sus venas y las manos se aferraban con fuerza a los brazos de la silla.

- Entonces entenderás -dijo- que haga mis propios planes.

-Antes de la llegada del vendedor callejero, supongo -dijo Refugio.

- Me parece necesario -contestó Pilar.

-¿Eres consciente que una visita tuya pondrá en guardia a don Esteban y en peligro nuestro ataque a su casa?

-¿Y qué hay de mí? No hay forma de que pueda vivir sin el dinero que me debe don Esteban.

-Has vivido sin él todas estas semanas.

-Porque tú me mantienes -dijo secamente Pilar-. Esto no puede durar siempre.

-¿No puede?

Pilar se negó a responder esa pregunta.

-De todos modos, no sólo se trata de dinero. Don Esteban me ha quitado todo lo que tenía, mi casa, mi modo de vida, así como a todos mis seres queridos. Me niego a dejar que él se quede con el botín de su cruel saqueo. Es mío y lo reclamo.

-¿Y pondrás a Vicente en peligro para obtenerlo? -La voz de Refugio era distante, inmutable.

Isabel gimió suavemente pero nadie más habló ni hizo algún signo que denotara desacuerdo. Evitaban mirar a Refugio o a Pilar e intentaban aparentar que estaban ajenos a la conversación.

-Por supuesto que no, no voluntariamente -dijo Pilar con un suspiro cansado-. Pero la alternativa es clara. Puedes llevarme contigo.

La cara de Refugio parecía bronce martillado con la luz de la tarde que entraba por las ventanas del comedor.

-Te he dado mi respuesta.

-Y tú tienes la mía -respondió Pilar.

-Sería una pena -dijo Refugio-, si es necesario, te lo impediré por la fuerza.

Pilar se puso de pie, empujó la silla hacia atrás.

-Sería peor que eso; sería criminal. Pero no podía esperar otra cosa.

Si sus palabras le llegaron, Refugio no dejó traslucir ninguna señal, aunque tampoco trató de detenerla cuando se fue de la habitación.

Pilar salió de la casa y comenzó a caminar por la galería hasta el final, bien lejos del comedor. El día era cálido y soplaba un viento suave del sur. Una madreselva se enredaba en una de las columnas de la casa, adornada con pequeñas flores blancas y amarillas que perfumaban el aire. En el jardín había una gallina roja y marrón, rodeada de pollitos. Se quedó allí un largo rato, respirando profundamente el aire suave mientras trataba de controlar el latido irregular de su corazón.

La pacífica escena se vio turbada cuando la sombra de un halcón se extendió en la tierra. La gallina llamó a sus pollitos que corrieron a refugiarse bajo las alas abiertas de su madre. La gallina se agachó despacio y se quedó inmóvil. El halcón pasó, hizo algunos círculos y volvió a pasar. Finalmente, se alejó. Pilar siguió con la mirada el vuelo del halcón hasta que desapareció sobre las copas de los árboles. Después se dirigió a su habitación.

Refugio no hizo ningún esfuerzo inmediato por llevar a cabo su amenaza. Él y los otros se quedaron en el comedor durante horas; el sonido de su voces podía escucharse como un murmullo bajo, mientras hacían sus planes. A medida que avanzaba el día, Pilar comenzó a desear no haber sido tan impetuosa. Estaba tan acostumbrada a verse envuelta en todas sus discusiones y proyectos, que no le gustaba sentirse excluida.

Refugio era tan irrazonable. ¿Por qué no le permitía ayudar? Simulaba que estaba preocupado por ella, pero ¿era así?

¿O simplemente era que no la quería con ellos? No debería haber hablado como lo hizo, no debería haber sugerido que era un criminal. Pero su actitud implacable, su presunción de que tenía el derecho de dictarle lo que debía hacer, era insoportable. El hecho de que ella compartiera su cama no le convertía en su dueño. Ella tenía su propia personalidad y debía actuar en su propio beneficio. No podía depender de nadie.

Los hombres dejaron la casa de nuevo en mitad de la tarde. Poco tiempo después, Pilar escuchó que Isabel se dirigía a la habitación de al lado y fue a reunirse con ella.

Le gustaba estar con Isabel, pese a la descabellada historia de su pasado, y había tratado de hacerse amiga de la muchacha durante el largo viaje. Sin embargo, su propósito ahora no era más que una mera búsqueda de información.

Isabel no pudo decirle mucho. Había abandonado la mesa poco después que Pilar para ir a inspeccionar la cocina con doña Luisa. Dijo que Refugio había asignado a Enrique la tarea de recorrer las tabernas y las casas de bebidas cercanas a la ribera para informarse cuándo salía el próximo barco hacia España. Enrique también tenía que buscar contactos entre contrabandistas que operaran en la zona del golfo, importando bienes a Nueva Orleans sin pagar las tarifas oficiales. Estos contactos podían ser importantes pues quizá fuera necesaria una partida urgente, una vez que Vicente estuviera a salvo. No podían confiar en que el gobernador Miró comprendiera la justicia de su ataque al nuevo regidor, en especial si el gobernador aceptaba la palabra de don Esteban respecto de la identidad de Refugio.

Al atardecer, Refugio y los otros regresaron, y entonces se escuchó el crujido de las ruedas de un carro tirado por mulas. Pilar se sintió complacida al comprobar que habían conseguido los elementos para entrar en la casa de don Esteban según su idea. Acostada, oyó cómo llevaban a los animales a un cobertizo en el fondo de la propiedad. Poco después regresaron a la casa.

La puerta de la alcoba crujió ligeramente al abrirse. Refugio no llevaba vela pero se movía con pasos seguros en la oscuridad. Se escuchó el roce de la ropa cuando se la quitaba y la cama cedió ante su peso cuando se subió a ella.

Pilar estaba rígida. Mantenía los ojos cerrados con fuerza y respiraba con un ritmo lento y acompasado. No quería que la molestaran. Refugio no

intentó acercarse a ella. En unos minutos su propia respiración se hizo profunda y regular. Gradualmente, Pilar dejó que sus músculos se relajaran. Se sintió aliviada. Por supuesto que sí. Finalmente, se durmió.

Cuando despertó, él se había ido.

Era difícil comprender que la época de Pascuas ya había llegado. El tiempo transcurrido en el mar había pasado casi sin darse cuenta, y el invierno había terminado. Era viernes santo. Doña Luisa iba a acudir a la misa matutina en la iglesia de San Luis, después de lo cual vería al gobernador de acuerdo con lo pactado. Un cabriolé bastante marchito fue encontrado en el fondo del cobertizo y también se descubrió un caballo pastando detrás de la construcción. Quería que la llevaran en ese vehículo a la ciudad. Pilar podía ir con ella si quería.

La joven se sintió encantada. Se vistió de un modo circunspecto con un vestido gris y un corsé blanco y se puso una mantilla sobre la cabeza. Con el atuendo adecuado, subió al carruaje de dos ruedas al lado de doña Luisa.

Las campanas de la iglesia no doblaban para convocar a misa ese día, una costumbre sagrada; se mantenían en silencio en señal de respeto. Pilar rezó con la devoción debida pero no pudo concentrarse en la santidad de la ocasión. Apenas escuchó las palabras del servicio, ni prestó demasiada atención al interior de la iglesia, una arquitectura sencilla que contrastaba con el brillo exagerado de las imágenes decoradas al estilo francés.

Al salir de la iglesia, Pilar se separó de doña Luisa. Pilar le comentó a la viuda que tenía cosas que hacer y que acudiría a su casa a la hora de comer. Doña Luisa intentó protestar, pues quería saber con precisión adónde iba Pilar. Esta meneó la cabeza y se alejó saludando a doña Luisa con la mano.

Pilar consideraba que era preciso hacer algo con respecto a su padrastro. Al mismo tiempo, le parecía imposible estar acercándose al final de la búsqueda después de tan largo recorrido. Era extraño, pero no tenía miedo. Don Esteban había ordenado la ejecución de muchos crímenes, pero nunca se había encargado él personalmente. Pilar creía que si no lo había hecho no es porque fuera incapaz de hacerla, sino porque era prudente. Prefería que otra persona realizara esas tareas y lo hiciera lejos de él. No le gustaba el peligro físico y, más que nada, no quería que quedaran evidencias de su intervención directa en los crímenes. La mínima sospecha de algo semejante podría representar la ruina de su carrera en la corte; ésta era la razón por la cual había dado tantos rodeos para deshacerse de Pilar y de todos aquéllos que pudieran ayudar a probar la causa de la muerte de su madre. Pilar confiaba en que esta cautela la protegería.

Pilar preguntó a un paseante por la casa de su padrastro. Esta era como Refugio la había descrito. Un edificio de paredes blanqueadas, techo de vigas de maderas y postigos pintados de verde en las ventanas. La calle donde estaba la casa era de barro, con una zanja llena de agua en la que flotaban desperdicios de cocina y otros elementos. No había señales de don Esteban, y los postigos estaban bien cerrados para proteger la casa del viento del sur, lo que parecía indicar que no había nadie adentro.

Pilar pasó despacio por la fachada de la casa, mientras consideraba qué debía hacer. Debía moverse con cuidado, pues pese a lo que Refugio había dicho, no tenía intención de poner en peligro de nuevo a Vicente.

Nada más pasar la casa de don Esteban tuvo que hacer una pausa, pues un hombre salía por una puerta. Obviamente era un funcionario de cierta importancia, pues no sólo se movía con gran dignidad sino que llevaba en su mano un bastón con cabeza de oro como símbolo de su cargo. Habló con

una mujer que debía de ser su esposa por el vestido de terciopelo, el gorro de encaje fino y las joyas que lucía. Detrás de su esposa regordeta y, a la derecha, podía verse a través de la puerta una pequeña capilla privada. Dentro de ella, en honor al día santo, el altar estaba adornado con un mantel de encaje. Altas velas de cera, en candelabros de plata, estaban encendidas, mientras que detrás había un crucifijo de madera tallada y pintada, enmarcado a ambos lados por cortinas de encaje. Sin duda era la zona más rica de la ciudad.

En la misma calle, un poco más lejos, había una farmacia con su mortero y sus botellas con extrañas mezclas. Detrás estaban las mesas de una vinería con botellas alineadas contra la pared trasera: vino de Cataluña, brandy cubano -llamado aguardiente- y también brandy francés, conocido como agua de vida. Al lado de la vinería, se veía el escaparate de una joyería.

Pilar se detuvo ante éste para mirar una bandeja que mostraba botones de hueso, oro y marfil, abanicos de marfil con guías de oro, anillos y aros con piedras que, el joyero juraba, eran de Tracia y, además, velos de encaje y bastones con cabeza de oro. La mayoría de los comerciantes vivía en la trastienda de sus negocios, pues desde las habitaciones se escuchaban los gritos de bebés y las voces de mujeres que llamaban a los niños entregados a sus juegos. Detrás de las casas podían verse los jardines, con árboles y canteros de flores, hierbas y hortalizas.

El idioma que predominaba era el francés, con algunas palabras de español cada tanto. Los carteles de las tiendas estaban en francés, los músicos callejeros o la música que se escuchaba por las ventanas abiertas también eran de origen francés y el olor que se esparcía desde las cocinas tenía un distintivo aroma francés. La razón para la falta de influencia española no era muy difícil de entender. Tres cuartos de la población eran, aún después de veinticinco años de dominio español, de extracción francesa. La mayoría de aquellos con sangre española que habían llegado a la colonia eran hombres que se casaron con mujeres francesas; incluso el gobernador tenía una esposa de ese origen. A los niños se les enseñaba francés, se les alimentaba con comidas francesas e iban a escuelas con maestros franceses. Además de esto se había dado el hecho de que el régimen español había comenzado con una revolución de la población francesa que había sido sofocada de modo sangriento. Para impedir que se siguieran repitiendo estas cosas y para mantener la paz en este punto distante pero estratégico, los españoles habían adoptado una política permisiva, que llegaba a una tolerancia inusual, con tal de aplacar a la población. Los orgullosos residentes que descendían de los primitivos aventureros que se habían establecido en Luisiana sentían que su dignidad francesa estaba en juego y habían hecho pocos esfuerzos para adaptarse al modo de ser de los españoles. El resultado era una ciudad completamente diferente de las habituales en la colonia hispana. Realmente, Nueva Orleans se parecía muy poco a La Habana.

Cuando llegó al final de la calle Chartres, Pilar casi no tenía nada ante ella. En una dirección había una barraca y en la otra estaba la aduana. Exactamente enfrente, la empalizada, con muros de gruesos troncos que rodeaban la ciudad en tres de sus lados y dejaban abierta la salida al río. La calle que debía cruzar para llegar a cualquiera de esos otros puntos estaba completamente embarrada. Se detuvo un largo rato disfrutando de la tibieza del día y el viento del sur que le acariciaba el rostro y le arremolinaba hebras sueltas de su moño. Traía el olor de las flores que crecían y un miasma

fecundo, que venía de los esteros que rodeaban la ciudad, un aroma extraño pero seductor. Respiró profundamente y sintió una cierta tranquilidad, que crecía en algún lugar en su interior.

No había por qué seguir. Había visto lo suficiente. Dio media vuelta y comenzó a desandar el camino. Cuando se acercó de nuevo a la casa del funcionario, vio una figura familiar que caminaba en esa dirección. Su padrastro iba vestido de negro y llevaba una peluca empolvada. Los botones de su chaqueta y las hebillas de los zapatos brillaban bajo el sol. Caminaba con altanería, no cedía el paso a nadie.

No la había visto, pero lo haría en cualquier momento.

Una extraña consternación se apoderó de Pilar. No estaba preparada. La asaltó de pronto la duda de si estaba haciendo lo correcto, con la convicción de que una vez que estuviera delante de su padrastro no sabría qué decirle y todos los planes saldrían mal. Tan grande era la sensación del posible desastre, que se detuvo. Por delante de ella atravesaba una calle, la última antes de la manzana en donde estaba ubicada la casa de don Esteban. Se esforzó por caminar a un paso normal, con calma, y giró rápidamente hacia la izquierda, cruzando la intersección barrosa y encaminándose en sentido opuesto al de la casa.

El alivio de estar fuera de la vista de su padrastro era tan grande, que respiró profundamente y limpió la transpiración de su frente con la mano. No podía detenerse allí, sin embargo. En cualquier momento, don Esteban llegaría a la bocacalle también y podría mirar en su dirección. Recogió sus faldas y caminó con paso veloz. Si podía llegar a la otra calle o a un pasadizo entre las casas, estaría a salvo. Había uno frente a ella.

Miró por encima de su hombro hacia la intersección que estaba algunos metros detrás. En cualquier momento su padrastro aparecería. Sólo quedaban unos pasos para andar. Un poco más. ¡Ahí estaba!

Unas manos rudas le apretaron el brazo. De pronto la arrastraban hacia el pasadizo entre las dos casas. Terminó contra una pared de yeso. El golpe en el hombro provocó que brillantes fragmentos de luz relampaguearan debajo de sus párpados cerrados. En su garganta se gestó un grito que fue contenido por una mano firme que le apretó la boca. Un cuerpo de hombre se apretó contra el suyo.

-Maldíceme en silencio -dijo Refugio en su oído-, y yo haré lo mismo.

CAPÍTULO XIV

Pilar sintió que la furia crecía dentro de ella. Empujó a Refugio con las dos manos y se abrazó los hombros como buscando protección. Refugio retrocedió pero sujetó sus muñecas con fuerza, preparado para evitar cualquier intento de fuga.

-¿Qué estás haciendo? -gritó Pilar-. Casi me matas del susto.

-Tenías toda la apariencia de estar tratando de evitar a don Esteban, y yo sólo quería ayudarte. Si me he equivocado, puedo volver atrás.

- Ah, sí -dijo Pilar con acritud-. Me estabas ayudando. Todavía no estaba preparada para encontrarme con él pero eso no significa que tengas que detenerme para que no lo vea. Mis razones son tan importantes como las tuyas y no puedes dejarme de lado.

-¿Dejarte de lado? No, ni soñaría con eso.

Pilar le miró con suspicacia.

-¿Qué quieres decir?

-Mi esperanza, mi sueño es que veas a don Esteban. Imagina mi alegría cuando te encontré mientras tú pretendías hacerlo.

- Estoy tratando de hacerlo -dijo con ironía.

Refugio la soltó con una sonrisa.

-No importa. Juntemos nuestras cabezas como un par de ladrones y decidamos conjuntamente cómo vas a entregarte a nuestro enemigo.

Pilar le miró como si de pronto hubiera comprendido.

-¿Me dejarás que te ayude?

-¿Ayudarme? No, no, mi amor, ¿cómo podría ser tan injusto? Soy yo el que va a ayudarte.

Pilar levantó el mentón sin quitarle los ojos de encima.

-¿Por qué?

Por qué, se preguntaba el mismo Refugio. La decisión había sido repentina e instintiva y causada por el miedo. Tenía miedo de lo que podía sucederle a Pilar si no estaba con él. Antes había rechazado su ayuda porque quería mantenerla a salvo. Dividido entre el deseo de estrangularla y la necesidad de estrecharla en los brazos y hacer desaparecer el miedo que había detrás de sus ojos, reconoció su derrota. Al cambiar sus planes e intenciones respecto de don Esteban, sonrió.

-¿Por qué no? -respondió.

Las explicaciones no llevaron mucho tiempo. En pocos minutos, Pilar estaba ante la puerta de la casa de don Esteban. Al poco rato de llamar a la puerta, apareció el mayordomo de su padrastro. Los ojos del hombre se agrandaron al verla pero la invitó a pasar. De una habitación no muy alejada se escuchaba el ruido de cubiertos y copas y el murmullo de voces familiares, como si don Esteban estuviera comiendo. Sin duda, había regresado para eso.

La hicieron pasar a un salón bastante espacioso cubierto con una alfombra marroquí. Las sillas agrupadas en distintos sectores estaban tapizadas de terciopelo color verde, ribeteado por un cordón dorado. Las ventanas cerradas tenían cortinas de tafetán y una araña de cristal y bronce colgaba del techo. Los ornamentos parecían encajes bordados en un vestido

de diario, pues las paredes eran de yeso blanqueado y los pisos de ciprés sin pulir.

El salón era la habitación principal de una casa construida en un estilo típicamente francés, parecida a la de doña Luisa, con habitaciones que se abrían una en la otra. El acceso a la mayor parte de las habitaciones parecía factible desde el salón central, pues había un número considerable de puertas. Aunque la puerta principal abría directamente a la calle, era de suponer que la casa tuviera una galería en la parte de atrás con vista al jardín. Esta área estaba abierta, sin pared trasera, y se conectaba con los jardines de las casas vecinas.

Pilar se acercó a la ventana. La batiente estaba abierta para que entrara el aire y ella alcanzó a abrir también los postigos para mirar a la calle. Hacia la casa se encaminaba a paso lento un carro cargado con musgo gris, conocido con el nombre de barba de capuchino, que crecía en los árboles del río y se usaba para rellenar colchones. El hombre en el asiento, una patética figura encorvada, entonaba con voz débil una canción: «Fino musgo, suave musgo. Musgo para la cama y almohadones de la novia. Musgo para los bebés y los ancianos. ¡Compre mi musgo, suave musgo!».

Alguien se aproximaba con paso rápido. Pilar cerró los postigos y volvió el rostro a la habitación. Se quedó junto a una silla de respaldo alto en el que estaban tallados los leones y castillos de España. Un temblor recorrió todo su cuerpo. Puso la mano sobre el brazo del sillón como si la garra del león que a formaba le diera valor.

Su padrastro apareció en la puerta y se detuvo. Todavía sostenía la servilleta de su comida interrumpida. Se limpió la boca y se la entregó al mayordomo. Le hizo una seña para que se fuera, y entró en la habitación.

Con el entrecejo fruncido se dirigió a Pilar.

-Así que estás aquí. No puedo creerlo. ¿Cómo has venido?

-En barco, como usted -respondió Pilar.

- Estoy realmente asombrado.

-Estoy segura. Creía que estaba bien en España. O mejor s bien muerta.

-Una acusación injusta. ¿Cómo puedes pensar algo así?

Estaba hablando al azar, parecía, como si tratara de enlazar sus ideas.

-No sólo lo pienso, lo sé. Le oí cuando ordenaba mi muerte.

-Debes de haber entendido mal -dijo don Esteban. Sus a palabras eran pomposas, sus gestos exagerados. Eres la hija de mi querida esposa fallecida a la que intenté colocar en un lugar seguro, con las monjas, durante mi ausencia. El secuestro de El León me confundió. ¿Dónde está él? ¿Cómo lograste escapar de sus garras?

-Mi mente está completamente sana, se lo aseguro -dijo-. En lo que respecta a El León, no tengo nada que decir de él. He venido a hablar sobre las propiedades de mi madre que usted tomó como si fueran suyas.

-Tu falta de confianza, tu falta de gratitud por mis cuidados, me entristece pero no me sorprende. Coincide con tu intento de seducir a mi lacayo Carlos. Eres una mujer irresponsable, gobernada por los impulsos de la carne. Me liberaría de ti si no fuera por el amor que sentí por tu madre. Te reintegraré a mi casa por caridad. Si hago esto, sin embargo, debes someterte en todo a mis deseos y a la disciplina que te imponga.

Las palabras de su padrastro le produjeron a Pilar un escalofrío, aunque sabía que no tenía que temerlas. Con la voz firme y un tanto sarcástica replicó:

-Usted es muy bueno y compasivo, como siempre, pero no estoy pidiendo

un lugar en su casa. Reclamo lo que es mío.

-Ah, ya.

Don Esteban se volvió, dio una vuelta alrededor de la mesa y se volvió de nuevo para enfrentarse a Pilar.

-¿Viajaste hasta aquí sola? -le preguntó acusadoramente.

-No soy tonta -respondió Pilar.

-¿Quiénes están contigo y dónde?

-Eso no le concierne. Me dará lo que pido ahora, en este momento, o si no iré a ver al gobernador Miró y le diré que no está calificado para su cargo. El gobernador, según he oído, es un funcionario rígido al que le gusta hacer cumplir las reglas. No le gustará enterarse de sus actividades antes de venir aquí.

-No te escuchará. En primer lugar, eres una mujer y en segundo lugar has sido deshonrada y desacreditada por el tiempo que pasaste en compañía de un famoso bandido. Todo lo que tengo que hacer es darlo a conocer.

Tiempo atrás la seguridad y la posición del enemigo la habrían hecho retroceder. Ahora pensaba en su madre y en su tía y en la forma en que habían muerto y se negó a ser intimidada.

- Puede que sea así, puede que no -dijo-. Sería interesante comprobarlo, ¿no le parece? Pero no creo que en realidad quiera hacer acusaciones. Usted tiene un punto débil, la presencia del hermano de El León en su casa.

La sonrisa de don Esteban mostró demasiado los dientes.

-El joven vino conmigo a causa de una deuda. Después cambió de opinión, y tuve que retenerle.

-¿Qué clase de deuda? ¿Una de esas que se pagan con sangre?

La sonrisa de su padrastro se desvaneció, y su cara se tiñó de color púrpura.

-¿Qué sabes de eso, del dolor y la pena que estos hijos de perra de los Carranza infligieron a mi familia? Deben pagar y van a ser exterminados, destruidos de raíz. De otro modo no podré vivir en paz.

-Exterminados -repitió Pilar-. Pero no antes de que tenga el placer de infligirles dolor y humillación como ha hecho con Vicente.

-Es un derecho que me he ganado. Pero tú pareces muy preocupada por los Carranza.

En el fondo de la casa se escuchó un fuerte ruido sordo. Pilar lo ignoró.

-¿Eso parece? -dijo, mientras mantenía la vista fija en su padrastro-. Quizá sea porque siento que tengo la culpa de lo que le pasa. ¿Todavía está con usted?

-Por supuesto. No es un experto en huidas como su hermano. Más cerca, quizás en el comedor, hubo un grito ahogado seguido de un golpe. Pilar se adelantó apurada para tomar el brazo de su padrastro y le habló en voz más alta.

-No me importa Vicente, ¡quiero mi dote! ¿Cómo puedo vivir sin ella? No me ha dejado nada, nada. Se ha quedado con todo. No pido mucho, sólo mi parte. ¡Pero la tendré, de lo contrario le perseguiré hasta el último día de su vida!

Don Esteban empujó a Pilar y se dirigió hacia la puerta.

-¡Alfonso! -gritó-. ¿Qué pasa?

Como no hubo respuesta, se volvió hacia Pilar.

-Es El León, ¿no es cierto? Te has unido a él. Ha venido por su hermano. Es eso, lo sé.

Debía distraerlo, demorarlo, aunque fuera por unos pocos segundos más.

-¿Qué me importa Vicente? -dijo-. ¿O El León? Quiero mi oro. ¿Dónde está? ¿Dónde lo ha escondido?

La cara de don Esteban se deformó.

-No te daré ni un peso. Nos habríamos llevado bien los dos juntos si hubieras sido tranquila y obediente, si te hubieras mantenido en tu lugar. En cambio, decidiste desafiarme. Te uniste a un bandido y a su banda de asesinos y prostitutas. Fuiste con ellos por tu propia voluntad. Bueno, entonces quédate con ellos. ¡Ése es el sitio al que perteneces!

Una sonrisa asomó en los labios de Pilar.

-Ah, sí, fui con El León. Más que eso, yo lo mandé buscar. Ahora no tengo otro lugar, no tengo otra opción; usted lo ha comprendido. Pero, ¿cuál es su lugar? ¿Qué lugar hay en toda la tierra para un asesino de mujeres?

Don Esteban la maldijo. Un sonido violento sofocado por el choque de armas se escuchó en la habitación contigua. La hizo a un lado pero no llegó a la puerta. Allí se encontró con la punta de una espada y con Refugio que cubría la abertura e impedía la salida.

-Qué pena interrumpir este encuentro encantador -dijo el jefe de los bandidos, con el frío gris de sus ojos clavados en don Esteban-, pero me interesan todos los problemas relacionados con el oro.

Don Esteban empalideció al ver la punta de la espada debajo de su mentón. Se mantuvo tan erguido como podía.

-¿Cómo…?

-Fácil. Qué feo ser tomado por sorpresa, ¿no?

-Tengo a quién contarle todo lo que suceda.

-No -replicó Refugio sucintamente-, si primero le corto la garganta.

Don Esteban tragó con dificultad.

-No es su estilo matar a un hombre desarmado, al menos eso tengo entendido. Si… si es a Vicente a quien quiere, ¡tómelo y lléveselo!

-¿Tengo su autorización? -le contestó Refugio-. Qué bien, pero ya lo tengo. Mis hombres están ahora cortando sus cadenas y atando a sus guardias. Lo que quiero es la mujer que está detrás de usted y su oro.

-Sabía que esta perra estaba con usted. ¡Lo sabía!

La punta de la espada se hundió en el cuello carnoso hasta que saltó una gota de sangre.

-¿Cuál fue el título que le dio? Creo que no le escuché bien.

-La… dama -replicó con voz ronca.

-¿Y el oro? -agregó Refugio.

-Si… Si lo quiere, deberá dejarme que le muestre dónde lo tengo escondido.

Refugio retiró un poco la punta de la espada.

-Estuve esperando esto con paciencia hasta ahora. Le advierto que se mueva con cuidado. Sería una pena que se produjera un accidente.

El sudor cubría la cara de don Esteban, se concentraba en la frente empastada por el polvo que se había desprendido de la peluca. Lo limpió con la mano dejando un rastro blanco en la frente. Se tambaleó en dirección a la puerta lateral con Refugio pegado a él. Pilar los seguía.

Se dirigieron a una habitación en el fondo de la casa, parecía la alcoba de don Esteban por el tamaño y la calidad del mobiliario. El anciano señaló un armario macizo de diseño francés. Refugio con la cabeza le indicó que él debía abrirlo. Don Esteban tomó una llave del bolsillo de su chaqueta y la puso en la cerradura. Se inclinó para buscar adentro. Con esfuerzo levantó un pequeño cofre con cierres de bronce. Mientras giraba, miró a Pilar con

malevolencia.

-¡Cuidado! -gritó Pilar.

Don Esteban la insultó y arrojó el cofre a Pilar.

Refugio logró empujarla hacia el costado pero ella ya había retrocedido de un salto. El cofre se estrelló en el piso junto a sus pies. Pilar tambaleó perdiendo el equilibrio.

En ese instante, don Esteban metió la mano en el armario y sacó una espada. El acero de la hoja rechinó cuando la sacó de su vaina.

Refugio se puso delante de Pilar y comenzó a luchar con el otro hombre. Sus armas chocaron y resonaron en una serie de golpes. Don Esteban trataba de sacar ventaja, aunque la guardia de Refugio era impenetrable. Don Esteban retrocedía para ponerse lejos de su alcance. Los dos hombres se movían en círculos con mucha cautela.

Refugio estudió los ojos de su oponente. Los labios de don Esteban dibujaban una mueca de esfuerzo y malicia. Pilar, aprovechando la oportunidad, se agachó y empujó el cofre con el oro lejos del camino. Se quedó alejada de la lucha lamentando no poder disponer también ella de una espada.

Don Esteban no era un hombre joven e inexperto como Philip Guevara. Tenía de su lado la experiencia y miles de trampas que había aprendido de sus maestros italianos en las salas de armas de Madrid. Además, era astuto e inescrupuloso. La falta de ejercicio y la abundante comida de la corte de los Borbones, sin embargo, se habían cobrado su precio, pues lo habían convertido en un hombre corpulento y de poca resistencia.

Refugio tenía la ventaja de su altura y de la fuerza que había adquirido con un duro entrenamiento físico. No había dudas de que su habilidad era igual a la del otro, si no superior. Pero no era tanto el tiempo transcurrido desde que había sido gravemente herido. Pese a su heroísmo durante el torneo en La Habana, Pilar tenía miedo de que una lucha prolongada pudiera minar su vigor. Quejas, advertencias surgían dentro de ella pero las sofocó. Refugio no necesitaba esa carga sobre su concentración. Todo lo que podía hacer era rezar para que se produjera un desenlace rápido.

Los dos hombres atacaban y se defendían; probaban la capacidad, la voluntad y la resistencia del otro. Sus pies avanzaban y retrocedían sobre las tablas rústicas del suelo. La respiración era entrecortada. Los músculos de los brazos se endurecían debajo de las mangas de las chaquetas y las muñecas tenían una elasticidad de serpiente.

Don Esteban intentó una astuta estratagema. Refugio contraatacó rápidamente, sonriendo.

-Ésa tiene ya barba -se burló-. Intente otra y mientras la fabrica, dígame: ¿Qué le movió a apresar a mi hermano? Estuvo en Sevilla durante meses. ¿Por qué tocarlo después de tanto tiempo?

-Es un Carranza, eso es razón suficiente. Además, lo había estado observando y lo reservaba para el momento en que necesitara un rehén.

-¿Suponía que retener a mi hermano impediría que apoyara la causa de Pilar?

-Pude haberme equivocado. -Don Esteban ya no tenía aliento-. Además, sospeché que había sido engañado por Pilar; ella se fue con usted con mucha facilidad. Vicente era el nexo lo más probable de acuerdo con la dama de compañía de Pilar, le mi hermana. Por eso tenía que pagar.

-Se equivocó -dijo Refugio y comenzó un ataque que llevó a don Esteban, jadeante, de un extremo al otro de la habitación.

La alcoba era larga y angosta, con puertas que abrían a la galería trasera. Don Esteban, con la espada en las puertas, avanzó un poco con una defensa que hizo que Refugio retrocediera diera tres pasos. Los dos se miraron cara a cara. La respiración as de Refugio estaba agitada, la de don Esteban generaba un silbido.

Se produjo un silencio momentáneo que permitió escuchar lo pasos rápidos provenientes del salón. Vicente entró de pronto en la habitación. Estaba delgado y vestido con harapos. En la mejilla izquierda tenía la cicatriz roja de una marca, una letra le G, de guerra, que en general se reservaba a los prisioneros.

-¡Refugio! -gritó-. ¡Deténlos! ¡Han dejado a Alfonso in- se consciente y ahora están destrozando la casa!

La distracción fue breve, pero don Esteban decidió abandonar su honor y huir. El picaporte de la puerta estaba detrás de él. Lo bajó y se escabulló. Refugio detuvo la puerta antes .a de que se cerrara de un golpe. Forcejearon para un lado y para se el otro, pero Refugio lo hizo con tanta fuerza que envió a don Esteban hacia atrás, tambaleando.

Cuando Refugio iba a salir de la habitación, Vicente lo tomó de un hombro.

-¡Déjalo ir! Es un anciano y las muertes no pueden seguir para siempre.

Refugio miró a su hermano con sorpresa y se desprendió de su mano.

-No soy un asesino pero todo terminará cuando don Esteban haya muerto.

-O cuando tú lo estés -replicó el joven.

-No seas tan pesimista, hermano. Todavía estarás tú para mantener el nombre de la familia.

-No, si soy sacerdote -agregó Vicente, pero sus palabras no llegaron a su destino.

Refugio saltó a través del umbral con la facilidad de una nube de humo. Se escuchó el sonido de sus pisadas. Se había ido. Pilar tocó el brazo del menor de los Carranza.

-Dile a los otros que se detengan. El oro que están buscando está aquí, en el suelo. Puedes hacerte cargo de él.

-¿Yo? ¿Pero de quién es? ¿Para qué lo quieren?

-No importa -dijo, dirigiéndose a la puerta-. Guárdalo sin importar lo que pase.

El miedo era lo que la guiaba, lo que la hacía seguir a los dos hombres. Aunque le impresionaban los golpes de espada o el pensamiento de las puntas que se hundían en la carne, tenía que estar allí. No podía soportar no estar presente.

Corrió por el jardín de atrás, cubierto de flores y hortalizas. Investigó el área abierta con los ojos, buscando entre las filas de casas y tiendas algún signo de hombres que corrían o luchaban. No había nada.

Luego se escuchó un grito. Provenía de la casa que Pilar: acababa de dejar a su derecha. Se dirigió hacia allí corriendo.

La puerta trasera estaba abierta. La empujó y comenzó a percibir el chirrido de las espadas mientras cruzaba una alcoba y entraba en un salón similar al de la casa de don Esteban. Una mujer estaba en el centro de la habitación tapándose la cara con las manos. Pilar reconoció en su figura regordeta y bien vestida a la esposa del funcionario que había visto antes.

Don Esteban apoyaba su espalda contra el altar de la pequeña capilla. La punta de su espada avanzaba y retrocedía intentando mantener firme la

guardia. El sudor corría por su rostro. Tenía la corbata desatada, la chaqueta cortada en dos lugares y su respiración era jadeante.

La chaqueta de Refugio estaba empapada y su cabello tenía un brillo húmedo. Sus movimientos seguían siendo rápidos y llenos de fuerza, pero había perdido la precisión. Cuando Pilar llegó, el rápido deslizamiento de sus pies pareció disminuir. Su concentración en la espada de su oponente se desvió al darse cuenta de la presencia de Pilar.

Don Esteban sonrió triunfador y saltó hacia delante. De inmediato fue repelido y obligado a defenderse del desenfrenado contrataque de Refugio. El anciano retrocedió hasta llegar al altar. Se deslizó alrededor de su borde y arrastró el mantel de encaje con él. Los candelabros se sacudieron. Las llamas de las velas temblaron en sus pabilos y la cera caliente comenzó a correr en pequeños riachuelos para congelarse en las bases de plata y en el mantel del altar. Don Esteban retrocedió de nuevo, arrodillándose antes de volver a levantarse.

-No necesita arrodillarse -dijo Refugio con una serenidad mortal-. No hay ningún sacerdote aquí para que le perdone o le suministre un sacramento, tampoco hay un santuario.

-No puede matarme aquí -replicó don Esteban jadeando.

-¿Por qué no? -Refugio acercó más la espada a su oponente.

Había sido un momento de debilidad de Refugio. Una mezcla de decepción y alegría inundó a Pilar cuando comprendió la razón. Su corazón latía con violencia y el miedo circulaba por sus venas con el dolor frío del veneno. No prestó atención a la dueña de la casa que continuaba gritando detrás de ella, ni tampoco al murmullo de la multitud que comenzaba a reunirse en la calle, atraída por los gritos de la esposa del funcionario y el ruido de las espadas. Pilar no podía respirar, no podía pensar, no podía hacer nada, excepto tratar de seguir los movimientos de los dos hombres.

Lucharon allí delante del altar mientras el sol que se filtraba a través de una ventana los cubría de una tenue luz dorada. Las llamas de las velas dibujaban extrañas sombras en sus espadas y teñían sus rostros de naranja, azul y amarillo. Los ataques en ese lugar eran profanos y sin embargo, parecían tener un propósito que no era tal, como si el tema de la vida y la muerte tuviera su propia nobleza.

Don Esteban estaba agotado pero mantenía una mirada cruel en sus ojos. Las facciones de Refugio reflejaban una paciencia implacable sin piedad. Era la paciencia del bravo león. Él era El León. ¿Qué razón había para temer por él?

¿Qué razón excepto que si él moría, Pilar sabía que una parte de ella moriría con él? ¿Qué razón, excepto el amor?

Le amaba.

Esa certeza apenas tuvo tiempo de penetrar en su interior antes de que don Esteban se aferrara al mantel del altar para arrastrarlo. Los candelabros cayeron. Las velas rodaron hasta llegar al suelo. Don Esteban tomó el mantel como la capa de un torero y lo arrojó hacia donde estaba Refugio tratando de cubrir la espada. Con un reflejo rápido, Refugio lo desvió. Sujetó una punta y tiró para arrancarla de la mano del otro hombre. Se lo devolvió de tal modo que don Esteban pudo enviarlo hacia la parte de atrás del altar donde habían caído las velas. Al mismo tiempo, descolgó las cortinas que flanqueaban el crucifijo. Refugio se movió con rapidez hacia el otro lado. El padrastro de Pilar trató de apartarse una vez más, mientras despedazaba las cortinas y las interponía entre Refugio y él. Cuando Refugio se hizo a un lado

para evitarlas, el otro hombre retrocedió pegado a la pared, volteando sillas en dirección a la puerta de entrada donde estaba Pilar.

Refugio gritó su nombre mientras corría detrás de su oponente, pero Pilar ya había visto la intención asesina de su padrastro. Retrocedió buscando un arma. Lo más cercano era un candelabro de hierro forjado con velas sin encender. Lo tomó y lo usó como una horquilla para defenderse de don Esteban. El padrastro gritó una maldición, pero no pudo alcanzarla. Tomó la muñeca de la esposa del funcionario y la dobló detrás del brazo, luego presionó con la punta de la espada las costillas bien rellenas de carne.

-¡Deténgase, Carranza! -gritó.

Refugio se detuvo. Pilar bajó el candelabro y se quedó de pie a su lado. Los cuatro estaban inmóviles. El aliento de los dos hombres estaba agitado. El aire silbaba en la garganta de don Esteban y su pecho se levantaba con velocidad. La esposa del funcionario temblaba. Detrás de ellos se escuchó un ominoso sonido y el resplandor de una luz.

¡Fuego!

El mantel del altar se había encendido con las velas caídas. Las llamas habían incendiado las cortinas de encaje que producían llamas muy altas que a su vez prendían fuego a las que todavía seguían pegadas a la pared. Hubo una explosión suave que saltó hasta el techo. Mientras miraban el espectáculo, la madera seca comenzó a humear y pequeñas lenguas de fuego ara aparecieron en sus costados.

Cuando se volvió hacia don Esteban, Pilar vio la satisfacción dibujada en su cara.

-Usted lo hizo -dijo-. Usted lo hizo a propósito. ¿No ha sido hábil? -agregó y empujó con fuerza a la esposa del funcionario que salió catapultada a los brazos de Refugio. Saltó hasta la puerta y la abrió de par en par.

-¡El León! -gritó a los que estaban reunidos fuera-. ¡Es un bandido, El León, flagelo de España! ¡Ha robado en casa del el tesorero Núñez y le ha prendido fuego!

CAPÍTULO XV

Un griterío siguió al pronunciamiento de don Esteban. ¡Fuego! ¡Fuego!, podía oírse mientras una persona detrás de otra pasaba la acusación contra Refugio. El ruido crecía como el furioso zumbido de una colmena conmocionada. Un hombre apareció en el umbral y luego otro y otro.

-Por atrás -ordenó Refugio.

Las palabras mostraban odio y disgusto por la retirada pero no tenían la menor sombra de duda. Era lo que había que hacer, por supuesto. No había otra forma. Para Refugio era imposible forzar a don Esteban a pelear en medio de un incendio. Intentar abrirse camino a través de la masa creciente de gente constituiría un riesgo peligroso. Quedarse, un suicidio. Don Esteban había ganado su libertad y su vida.

Refugio miró con el entrecejo fruncido el interior de la capilla en llamas.

-No hay tiempo -dijo Pilar con calma.

-No -respondió Refugio. Le tomó la mano y se dirigió al fondo de la casa.

Pilar lo siguió a través de las habitaciones. Emergieron por la puerta trasera y atravesaron la galería. Corrieron por el jardín abierto con las cabezas bajas, esquivando las hileras de ajíes y legumbres, evitando las zanjas de regadío. Detrás de ellos se escuchaba el característico rugir de la multitud que se reunía para perseguirlos. Los primeros hombres ya surgían de la casa del tesorero. Gritaron al ver a Refugio y a Pilar.

Charro, Enrique y Baltasar los encontraron cuando se acercaban a la casa de don Esteban. Con las espadas preparadas les protegían la retaguardia. De los labios del jefe de los bandidos brotaron órdenes sucintas y detalladas. Para cuando atravesaron la casa y salieron por la puerta de entrada, Baltasar había salido a buscar a Isabel, Enrique a doña Luisa y Charro y Vicente fueron encargados de quedarse, a cualquier precio, al lado de Pilar.

Refugio, que sólo un momento antes estaba mandándolos a un lado y a otro, no estaba con ellos cuando llegaron a la calle. No se detuvieron para preguntarse por qué sino que comenzaron a correr en dirección al río. Ya estaban lejos cuando Pilar vio que Refugio se deslizaba por la puerta principal de la casa de don Esteban y se escabullía en una dirección diferente de la que ellos habían tomado. Se le hizo un nudo en la garganta cuando vio la multitud furiosa penetrar por la puerta que él acababa de dejar. Refugio estaba tratando de mantener a los perseguidores lejos de ellos.

Por todas partes reinaba la confusión. El humo crecía en una nube oscura. Minuto a minuto se volvía más densa y más voluminosa. Podían olerla como si los estuviera persiguiendo a través de las calles, empujada por el viento del sur. Los soldados uniformados corrían hacia el humo. Daban órdenes a gritos y pedían ayuda, baldes, barriles de agua, escaleras y hachas. Sin embargo, hablaban en español, y los comerciantes, los empleados franceses y sus esposas no les entendían.

-¡Las campanas de la iglesia! ¡Deben avisar a los sacerdotes que doblen las campanas para que difundan la noticia! -gritó alguien mientras se acercaba a la iglesia de San Luis en la plaza de Armas.

-No lo harán -fue la respuesta-, es viernes santo.

-¡Deben hacerlo! ¡La ciudad se quemará!

-Es viernes santo. Las campanas están en silencio el viernes santo. Las

campanas no doblarán.

Las campanas no doblaron. No doblaron mientras Pilar y los otros apuraban el paso a través del mercado. No estaban doblando cuando corrieron junto a las paredes del convento de las monjas ursulinas. Todavía no habían doblado cuando llegaron a un malecón del río y redujeron la velocidad de su marcha. No doblaron cuando alcanzaron los botes que les harían atravesar los pantanos.

Refugio no estaba allí. Los dos remeros que habían sido contratados para guiarlos estaban de pie en el malecón, mirando la columna de humo gris oscuro que se levantaba por encima de las casas. Formularon preguntas rápidas y ansiosas a Pilar y a los otros, pues tenían familiares en la ciudad. No parecieron demasiado conformes con las respuestas que obtuvieron, pues se alejaron unos metros para hablar entre ellos.

Detrás de los hombres, al borde del malecón, había dos botes. Eran poco más que canoas pero debían de haber sido troncos de árboles muy altos, ya que tenían por lo menos diez metros de largo. Parecían construidas con torpeza, pues aún se veían las marcas del hacha pero se deslizaban con facilidad por el agua. No ofrecían ningún tipo de protección, aunque tenían tres trozos de madera que podían servir de asientos rudimentarios.

Enrique se unió a ellos poco después. Comentó que doña Luisa no iría con ellos y que le había dicho que les deseaba muy buen viaje pero que no podía dejar sin solucionar sus demandas en la colonia.

Baltasar llegó justo después con Isabel a su lado. Llevaba algunos bultos con ropa y también canastas con provisiones porque no podía determinarse cuánto tiempo tendrían que esperar antes de encontrar una embarcación que quisiera llevarlos a La Habana. Isabel cayó ante Vicente con gritos de alegría y lo abrazó hasta que el joven se sonrojó. Estaba excitada por el fuego y la forma en que se estaba extendiendo y preguntaba a cada momento dónde estaba Refugio y por qué no se unía a ellos.

El humo se volvía más espeso y oscurecía el cielo por completo. Se deslizaba por encima del río en nubes sofocantes que escondían a los barcos anclados y a los botes. Sobre los tejados podían verse las llamas anaranjadas. El viento traía los gritos junto con el crujido de la madera que se quemaba.

Refugio salió del humo desde la dirección opuesta a la que ellos estaban mirando. Se había quitado la chaqueta y su camisa estaba desgarrada. Su pelo estaba enmarañado y su piel gris por el hollín. Miró a las provisiones apiladas cerca de los pies de Isabel y frunció el entrecejo.

-El espectáculo es aterrador -dijo con ironía- pero no para morirse de hambre. Si me veo forzado a cargar con todos esos bultos, todos vamos a ir a parar al fondo del río.

Todos lo miraron, pero antes de que pudieran responder a la acusación, volvió a hablar.

-¿Dónde está doña Luisa?

Enrique le explicó con resignación:

-Traté de decirle que tú ordenabas que viniera conmigo. Pero así y todo se negó. No estaba impresionada con las razones que le di y cuando la amenacé con traerla por la fuerza, se rió. No podía hacer más.

Baltasar gruñó.

-Dejémosla entonces.

-¿Para morir? -preguntó Refugio-. No hizo nada para que la expongamos a la venganza de don Esteban.

-¿Crees que la atacará? -preguntó Pilar.

-Es muy probable, pues se quedó con deseos de atrapamos. Más que eso, doña Luisa va a tener que responder ante el gobernador acerca de sus huéspedes. El ardid de don Esteban es un gran éxito. Casi no hay persona o niño que no esté ahora buscando a El León. Esto traerá dificultades.

-Cuanto antes nos vayamos entonces, mejor -dijo Charro en voz baja- y más probable que sigamos teniendo un medio de transporte.

Refugio miró a los remadores cerca del agua.

-¿Hay algún problema?

-Parece que se lo están pensando de nuevo -respondió Charro.

-Déjalos ir donde quieran -manifestó Refugio, después de considerarlo un poco- pero retén a toda costa el bote más grande.

-Necesitamos a los hombres como guías -dijo Baltasar, aunque sus palabras tenían algo de desafío.

-Sólo si tratamos de atravesar los pantanos.

-¿Sí? -preguntó Baltasar, incrédulo.

Pero no tuvo respuesta. Refugio se había evaporado de nuevo en el humo.

-¿Adónde va? -requirió Isabel.

- Imagino que a buscar a doña Luisa -respondió disgustado Enrique.

Charro estuvo de acuerdo.

-Diez a uno que la trae.

-No soy tan tonto como para apostar contra algo cierto -dijo Enrique.

-No veo qué es lo que quiere de ella -se quejó Isabel.

-¿Remordimientos de conciencia? ¿Afecto? Elige lo que más te guste -fue la respuesta de Charro.

Vicente dio un paso adelante con el entrecejo fruncido.

-¿Quién es esa mujer, doña Luisa? ¿Qué tiene que ver con mi hermano?

Enrique le explicó. Pilar apenas escuchó lo que decía. Charro tenía razón, estaba segura. Refugio temía dejar a doña Luisa por lo que podía sucederle. Pero, ¿eso era todo? Los lazos iniciados en la juventud a menudo eran más fuertes y más resistentes que los establecidos años después. Había ido con doña Luisa de un modo tan decidido el día en que ella lo reconoció en el barco, sin una queja o una mirada de disgusto. Eso podía significar que no le resultaba un sacrificio desagradable. Haberla rechazado habría ocasionado peligro para sus hombres y para ella, pero ¿tenía que rendirse con tanta facilidad, con tanto encanto?

Qué cosa terrible era amar. Provocaba tantas dudas, tantos miedos. De pronto se sentía celosa del tiempo que Refugio había pasado con doña Luisa pero, sobre todo, envidiaba que la otra mujer le hubiera conocido cuando era joven y no tenía preocupaciones. Qué noble encantador debía de haber sido, lleno de ingenio y alegría, música y sentimientos sencillos. Ella nunca le conocería así. Nunca. Era doloroso.

¿Cuánto tiempo pasó desde que comenzó a sentir de este modo? ¿Comenzó en el patio en Sevilla? ¿O en la sierra cuando Refugio descubrió que su hermano había sido secuestrado por don Esteban? Algo hubo allí, un reconocimiento doloroso, cierta atracción que habían intentado negar.

Esa noche en el barco, cuando estaba herido, cerca de la muerte -o al menos eso pensó ella- qué fácil fue tomar la decisión de ofrecerse, de usar su cuerpo para sacarlo de su estado de encantamiento con la muerte. No podía pensar en eso sin sentir que su rostro ardía. Entonces debió haberlo sabido. Quizá lo supo, pero lo mantuvo oculto incluso de sí misma. ¿Cómo podía explicarlo de otro modo?

¿De qué le servía pensar en eso? Refugio era un bandido, un marginado que iba a ser buscado también en el nuevo mundo como lo fue en el viejo. No tenía futuro para compartir con una mujer. Mantenía junto a él a ella y a doña Luisa porque se sentía responsable, pero no eran más que cargas, su seguridad era una obligación asumida. En ocasiones quizás hiciera el amor con ellas pero no sería más que un modo de pasar un momento agradable, un medio para olvidar o quizás otra obligación.

Pilar debía impedir que él lo supiera. No estaba demasiado segura de lo que haría. Quizá le recordaría que nunca había tratado de seducirla, que nunca había intentado acostarse con ella. O quizá sonreiría y simularía con ternura que él sentía lo mismo. No podría soportar ninguna de las dos cosas.

Las lágrimas se agolparon en la garganta y subieron a sus ojos. Las limpió con la mano con la intención de que cualquiera que las hubiera visto pensara que habían sido causadas por el humo.

Bien podía ser. Nueva Orleans se estaba incendiando. Empujadas por el viento, las llamas se extendían con rapidez. La gente huía presa del pánico, tratando de sacar a través de las puertas todo lo que se podía salvar. Se abalanzaban a los botes y los conducían al medio del río. Parecía que la casa de don Esteban se había quemado junto con gran parte de las viviendas de la calle Chartres. Varios barcos atados al malecón, cerca de la plaza de Armas, se habían incendiado también y las llamas se propagaban a los árboles, incendiándolos como antorchas.

Abruptamente, en algún lugar próximo al extremo de la empalizada, se produjo una explosión. Una gran fuente de desechos y fuego ascendió hasta el cielo.

Isabel pegó un alarido.

-¿Qué fue eso?

-Un depósito de pólvora, creo -dijo Charro.

-La armería -dijo Baltasar. Charro asintió.

-Esto propagará más el fuego.

Estaba en lo cierto. Ésa no fue la única explosión. La pólvora era necesaria para la caza y ésta era un modo de vida en la colonia. Los comerciantes que la vendían y los cazadores que la almacenaban tenían depósitos que, al estallar, no hacían más que aumentar la furia del fuego. Parecía que toda la ciudad iba a ser devorada.

Detrás de ellos hubo un movimiento furtivo y un sonido débil. Los remeros estaban preparándose para alejarse con los botes.

-¡Eh! ¡Espere! -gritó Charro, deslizándose por la ladera del malecón.

-Perdón, amigo -dijeron-. No podemos perder nuestro tiempo cuando ofrecen mucho dinero para transportar a la gente que quiere huir del fuego.

La espada de Charro rechinó al salir de la funda. Enrique y Baltasar hicieron lo mismo con las suyas. Vicente, aunque desarmado, los seguía de cerca.

Charro llegó a los botes antes que los otros dos hombres y presentó la punta de su espada de modo que los remeros se alejaron de las canoas. Baltasar se inclinó sobre uno de ellos y alcanzó el frente de su camisa. Enrique sacó el puñal del cinto y lo volvió para golpear a los hombres con el cabo. Los bandidos se inclinaron sobre los hombres que estaban en el suelo pero ya no tenían más fuerzas para pelear.

-Lento pero eficiente -dijo Refugio, casi sin aliento, mientras se acercaba al malecón. Señaló con un dedo la embarcación más grande.

-Todo el mundo al bote, que ya salimos.

¡Ahora! Estaba cubierto con ceniza gris y el sudor había hecho marcas en el hollín de su rostro. Doña Luisa venía cargada, gimiendo y golpeando la espalda de Refugio. A lo lejos se veía una masa de hombres con guadañas y rastrillos, que gritaban con furia.

-¡Incendiario! ¡Asesino! ¡El León! ¡Muerte! ¡Muerte!

-¿Los guías? -preguntó Charro con la espada en la mano.

-Déjalos. ¡Zarpemos!

Como el asombro los hacía lentos para obedecer, Refugio los reprendió con imprecaciones originales, violentas y eficaces. Se arrojaron al bote, mientras Enrique subía tres o cuatro de los bultos más importantes. Baltasar aprovechó su fuerza para sacar la embarcación del malecón barroso y empujarla para que se liberara. Cuando tomó la corriente, Baltasar corrió detrás de él para saltar a bordo.

Refugio tiró las monedas de plata en dirección de los remeros en pago por el bote que se llevaban. Bajó la explanada y se arrojó al río con doña Luisa a sus espaldas gritando de terror. Alcanzó el costado del bote con una mano y con la otra la tomó de la cintura. El acróbata la arrastró por encima de la borda como un saco de harina mojada. La habría ayudado a sentarse si ella no lo hubiera abofeteado. Inmediatamente después, se echó a llorar.

Refugio saltó por el costado para aterrizar en el bote. Baltasar y Charro tomaron los remos y comenzaron a remar. Detrás de ellos, la multitud furiosa los siguió y se detuvo maldiciendo y agitando sus armas detrás de ellos. Refugio se puso en cuclillas. En esa posición se dirigió hacia la popa donde tomó el remo principal.

El bote dio media vuelta por la fuerza que Refugio le imprimió y comenzó a avanzar en dirección opuesta a la que Baltasar había adoptado.

-¿Qué estás haciendo? -le recriminó a su jefe-. Nos estás llevando aguas arriba.

-¿Qué hay aguas abajo? -replicó Refugio con voz serena-. España es sólo un sueño perdido y La Habana no nos recibiría con agrado. De nuevo nos buscan. ¿Puedes pensar que, ahora que don Esteban nos ha hecho tan famosos, el gobernador Miró no enviará a sus guardias para que vigilen la partida de todos los barcos, que nuestra descripción no resonará en todas las Indias Occidentales? Nos negarán pasaje y hospedaje en cualquier dirección que vayamos. Excepto una.

-¿Qué lugar es ése?

-Una tierra lejana de mito y magia, poblada por bestias y salvajes, famosa por sus atardeceres dorados.

-Tejas -suspiró Charro con el rostro iluminado.

-¡Ay madre de Dios! -se quejó doña Luisa, gimiendo-. Nos matarán a todos. O peor.

-O nos salvaremos -dijo Enrique.

-O nos olvidarán -murmuró Baltasar.

-Será una prueba -agregó Vicente para sí.

-Pero es tan lejos -dijo Isabel con voz apenas audible.

Pilar miraba a Refugio. Se preguntaba qué tenía éste en mente, se preguntaba si estaba tan seguro como parecía de saber lo que estaba haciendo.

Refugio contemplaba la ciudad que se quemaba. Su rostro reflejaba el rojo de las llamas y las gotas que se deslizaban por sus pestañas y caían por sus mejillas parecían lágrimas.

CAPÍTULO XVI

Refugio hundió el remo bien profundo en el agua marrón amarillenta del río y desvió el bote hacia la izquierda para evitar un tronco semisumergido que enfilaba hacia ellos. La mañana era brillante y clara. El sol era cálido y el viento soplaba desde atrás. El trabajo físico de los remos permitía un cierto alivio, como si fuera una penitencia para la expiación de un pecado. Las exigencias del río, la lucha contra las corrientes, la observación de remolinos y troncos y la alerta constante ante la posible aparición de piratas o indios requerían casi toda su atención. Había poco tiempo para pensar, para recordar. Era lo mejor.

Se había acostumbrado al manejo del bote la noche anterior. Viajaron hasta tarde y acamparon en la ribera sólo cuando se hallaban a muchos kilómetros de distancia de Nueva Orleans.

Podrían haber pedido alojamiento en alguna plantación cercana al río y quizá hasta los hubieran recibido bien, pero era demasiado arriesgado. Cuanta menos gente supiera qué dirección habían tomado, mejor.

No fue una noche confortable. Por él y sus hombres no importaba que la tierra fuera dura y que los mosquitos los persiguieran como una horda de pequeños demonios. Lo lamentaba por las mujeres. No estaban acostumbradas a vivir así.

En el asiento, a su lado, estaba sentada Pilar, que abanicaba a los remeros con una palma que había recogido la noche anterior y sólo levantaba la vista cada cierto tiempo para mirar la línea de la costa que pasaba. Doña Luisa se hallaba recostada a los pies de Pilar. Frente a las dos mujeres estaban Vicente y Baltasar. Isabel, junto a un bulto, se encontraba entre el asiento en el que estaban sentados los dos hombres y el siguiente en la proa ocupado por Enrique y Charro. Los remos subían y bajaban con un ritmo a la vez tranquilo y vigoroso. Doña Luisa se había quedado callada, aparentemente dormía una siesta. Era la primera vez que abandonaba sus quejas desde que la habían subido a bordo. No sabía manejarse con desenvoltura en situaciones difíciles.

Pilar, al contrario, era otro tipo de mujer. Varias veces pidió que le dejaran remar un rato. Atendió las diversas heridas de todos en la noche anterior, y se acostó al lado de Refugio en su rústica manta en las horas de oscuridad, cubriendo apenas su rostro contra los insectos cuando no pudo soportarlos más. Hasta consiguió dormir un poco. Sentada en el duro asiento del barco, se pasaba las horas abanicando con una palma que le lastimaba los dedos, y ayudando a descubrir peligros. No pronunciaba una palabra que reflejara su incomodidad ni preguntaba adónde iban o cuándo tardarían. Esa resistencia no hacía sentir menos culpable a Refugio por obligarla a seguir sus pasos.

Se merecía algo mejor. Lo merecía pero era casi imposible que fuera capaz de proporcionárselo. Era probable que nunca vieran la civilización de nuevo, mucho menos España. La había traído a este territorio salvaje por una serie de razones, la mayor parte de ellas egoístas. La había convertido en una marginada y la exponía al peligro junto con todo el resto. La pena que sentía era como un carbón encendido en su pecho.

El sol brillaba en el cabello de Pilar y lo tornaba color oro antiguo. Sus rayos resaltaban la curva de la mejilla, el cuello, su esbelto antebrazo que

aparecía por debajo de la manga. Refugio pensaba en el modo en que ella se había recostado en él durante la noche, en la confianza con que se había quedado con la espalda contra su pecho y los muslos sobre los suyos. Hundió el remo más profundo en el agua.

A media tarde estaría bronceada por el sol, antes quizá, si el sol dejaba de ocultarse cada tanto detrás de las nubes que venían desde el sudoeste. Todos estarían bronceados. Los sombreros harían un poco de sombra. Su preocupación no era sólo la incomodidad de Pilar sino el peligro de enfermedades. Por él y sus hombres, no importaba; estaban acostumbrados al y sol. Pilar era diferente. Y por supuesto doña Luisa e Isabel.

Pilar dirigió una mirada a Refugio.

-¿Pasa algo malo? -le preguntó.

Refugio se dio cuenta de que estaba mostrando preocupación y trató de hacer un esfuerzo consciente para relajar sus facciones.

-Me ves tan feliz como una mula cargada con heno seco que de no sabe dónde llevarlo. ¿Qué podría pasar de malo?

- Muchas cosas -respondió- pero ninguna que pueda evitarse por mucho que nos preocupemos por ellas.

-Entonces, no tengo nada mejor que hacer -comentó Refugio.

-Si estás pensando en Nueva Orleans, el incendio no fue culpa tuya.

-Ésa es una posibilidad que no se me había ocurrido.

-Lo dudo.

-Veo por donde vas. Tienes miedo de que sienta de nuevo preocupación y te abandone para que sigas el camino sola.

Pilar le miró con ojos fríos.

-En absoluto, puesto que dudo que alguna vez hayas perdido el control.

-Me halagas -dijo Refugio.

-Pienso que no. Pero tú me subestimas, creo. Estoy segura de que puedo viajar sola. Seguramente necesitaría alguna ayuda, pero de un modo u otro llegaría a destino.

Una extraña emoción que reconoció como miedo se filtró su en el pensamiento de Refugio. Su voz fue más cortante de lo que pretendía cuando respondió.

-Me estás advirtiendo de algún plan alternativo que ya has hecho, presumo. ¿Piensas contarme de qué se trata o debo adivinarlo?

-Ni una cosa ni la otra -respondió Pilar-. No todos son tan complicados como tú; yo sólo estaba enunciando un hecho.

-Como tú lo ves.

-¿Y de qué otro modo si no? No hay otra persona que pueda hablar por mí.

-Quieres decir que no estarás atada a mis deseos -dijo Refugio.

-Quiero decir que tú no estás atado a mí por ninguna responsabilidad.

Pilar estaba conociendo cada vez mejor sus pensamientos. Tendría que tener en cuenta eso.

- Estás equivocada. Soy responsable desde el momento en que acepté tu sugerencia en un oscuro jardín. Nada de lo que digas puede absolverme.

-Si insistes en convertirte en un mártir, no puedo detenerte.

-Pero represento tan bien el papel, ¿no lo crees?

Refugio sintió amargura en las suaves palabras pero esperaba que ella lo advirtiera.

-A las mil maravillas, por eso es que estoy segura de que piensas que Nueva Orleans está convertida en cenizas por tu culpa.

-Parece lógico. -Remó con más fuerza.

Pilar sacudió la cabeza.

-¿Por qué piensas que debiste haber detenido a don Esteban? No veo cómo.

-Podría haberlo matado como a una víbora, sin darle una oportunidad.

-Tú no eres así -le comentó Pilar.

-No, ¿y eso no es una falta? -Esperó con paciencia oír lo que ella diría.

-Algunos podrían pensar eso; a mí no me lo parece así. Matar sin razonar te convertiría en alguien tan violento como don Esteban. De todas maneras siempre puedo reclamar mi porción de culpa. Si yo no hubiera estado contigo, podrías haberte acercado a la casa de mi padrastro de un modo diferente, con más tranquilidad y mejor suerte.

-¡O nunca hubiera podido acercarme! No importa. La decisión en el modo de entrar fue mía.

-Pero te puse en peligro con mi presencia y contribuí también en el incendio. Quizá no hubiese habido duelo de espadas con don Esteban si yo no hubiera interferido, no hubiese habido lucha en la capilla.

-Eso hubiera sido una pena, pues necesitaba una excusa para matarlo, en especial después de ver a Vicente. No fue culpa tuya que fallara.

-¿Me robarás el placer de la culpa así como el de la responsabilidad? -le inquirió Pilar.

-Nunca fue mi intención robarte nada.

Las palabras quedaron suspendidas entre ambos, mientras sus ojos se encontraban y chocaban. Un color que no tenía nada que ver con el sol se apoderó del rostro de Pilar.

-Las intenciones cambian -dijo Pilar.

-Y la gente -asintió él.

-¿De qué discuten ustedes dos aquí? -preguntó Vicente acercándose hacia ellos.

-De robos y buenas intenciones -respondió Refugio.

-¿La caja de oro? Miré en su interior.

Había condena en la voz del joven. La respuesta de Refugio fue controlada, aunque con sombras de inquietud.

-No, no precisamente.

-Creo que deberíamos hablar de eso. Tendrías que haber pensado de qué manera me sentiría como cómplice de un robo. -La mirada de su hermano era vivaz, pero incómoda.

Refugio suspiró.

-Lo habría hecho si hubiera sabido que te habían convertido en un bobalicón en la universidad.

Vicente esbozó una sonrisa.

-Está bien, sácame la cabeza. Estoy acostumbrado; Pilar, en cambio, no.

-La forma de dirigirte a la dama -dijo Refugio- es informal para el poco tiempo que hace que la conoces.

-La conocí antes que tú, hermano.

-¿Sí?

Las palabras tenían tal grado de cortesía, que podían ser traducidas como una advertencia. Vicente lo ignoró.

-Ella vino a mí primero.

-Entonces, ¿por qué no la rescataste y la llevaste montada en tu silla como un príncipe moro de leyenda?

-Ella no pidió mi ayuda.

El compromiso en su voz era engañoso. Refugio lo ignoró e inclinó la cabeza en dirección a Pilar.

-Felicitaciones. Parece que has adquirido un salvador. Otro más.

-Me siento honrada -dijo.

-Pensé que lo estarías -respondió Refugio de un modo cortante antes de volverse a su hermano-. ¿Pero qué pasó con el oro? No he visto el cofre por aquí.

El rostro de Vicente se ensombreció de nuevo. Sacudió ligeramente la cabeza.

-No pude traerlo, por supuesto, una vez que supe lo que había en él.

-¿Lo dejaste?

Vicente asintió con lentitud. Su mirada quedó atrapada en los ojos divertidos de su hermano mayor.

-Qué breve es el reinado de los salvadores -dijo Refugio, con la voz cortada por la risa-. El oro pertenecía a la dama, mi galán, y ella lo necesitaba.

-¿Lo dejaste? -preguntó Pilar sin creerlo-. ¿Lo dejaste en casa de don Esteban?

-Me... me pareció que era lo correcto.

Vicente miró a su hermano en busca de apoyo. Refugio no respondió.

-Y la casa se quemó -agregó Pilar.

-Creo que sí -aceptó Vicente con voz débil.

Pilar miró a Vicente, luego relajó su expresión cicatriz en la mejilla del joven. Sacudió la cabeza.

-Supongo que no tengo derecho a quejarme. Te herí mucho más al complicarte en mis problemas. Debería... pedirte disculpas.

-No hay necesidad. Refugio nunca me permitió unirme a él antes, pero ahora no puede negarse. Te lo agradezco.

-¿No te lo permitió?

Vicente miró a su hermano desafiante pero con calidez.

-Creo que pensaba que un bandido en la familia era suficiente.

-Lo es -agregó Refugio cortante.

Pilar y Vicente intercambiaron una sonrisa irónica, luego concentraron de nuevo la vista en el río.

Refugio, al pensar en lo que Pilar acababa de decir y ver la determinación que poseía, sintió compasión y algo más que surgía dentro de él. Lamentaba su decepción, pero al mismo tiempo tenía una sensación vergonzosa. Iba a necesitar todavía de él y por bastante tiempo.

Luego elevó su voz en una canción que seguía el ritmo de los remos. Sus hombres le siguieron y dirigieron el bote hacia el norte y el oeste, siguiendo las corrientes del río.

Había ya anochecido cuando acamparon. Se sentaron alrededor de los carbones encendidos. Era agradable relajarse de la atención necesaria en el río, con el hambre satisfecha por un guiso que Isabel había hecho con dos pescados muy peculiares que Vicente había atrapado usando una de las hebillas de Pilar. Además, el humo ayudaba a mantener a los mosquitos alejados. Alrededor de ellos la noche vibraba con el sonido de grillos, ranas y otras criaturas de la noche. El cielo negro azulado estaba poblado de estrellas. El grito de una pantera cazadora se escuchó una o dos veces, un sonido parecido a un grito de mujer.

Habían pasado por la ciudad de Baton Rouge. Luego no habían visto signos de civilización. Sabían que debían buscar la población y el fuerte de

Natchez pero, por el momento, parecía que ellos eran los únicos seres humanos en medio de ese vasto territorio salvaje.

Había algo que intrigaba a Refugio. Esta tierra no era como España; la veía demasiado llana y pantanosa, con una vegetación muy abundante, árboles densos y enredaderas enmarañadas. La poblaban demasiados animales extraños, desde cocodrilos y víboras hasta criaturas de hocico puntiagudo que llevaban a sus crías en pequeñas bolsas en sus estómagos. Sin embargo, la soledad era demasiado atractiva. Pensaba que podía acostumbrarse a la suavidad del aire y a la densa calidad de esas noches.

España ya había tenido su momento de esplendor. Todo el brillo de la corte de Madrid, todos los barcos que surcaban los océanos y las colonias pertenecían al pasado. Su país hacía ya cien años que estaba declinando.

España había fundado un imperio basado en su superioridad, su bravura, su inteligencia y su nobleza. Una vez establecido, los poderes supremos lo consideraron perfecto. Sintieron que era tan perfecto, de hecho, que se negaron a cambiar, a aceptar nuevas ideas. Se cerraron al pensamiento y a la acción. Se volvieron suspicaces ante cualquier cambio y protegieron amargamente los antiguos métodos. La riqueza obtenida en el nuevo mundo se había esfumado, se había disipado en guerras y perdido cuando las colonias cambiaron de manos con la firma de tratados. España estaba muriendo y hombres como don Esteban, semejantes a familiares reunidos alrededor del lecho del fallecido, estaban sacando provecho de sus últimos bienes.

En contraste, este nuevo territorio parecía rico en posibilidades y lo suficientemente amplio como para aceptar gran cantidad de ideas nuevas. Por primera vez en años, Refugio no sintió la necesidad de estar alerta. Aquí, por el momento, no había nada excepto la noche, ningún peligro más allá de los provocados por la naturaleza.

Doña Luisa espantó un mosquito de su brazo. El golpe repentino hizo saltar el tazón de madera con el guiso frío que todavía sostenía en su regazo. Se volcó y derramó la salsa grasas a sobre sus faldas. Se puso de pie de un salto, arrojando el tazón y pateándolo con la puntera de su zapato de modo que rodó hasta el fuego.

-¡Odio esto! -gritó-. Me están comiendo viva, mi piel está tan quemada que puedo ser confundida con la amante mulata de mi marido. No tengo nada para vestir excepto lo que tengo puesto, y lo que me dan para comer es alimento para cerdos. ¡Exijo que me lleven de regreso! Daré mil pesos, dos mil, al hombre que me lleve de regreso a Nueva Orleans.

Refugio se inclinó un poco para tomar un palo con el cual apartar el tazón de las llamas. Lo empujó a un lado, y allí comenzó a enfriarse; sólo tenían un tazón por cada uno y no había forma de saber cuándo podrían conseguir otro.

-Tienes tanto como cualquiera de nosotros -dijo a doña Luisa-. Sin embargo, si quieres morir, podemos dejarte aquí. Tendremos muchos menos problemas que llevándote de regreso a Nueva Orleans.

-¡Aquí! ¡Eso sería un asesinato!

Doña Luisa dirigió una mirada furiosa a Refugio.

-Quizá no -dijo Enrique uniéndose a la conversación-. Quizá la encuentre un indígena y la lleve a su cama. No le exigirá mucho, excepto durante las horas del día, ni la molestará después que los primeros cuatro o cinco pequeños salvajes hayan nacido.

Doña Luisa miró al acróbata por debajo de las pestañas.

-Eso es desagradable.

-Al principio le parecerá así, pero después se acostumbrará.

-Es un ignorante.

-Y usted es vanidosa y malcriada, pero la perdono.

-¡No le pedí su perdón! -gritó doña Luisa.

-¿No es generoso de mi parte dárselo de todos modos? -le contesto Enrique.

Pilar, que estaba sentada con los brazos alrededor de las rodillas mientras se producía la discusión, se levantó.

-Su vida está en peligro, doña Luisa, y lo estará mientras mi padrastro permanezca en Nueva Orleans. No es un hombre razonable cuando se trata de venganza.

-Su padrastro, sí -dijo la otra mujer-. Debí haberme imaginado que esto era culpa suya.

-No culpe a Pilar -dijo Enrique con severidad-. Usted se unió a nosotros por propia voluntad en el Celestina. Seguramente le atraía coquetear con el peligro. No es culpa nuestra si las cosas se volvieron más peligrosas de lo que esperábamos.

-Su Pilar puede estar acostumbrada a la compañía de bandidos, señor, pero yo no.

-¿No? -preguntó Enrique con ironía-. Usted sabía quiénes éramos nosotros en el barco. Eso estuvo bien mientras nadie más lo supo.

-Pelear -agregó Refugio- puede ser algo muy estimulante. Les doy permiso a los dos para que lo disfruten, pero no hay nadie que pueda devolverte a Nueva Orleans. Pilar tiene razón. Te saqué de allí para salvarte de la venganza de don Esteban. No hay razón para pensar que ese peligro haya pasado.

-No puedo creer que me vaya a hacer daño -comentó doña Luisa.

-Eso creía también mi hermana del hijo de don Esteban. Pero vamos, eres una mujer de valor. Si no fuera así, nunca te habrías embarcado hacia Luisiana. Ahora necesitamos ese valor.

-Odio estar incómoda – dijo doña Luisa, espantando un mosquito-. Detesto ver sólo agua, agua y más agua.

-Pronto abandonaremos el río y entonces quizás extrañes el agua. Pero puedes soportar lo que venga porque debes hacerlo y porque tienes una fuerza dentro de ti que nunca has usado.

-¿Crees eso? –le preguntó doña Luisa sin mirarlo.

-Por supuesto. Está en tu sangre. La fuerza de tus ancestros que pelearon y murieron en las planicies de España para expulsar a los moros y traer santidad a la tierra, que marcharon a tierras extrañas y convirtieron a los indios con sus espadas y una oración en los labios y regresaron a su país natal con un mundo nuevo, oro en sus bolsas y agradecimiento en su corazón.

-Sí –aceptó doña Luisa. Se sentó de nuevo con una mirada distante en los ojos-. ¿Sabes si hay oro en Tejas?

Charro, que estaba sentado detrás de doña Luisa, comenzó a negar con la cabeza e iba a abrir la boca para hablar. Refugio se lo impidió con un pequeño movimiento de la mano. Con expresión tranquila, dijo:

-El ilustre Francisco Vázquez de Coronado marcho a través de las tierras occidentales en busca de la riqueza de las Siete Ciudades de Cibola. Nunca la encontró pero eso no significa que no exista. Puede estar allí, ya que los indígenas de las tierras del sur una vez se vistieron con placas de oro.

También hay rumores de existencia de plata.

-Eso puede ser importante, regresar desde un país lejano con una fortuna. – Doña Luisa suspiró.

-Sí, ¿no es cierto? –murmuró Refugio, mientras Charro y Enrique intercambiaban una mirada burlona.

Doña Luisa no dijo nada más pero había una mirada especulativa en sus ojos.

-Mi padre tenía oro –dijo Isabel, con voz suave-. Yo solía jugar con él, formando pilas de monedas sobre la mesa. Luego lo perdió todo en el juego y nos quedamos sin nada. Fuimos arrojados de nuestra casa y abandonados en la calle cubiertos con harapos. De allí me rescató Refugio. Me salvó de dos carreros que estaban tratando de llevarme a un establo.

-No pienses en eso, Isabel -le reconvino Baltasar con cierta ternura-. No hables de eso, tampoco. Vayamos a dormir.

Isabel miró al hombre un largo rato, luego le ofreció una tierna y triste sonrisa.

-Sí -dijo-. Estoy lista.

Refugio los miró cuando se alejaban y sus ojos grises se empequeñecieron en lo que pareció ser una defensa contra el dolor.

Poco después, todos fueron a recoger sus mantas para ir a dormir. Refugio se quedó durante horas mirando el cielo de la noche. Una sonrisa cínica apareció en sus labios al pensar en el oro del que había hablado a doña Luisa. Oro. Querido oro. Buscó en su mente alguna esperanza para el futuro y no logró encontrar nada. Por delante sólo quedaba lo desconocido.

La esperanza, por supuesto, no era algo con lo que estuviera familiarizado. Durante un tiempo se había resignado a una vida breve. O al menos eso creyó. Las circunstancias habían cambiado. Las aspiraciones tontas no se limitaban a viudas insatisfechas.

Por el momento, sin embargo, estaba contento. Tenía una sensación extraña y perturbadora. Despierto, yacía al lado de Pilar y la miraba dormir. Escuchaba el suave sonido de su respiración y le espantaba los mosquitos de la cara.

A la mañana siguiente, cuando estaban subiendo de nuevo al bote, doña Luisa miró a Pilar.

-¿Cómo puede ser que no tenga marcas de picaduras de mosquitos en la cara? Yo tengo tantas en la mía que me siento hinchada como una rana, y la fuerte picazón me está volviendo loca.

Pilar se tocó el rostro.

-No sé.

-Si tiene una crema especial o algo que la proteja, creo que sería malvado no compartirlo.

-No tengo nada, se lo juro. Quizá no les guste mi sabor.

Doña Luisa la miró con escepticismo, mientras subía al bote y se sentaba.

-De verdad -aclaró Pilar-, si tuviera algo para protegerme de los mosquitos, lo compartiría.

Refugio se volvió para ocultar su sonrisa.

Llegaron al río Rojo unos días después y doblaron en su afluente occidental. Una tarde, casi dos semanas después de haber dejado Nueva Orleans, arribaron a un antiguo puesto militar conocido como San Juan Bautista de la Natchitoches.

Cuando empujaron el bote a la orilla caía una lluvia cálida. El aire tenía un matiz verdoso, pues el color de la vegetación se reflejaba en el prisma de

las gotas de lluvia. Cada cierto tiempo aparecía un sol tibio y acuoso a través de las nubes. Todos se sentían miserables en sus ropas mojadas.

Se aproximaron con precaución pero de un modo amistoso; cualquier viajero con noticias de aguas abajo era bien recibido. Sin embargo, mantuvieron oculta la historia del incendio de Nueva Orleans. No podían dar una idea de los daños exactos o pérdidas de vidas ni explicar por qué les había sido necesario dejar la ciudad.

Había algo seductor en la pequeña ciudad adormecida con sus casas rústicas pero acogedoras, su cálida hospitalidad y las voces amables que hablaban en un idioma que mezclaba palabras francesas y españolas, indígenas y africanas. Parecía que este puesto debía de estar muy alejado de Nueva Orleans, lo suficientemente lejos como para estar seguros. Sin embargo, si ellos pudieron llegar con tanta facilidad, también podrían hacerla otros.

Vendieron el bote por una buena suma. Agregaron eso a lo que quedaba de las monedas de plata y con eso compraron caballos -la mayor parte de ellos baratos pero resistentes-, aunque Vicente encontró un joven padrillo con apariencia de buena sangre. También compraron harina y maíz seco, carne salada, tocino, frijoles y ajíes, además de uno o dos fusiles más y municiones. Finalmente, consiguieron un par de mulas para transportar todo el cargamento.

Doña Luisa insistió en que compraran una muda de ropa para cada una de las mujeres, lo que les permitiría reemplazar las que dejaron en Nueva Orleans. Lo único que obtuvo fue unos metros de tela barata para comerciar con los indios. Fue Enrique quien desapareció durante la tarde y regresó poco después con una colección de blusas y camisas y hasta un vestido de día de la talla de doña Luisa. No dijo de dónde provenían, pero todavía estaban húmedos, como si acabaran de ser sacados de un hilo para colgar la ropa. Sin embargo, consiguió la aprobación de las damas, al menos por un tiempo.

Al amanecer, dos días después de su llegada, montaron y se alejaron del puesto y cabalgaron siguiendo la ruta que conducía al río Sabina y al condado de Tejas.

CAPÍTULO XVII

Los mosquitos quedaron olvidados, una vez que cruzaron el Sabino. Viajaron durante varios días más a través de colinas cubiertas de densa vegetación. Paulatinamente, los árboles comenzaron a escasear y a convertirse en arbustos espinosos. Las colinas se aplanaban y se espaciaban. Los cursos de agua se apartaban y se volvían menos caudalosos. Las tierras pantanosas dieron lugar a grandes extensiones de pasto ondulado por el viento.

Charro tomó el papel de guía y señaló los senderos que debían seguir para dirigirse hacia el sudoeste. No pretendía conocer el camino. Lo dijo con claridad. Había escuchado historias de caravanas que habían desaparecido y masacres que los indios habían perpetrado a viajeros solitarios. Sabía que la ruta comenzaba en Natchez, en la ribera este del Misisipí, cruzaba el río y pasaba por Natchitoches y por lo que alguna vez había sido la misión del Sabino, incluyendo la vieja ciudad de Los Adaes, cerca de Nitchitoches, y luego seguía hasta la ciudad de México. Hubo un tiempo en el que había mucho movimiento por allí. En esa época Luisiana estaba en manos de los franceses y era el camino preferido de los contrabandistas que querían engañar al rey de España y robar la entrada de plata de las minas de Nueva España o la que provenía del comercio entre las dos colonias; comercio ilegal para las leyes españolas. También había habido misiones diplomáticas entre el comandante francés de Natchitoches, Saint Dennis, y las poblaciones españolas a lo largo del río Grande. Durante una de estas misiones, Saint Dennis fue arrestado por contrabando y puesto en prisión por el comandante militar español para después casarse con la hija de dicho comandante. Desde el cierre de las misiones del Sabino, hacía unos dieciséis años, después que Luisiana se convirtió en colonia española y el área dejó de ser un punto de conflicto entre Francia y España, el tráfico del camino había disminuido hasta casi extinguirse. Ahora, el viaje por esa ruta era peligroso por otra razón: los ataques de los indios de las praderas tejanas.

El hombre de Natchitoches que les había vendido los caballos pensaba que estaban locos por aventurarse a tomar El Camino Real solos. Debían esperar según él, al menos hasta la llegada de otro grupo que fuera en esa misma dirección. A veces llegaban viajeros que recorrían las tribus indígenas, hombres que intercambiaban fusiles y aguardiente por pieles de búfalo y de otros animales, hombres que conocían el terreno. Estos comerciantes no eran precisamente personas respetables, pero cuanto más numeroso fuera el grupo, menos probabilidades había de que los indios atacaran. Para la semana próxima tenía prevista su salida un grupo de unos cuatro hombres dedicados a ese negocio.

Refugio decidió que no podían esperar. La noticia de quiénes eran y qué había ocurrido en Nueva Orleans podía llegar a la ciudad antes de que los comerciantes estuvieran listos para partir. Además, el tipo de hombres que vendía armas a los indios podía ser más peligroso que los propios indios. No necesitaban más problemas que los que ya tenían.

Los hombres se sentían contentos de estar de nuevo montados sobre un caballo. Lo demostraron las carreras y las exhibiciones de destreza en las que hicieron de todo, excepto que sus caballos se pararan de cabeza. Sin embargo, el peso de la rutina del viaje acabó pronto con ese espíritu.

Pilar también disfrutó de estar de nuevo en la silla de montar. Se había acostumbrado al ritmo acelerado que Refugio había establecido durante sus primeros días con ellos en España y, aunque le resultaba agotador, el cansancio demostró ser ' saludable. Era bienvenido pues le impedía pensar.

A doña Luisa se la veía muy alterada, ya que no esperaba tener que cabalgar, algo que nunca había hecho en la vida. Al principio se había negado a ir con ellos a menos que le consiguieran un vehículo, aunque fuera un carro. Ningún argumento acerca de la imposibilidad de andar en carruaje por los caminos que tenían por delante o la lentitud de ese medio de transporte parecía convencerle. Sólo la amenaza de Refugio de atarla boca abajo a la silla la hizo capitular. También agregó una nota amarga a sus incesantes quejas.

La mujer se sentó en el caballo como un bulto de ropa de lino lista para lavar. Hizo oír su protesta durante los primeros dos días y señaló cada músculo dolorido y cada moretón que aparecía en su piel. Fustigó a Refugio y lo calificó de bestia por arrastrarla a esa huida. Dos hombres tuvieron que ayudarla a subir a su caballo y tres a bajar y se sentía tan insegura en la silla, que el ritmo de viaje se redujo a un tercio.

A la mañana del tercer día, Enrique interrumpió a la mujer con una sugerencia. Le propuso cabalgar juntos. El era liviano, y los dos no sobrecargarían al caballo. Doña Luisa se negó, protestó, lloró e incluso maldijo. Pero terminó cabalgando detrás del acróbata. Enrique pateó a su caballo para que galopara. La mujer gritó y se sujetó con fuerza a él. Contento como un perro con un hueso nuevo, Enrique realizó un amplio círculo para luego volver a unirse a los otros.

El catálogo infinito de las penurias de doña Luisa no terminó ahí. Encontró un nuevo blanco, Enrique, que, a diferencia de Refugio, no la ignoraba sino que le discutía cada palabra que decía. Le cuestionaba sus razones, ridiculizaba su falta de habilidad con el caballo y en general la ponía furiosa. Las riñas resultantes y los gritos parecían satisfacerlo enormemente y al mismo tiempo desgastaba tanto a la dama, que pronto dejó de quejarse de su situación. Si Refugio aprobaba o deploraba el arreglo, nadie podía asegurarlo. Estaba distante, preocupado. A menudo cabalgaba muchos kilómetros por delante y traía información de los distintos caminos y pozos de agua, e instrucciones sobre lugares para descansar. A veces, cabalgaba detrás de ellos, formando amplios círculos para observar lo que pasaba.

Parecía que no le molestaba que Charro hubiera tomado una posición de liderazgo. Los dos se consultaban a menudo y se producían largas reuniones a medianoche en las que Refugio repasaba todo lo que el hombre nacido en Tejas sabía sobre el terreno y sus peligros. Sacaba detalles que concernían a la ruta que estaban siguiendo y que Charro apenas tenía conciencia de saber: nombres y ubicaciones de ríos y distancias entre ellos, desvíos y las mejores maneras de cruzar la pradera y las características de los lugares más destacados. También indagó en la naturaleza, los hábitos y las trampas de las diferentes tribus indígenas, desde los caddo hasinai, habitantes del bosque que adoraban al sol, hasta los caníbales carancawa de las áreas costeras; desde los primitivos coahuiltecanos del desierto sureño hasta los benévolos toncawas, los guerreros apaches y los jinetes comanches que se habían adueñado de las praderas expulsando a todos los demás. De las dos últimas tribus, no era fácil precisar cuál era peor.

Según Charro, los apaches no temían nada que respirara o caminara.

Eran astutos y perversos, famosos por su crueldad. Todos los esfuerzos por convertirlos al catolicismo habían fracasado. Durante los doscientos años de ocupación española en Tejas habían sido el mayor impedimento para el asentamiento de pobladores.

Los comanches habían llegado más recientemente; bajaron de las montañas del norte en los últimos cien años. Jinetes incomparables, agresivos y veloces, competían con los apaches por el dominio de las praderas y eran sus enemigos. Encerrados entre los comanches de un lado y los españoles del otro, los apaches se habían vuelto más osados, más perversos en sus campañas contra ambos. En venganza, el español había formulado su propia política de exterminación de los apaches. Con ese fin, había intentado crear alianzas con otras tribus indígenas, pero el éxito había sido relativo. La expansión española en la vasta región limitada por el Sabina, el río Grande y las montañas occidentales había terminado oficialmente; en forma oficiosa podía hablarse de una retirada.

Pese al peligro inminente de los indios, la caravana avanzaba sin que, por el momento, se les hubiese presentado ningún problema. El clima era seco y benigno: una sucesión de días perfectos. Los pájaros cantaban, las abejas zumbaban en las flores silvestres y el sol brillaba. El calor aumentaba lentamente. Durante la siesta adormecedora vieron un lánguido círculo de halcones y buitres y el atardecer trajo el aullido de los coyotes. No parecía posible que hubiera salvajes en algún lugar detrás del horizonte, salvajes que esperaban la oportunidad para matarlos o infligirles las horribles torturas que Charro solía describir. De un modo imperceptible, los temores de las semanas anteriores cedieron, como si los hubieran dejado atrás, al igual que las montañas de España y el río Misisipí que bordeaba Nueva Orleans.

Vicente se bronceó y adquirió un aspecto saludable. La cicatriz en su rostro se convirtió en un dibujo pálido que todos e incluso él mismo dejaron de notar. Poco a poco parecía desaparecer la solemne introspección del joven para dar paso a un profundo interés en todo lo que le rodeaba. Parecía sacar provecho de la vida en movimiento. A veces, cabalgaba con su hermano; otras, con alguno de los demás, pero a menudo buscaba a Pilar. Ella pensaba que era porque compartía la satisfacción de disfrutar de las flores extrañas y el pasto, los pájaros y animales que se cruzaban en el camino.

Vicente cabalgaba con Pilar y con Charro una tarde cuando llegaron a una loma y se detuvieron a mirar la pradera abierta delante de ellos. Un arroyo poco profundo serpenteaba ante sus ojos y algunos árboles aparecían de forma intermitente, pero era el pasto lo que les hizo detener los caballos para pararse a mirar. Era verde y espeso cerca del agua y más escaso a medida que se alejaba. Mezclado con él, como trozos de cielo caído, había flores silvestres del más profundo azul. El color era tan intenso que hería los ojos pero al mismo tiempo calmaba el alma.

-Hermoso -exclamó Pilar, mientras colocaba las manos en la punta de su silla para aligerar el peso.

-La llamamos el conejo -respondió Charro. Se bajó del caballo y se agachó para tomar una flor y entregársela a Pilar-. ¿Ve ese puntito blanco dentro del azul? Ésa es la cola blanca del conejo. Verá muchos acres de ellas a partir de ahora. Y allá hay ganado salvaje.

Pilar se sintió tan encantada con las flores que no se había dado cuenta del ganado. Levantó una ceja mientras miraba en la dirección que Charro le indicó.

-¿Es mi imaginación o son más grandes que en España?

-No, es así. Descienden de animales que escaparon de los rebaños que viajaron con las grandes expediciones y exploraciones a este territorio dirigidas por hombres como Coronado. La tierra aquí es muy buena para el ganado, aunque no faltan peligros, por lo tanto sólo los más grandes, los más fuertes y aquéllos con los cuernos más largos y más afilados sobrevivieron. Ahora son formidables.

Lo eran en verdad. El más grande, un toro enorme, parecía alcanzar en su altura al hombro de un caballo y los cuernos se extendían mucho más que la distancia que un hombre podía alcanzar con los dos brazos estirados. Las veinte o treinta vacas que el toro observaba también tenían cuernos y no eran mucho más pequeñas.

-¿Dices que son salvajes? -preguntó Vicente. Charro asintió, mientras volvía a montar.

-Tienen que serlo, están muy lejos de cualquier asentamiento. Todo este ganado pertenece al rey según a la ley pero cualquier hombre que se anime a marcarlo puede reclamarlo sin que se le hagan preguntas.

-¿Ése es el tipo de ganado que cría tu padre?

Charro asintió de nuevo, con cierto orgullo.

-Como ves, no son animales que puedan ser guiados por un hombre de a pie como las ovejas. Son malos y mañosos, corren como caballos y se trasladan varios kilómetros por día mientras pastan. Es este ganado el que creó al charro, el jinete de Tejas, pues sólo un hombre a caballo puede manejarlo. Y como los nobles de España han sabido desde siempre, un hombre cuan- do se sube a un caballo se vuelve diferente. Se convierte en señor, adquiere coraje y siente el desafío de montar cualquier caballo que esté vivo. Tenemos el dicho: «Ser un charro es ser un héroe, ser ranchero es ser un rey».

-Eso explica por qué eres tan señor, entonces -dijo Pilar con mirada risueña.

-¿Lo soy?

Una sonrisa iluminó sus ojos azules mientras se daba vuelta para mirarla con agradecimiento.

-Con frecuencia -respondió Pilar.

-De acuerdo con lo que dices, la finca de tu padre debe de ser bastante grande -conjeturó Vicente.

-No tanto. Las tierras que la benevolencia del rey otorgó a mi abuelo y mi padre heredó contienen unas veinte leguas cuadradas. Se extienden hasta donde alcanza la vista, pero hay otras que son más grandes.

-¿El ganado se cría por el cuero?

-Así es, y por la grasa. La carne es un poco dura, pero el gusto es excelente cuando se la corta en finas lonchas y se la cocina con pimientos y cebollas. Daría la mitad de mi vida por tener ahora un plato de ésos.

Pilar lo miró con simpatía; ella también estaba cansada de la dieta espartana. El pensamiento les vino a los dos al mismo tiempo. Volvieron la cabeza para observar el ganado.

-Me siento tan tonto -dijo Charro-. Debería haberlo pensado antes en lugar de estar sentado aquí hablando.

-¿Esperarás a los otros? -preguntó Pilar.

Los tres se habían adelantado a todos. Refugio cabalgaba detrás, y no lo habían visto durante casi toda la mañana. Doña Luisa había podido hacer un alto para atender las necesidades de la naturaleza y rogó a Isabel que la

acompañara para que nadie la viera. Baltasar y Enrique habían quedado en guardia. No faltaba mucho para que los otros los alcanzaran.

Charro tomó el lazo de cuero trenzado que siempre tenía con él.

-Puedo tener una vaca carneada antes de que ellos lleguen. Además, el ganado siente un poco de curiosidad por nosotros, pero no está alarmado. Si los otros vienen cabalgando, pueden asustarse y echar a correr. Es el momento oportuno.

-Supongo que sabes lo que estás haciendo -dijo Pilar.

-¿Puedo ayudar en algo? -preguntó Vicente.

Charro reemplazó la cuerda y tomó el fusil de su silla. Mientras controlaba el arma, sacudió la cabeza y le respondió:

-Quédate aquí con Pilar.

El joven obedeció, pero miró con un gesto próximo a la envidia cuando Charro echó a andar su caballo y cabalgó ladera abajo en ángulo oblicuo.

El toro lo observó venir, moviendo la cola con un ritmo tranquilo. Una vaca un poco más grande que las otras también levantó la cabeza para mirar al intruso. Resolló. No parecía alarmada pero comenzó a moverse. Se puso al frente del grupo, entre Charro y un ternero que se había separado de los otros.

Pilar, al ver la escena, deseó que Charro no hubiera elegido esa vaca y su ternero. Había algo indomable pero curiosamente vulnerable entre ellos. De pronto ya no tenía tantas ganas de comer carne fresca.

El caballo de Vicente, el joven padrillo que había elegido en Natchitoches, aparentemente nunca había visto ganado antes.

Bufó y trató de retroceder. Pilar guió la yegua que montaba a un costado, fuera del camino. El caballo de Vicente se encabritó y mordió el freno, hundiendo las patas delanteras en el valle mientras su jinete se apoyaba en la parte trasera.

En la planicie, el toro bramó y agachó la cabeza. El ganado comenzó a caminar en círculos. Los animales miraban a Charro pero no parecían identificarlo con peligro. Charro hacía caminar a su caballo, sentado con el rifle sobre los muslos. Se acercó. A los pocos metros, desmontó. Dejó el caballo y se arrastró por el pasto alto. Se apoyó en una rodilla, levantó el arma y la acomodó en el hombro.

El disparo estalló en el aire matinal. Una vaca mugió y cayó de rodillas para desplomarse con lentitud en la tierra. El resto se adelantó bramando, mientras corría hacia el pequeño valle en el que estaban Pilar y Vicente. El toro trotaba detrás de ellos, luego se detuvo y levantó la cabeza. Escarbó la tierra con la pata y bramó con furia.

La explosión del disparo aterrorizó aún más al caballo de Vicente. El animal retrocedió, bajó las patas delanteras y elevó los cascos de las patas traseras. Vicente salió disparado por encima de las orejas del animal. Aterrizó de golpe y rodó por el pasto. Quedó tendido, inmóvil.

Pilar gritó mientras descendía de su yegua que bailoteaba con los ojos brillantes de nerviosismo y trataba de seguir al padrillo que se había lanzado al galope desandando el camino.

Pilar la calmó y la llevó hasta donde se encontraba Vicente. Se arrodilló al lado de él. El hermano de Refugio temblaba. Estaba pálido pese al nuevo tono de su rostro.

-¿Qué pasa? -preguntó Pilar preocupada-. ¿Dónde te has lastimado?

Vicente comenzó a respirar con esfuerzo. Dejó de retorcerse.

-Me... quedé... sin aire -alcanzó a decir.

Pilar rió aliviada. Le tendió la mano para ayudarlo a sentarse.

-¿Estás seguro de que eso es todo?

-Creo que… sí. Me siento estúpido… por haberme caído.

Pilar abrió la boca para asegurarle que no era nada, pero escuchó un grito. Era Charro. Estaba corriendo para alcanzar su caballo y gritaba. Al principio, Pilar pensó que era por el júbilo del triunfo, luego vio que era temor.

El toro estaba enfurecido. Pero no contra Charro. Algo del caballo de Vicente, o Pilar, o quizá las faldas que flotaban en el viento, habían atraído la atención del animal. Ahora avanzaba directamente contra ellos. Sus cascos resonaban de un modo pesado sobre la tierra y levantaban nubes de polvo y trozos de pasto y flores azules. Los cuernos brillaban bajo el sol, sobre todo en las puntas afiladas. Los músculos de sus hombros estaban tensos. Bufaba y en sus ojos se entreveía la muerte.

Pilar se puso de pie de un salto y tomó el brazo de Vicente para ayudarlo a levantarse. Se volvió a su yegua pero el animal se alejaba asustado. Sólo los dos juntos pudieron mantenerla quieta. Vicente, recuperándose con rapidez por la necesidad, se impulsó para subir a la silla y luego ayudó a Pilar. Ella miró por encima de su hombro mientras era subida al caballo. El toro estaba tan cerca que podía ver el pelo de su frente. Apenas se había sujetado cuando Vicente azuzó a la yegua para que galopara hasta la cima de la loma.

Era demasiado tarde. El toro golpeó la panza de la yegua. El animal gritó. El impacto hizo caer a Pilar. Por un momento quedó tendida en el suelo con la mejilla apoyada en el pasto; luego, tambaleando, se puso de rodillas.

La yegua retrocedía ante el ataque del toro. El olor a sangre estaba en el aire, brotaba de un costado de la piel del animal. Vicente estaba todavía en la silla e intentaba evitar al toro y conducir al animal enloquecido hacia donde yacía Pilar. La miró aterrorizado.

-¡Corre! -gritó-. ¡Corre!

-¡No, no corras! -refutó Charro mientras se acercaba con su caballo al galope. Revoleaba su lazo por encima de la cabeza-. ¡No corras! ¡No te muevas!

No había lugar donde correr, ningún refugio donde ocultarse. Pilar se quedó inmóvil, mientras recordaba vívidamente el momento en que había sentido el cuerno del toro hundirse en la panza de la yegua como un cuchillo afilado.

La soga de Charro dio vueltas en el aire hasta pasar por encima de uno de los cuernos del toro para aferrarse a su cuello. Charro ajustó la cuerda a la montura mientras su caballo se detenía y se sentaba en las ancas. Vicente, liberado del toro, apartó la yegua tambaleante a poca distancia en donde cayó sobre uno de sus lados.

El toro estaba pateando y bufando, luchaba contra la cuerda con la boca cubierta de espuma. La cuerda se tensaba y se distendía una y otra vez. Charro no podía sostener mucho tiempo al animal. Eso estaba claro. Lo que se necesitaba era s otro jinete, otra cuerda.

El jinete apareció por la loma. Cabalgaba con rapidez y conducía al potrillo de Vicente detrás de él. Era Refugio. Miró la escena y avanzó desatando ya el lazo que tenía en su a montura.

En ese momento, la cuerda que sostenía al toro se soltó. El extremo libre se envolvió en la cabeza de Charro. El animal retrocedió levantando las patas delanteras. El toro tambaleó cuando se vio libre, se recompuso y se alejó del

caballo que se a aproximaba a él. Bajó la cabeza, escarbó la tierra una, dos veces y luego cargó directamente contra Pilar.

Refugio soltó las riendas del potrillo de Vicente y se separó de su hermano en el mismo movimiento. Se dirigió despacio hacia donde estaba Pilar.

El hombre y la bestia, hombro a hombro, se trabaron en una especie de lucha entre el bien y el mal. Pilar los vio venir y permaneció inmóvil mientras el sol hacía brillar las hebras sueltas de su cabello y el viento hacía flamear sus faldas como a una bandera. El olor a tierra y pasto, caballos y sangre estaba en el aire y el azul puro de las flores silvestres se extendía a sus pies. Detrás de ella las vacas bufaban. En algún lugar, lejos, podía escuchar los gritos de Charro, su voz tensa.

Pero Refugio estaba allí. Su brazo la tomó de las costillas con la fuerza del hierro. Sintió un cuerno que desgarraba su falda, pero ella era levantada más arriba. Sus dedos se aferraron a los pliegues de la camisa de Refugio y su rostro se hundió contra su hombro. Se mantuvo así, sin respirar, un instante antes de ser arrastrada y colocada delante de él en la silla. Refugio controló al caballo con sus manos firmes, hizo girar al animal y lo forzó a desandar el camino. Se unieron a Charro y Vicente y los cuatro remontaron la loma. En la cima miraron hacia atrás. El toro, todavía con la cuerda, no había dejado de correr. Junto con sus vacas, se apresuró a alejarse por la pradera.

-Nunca fuiste tan bienvenido como ahora, amigo -dijo Charro-; ni que fueras Judas, el santo de las causas perdidas. Ha sido un milagro.

Había algo de resentimiento o vergüenza en la voz de Charro. Las facciones de Refugio lo registraron, aunque su voz era calma cuando respondió:

-No ha sido ningún milagro. Estaba cabalgando detrás de vosotros cuando encontré el caballo de Vicente. A menos que Vicente se hubiera convertido en un peregrino y estuviera haciendo penitencia, eso significaba problemas.

-Me tiró -explicó Vicente-, aunque no fue nada grave. Pero creo que la yegua de Pilar no podrá vivir. Alguien debe volver atrás y... liberarla del dolor.

-¿Alguien? -La mirada de Refugio no mostraba simpatía.

-Estabas hablando de penitencias, ¿creo? Sí, yo lo haré -dijo Vicente con el rostro pálido.

-Iré contigo -agregó Charro-. Tengo que buscar nuestra carne de todos modos.

Subieron a sus caballos y cabalgaron hasta la planicie. Refugio no se movió, sino que sostuvo su caballo inmóvil en medio de la senda. Pilar observó cómo éste seguía con los ojos a su hermano y a su amigo. Su rostro estaba rígido. Las venas se elevaban como prominencias que surcaban la mano que sujetaba las riendas, aunque a ella la sostenía ahora con más delicadeza, como una abuela sostiene a un recién nacido.

Pilar sintió un escalofrío, seguido por otro y luego por otro. No podía controlarlos, eran el resultado directo del miedo que había tenido. Cerró los ojos un instante.

Cuando los volvió a abrir, Refugio la estaba mirando, con sus ojos ensombrecidos y su boca que sugería una sonrisa.

-El galán equivocado de nuevo -dijo.

-No me quejo -contestó Pilar.

-No, nunca serías tan descortés.

-O tan insultante.

-No, no puedes insultarme, mi amor; es imposible.

-Podría agradecerte -dijo Pilar.

-Oh, sí, del modo que quieras -le contestó Refugio.

-Pero no te importaría.

-¿Quieres que me importe?

Pilar levanto los hombros.

-Como te plazca.

Refugio inclinó la cabeza para rozar su cabello con los labios; su mirada era pensativa.

-Pero ésa es la cuestión, ¿no es cierto? ¿Cuándo podré permitirme hacer lo que me plazca?

Pilar creyó saber lo que quería decir, pero no podía estar segura. Necesitó valor para buscar una respuesta.

-¿Por qué dices esto?

-Muchas exasperaciones y mi naturaleza humana.

-Ésa no es una razón -reprobó Pilar. Notó que el intercambio la había calmado, pues pudo controlar sus pensamientos y emociones. Se preguntó si él había pretendido eso.

-Lo es -dijo, luego agregó como si fuera sólo de mínimo interés-, y otra podría ser que descubrí esta mañana que don Esteban está en camino detrás de nosotros.

Pilar se puso rígida, como si la consternación la inundara.

-¿Quieres decir que nos está siguiendo?

-Tan rápido como puede.

-¿Por qué? ¿Por qué hace eso?

-Para atormentamos, sin duda, y porque tiene el orgullo herido. Y quizá porque tenemos algo todavía que él quiere.

- Pero... ¿que puede ser?

-¿Qué más -preguntó con un tono calmo- sino tú?

CAPÍTULO XVIII

Don Esteban dejó a Pilar en España porque pensaba que ya estaba desacreditada, que había perdido toda decencia y no tenía ninguna compañía que importara. Su situación no había cambiado. Entonces, ¿por qué la perseguía ahora? No, Refugio estaba equivocado. O si no lo estaba, trataba de distraerla o intentaba ocultar algo. No le gustaba pensar que podía ser más bien esto; no quería desconfiar de él. Sin embargo, era un bandido, un hombre acostumbrado a vivir de su ingenio, a aprovechar las ventajas que se le ofrecían, a evitar la ley y la mayor parte de las reglas de conducta elegante. Tenía un código propio, sí, pero parecía por demás flexible. No había forma de saber si la causa de la persecución de su padrastro se debía a algo que hubiera hecho Refugio.

Por supuesto, sabía que un hombre de don Esteban había intentado matar a Refugio en dos ocasiones. Quizás ahora intentara él mismo concluir su tarea. Quizás hubiera comenzado a desconfiar de la persona designada para hacer el trabajo o simplemente podía haber perdido el contacto. Pero, ¿realmente sacrificaría su comodidad y pondría en peligro su propia vida por la satisfacción de derrotar a un enemigo? ¿Era tan violento el odio que le arrastraba?

El hecho de que estuviera allí, detrás de ellos, produjo una oscura tristeza en el espíritu de Pilar. Había comenzado a hacerse ilusiones y esa presencia era una prueba de que todo esfuerzo era inútil. Durante unos días había creído que las vastas distancias y los días que llevaban ya fuera de España, así como la soledad existente en este terreno sin límites, debían proporcionar a la banda y a ella cierto tipo de protección. Le pareció que Tejas podría convertirse en un refugio en el que todos pudieran comenzar de nuevo. A medida que pasaban los días, se fue olvidando de ideas de riquezas y venganzas, y se dedicó a soñar. Sus sueños no eran grandiosos e irrealizables, pero abandonarlos era doloroso.

El motivo por el que don Esteban continuaba al acecho le siguió dando vueltas en la cabeza. No tuvo tiempo para discutirlo con los otros, ya que comenzaron a viajar a toda velocidad desde el momento en que Refugio les había comunicado la noticia. No era sólo la presencia de don Esteban lo que les dio impulso a su avance sino la certeza de que no estaban solos. Refugio se había encontrado con los comerciantes que les habían recomendado en Natchitoches. Como los comerciantes I estaban siguiendo El Camino Real, en lugar del recorrido más común del norte, era probable que don Esteban les hubiera alistado en su causa. Los comerciantes, según Refugio, eran alrededor de seis, todos bien armados. La banda lucharía contra ellos si era necesario, pero preferían al menos elegir su propio terreno.

Estaba ya anocheciendo, cuando se detuvieron. Pilar pudo entonces hacer algunas preguntas que la preocupaban. Vicente estaba limpiando su caballo con un manojo de paja cuando ella se acercó. Habló con serenidad, sin preámbulos de cortesía.

-Dime la verdad, ¿realmente dejaste el cofre de oro en la casa de don Esteban?

El hermano de Refugio dejó de cepillar a su padrillo.

-Ya te lo dije. ¿Por qué iba a mentir?

-Por dinero -dijo simplemente Pilar.

-No me interesan esas cosas.

-¡Por favor! Casi nadie es inmune a la atracción del oro.

-Lo sé, pero yo no lo cogí -respondió Vicente.

-¿Alguien más podría haberlo hecho?

Las facciones del joven revelaron cierta incomodidad.

-Podría ser -dijo.

-¿Enrique? ¿Baltasar? ¿Charro? -preguntó Pilar.

-Cualquiera de ellos, supongo.

-¿Viste algo que te haga sospechar de alguno de ellos?

Vicente sacudió la cabeza, considerando la pregunta de Pilar.

-Nada. Pero, ¿qué te hace pensar que es sólo el oro lo que busca don Esteban? Podría ser yo.

Pilar no habló por un momento en el que consideró si lo que estaba diciendo podría estar hiriendo al joven.

-¿Estás seguro de que sólo eras un rehén?

-Quizá. Pero don Esteban odia ser derrotado en cualquier terreno, lo odia intensamente. Muchas veces me he preguntado si no es un enfermo.

-¿Por la marca? -le preguntó Pilar.

Vicente se tocó la cicatriz de la mejilla como si de ese modo calmara el recuerdo del dolor pasado.

-También por las amenazas que solía hacer de castrarme y mandar... el resultado a Refugio; de venderme en África del Norte en donde me pondrían en un harén para servir a determinados placeres; de alimentarme con un veneno lento para disfrutar mientras me veía morir.

-Por Dios -susurró Pilar.

Su angustia no sólo era producto de la naturaleza de las amenazas o incluso de la resistencia de Vicente al miedo que debía haber sentido. También se refería a Refugio que, durante el viaje a bordo del Celestina, debió de haber adivinado lo que don Esteban era capaz de hacer y se había visto forzado a vivir con ese temor hasta el momento en que encontró a Vicente en Nueva Orleans. Era demasiado.

-Haberte herido hubiera sido disminuir tu valor como rehén para lograr sus planes con Refugio -agregó finalmente Pilar.

-Sí, si era capaz de pensar con tanta claridad.

-¿En realidad piensas que está loco?

-Pienso que es posible que sus razones para seguirnos, para hacer cualquier cosa no sean racionales.

Era una explicación que despejaba muchas dudas. Pilar no la aceptó por completo pero, sin embargo, había en ella una cierta e incuestionable tranquilidad.

Los otros habían aceptado las noticias de la persecución de don Esteban cada uno de acuerdo con su naturaleza. Baltasar y Enrique maldijeron, uno con resignación, el otro con disgusto.

Charro quería volver atrás y tenderle una emboscada para quejarse tranquilo; un plan que Refugio rechazó por ser demasiado arriesgado. Isabel se puso a llorar; mientras doña Luisa puso cara de perseguida y fue la primera en subirse al caballo cuando se dio la orden de montar.

Bronceados por el sol y el viento, con callos en los lugares más impensables, ponían leguas detrás de ellos. Enfrentaban con estoicismo el reconocimiento del largo camino que les quedaba por delante. Fuera por determinación u obstinada persistencia, se mantenían delante de la comitiva de don Esteban. Qué significaba esto era difícil de determinar; aunque

pudieran distanciarse ahora, todavía deberían enfrentarlo cuando llegaran a San Antonio de Bexar. Al menos la probabilidad de ser sorprendidos en las dilatadas praderas parecía más remota.

Una mañana cabalgaban en fila por un sendero estrecho a través de un denso océano de arbustos espinosos que Charro llamaba mezquita. El nativo de Tejas se había adelantado para asegurarse de que no hubiera ganado que se interpusiera en el camino. El resonar de los cascos que venían a toda velocidad era la señal de su regreso. Cuando se comenzó a descifrar su figura, la banda vio que volvía sin el sombrero y que su rostro estaba rojo por el esfuerzo y tenía gotas de sangre en sus manos y en una mejilla. Cuando se detuvo frente a ellos en un remolino de polvo, los otros también se detuvieron conscientes de que había más problemas.

-¿No me digas -gruñó Enrique- que encontraste otro toro y éste hace que el otro parezca un niño?

-No -replicó Charro, bajando el mentón mientras trataba de recuperar su aliento-. ¡Los apaches!

Refugio, que venía de atrás, se adelantó con su caballo. Su voz era incisiva cuando pregunto:

-¿Cuántos?

-No estoy seguro. Todo lo que vi fue su señal. No hay huellas de mujeres ni de niños. Es un grupo guerrero. Veinte, quizá más.

-¿Crees que saben que vamos detrás de ellos? -preguntó Baltasar con preocupación.

-No detrás de ellos sino a su lado. Cabalgan en paralelo. Es su forma.

Se hizo un silencio hasta que doña Luisa lo rompió con descreimiento.

-¿Quieren decir que están siguiendo nuestros pasos? ¿Que nos están observando?

- Exactamente. -Los ojos azules de Charro estaban ensombrecidos y su voz era opaca.

-¡Nos matarán a todos! -chilló la dama. Enrique colocó la mano en sus brazos que estaban aferrados a la cintura del acróbata, como si quisiera brindarle seguridad. Doña Luisa apoyó la frente contra su espalda por un instante, antes de enderezarse con una mirada furtiva a su alrededor para cerciorarse de si alguien se había dado cuenta.

Pilar miró a Refugio; todos lo hicieron de un modo u otro. Don Esteban estaba detrás de ellos y un grupo de guerreros apaches les estaba haciendo sombra. Había ganado salvaje con el cual luchar y un número ilimitado de kilómetros sin ningún tipo de ayuda si alguien enfermaba o resultaba herido. Ante tal panorama, alguien debía decidir qué se iba a hacer. Ese alguien era, lo sabían todos, el jefe de la banda.

Refugio se acomodó en su silla y se volvió hacia Charro.

-¿Cuándo es probable que los apaches ataquen? -preguntó. -Puede ser ahora mismo. O mañana al amanecer. O al mediodía. O la semana que viene. O nunca. Depende de la decisión del jefe y si los guerreros que están con él siguen o no sus órdenes.

-¿Es tan arbitrario?

- Los jefes entre los apaches, incluyendo los jefes de guerra, llegan a ese lugar por su probada capacidad y su juicio sensato. Si alguna de estas cosas ofrece dudas, nadie los sigue. Están acabados.

Los dos hombres se miraron un largo rato. Había entre ellos una corriente escondida, sutil, un intercambio de información que no aparecía en la superficie. Charro aparentaba haber ganado estatura al entrar en su

territorio natal y con eso había cobrado seguridad. Parecía que esta nueva confianza lo podía inclinar a cuestionar el liderazgo de Refugio, aunque quizá no en este momento.

Refugio miró hacia el horizonte. Por fin, dijo:

-No veo otra opción que seguir cabalgando. Los apaches conocen estas tierras mejor que nosotros. Nos superan en número en una proporción de tres a uno, o más. SI los atacamos en este tipo de terreno, probablemente desaparecerían entre los arbustos a la primera señal de que la lucha les fuera desfavorable, luego aparecerían cuando menos los esperáramos. Si nos quedamos demasiado tiempo, don Esteban nos alcanzará y aunque la posibilidad de hacerlo entrar en una trampa apache es atractiva, dudo de que muerda el anzuelo.

-¿Crees que sabe que estamos cerca de él? -preguntó doña Luisa.

Refugio la miró fugazmente.

-No hemos hecho demasiados esfuerzos para cubrir nuestras pisadas, ya que sólo hay una ruta. Incluso parece posible que don Esteban sea consciente de que los apaches nos están acompañando, pues está viajando con hombres familiarizados con el terreno y los indios. Puede ser que esté esperando que los apaches nos liquiden.

Doña Luisa tembló, y se quedó en silencio.

-Eso nos obliga a seguir avanzando entonces -concluyó Charro-. ¿Simplemente esperamos que los apaches nos ataquen?

-A menos que tengas una idea que valga la pena para poner en peligro ocho vidas, incluyendo la de tres mujeres.

-Pero, Refugio -dijo Isabel agitada-, sabes que no puedes permitir que las mujeres te impidan actuar.

Refugio dedicó una suave mirada a Isabel.

-¿Cómo puedo impedirlo?

Isabel sacudió la cabeza.

-No lo sé. A menos que dejes de sentir y sólo te dediques a pensar.

-Estoy cansado de eso. Quizá deje eso a Charro. -Se volvió al otro hombre-. ¿Bien?

Charro dudó sólo un instante, mirando a Refugio con desconcierto en los ojos. Luego dijo:

-A cabalgar.

La semana siguiente fue una maratón de vigor, ingenio y nervios. La banda durmió poco. Se montó una doble guardia para cuidar los caballos; era una de las tácticas favoritas de los indios: dejar a su presa sin caballos, para que fuera más fácil de superar. Cada centímetro que avanzaban estaba cuidadosamente estudiado.

Quizá debido a estas precauciones, los apaches parecían conscientes de que la banda sabía de su presencia. Los guerreros indios comenzaron a mostrarse intermitentemente, como sombras en la oscuridad de la noche o dejando ver su silueta en la profundidad del horizonte y de los arbustos que iban dejando atrás. La táctica era desgastarlos, ya que cada vez que los veían podía ser un presagio del ataque o no.

El miedo sólo podía durar un tiempo hasta que el cuerpo se rebelara y adormeciera esa respuesta. El agotamiento también hizo su trabajo, de modo que después de un tiempo todos cabalgaban en un silencio estoico, observando, pero sobre todo resistiendo.

Lo más duro era perder la ilusión de libertad. Se había disfrutado tanto, que su ausencia resultaba dolorosa. Pilar odiaba la sensación de ser

asediada de ambos lados, de ser controlada y observada. Como Refugio, a menudo se preguntaba con desesperación si alguna vez sería capaz de hacer lo que quisiera, si alguna vez sería capaz de desplazarse libremente sin temor o de construir una vida estable y digna.

Una noche se detuvieron en un pequeño monte de arbustos, la única protección de cierta similitud con el paisaje español. La sombra era bienvenida, ya que la primavera se había tornado cálida y seca a medida que se acercaba el verano. Las hojas silbaban por la brisa constante. Se suponía que ese lugar había sido antes un descanso frecuentado, por la cantidad de restos de antiguos fuegos diseminados por doquier.

Pilar e Isabel se sentaron un poco alejadas de los demás. Compartían un tronco mientras comían su cena de frijoles y tocino. Después de un tiempo, Isabel miró a Pilar para preguntarle:

-Perdóname si me entrometo en lo que no me concierne -dijo la joven con voz suave-, pero ¿pasa algo malo entre Refugio y tú?

-¿Malo?, ¿qué quieres decir?

Pilar mordió un bizcocho y comenzó a masticarlo con lentitud.

-Apenas os dirigís la palabra. Duermes al lado de él todas las noches y te cubre con su manta, pero si hace algo más, nadie puede decirlo.

Pilar miró durante un tiempo a la joven. Con voz fría, replicó:

-¿Alguien debería ser capaz de decirlo?

-Estás enfadada porque piensas que me estoy entrometiendo. Juro que es sólo porque me preocupo, como amiga. -Isabel arrojó lo que quedaba de su bizcocho en dirección a un pájaro que estaba rondándola antes de seguir-. Pensé que él te interesaba; eso me pareció en el barco.

-Muchas cosas han cambiado desde entonces -contestó Pilar.

-¿Sí? ¿Cómo cuáles? -insistió Isabel.

-¿Cómo puedes preguntar? Con el incendio, el viaje río arriba, don Esteban y ahora los apaches, no hubo tiempo ni fuerza para... hacer el amor.

-Pero, ¿lo harías si no fuera por todas esas cosas?

-¿Qué te importa? -preguntó Pilar con dureza-. A ti sólo te preocupa Refugio, ¿piensas que debo servirlo en la cama sólo porque estoy con él?

-No estaba pensando en la cama -dijo Isabel con un suave reproche-. Él necesita a alguien. Él te necesita.

-No he visto que necesite a nadie, y menos a mí.

-Estás equivocada. Salvaste su vida en el barco. Decidió vivir por ti.

-No seas ridícula. Todo lo que hice fue forzarlo a abandonar su lecho de enfermo.

-¿De verdad piensas eso? Hubo mucho más que eso, mucho más. No sé qué hiciste pero lo cambiaste. No es el mismo, en absoluto. Te dije una vez que es un hombre más sensible que la mayoría, aunque ha aprendido a controlarse para protegerse. Por ti está viviendo mucho más cerca del límite que antes y la razón es porque se está permitiendo sentir, algo que no hacía desde que su padre y su hermana murieron. No puedes abandonarlo ahora.

-Te tiene a ti para que lo rescates. ¿Por qué iba a necesitar a alguien más?

- Yo... no sé qué responder. Antes solía pensar que él temía que su amor me causara daño porque podrían usarme como rehén para atraparlo. O si no que él se mantenía alejado porque no tenía nada que ofrecerme excepto un nombre que había sido deshonrado. A veces incluso me decía que él pensaba que yo no era lo suficientemente fuerte como para soportar el gran poder del

amor que tenía dentro de él. Todo eran fantasías. Vi la verdad cuando tú llegaste: él no podía sentir por mí lo que yo sentía por él.

Había tanto dolor en el rostro de la otra joven que la compasión inundó a Pilar.

-Puede ser -dijo- que no sienta nada por mí tampoco. ¿No has considerado eso?

Isabel meneó la cabeza.

-Sé que os habéis herido mutuamente. Hay cosas que él ha tenido que hacer que son difíciles de entender, mucho menos de perdonar. Se sacrifica con tanta facilidad que a veces parece que no le importa. No es verdad. Debes tener cuidado para no herirlo más.

Isabel habló con tanta lógica que era difícil recordar que a veces explicaba historias fantasiosas y que vivía en el mundo de sus propias ilusiones. Isabel veía las cosas no como las veían los demás sino como ella quería que fueran. Creer lo que decía una persona así sería estúpido. Sin embargo, por un instante Pilar quiso con desesperación creerle.

-¿Y qué hay de Baltasar? -preguntó irritada por su debilidad-. Le estás hiriendo, también, con tu amor por Refugio.

-Lo sé, pero no puedo evitarlo. No le pedí que me amara. No sé por qué lo hace.

-Podrías ayudar si no hablaras de Refugio como si fuera tu salvador.

-¡Pero lo fue! -gritó Isabel.

-¿Lo fue en realidad o es sólo una historia que te has inventado? E incluso si él te salvó de algún modo, ¿debes hablar de eso delante de Baltasar? ¿No puedes pensar en sus sentimientos aunque no puedas corresponder a ellos?

Las lágrimas cubrieron los ojos de Isabel.

-No lo lastimo adrede, simplemente sucede.

-Eso no le hace más fácil soportarlo.

-Lo sé. Lo sé. Pero a veces tengo que hablar de lo que Refugio hizo sólo para que él se dé cuenta de que existo por un momento. A Refugio le molesta tanto como a Baltasar, puedo notarlo, pero no puedo evitarlo.

Quizás Isabel no podía evitarlo, pensó Pilar, así como la joven parecía no poder contener sus historias de mujer rescatada. La gente hacía cosas extrañas para calmar sus demonios interiores, sin importarle la causa. Era una noche tranquila. No aullaban los coyotes. El viento susurraba en las hojas de los arbustos. La luna pálida aparecía y desaparecía. Pilar se quedó despierta durante un largo rato, aunque finalmente se durmió con la mejilla sobre el brazo de Refugio.

Los apaches atacaron al amanecer.

Cabalgaron sobre ellos al tiempo que la luz se tornaba azul oscuro a gris. Charro y Enrique estaban ensillando los caballos atados a unos troncos. Baltasar estaba armando los bultos para las mulas. Las tres mujeres recogían y doblaban las mantas para colocarlas en los bultos, mientras Vicente apagaba con arena las brasas sobre las que habían preparado el desayuno. Refugio ya había montado y se había distanciado un poco. Él fue quien vio venir a los indios. Dio vuelta a su caballo y volvió al campamento al galope.

Habían elaborado un plan pues sabían que era sólo cuestión de tiempo tener que defenderse. Baltasar, en el momento en que vio a Refugio que volvía hacia ellos y escuchó los gritos distantes, tomó el fusil y disparó contra la mula más cercana. Charro arrastró a la otra y la mató. Arrojaron

los bultos cargados al espacio entre los animales muertos formando una barricada. Mientras Baltasar volvía a cargar el fusil a toda velocidad, Pilar y Vicente sacaron la pólvora extra y las balsas de los bultos, luego Vicente tomó el fusil que sobraba. Isabel se apoderó de los dos rollos de vendas que tenían y ella y Pilar pusieron todo sobre un mantel extendido. En segundos se arrojaron detrás del parapeto que habían construido.

Todos, excepto doña Luisa. La mujer había sido instruida en lo que debía hacer. Su trabajo era estar segura de que el barril de agua estuviera a mano y no expuesto al fuego. Pero la viuda estaba de pie con sus manos crispadas, los ojos bien abiertos, fijos en el avance del enemigo.

-¡Luisa! -gritó Enrique-. ¡Abajo!

Se volvió a él un instante, pero de inmediato regresó a la imagen de los indios. Su rostro estaba pálido y sus labios tenían una mueca de furia impotente.

Enrique se puso de pie de un salto y corrió para tomar el brazo de la mujer. La arrastró hacia la barricada de mulas muertas y la empujó hacia abajo con él.

-Abajo, dije. -Su voz era ruda-. Tu tarea es recargar. Recuérdalo y no pienses en nada más si aprecias tu vida.

Doña Luisa le miró con enfado, pero había cierta comprensión en su rostro que antes no tenía. Miró a su alrededor, encontró el barril de agua y lo hizo rodar más cerca de los bultos.

Los gritos y alaridos de los apaches eran un sonido delgado y terrible en el aire frío de la mañana. No era un grupo numeroso; sin embargo, con las caras pintadas de blanco, negro y ocre, eran temibles en la luz pálida. Cinco o seis de ellos tenían fusiles cruzados sobre el pecho. Uno de ellos se lo puso al hombro y disparó a Refugio que cabalgaba por delante. El disparo estalló, aunque la bala se perdió en la pradera.

Refugio se agachó hasta el cuello de su caballo, y miró hacia atrás por encima del hombro. El caballo corría con los ojos desorbitados. Refugio observó la barricada, luego dobló hacia la izquierda para apartarse de la línea de fuego. Una nube de flechas silbó detrás de él; terminó enterrándose en el suelo a un costado del jinete. Más flechas siguieron, en todas direcciones, una especie de lluvia mortal cayó sobre la barricada.

En ese momento otro apache levantó el fusil. Lo sostuvo con firmeza pese al movimiento del caballo y disparó. El humo gris azulado le cubrió el hombro. En ese instante Charro dio un grito y las armas de los hombres de la banda rugieron al unísono. Refugio estaba herido. El sombrero de paja que usaba cayó de su cabeza. Trató de sostenerse en la montura pero terminó cayendo boca abajo sobre el pasto a unos treinta metros de distancia.

Detrás de Refugio, dos apaches tiraron sus armas y salieron catapultados de sus caballos. Los otros se lanzaron hacia delante gritando, disparando y blandiendo lanzas.

Pilar empujaba frenéticamente las balas dentro del fusil de Charro y casi no miraba a los atacantes, pues su vista estaba fija en el lugar en el que yacía Refugio. Estaba tumbado; cada cierto tiempo levantaba la cabeza y trataba de arrastrarse hacia la barricada. Pilar se puso de rodillas pero Charro la empujó hacia abajo. A su lado estaba Isabel gritando de dolor y de miedo. Cuando Charro pidió con impaciencia su arma, Pilar se volvió para arrojarla a sus manos.

La banda disparó de nuevo a un objetivo más cercano. Dos apaches más

cayeron de sus caballos. El resto avanzó y pasó la barricada por la derecha. Los rodearon en un amplio círculo.

-Refugio -gritó Isabel, luchando con Baltasar que trataba de sujetarla.

Isabel consiguió soltarse. Puso el pie en el borde de uno de los bultos y saltó por encima de ellos. Corrió hacia donde estaba Refugio tratando de incorporarse. Vicente también arrojó su fusil para salir detrás de Isabel. Charro estaba recargando su arma, con la atención fija en los indios que, enfurecidos, galopaban en círculos. Pilar rodó lejos de él y se puso de pie. Levantó sus faldas y dejó la barricada detrás de Vicente.

Isabel estaba de rodillas sobre Refugio. Gemía mientras limpiaba la sangre que había en su cabello. Vicente, cuando alcanzó a su hermano, lo tomó de un brazo y trató de ayudarlo a ponerse de pie. Pilar trató de tomar el otro brazo y con una fuerza desesperada empujó a Refugio hacia arriba.

Los apaches estaban atacando de nuevo. El suelo vibró bajo los pies con el resonar de los cascos de los caballos. Sus gritos perforaron el aire. Pilar, Vicente y Refugio se movían con lentitud. Comenzaban, se detenían, volvían a empezar. Las piernas de Refugio apenas podían sostenerlo, por eso se tambaleaba manteniéndose a medias erguido sólo por su férrea voluntad. Isabel, que trataba de sostenerle la mano, no dejaba de interponerse en el camino.

Abruptamente, Isabel lo liberó. .

-El sombrero -gritó y volvió corriendo para alcanzarlo.

Pilar giró la cabeza. Los indios estaban cargando sobre ellos, gritaban y chillaban. Disparaban en todas direcciones con arcos y fusiles. Sus rostros eran máscaras de cobre pintadas con los colores de guerra. Más desnudos que vestidos, montaban a pelo, sin riendas y parecían criaturas demoníacas, mitad hombre mitad caballo y completamente malignas.

Isabel no prestó a los apaches más atención que si hubieran sido integrantes de la banda que volvían de una cabalgata matutina. Sonreía mientras corría y su alegría se reflejaba en los ojos. Alcanzó el sombrero y se agachó para recogerlo. Volvía con él en la mano y señalaba el agujero por donde la bala había pasado. El viento hacía volar sus faldas y sus cabellos. Comenzó a dirigirse hacia ellos.

Baltasar gritaba el nombre de Isabel mientras se ponía de pie. Charro y Enrique se levantaron para pasar a Refugio sobre la barricada de carcazas de mula y lo depositaron en el suelo. Se agacharon de nuevo a su lado y levantaron sus fusiles. Vicente volvió a su puesto. Pilar se apoyó sobre el abdomen al lado de Refugio e intentó revisar su herida y mantener la cabeza baja al mismo tiempo.

-No es nada -dijo de un modo penetrante-. ¿Dónde está mi fusil? Ayúdame a colocarme en posición.

No esperó que lo hiciera: se volvió y buscó un arma. Entonces vio a Isabel.

-Mi Dios -dijo incrédulo-. ¿Por qué?

Baltasar hacía señas desesperadas.

-¡Isabel! ¡Mira atrás por el amor de Dios!

La joven escuchó y comenzó a girar la cabeza. Sus pasos fallaron, tambaleó y cayó. Baltasar, maldiciendo, saltó por encima de la barricada y se abalanzó hacia ella. De repente se detuvo cuando una flecha lo alcanzó. Se dobló mientras caía sobre el costado.

Isabel gritó. Siguió gritando mientras los indios se lanzaban sobre ella. La golpearon de un lado y de otro. Echó a correr.

El sombrero cayó de sus manos pero ella como por milagro no cayó. Mareada, se tambaleó delante de sus atacantes con el cabello en la cara.

La banda abrió fuego; no tenían otra opción, el humo de la pólvora, azul y ácido, oscureció la vista por un instante. Luego el viento lo disipó y entonces vieron a los indios retrocediendo mientras un apache se retorcía en el suelo y otro era sostenido por un compañero sobre su caballo. Los apaches cabalgaban a toda velocidad, semiagachados para recoger a sus muertos y subir los a su regazo.

Entonces los gritos de Isabel se convirtieron en un lamento desesperado.

Había un guerrero que se lanzaba sobre ella. Se agachó y la sujetó del cabello. Lo envolvió alrededor de la mano y la tiró hacia arriba para colocarla sobre sus muslos. La cabeza y los brazos de Isabel colgaban mientras el guerrero conducía su caballo.

Baltasar bramó de dolor y de furia. Charro insultó apoyado en una rodilla. Enrique apretó el hombro de doña Luisa que se sentaba, pálida por la impresión. Vicente se veía enfermo, pero sus labios se movían al pronunciar una oración silenciosa.

Refugio alcanzó el fusil que, recién cargado, apenas pendía de la mano de Vicente. Lo apoyó en el anca de una mula muerta y apuntó a la espalda del guerrero en retirada. Con cuidado apretó el gatillo.

El fusil disparó. El indio retrocedió ante el sonido pero se agachó sobre su cautiva y, pegado al cuello de su montura, aumentó la velocidad.

Con lentitud, Refugio bajó la cabeza y la apoyó contra el barril de su arma mientras cerraba los ojos.

CAPÍTULO XIX

Se quedaron escuchando los ecos de los caballos que se alejaban, mientras se miraban unos a otros. Parecía imposible lo que había sucedido. No podían creer que Isabel no estuviera con ellos, que los apaches se la hubieran llevado. Todo había pasado con tanta rapidez que les costaba aceptarlo.

-Debería haber ido detrás de ella -murmuró Vicente casi para sí mismo-. Deberíamos haber corrido a ayudarla. Deberíamos haberla salvado.

-¿Cómo? -preguntó Enrique secamente-. Un poco menos de cuidado que hubiéramos tenido y los salvajes nos pasan por encima. Podrían estar muy contentos mutilándonos ahora.

-Isabel se lo buscó, pobrecita -agregó doña Luisa-. Cuando volvió por el sombrero, no hubo nada que pudiéramos hacer por ella.

-Por un sombrero -dijo Pilar con suavidad-. Volvió por un sombrero.

Baltasar gimió. Presionaba con las manos el costado de su abdomen donde brotaba sangre de la herida de la flecha. En su gemido había una angustia profunda.

El recuerdo de la herida de Baltasar los sacó de la introspección y los lanzó a una acción desenfrenada, como si eso compensara lo impotentes que se sentían respecto a Isabel. Pilar se acercó a Baltasar y le tocó el brazo para instarlo a acostarse sobre su costado sano. Vicente y Charro lo ayudaron a estirarse mientras doña Luisa preparaba el vendaje. Los dos hombres sacaron los restos de la flecha. Enrique presionó rápidamente con las vendas a los lados de la herida mientras doña Luisa, con un poco de repulsión, la envolvía con más vendas. La herida era aparatosa pero Baltasar era fuerte. Sólo el tiempo diría si la flecha había desgarrado algo vital.

Pilar dejó a los otros esa tarea, mientras se dirigía hacia Refugio, que no se movía ni hablaba desde que había realizado el último disparo. Respiraba; su pecho se levantaba y bajaba con un ritmo constante, aunque un poco agitado. Con un recipiente de agua en una mano y una gasa y un rollo de vendas en la otra, Pilar se arrodilló a su lado. Se estiró y colocó la mano en el hombro.

Refugio levantó la cabeza y abrió los ojos para mirarla. Pudo sostenerlos sólo un momento. Se empujó para recostarse contra un bulto y no protestó cuando Pilar le lavaba la sangre y le quitaba las briznas de hierba que tenía en el cuero cabelludo. La bala había impactado en un ángulo. Aunque al principio la herida había sangrado mucho, ya casi había parado. Quizá le dolería la cabeza por un tiempo.

Había algo extraño en la herida, sin embargo. La tocó suavemente con los dedos, separando el cabello para ver mejor mientras trataba de decidir qué era. Refugio se movía sin descanso apartándose de ella. Pilar se volvió para alcanzar el rollo de vendas. En ese momento supo lo que estaba mal.

Se sentó en los talones, sus manos apretaron el vendaje mientras la sangre oscura manaba de la herida. Ésta era más profunda en el frente, más cerca de la cara. No podía ser el resultado de un disparo de atrás. Dirigió su mirada hacia los otros hombres, Charro, Baltasar, Enrique e incluso Vicente. Tenía que ser uno de ellos, pues las mujeres habían tocado las armas sólo para cargarlas.

No podía tratarse de un accidente; todos eran expertos, tenían mucha

precisión. ¿Quién era capaz de hacer una cosa así? ¿Por qué? Por Dios, ¿por qué?

Refugio la estaba mirando; sus ojos eran insistentes, autoritarios. Pilar pudo ver en ellos la tensión de los últimos días y de esta nueva herida en el refinamiento de sus facciones y en las nuevas líneas que rodeaban sus párpados. Un dolor intenso comenzó a crecer dentro de ella y la hizo apretar los dientes para contenerse. ¿Cuánto más podría resistir Refugio? ¿Cuánto más podría soportar ella con ese conocimiento?

Refugio apenas movió la cabeza, señalando con una mano la herida. Su voz era tan baja que sólo ella la pudo escuchar.

-Cúbrela. Eso es lo justo y no otra cosa.

Pilar dudó un largo rato, con los labios apretados mientras resistía la fuerza de su voluntad implacable. Parecía, sin embargo, que no podía hacer nada si él mismo no formulaba una acusación. Tomó una gasa y la apoyó sobre la herida; luego envolvió la cabeza con el vendaje. Cuando terminó, Refugio tomó sus dedos y se los acercó a los labios. Pilar se conmovió, aunque supo, al sentir el roce tibio, que el gesto era de gratitud y nada más.

Charro también estaba herido, un rasguño de una flecha en la parte carnosa de la pantorrilla, aunque él mismo se curó con la ayuda de Vicente. Enrique, una vez que terminó con Baltasar, fue a ver los caballos. Al volver informó que estaban bien entre los arbustos, las únicas lesiones habían sido provocadas por sus movimientos contra las riendas. Soltó a su yegua y la tranquilizó con palabras y suaves caricias. Montó y salió a ver si podía traer al caballo de Refugio que se había escapado.

Doña Luisa lo llamó.

-¡No te alejes mucho! -No lo haré -dijo, mientras saludaba por encima del hombro como si esa expresión de preocupación fuera algo cotidiano.

Enrique cumplió con su palabra. Regresó en menos de media hora con el padrillo de Refugio. En cuanto llegó al campamento, se produjo como una señal entre los hombres. Baltasar, luchando para incorporarse en un codo, los miró uno por uno. Finalmente, habló.

-Muy bien -dijo-. ¿Qué vamos a hacer?

Nadie respondió. Miraron a Refugio, pero él tenía la vista perdida en la pradera.

-Tenemos que hacer algo -agregó Baltasar suplicante-. No podemos dejar que se queden con Isabel.

Enrique se volvió a Charro.

-¿Qué es probable que hagan ahora los apaches? ¿Crees que pueden volver?

Charro se encogió de hombros.

-Es posible. Pero también pueden seguir cabalgando. No hay forma de saberlo.

-¿Qué... qué le harán? -Doña Luisa frunció el entrecejo para encubrir el horror que sentía.

- Quizá nada, excepto convertir a en esclava o en esposa si algún guerrero se enamora de ella.

-Pero no crees que eso suceda -agregó Enrique.

-También pueden detenerse en cuanto piensen que están a salvo y... se turnen.

-¿Y luego?

-y luego se la lleven a su campamento si sobrevive y si no causa demasiados problemas. O pueden cortarle la garganta. , O quizá la dejen

viva para aplicarle una tortura especial en venganza por la derrota.

Enrique lanzó unas imprecaciones. Vicente, sentado con las manos sobre las rodillas, empalideció un poco más.

-Estamos perdiendo el tiempo hablando de todo esto -gruñó Baltasar-. Vayamos tras ellos.

-Arriesgaríamos nuestras vidas, incluyendo las de las mujeres -advirtió Enrique.

-Eso no importa -dijo Pilar con rapidez.

-Sí, importa -replicó Charro en voz baja y con la vista fija en ella-. A nosotros nos importa.

Baltasar volvió a hablar.

-SI no podemos alcanzarlos antes de que lleguen al campamento o a su poblado, no servirá de nada. No hay forma de que podamos infiltramos y atacarlos. Tenemos que ir ahora.

Enrique pasó de Charro a Baltasar, luego buscó con la mirada a Refugio.

-¿Bueno, amigo mío, qué hacemos?

Refugio, sentado contemplándose las manos, levantó la vista.

-¿Por qué tengo que ser siempre yo el que decida sobre la vida y la muerte? ¿No hay nadie más que quiera compartir los fracasos de las buenas intenciones o que soporte la culpa de las heridas no anticipadas? Alguien más que tome la responsabilidad. Alguien más que decida.

-Tú eres el jefe -respondió Enrique, como si eso fuera suficiente.

- Yo digo que vayamos -replicó Baltasar, preocupado.

Nadie más habló. Tampoco nadie osó mirar a Refugio.

-Estoy de acuerdo, Baltasar -dijo el jefe con gravedad-. Vamos hacia allá.

Cabalgaron siguiendo las huellas de los apaches. Viajaron con poca carga pues enterraron los bultos con sus suministros entre los arbustos. Si tenían éxito, volverían por ellos. Si no, no les servirían de nada. En cualquier caso, ahora no necesitaban más peso.

Doña Luisa tuvo su propio caballo, el que normalmente usaba Isabel. Hubo algunas discusiones con respecto a dejarlas a ella y a Pilar, pero lo consideraron muy peligroso sin que quedara una fuerte custodia, y no eran suficientes para tomar esas precauciones y tener una oportunidad de rescatar a Isabel.

El ritmo que impuso Refugio fue más duro que el que habían soportado hasta ahora. La única razón por la cual podían resistirlo era la certeza de que los apaches estaban cabalgando a ese paso si no a uno más rápido. Las semanas que habían pasado en la silla mostraron su utilidad, pues ninguno de ellos sintió el cansancio, al menos en esas horas tempranas. Pilar se asombraba de cómo doña Luisa estaba todavía en pie. Con respecto a ella, estaba determinada a soportar cualquier cosa que los hombres tolerasen.

Sabían que lo que estaban haciendo era una locura; eso era incuestionable. Pero se sentían obligados. Habían pasado tantas cosas juntos, habían sufrido tanto, que habría sido una traición continuar sin Isabel. Nadie se atrevió a pronunciar la verdad, pero el hecho de que así lo sintieran era natural, ya que nadie se opuso a la búsqueda.

Pensar en lo que estaban haciendo podía crispar los nervios de Pilar. Trataba de no pensar en eso. Sólo miraba hacia delante y se concentraba en permanecer erguida sobre la silla. Los dolores y las molestias del cuerpo eran algo que debía ignorar; había cosas más importantes.

No podía evitar, sin embargo, preguntarse qué debía estar sintiendo Isabel, el terror y el dolor, la humillación y la desesperación. ¿Esperaría que

fueran a buscarla? ¿Estaría alerta por si los veía? Isabel sabía que Refugio estaba herido y también Baltasar. Quizá pensara que no serían capaces de hacer el intento. Más aún, todo fue tan confuso antes de que se la llevaran que quizá no haya sido capaz de darse cuenta de algo.

Pobre Isabel. Había personas para quienes las cosas nunca salían demasiado bien, que nunca encontraban el camino de la paz, mucho menos el de la felicidad. Siempre querían algo más, algo diferente, algo que no podían tener. Era una forma lamentable de vivir pero no siempre se podía evitar. Pilar estaba comenzando a temer que ella misma se volviera como Isabel.

Llegaron al campamento indio cuando acababa de anochecer. El humo que subía de docenas de fuegos les indicó el camino. La nube gris rodeaba el valle en el que yacía el poblado.

Charro se ofreció como voluntario para ir a inspeccionar. Conocía el terreno y las costumbres de los indios. Se alejó a pie, desvaneciéndose en la oscuridad. Los otros desmontaron y se arrojaron al suelo.

Poco después, regresó Charro. Traía el rostro descompuesto. Lo bombardearon a preguntas, perturbados por la palidez que rodeaba su boca y su silencio. Cuando respondió, su voz era cortante como un cuchillo.

- Los guerreros que nos atacaron ya han llegado. Están junto con otros doce más o menos, algunos ancianos y unas veinte mujeres. Isabel está con ellas. Parece que se la entregaron a las mujeres para torturarla. Ella... tiene quemaduras. Y cortes.

Baltasar, que había estado sentado en el suelo, sosteniéndose el costado, se puso de pie.

-¿Qué estás diciendo?

-Lo que has oído. -Charro se alejó un poco con la cabeza gacha.

-Vamos -dijo Refugio.

Se movieron con tanta ligereza como pudieron sin provocar alarma. A poca distancia del campamento se encontraron con el cuerpo rígido de un centinela indio que Charro había silenciado, algo que había omitido mencionar. Unos metros más adelante comenzaron a arrastrarse para subir la colina que daba al campamento.

Éste no era muy grande, sólo un grupo de cabañas, construidas con postes y paja cerca de un arroyo. No estaban ordenadas como tampoco lo estaban los fuegos encendidos. Algunos caballos pastaban cerca. Había algunos perros y un número de niños dispersos aquí y allá. La mayoría de los hombres estaban reunidos alrededor de un solo fuego en el centro. Las mujeres estaban más cerca de ellos, en el borde del campamento.

Era demasiado tarde. Isabel yacía tendida e inmóvil al lado de un fuego moribundo. Gran parte de su cabello había sido quemado excepto una franja en la coronilla y la poca ropa que todavía vestía estaba carbonizada. Grandes cardenales marcaban sus piernas y entre ellos había innumerables cortes. Una de las piernas tenía un ángulo extraño, quizá por eso no la habían mantenido viva como esclava.

Refugio se quedó mirando un momento antes de suspirar. Dio la vuelta y sugirió retirarse.

-¡Un momento! Se está moviendo.

Fue Baltasar el que habló. Sus ojos lagrimeaban intensamente mientras observaba a Isabel. Estaba en lo cierto. Isabel se retorcía. Incluso cuando miraron, emitió un sonido bajo y profundo. Una de las mujeres indias la

miró y luego buscó un palo que tenía cerca de su mano.

Baltasar tenía el fusil en la mano. Lo levantó y lo apoyó en el hombro, apuntando.

-¡No! -advirtió Charro y clavó su mano en el hombro de Baltasar-. Los atraerás hacia nosotros.

-¡No me importa!

-¡A mí, sí! Es demasiado tarde. Aunque pudiéramos llegar hasta ella y escapar con vida, ella no podría cabalgar. Dudo que viva más de unas pocas horas.

Baltasar resistió algunos segundos y luego bajó el arma. Las lágrimas caían de sus ojos y se deslizaban a ambos lados de la nariz. Finalmente se recompuso.

-No voy a dejarla así.

-Tienes que hacerlo, no puede ser de otro modo. A menos que quieras morir con ella.

-Lo haría si sirviera de algo. Pero al menos puedo hacer que no la lastimen más.

Comprendieron lo que quería decir, comprendieron que estaba bien pese a todas las leyes en contra. Nadie trató de detenerlo cuando apuntó con el fusil a la mujer que amaba.

Apuntó, pero no pudo disparar. Las manos comenzaron a temblarle. Los temblores le recorrieron los brazos, le invadieron los hombros. Sus labios se deformaron en una mueca. El sudor cubrió su frente y se deslizó por entre los ojos para mezclarse con la humedad de sus lágrimas.

Exhaló en un quejido doloroso y bajó el arma una vez más. Debajo de ellos, la mujer india se puso de pie y comenzó a caminar hacia Isabel, moviendo el palo. Baltasar se sobrecogió, y luego giró la cabeza, en busca de algo.

Su mirada encontró a Refugio.

-El León -dijo-. Tú debes hacerlo.

Su voz atormentada suplicaba. Los fuegos distantes se reflejaban amarillos en su rostro iluminando sus lágrimas.

El espasmo que recorrió el rostro de Refugio fue breve, controlado de inmediato, imposible de descifrar. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Su voz fue un céfiro calmo pero con un filo aniquilador.

-Lo haré por ti, Baltasar. Pero los apaches llegarán aquí en cuanto escuchen el disparo. Hay que estar listos para cabalgar. Tenéis que iros ya. Yo os alcanzaré.

Obedecieron. ¿Qué más podían hacer? Fue un alivio irse, un alivio saber que no tenían que realizar la tarea que Refugio había aceptado. Se tambalearon varias veces en su retirada apresurada hacia los caballos. Esperaban oír la explosión del disparo.

Habían alcanzado los caballos cuando ésta se produjo. Siguieron sus órdenes; se arrojaron sobre sus monturas y partieron al galope. Cabalgaron como si los demonios estuvieran detrás de ellos, como si los persiguieran todos los horrores alguna vez concebidos. Y cuando Refugio se unió a ellos un poco después, viniendo del norte después de haber rodeado el campamento para eludir a sus perseguidores, no podían asegurar que esos miedos no los hubieran alcanzado. No le hablaron ni le dirigieron la mirada; aumentaron la velocidad mientras cabalgaban hacia la noche.

Se detuvieron para recuperar provisiones. No permanecieron donde las mulas yacían muertas sino que siguieron su camino. La otra parada la

hicieron un poco antes del amanecer para descansar un poco y enfriar los caballos antes de llevarlos a beber. Para cuando el sol había aclarado el horizonte, ya estaban cabalgando de nuevo.

No fue hasta al finalizar la tarde cuando dejaron de mirar hacia atrás. Parecía que ya no había razones para dudar que los apaches podrían haberlos encontrado si lo hubieran deseado; parecía que los indios habían abandonado la cacería. Si la causa era el daño que la banda les había infligido, o algo relacionado con cabalgar de noche, o la muerte de Isabel, no podía saberse. Sólo podían estar agradecidos de que no hubiera una nube de polvo detrás de ellos, nadie que los siguiera.

Tampoco se veía a don Esteban. Sólo podían adivinar lo que le había pasado. Podía haber sido atacado también por los apaches, o si había descubierto a los indios podía haberse vuelto por temor. También era posible que él y los comerciantes hubieran visto la escena de la batalla en el monte y siguieran sus huellas en dirección al campamento indio y luego los hubieran perdido porque regresaron de noche. O quizá no vieron los signos de la batalla, por no haber pasado por el monte de arbustos, y ahora bien podían estar delante de ellos. Otra posibilidad era que los comerciantes, familiarizados con el terreno, hubieran adivinado el destino final de la banda y hubieran evitado los peligros del Camino Real prefiriendo otro, quizá más al sur.

La banda estaba agradecida por el respiro pero no confiaba por completo. No encendieron el fuego cuando se detuvieron a la noche y cuando eligieron un sitio para acampar lo hicieron con más precaución que la acostumbrada. Charro, uno de los tres hombres sanos, se ofreció para la primera guardia pero en realidad todos estaban alerta. Pese al cansancio, estaban demasiado tensos como para dormir. Daban vueltas de un lado a otro, y sacaban piedras y palos de debajo de sus mantas. Suspiraban y carraspeaban, flexionaban músculos entumecidos y contaban las estrellas. Podían escuchar a Vicente rezando sus oraciones. Nada parecía ayudar.

La guardia cambió, Enrique tomó el lugar de Charro. Finalmente, cerca de medianoche, Baltasar comenzó a roncar como de costumbre y doña Luisa a respirar con un ritmo regular y pesado. Charro se puso de costado y suspiró. Vicente se calló mientras su hermano mayor, como siempre, yacía completamente inmóvil al lado de Pilar. La misma Pilar, con los ojos cerrados, comenzó a sentir la somnolencia que precedía al descanso.

Un roce suave la perturbó. Notó un escalofrío. Abrió los ojos con lentitud.

Refugio se levantó. Tomó su manta y la corrió sin hacer ruido. Trepó la ladera de la pequeña loma que los protegía. Pilar lo escuchó hablar con Enrique y después desaparecer de su vista. Fue un intercambio breve. Pilar esperó un momento, luego se levantó también.

Enrique estaba sentado sobre una montura, jugando con un palo en la tierra. En un susurro Pilar le preguntó por Refugio.

El acróbata señaló hacia la noche. Ella asintió y se dirigió hacia donde él le indicó.

La luna era como un trozo de melón con las puntas hacia arriba. Flotaba con un bello esplendor, no demasiado brillante, no demasiado oscuro. En su luz vio a Refugio caminando delante de ella. Los insectos, perturbadores, se alejaban de sus pisadas. En algún lugar cantó un ave nocturna.

A cierta distancia del campamento, cerca de una roca, examinó si había víboras, luego extendió su manta. Se sentó, estiró las piernas y se apoyó en la piedra calentada por el sol del día.

Pilar se detuvo a poca distancia. Estaba tratando de pensar un modo de anunciar su presencia cuando oyó su voz.

-Si me has seguido hasta aquí con ánimo de compasión o reproche, puedes ahorrarte la molestia, tengo suficiente de ambas cosas.

-Yo sólo tengo mi compañía -dijo Pilar. Como Refugio no replicó, continuó-. Si prefieres estar solo, puedo marcharme.

-No, por favor. -Las palabras eran severas pero cálidas. Le hizo un lugar en la manta.

Pilar lo aceptó y se sentó con la espalda contra la roca y las manos rodeando sus rodillas dobladas. Pensó decir algo intrascendente sobre el aire de la noche o el tiempo, algo para aliviar la tensión, pero no le pareció correcto.

Le miró. Observó su vendaje blanco que resplandecía contra la piel bronceada en la oscuridad. Se preguntaba si le dolería la cabeza, si sería ésa la razón por la que se había levantado, pero pensó que sería mejor no preguntarle nada, por miedo a que sonara a la compasión que había rechazado. En cambio dijo:

-Lamento lo de Isabel.

Su pecho se elevó y cayó antes de responder.

-También yo lo lamento.

-Te preocupabas por ella, creo.

-No tanto como hubiera podido. No tanto como ella quería.

-¿Por qué?

Refugio giró la cabeza para mirarla en la oscuridad.

-¿Por qué me lo preguntas?

-No lo sé. Quizá para crear la ilusión de que lo que sucedió parezca real.

Refugio miró de nuevo hacia delante.

-Era como un pájaro que encuentras con un ala rota, uno que nunca sana del todo. Tienes que cuidarlo porque no se pueden proteger solos. Si fallas, un gato o un halcón viene y no tienen escape.

-Por eso, su captura es tu falta, su muerte tu carga -dijo.

-Niégalo, si puedes -replicó Refugio.

-¿Qué sucede con los pájaros heridos que nunca son rescatados?

- Yo también soy capaz de razonarlo así, pero eso no me absuelve.

-Te enfrentaste con una elección imposible -dijo Pilar-, dejar que Isabel muriera gradualmente o darle la oportunidad de un fin rápido. No íbamos a sentimos bien si ella quedaba viva y, si nos quedábamos allí más tiempo, nos habrían descubierto y matado. Fuiste elegido como ejecutor por descarte, una posición que no te acobardó y que no trataste de eludir. Si hay culpa, pertenece al resto de nosotros porque nos sentimos tan aliviados de que aceptaras y porque te dejamos hacer la tarea solo. Y ahora estamos avergonzados de nuestro alivio y nuestra falta de valor.

-Nunca debí haber dejado España, nunca debí haber seguido a don Esteban.

-Ahora te estás ocultando en mis lamentos.

-En absoluto -dijo con cortesía-. Estás incluida en ellos.

-Te lo agradezco mucho, pero pensé que ya habíamos arreglado eso. Soy responsable de lo que hago.

-Me gustaría insistir, pero estoy cansado de pelear, Pilar.

-Entonces, basta. Tejas es un territorio salvaje tan grande que se extiende indefinidamente. Debe de haber un lugar en él donde don Esteban no pueda alcanzarte y nadie se preocupe por El León.

-Me permití pensar en eso, incluso comencé a hacer proyectos, hasta que me enteré de que tu padrastro nos seguía. Pero donde hay ciudades, hay autoridades y donde hay autoridades, hay que rendir cuentas al rey y donde hay que rendir cuentas al rey, don Esteban tendrá influencia y siempre seré un margina- do de la ley, un bandido.

-No puedes saber eso.

-¿Cómo podría ser de otro modo? A menos que mate a don Esteban. Y estoy cansado de matar.

-¿Qué hay de tu venganza?

-La busqué durante más años de los que puedo contar y ¿qué me trajo? Vivir por una venganza es una forma de morir. Pierdes uno a uno todos los seres que amas, todo lo que te enorgullece, todo lo que eres en tu interior. Lo que te deja es sólo odio. Estoy cansado del odio y de la muerte que acarrea. Y yo quiero desesperadamente la vida.

-¿Es esto lo que has estado pensando hoy mientras cabalgabas?

-¿Quieres decir que esto pasará cuando ya no piense más en Isabel y cómo murió? -Su voz era suave, menos severa que antes.

-Sí, supongo. -Entonces la respuesta es no. No pasará. Y no, no es esto en lo que estuve pensando mientras cabalgaba.

-¿Entonces en qué?

Se movió ligeramente para quedar frente a ella. Su voz era profunda y no del todo firme.

-Ay, Pilar, lo haces todo tan fácil. ¿Es a propósito?

-¿Qué quieres decir?

Le acarició la cara, siguiendo con la punta de los dedos la curva de su mejilla, el cuello para caer delicadamente en la redondez de su pecho.

-Tú eres vida, eso es lo que pienso, y dentro de ti está la renovación. Te envidio, porque eso me falta. ¿Me dejarás que busque la vida en ti? ¿Me renovarás por dentro?

-¿Quieres decir... que me quieres?

-Es lo que estoy tratando de decir, en palabras que puedo ocultar si te niegas.

-Soy sólo una mujer.

-Quiero decir eso, también, pero eres más. Eres especial para mí. He echado de menos los abrazos, el estar dentro de ti. Te necesito ahora, en este momento, como si nunca hubiera necesitado a otro ser humano o como si no quisiera necesitar a otro nunca más. Ámame o mátame pues sin ti yo soy... No. No prestes atención a este parloteo. Rechacé tu piedad, ¿no es cierto? ¿Me amarás por los placeres de la noche si te prometo hacerlos durar tanto como me sea posible?

¿Cómo podía negarse? Además, ¿no tenía deseos de hacerlo? ¿Por qué si no lo había seguido allí, lejos de los otros excepto para eso? Refugio no quería su compasión, pero había formas de ofrecerle alivio que no fuera con palabras.

La tierra debajo de la manta era rocosa y dura, pero no lo notaron. El aire de la noche era frío, pero tampoco se enteraron. Nada importaba, nada molestaba; no pensaban más que uno en el otro cuando se unieron bajo la clara luz de las estrellas y la luna. Con caricias sutiles y exquisitas, buscaron la fuente de la pasión y el olvido que podía proporcionarles. Pródigos de tiempo, recordaron lecciones pasadas y las usaron para el placer presente.

Sus bocas se dedicaron a una búsqueda lenta, profunda y dulce mientras

se desvestían el uno al otro. Unieron sus cuerpos desnudos, adaptando curvas y depresiones, dureza y suavidad, con el cuidado de aquéllos que estudian una obra antigua y encontraron la gloria en sensaciones inolvidables, nunca imaginadas con acierto. El triángulo de vello en el pecho de Refugio hacía cosquillas y era duro para la lengua, mientras sus apenas cubiertas tetillas planas y satinadas se arrugaban por completo ante el roce de Pilar. Los músculos de su espalda eran como sogas de seda enterradas bajo la piel. La suavidad de los muslos de Pilar era una excelente revelación. El aliento de Refugio formaba surcos tibios y húmedos sobre la piel de su compañera y la erizaba por la anticipación del placer.

Juntos se movían, seguían un ritmo lento y constante que expandía el tiempo y el espacio y los límites de la resistencia. Refugio apretó sus manos contra las de Pilar, palma con palma con los dedos entrelazados, y presionó sus labios sobre el pulso excitado de las venas de su cuello. Acarició sus pechos y recorrió su cintura con esos largos dedos de espadachín y siguió bajando para enviar espirales de júbilo al centro mismo de Pilar. La unión era húmeda, cálida, fusionante; él formaba parte de ella y ella de él.

El tumulto creció, una invasión excitante que cubrió el cuerpo de Pilar de una urgente necesidad. Se empujó contra él, respondió a la fuerza masculina con la suya propia, se esforzó con él para lograr la consumación final. La conmoción de sus avances la invadió. Su aliento se ahogó en el pecho. Lo quería a él más profundo dentro de ella, mucho más profundo. Quería que alcanzara esa parte de su ser que sólo ella conocía.

Él llegó a esa profundidad y la luz estalló sobre ellos. Sin peso, beatíficos, se elevaron como dos partes de un todo perdido en el reino de las maravillas.

Ella le había dado casi todo lo que él le había pedido como pudo encontrarlo dentro de su ser.

Él había cumplido con su promesa.

CAPÍTULO XX

Al atardecer llegaron a la misión de San Juan. Las paredes de piedra cubiertas de vides y calentadas por el sol los acogieron como en un abrazo. También la vista de la capilla que brillaba en la oscuridad con los últimos rayos del sol reflejados en el campanario y la del sacerdote que se dirigía hacia ellos con el hábito negro y polvoriento les reconfortó. Como fondo se escuchaba la música de un coro de hermosas voces indígenas, lo que fue suficiente para llenar los corazones con alivio y agradecimiento. Aquí estaba la seguridad, por primera vez en semanas.

Podrían haber ido a la ciudad de San Antonio de Bexar, o alguna de las otras misiones ubicadas a lo largo del río San Antonio como las cuentas de un collar. Sin embargo, su des- tino final no era la ciudad sino la finca del padre de Charro. San Juan no sólo era la misión favorita de la madre de Charro, en donde había aprendido el catecismo cuando era niña y en la cual sus padres españoles, descendientes de colonos de las islas Canarias, habían asistido siempre, sino que era la última antes de llegar a la ciudad de ese lado del río. Se podía confiar en que el buen cura les diera comida y les proporcionara cama para la noche. A la mañana siguiente saldrían para casa de Charro.

La misión era más que una capilla. Era un complejo de casas construidas en adobe, incluyendo la casa del sacerdote y su asistente, y los cubículos de los principales trabajadores indios contra las paredes, además de un granero, un establo, una herrería, una hilandería y una variedad de compartimentos más pequeños, como gallineros y hornos externos. La iglesia era el foco central de la comunidad, la razón de su ser. El padre los invitó a entrar para que agradecieran su travesía. Toda la banda lo hizo, por una parte como un gesto de respeto, pero también por verdadera gratitud. Algunos era la primera vez en años que pisaban una iglesia.

La capilla no era un edificio muy grande ni majestuoso pero era acogedora, con sus arcos de piedra y su sólida simpleza. Las estaciones del vía crucis estaban talladas a mano, el altar era de madera nativa apenas dorado, la estatua de la Virgen era hermosa y estaba pintada de colores brillantes. Había dos pinturas al óleo que parecían traídas de España, pero el resto tenía el vigor y la fuerza que parecía sugerir el nuevo mundo. Era fácil comprender por qué era la preferida de la madre de Charro.

Era extraño ver a los indios deambular tan pacíficamente. Muchos eran descendientes de las tribus que habitaban más al sur, más cerca de la ciudad de Méjico. Eran conversos que habían viajado al área como ayudantes de los primeros sacerdotes hispanos. Otros eran miembros de una media docena de tribus bastante dóciles de la vecindad, de Borrado a Tacame, aunque unos pocos eran apaches lipanos que habían aceptado las enseñanzas de Jesús. Según Charro, había docenas de diferentes tribus apaches. No todas se dedicaban a la guerra, aunque la mayoría consideraba que era la única forma de obtener honra. .

La banda recibió comida tal como Charro había dicho. Él comió en las dependencias del sacerdote pues era el hijo de una antigua amiga de la iglesia y doña Luisa también fue incluida en la invitación. Refugio y Pilar podrían haber participado de la cena también, ya que el sacerdote estaba ansioso por escuchar la mayor cantidad posible de noticias sobre su largo

viaje. Sin embargo, Refugio había pedido que le excusaran, y Pilar prefirió hacer lo mismo. Pilar pensaba que Refugio se sentía incómodo simulando que todo era como debía ser. Lo que ella quería era sólo una oportunidad para bañarse sin la presencia de doña Luisa en el cubículo que le habían asignado para que compartiera con ella. Había adquirido un cierto respeto por doña Luisa en los últimos días de viaje, y también bastante de su compañía como para extrañarla.

Refugio no osaba protestar contra los arreglos para dormir. Por supuesto, no podía hacerla parecer como una mujer de costumbres livianas; sin embargo, Pilar creía que lo hubiera deplorado en privado si le hubiera importado. No estaba segura de que así fuera. Cuanto más cerca de la civilización estaban, más distante se había vuelto. Desde la noche después e la muerte de Isabel, había dormido en los brazos de Refugio y él la había sostenido próxima, pero no había sucedido otra cosa entre ellos. Ella se sentía agradecida por la consideración que tenía, por su rechazo a exponer sus momentos íntimos a los demás. Al mismo tiempo, su capacidad para negarse a sí mismo y a ella, era sobrecogedora. Estaba forzada a la dolorosa conclusión de que era para él poco más que cualquier otra presencia femenina, reconfortante en algunos momentos, pero molesta ahora que ya no tenía valor como rehén para la seguridad de Vicente. Como resultado, su corazón latía con rapidez por culpa de sus dudas, sus temores y los dolores que ocultaba.

¿Qué iba a pasarle a ella ahora? La pregunta la había inquietado durante el viaje, pero la preocupación de seguir viva había sido tan imperativa que otros problemas parecían palidecer. Ahora que se estaban acercando a su destino final, debía tomar una decisión.

La primera consideración sería el dinero, necesitaba encontrar una forma de mantenerse. Tenía que buscar algún tipo de trabajo y un lugar en el que quedarse. Quizás el sacerdote de la misión tuviera alguna sugerencia o si no, podrían aconsejarla los padres de Charro. No sabía a quién más recurrir. De una cosa estaba segura, no dependería de Refugio. Su orgullo convertía a eso en algo imposible.

A veces perdía la esperanza de entender cómo funcionaba la mente de ese hombre, de conocer qué culpas y qué emociones sentía, qué remordimientos y obligaciones lo movían a comportarse como lo hacía. Sin embargo, tenía que conceder que no estaba solo en ese sentimiento de culpa. A ella misma le preocupaba ser juzgada con dureza aquí, en esta tierra dura. De algún modo, la gente de Nueva Orleans, quizá porque eran muy franceses, no parecía tan severa respecto a las conductas.

Las cosas que Charro contaba de su familia e incluso algunas actitudes suyas en ciertas ocasiones, la habían hecho pensar que aquí se vivía de un modo diferente.

No podía evitar preguntarse cómo se sentirían los padres de Charro al tener que soportar a los amigos de su hijo. El decía que estarían encantados, dispuestos a pasar por alto todas las irregularidades de su pasado, por la alegría de tener a su hijo a salvo en casa. Pilar no estaba segura de que eso fuera lo que en realidad pensara.

Estas preocupaciones eran la causa, seguramente, de su noche agitada. Además, se había acostumbrado a tener el cielo abierto encima de ella y era difícil acostumbrarse a las paredes del cubículo que le habían asignado. También la molestaron pesadillas con imágenes de Isabel y recordaba cómo la joven había deseado llegar a salvo. Más aún, era innegable que dormir

sobre un colchón de paja al lado de doña Luisa no era lo mismo que dormir al lado de Refugio. Era, simplemente, un hábito. Los hábitos eran cosas extrañas.

Mientras desayunaba con pan recién cocido y chocolate caliente, Pilar miraba al otro lado de la mesa donde estaba el jefe de los bandidos. Éste hablaba tranquilamente con Baltasar. El hombre mayor parecía haberse encogido en los últimos días de viaje. Su herida se había curado con lentitud. Sólo hablaba lo imprescindible y pasaba mucho tiempo cabalgando solo, con la vista perdida en el horizonte.

Refugio parecía descansado. Había dejado de usar el vendaje alrededor de la cabeza pues consideraba que no lo necesitaba más. Se recuperaba rápidamente de sus heridas, al menos de las físicas. Refugio se encontró con los ojos de Pilar como si hubiera sabido que ella le estaba observando. Sonrió, con un movimiento leve de los labios antes de volverse de nuevo hacia Baltasar. Ese pequeño instante de reconocimiento llenó a Pilar de una sensación extraña. Era casi como si la hubiera mirado porque no podía evitarlo pero luego la relegara deliberadamente a cierto sector de su mente donde no interfiriera con lo que tenía que hacer. Un temblor la sacudió en el cálido amanecer de verano.

Partieron poco después, con la bendición del sacerdote y el saludo de los niños indígenas en sus oídos. Cruzaron el río y se dirigieron hacia el sudoeste. La nube de polvo apareció apenas pasado el mediodía. Se movía delante de ellos y a un paso rápido directamente hacia la banda. Su primer pensamiento fue que se trataba de indios. No era raro que se produjeran ataques en el camino que conducía a San Antonio. Dejaron la senda, excepto Charro y Refugio que avanzaron en círculos para inspeccionar.

Los dos hombres cabalgaron hasta la cabecera del grupo de jinetes que gritaban e incluso disparaban algunos tiros en celebración. Era el padre de Charro y un grupo de sus hombres. Habían venido para escoltarlos hasta su casa. El sacerdote había enviado la noticia la noche anterior y el señor Huerta no había podido esperar más para ver a su hijo. No podía soportar la idea de que algo en las últimas horas de viaje le impidiera llegar a la casa. Había salido a la madrugada para asegurarse de que todo fuera bien.

La casa de Charro, la casa donde había nacido, estaba construida como una fortaleza para repeler los ataques de los indios y sirvió perfectamente a este propósito en varias ocasiones durante años. Las paredes de adobe eran anchas y altas y todo lo necesario para subsistir durante un largo período estaba contenido en ellas. Los jacales o chozas de los indios labriegos -construidas con paredes de adobe y techos de madera pelada cubierta con una mezcla de paja y barro- estaban situadas fuera de las paredes en grupos al azar, pero había un espacio amplio dentro de ellas para que se protegieran en tiempo de necesidad. La pared trasera de la casa, que se elevaba en dos pisos sin ventanas, era a la vez la parte de atrás del vallado, de modo que el cercado formaba una especie de enorme patio. Los establos y otros edificios exteriores estaban ubicados alrededor del perímetro, mientras que en el centro había una fuente con una pileta de piedra caliza.

La casa principal era de adobe blanqueado y tenía un balcón extenso y estrecho a lo largo del frente del piso superior y una galería con arcadas debajo. Proyectándose por encima de los arcos había un techo enrejado construido con postes. Una antigua parra crecía en él y sus lujuriosas hojas brindaban fresca sombra. Otras plantas trepadoras también crecían hasta llegar al balcón formando una cortina verde a su alrededor. En el suelo de

tierra apisonada debajo del enrejado había una mesa rústica, flanqueada por bancos. Bulbos de ajo y de ajíes de muchos tipos colgaban en tiras del enrejado. Enormes macetas de arcilla hechas de ollas rotas o jarros de agua estaban distribuidas a lo largo de la galería y llenas de geranios rojos y rosados. La vivienda era de estilo español pero la rusticidad de los materiales usados, el brillante blanqueado y los arreglos adecuados para vivir fuera de la casa le otorgaban un toque muy particular.

La madre de Charro estaba esperando debajo de la galería cuando atravesaron las puertas dobles y entraron en el patio. Se adelantó mientras Charro saltaba de su montura. La mujer era rolliza y de baja estatura; tenía una cara redonda iluminada por una suave sonrisa maternal. Abrazó a su hijo, lo besó una y otra vez en las mejillas, mientras exclamaba cómo había crecido, qué anchos estaban sus hombros y qué curtidas sus manos.

Saludó a todos encantada. Agradeciendo a Dios, los condujo dentro de la casa. Buscó con la vista a una sirvienta india y le dio rápidas instrucciones.

-¡Benita! -gritó Charro con placer y corrió para tomar las manos de la joven. Con los brazos abiertos, sacudía la cabeza-. Has crecido mientras estuve lejos, y muy bien, debo decir. Siempre fuiste hermosa, pero ahora, mírate.

Benita se ruborizó y miró a la señora Huerta. Luego volvió sus enormes ojos hacia Charro como si no pudiera evitarlo. Había en ellos la dulzura del afecto y, quizás, algo más. Charro la miró de arriba abajo, sin preocuparse en lo más mínimo por el gesto serio de su madre. Era probable que esa niña hubiera sido la causa del envío de Charro a España.

-¡Préstame atención, Benita! -dijo con severidad la señora Huerta-. Hay mucho que hacer para que todo esté listo para la fiesta.

-¿Fiesta? -preguntó Charro, soltando las manos de la joven-. ¿De veras?

-Por supuesto -respondió su padre mientras se acercaba para palmearle el hombro-. No todos los días regresa mi hijo, en especial por el camino de Luisiana. Debemos celebrar este acontecimiento.

-¿Esta noche?

-Por supuesto que esta noche. Este es el día de tu llegada, ¿no? Todo el mundo nos ha preguntado dónde estabas y qué pasaba contigo tantas veces desde que partiste que sería una vergüenza no darles noticias cuanto antes.

Los jinetes con invitaciones para la fiesta habían sido enviados al mismo tiempo que el señor Huerta partía para encontrarse con ellos. Vecinos y amigos comenzaron a llegar pocas horas después. La mayoría de ellos llegaron a caballo. Otros vinieron en burros o en mulas. Algunos llegaron en carros e incluso uno o dos en carruajes, grandes vehículos construidos más para resistir los malos caminos que por comodidad. Muchos de ellos aparecieron juntos. Viajaban en grupos por cuestiones de seguridad.

Traían guitarras, mandolinas y concertinas, pequeños tambores, castañuelas y matracas indias. Todos harían algún regalo: maíz molido, tiras de ajíes rojos, queso de cabra, vino casero y golosinas elaboradas con leche, chocolate, azúcar y nueces.

Las mujeres mayores vestían de negro y se cubrían el cabello con gorros; las más jóvenes tenían flores prendidas al cabello y vestidos de encajes y puntillas en colores y estilos que estuvieron de moda sólo tres o cuatro años antes en Madrid.

Las grandes puertas quedaron abiertas hasta que llegaron los últimos invitados. Después se cerraron y comenzó la fiesta. La comida era espléndida, a escala de un banquete medieval. Había carne en una salsa de

ajíes, miel y tomates para hacerla más tierna y cerdos enteros y corderos cocidos sobre fuego abierto. Había platos de arroz y frijoles y otros que combinaban un poco de todo; estos manjares se acompañaban con tortillas de harina y también de maíz. Los postres comenzaron con los flanes tradicionales y terminaron con los panqueques bañados en miel y mantequilla o con frutas secas y rociados con ron y vainilla. Todos comieron hasta la saciedad, sentados codo a codo en mesas colocadas en el patio, bajo las estrellas e iluminadas por lámparas de aceite. Luego comenzó la música y el baile.

Tocaron fandango, bolero, sevillanas y también la contra- danza importada de Francia por los Borbones que estaban en el trono. Cuando necesitaban recuperar el aliento, disminuían el ritmo con un minué. Las mujeres de negro seguían con la cabeza y los pies los movimientos mientras observaban con cuidado a sus hijas, nietas y sobrinas, y escuchaban las habladurías. Los hombres mayores estaban de pie en uno de los costados, fumaban grandes cigarros y hablaban de ganado, caballos, o de las últimas noticias provenientes de ciudad de Méjico. Las mujeres jóvenes se sentaban al lado de sus madres o se reunían riendo y conversando en pequeños grupos. Desde esa posición segura enviaban miradas desafiantes a los jóvenes que se recostaban en los arcos de la galería.

Pilar, a quien la madre de Charro le había prestado para la ocasión un traje de noche, bailó con los compañeros que le presentó la considerada señora. Doña Luisa, aunque le dieron un vestido negro para usar, hizo lo mismo. La mayoría de los hombres de la banda también bailaron al son de la música, como se esperaba de ellos, y no les faltaron compañeras. La única excepción fue Baltasar que se retiró a los establos con un plato de comida en una mano y una botella de vino en la otra. No se lo vio más en la fiesta.

La noche apenas había comenzado cuando la historia de que Refugio había salvado a Charro durante sus días en España y de los peligros del viaje por mar y por tierra inundó el patio.

Agregó a la banda un cierto brillo incrementado por el atractivo que ya tenía por tratarse de extranjeros en una sociedad bastante pequeña. La concurrencia no conoció toda la historia, sin embargo. Había una parte del pasado de Charro que sus padres pensaban que era mejor mantener oculta.

La señora Huerta, que observaba la fiesta desde una perspectiva privilegiada debajo de la galería, miraba a Refugio con cierta preocupación en sus ojos, aunque eso no afectaba la manera en que se dirigía a él. Era el que le había devuelto a su hijo y, más aún, un hombre que no carecía de atractivo personal. Le sonreía y lo presentó a los vecinos que tenían hijas en edad de casarse. Y una vez, cuando ella y el bandido conversaban tranquilamente por el patio, se la vio detenerse para hacer la señal de la cruz en su frente. Refugio bailó con Pilar un suave bolero que ejecutó con pasión y gracia. Su mirada gris oscura mostraba interés cuando la miraba, pero su roce era impersonal. Después permitió que. Charro la reclamara sin oponer más que una tibia protesta, una expresión meramente cortés de pena.

Pilar y Charro se pasearon por el patio, hablando al azar de su casa, los invitados de sus padres, los placeres de la fiesta.

-No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba todo esto -dijo Charro señalando a los músicos y a sus amigos y vecinos-. No estaba muy ansioso por partir cuando mi padre lo sugirió; sin embargo, pensé que sería bueno ver antiguos edificios, escuchar a hombres educados, conocer mujeres elegantes, hacer grandes cosas. He visto y hecho lo suficiente.

Estaré contento de casarme y criar pequeños Huerta y quedarme aquí hasta el fin de mis días.

-¿Pese a los apaches?

-Hay peligros en todas partes. Si no fueran los apaches habría alguna otra cosa, fiebre amarilla, incendios... bandidos. -Sonrió-. ¿Pero qué va a ser de ti? ¿Qué vas a hacer ahora?

Caminaban cerca de la fuente. Pilar alcanzó a hundir sus dedos en la pileta de piedra que la rodeaba.

- No lo sé. Depende mucho de mi padrastro, si llega aquí y qué trata de hacer. Aunque no intente dañarme, lo que diga puede hacer que no sea bienvenida en esta tierra.

-Imposible -declaró Charro. Ella le sonrió agradecida.

-Si todo va bien, pensaba que podría encontrar un trabajo, cosiendo, quizás.

-¡Cosiendo!

-Me enseñaron a hacerla bien en el convento.

-También lo hacen las mujeres aquí; ellas se hacen su propia ropa. Pero tú no estás hecha para tareas manuales.

-¡Tengo que hacer algo!

-¿Y Refugio?

-Yo... ¿Quién puede decirlo?

Charro la miró un largo rato.

-Sí, entiendo. Pero... ¿sabes que si no fuera por él y si tú fueras una de las hijas de nuestros vecinos, esta caminata sería considerada un preludio de compromiso?

Pilar lo miró levemente. En los ojos del joven había calidez. Apenas le sonrió.

- Me he acostumbrado tanto a estar sin dama de compañía que no pensé en qué podría parecer esto. ¿Nos unimos a los otros para salvar tu reputación?

-Para salvarme de la ira de mi madre, puede ser. Pero debes pensar en eso.

-¿En una dama de compañía?

-No, Pilar, un compromiso. Siempre habrá un lugar para ti en mi casa.

Detrás de ellos la música era gris y el roce de los pies de los bailarines era ligero. La cara delgada de Charro se puso seria mientras disminuía el paso.

-Es un... gesto muy gentil.

-No es gentil en absoluto; estoy pensando en mí. No diré nada más porque Refugio es mi amigo. Pero, ¿lo tendrás presente, por favor?

La declaración, aunque indirecta, era reconfortante. Pilar no pensaba sacar provecho de eso, pero estaba agradecida. Le sonrió en la oscuridad del patio mientras volvían a la galería.

Cuando la música era más fuerte, el baile más rápido y la alegría más manifiesta, se escucharon golpes en la puerta.

Charro corrió hasta la pared y trepó a la plataforma de guardia que estaba al costado de la entrada para mirar. Cuando volvió, informó que había un escuadrón de soldados afuera. El señor Huerta ordenó que se abrieran las puertas. Los soldados entraron mientras los sirvientes indios se apresuraron a sostener sus caballos.

El señor Huerta dio un paso adelante cuando la unidad militar desmontó y se agrupó en formación.

-Bienvenidos a mi casa, caballeros. Han llegado en un momento de júbilo,

como pueden ver. Celebramos la llegada a salvo de mi hijo desde España después de una larga ausencia. Estaríamos encantados si se unieran a nosotros y aceptaran nuestra hospitalidad por el resto de la noche.

El jefe del escuadrón, un joven capitán, se inclinó.

-Nos hace un gran honor, señor, y mis hombres y yo nos sentimos agradecidos por su gentil ofrecimiento. -Se detuvo para aclarar la garganta-. Sin embargo, temo que mi misión no es grata. Estoy aquí por una orden oficial de su excelencia, el gobernador Ramón Martínez Pacheco.

-¿De qué se trata? -Las facciones del señor Huerta se habían endurecido.

-Usted tiene en su casa, según tengo entendido, a un hombre llamado Refugio de Carranza y León y una mujer que viaja con él, la señorita Pilar Sandoval y Serna, ¿no es cierto?

Detrás del padre de Charro, la música se había apagado lentamente. Las palabras del capitán sonaron con claridad, de modo que los bailarines se volvieron a observar la escena con tanta avidez como aquéllos que no habían estado bailando. La respuesta del padre de Charro fue simple:

-Así es. -Entonces debo pedirle que los entregue. -¿Para qué, puedo preguntar?

-El gobernador ordena que comparezcan ante él para responder a ciertas preguntas concernientes a sus actividades en España y Luisiana.

-Pero acaban de llegar -protestó el hombre mayor-. ¿Cómo ha sabido el gobernador con tanta rapidez de su presencia?

-La información le llegó a través de un viajante, un tal don Esteban Iturbide. Hay cargos, temo, de mucha importancia. Debo pedirle de nuevo que entregue a sus huéspedes a mi custodia. Si se niega, tengo la autoridad de llevarlos por la fuerza.

Era un arresto formal. Los soldados, armados con espadas y fusiles, bloqueaban las puertas. Para escapar, Pilar comprendió con una sola mirada, que tenían que luchar. Era posible que muchos resultaran heridos. Vio que Enrique intercambiaba una larga mirada con Refugio, luego observó el sitio en el que Charro estaba de pie debajo de la plataforma de guardia. Estaba mirando a Pilar con las manos apretadas en puños. Enrique se volvió a Refugio, pero su jefe sacudió la cabeza con lentitud.

Refugio caminó hacia delante con paso firme. Su voz estaba serena cuando habló:

-No habrá necesidad de fuerza o violaciones a la hospitalidad. Soy Refugio de Carranza y León y me pongo a su disposición. En lo que respecta a la dama, no hay nada de que pueda acusársele; por lo tanto, su presencia no es necesaria. Pueden dejarla aquí.

Pilar se adelantó entonces, saliendo de la multitud para situarse al lado de Refugio. Su pecho estaba ahogado por la terrible ironía que sentía de ser apresada por don Esteban al final del camino cuando creían que estaban a salvo. Pero no dudó.

-No pido semejante consideración -declaró-. El gobernador ha reclamado mi presencia también y es mi padrastro quien me ha acusado al involucrarme en cargos que requieren nuestra presencia. No decepcionaría a ninguno de los dos hombres.

Fueron recibidos en el estudio del palacio del gobernador.

Habían partido al amanecer y llegaron a San Antonio al terminar la siesta. Después de un breve período en que se refrescaron de la cabalgata, fueron llevados ante el representante oficial de España en la provincia.

Palacio del gobernador era un nombre grandioso para un edificio bajo, de

paredes blanqueadas, que estaba frente a la plaza militar de San Antonio de Bexar, próximo a la iglesia de San Fernando. Los aposentos privados del gobernador Pacheco estaban en el mismo edificio, pues se oían ruidos domésticos que provenían de detrás del estudio. Quizás en un patio trasero había una mujer moviendo y acomodando ollas en el fuego. Los postigos de las puertas-ventanas del estudio del gobernador estaban abiertos para permitir el paso del aire de la tarde. Observaron la plaza en la que los últimos rayos del sol pintaban los árboles y creaban largas sombras de bordes rojos en el polvoriento cuadrángulo. Los habitantes de la ciudad habían comenzado a reunirse para aprovechar el fresco del atardecer. Las mujeres jóvenes se paseaban con sus damas de compañía en una dirección y los soldados con uniformes un poco desteñidos en la otra, por lo tanto se encontraban dos veces cuando realizaban un circuito completo.

El gobernador Pacheco se sentó detrás de un pesado escritorio de roble. Su silla tapizada de terciopelo rojo con brazos recubiertos del mismo material tenía un alto respaldo con los leones y castillos de España tallados. Además de él, de pie con una de las manos en una de las esquinas de la mesa, estaba don Esteban. Su rostro estaba quemado por el sol y el viento, y su vestimenta carecía de la riqueza acostumbrada. La expresión en sus pequeños ojos negros, sin embargo, al observar a Refugio y a Pilar que tomaban sus lugares ante el gobernador con la escolta de soldados a su alrededor, dejaban entrever una maligna satisfacción.

La mirada se volvió cautelosa cuando descubrió que no habían venido solos. Detrás de ellos estaban Charro, Baltasar y Enrique con el señor Huerta y una docena de sus mejores jinetes junto a él. Aunque Refugio estaba desarmado, los, otros no y su actitud cuando tomaron posiciones en la habitación era belicosa.

El gobernador se puso de pie.

-¿Cuál es el significado de esta intrusión, señor Huerta? -preguntó-. Usted no fue citado.

-Los dos que lo fueron son amigos de mi hijo. Si no fuera por ellos quizás ahora estaría muerto. Por eso, son mis amigos y merecen todo lo que pueda hacer para ayudarlos. Por el momento, sólo ofrezco mi apoyo.

El rostro de don Esteban se encendió de furia y uno de sus puños se estrelló contra la mesa.

-¡Esto es insoportable! ¡No toleraré esta interferencia! Pido que esta gente se retire.

El gobernador volvió su cabeza deliberadamente para mirar fijamente al noble. En ese momento se pudo ver que había cierta fricción entre los dos hombres. Quizá don Esteban había sido muy exigente desde su llegada o había tratado de impresionar al gobernador con sus conexiones en la corte. Cualquiera de las dos cosas debió haber sido poco sensata. El gobernador, un caballero austero con una nariz prominente, no parecía alguien que se dejara impresionar fácilmente con amenazas.

- Debo recordarle, señor -dijo el más alto funcionario de la provincia a don Esteban con fría cortesía- que yo estoy conduciendo esta entrevista. Me permitirá que establezca mis condiciones. -Con los labios cerrados se volvió al padre de Charro-. Como usted es un antiguo y respetado miembro de esta comunidad, señor Huerta, le permitiré que se quede con sus seguidores.

El padre de Charro se inclinó en reconocimiento por el gesto.

-Gracias, su excelencia, y mi hijo también se lo agradece. El gobernador volvió a tomar asiento.

-Ahora que esto ha quedado solucionado, procedamos.

Recorrió varias hojas que yacían delante de él, saltando de un lado a otro con la lectura. Don Esteban mostraba su ansiedad pero el gobernador no estaba apurado. Finalmente, el funcionario dejó de lado las hojas, unió sus manos y las dejó descansando en el centro mismo de su juego de escritorio de cuero cordobés.

-Hoy se han hecho una serie de cargos aquí. Los más serios son contra usted, Refugio de Carranza. Don Esteban Iturbide sostiene que usted es, en verdad, el famoso bandido buscado en España con el nombre de El León. Está acusado de cometer una serie de crímenes contra don Esteban en persona. Según él, un día de diciembre del año pasado, secuestró de su custodia a su hijastra, la señorita Pilar Sandoval y Serna, y la llevó a las montañas donde la retuvo contra su voluntad.

- Eso no es cierto -interrumpió Pilar-. Le pedí a Refugio que me sacara de la casa de mi padrastro porque temía por mi vida, pues sospechaba que había matado a mi madre. Me vi forzada a permanecer con Refugio porque don Esteban había hecho asesinar a mi tía para que yo no tuviera lugar a donde ir.

-¡Eso es ridículo! -explotó don Esteban antes de que Pilar terminara de hablar-. Está perturbada por haber sido forzada a vivir con asesinos como Carranza y sus hombres. Ellos destruyeron por completo su mente así como sus costumbres morales.

-¿Quién es usted para llamarlos asesinos? -preguntó el señor Huerta adelantándose-. Quisiera informarle que mi hijo ha estado con Carranza.

-¡Caballeros, por favor! -exclamó el gobernador.

-El señor Huerta tiene razón -insistió Pilar-. Nunca vi a ninguno de los seguidores de Refugio hacer algo malo o injusto, que es más que lo que puede decirse de mi padrastro.

-Gracias señorita -dijo el gobernador exasperado. ¿Podemos continuar?

-¡Le aseguro que es así!

-Puede ser o no. Por el momento, estamos enumerando los cargos contra Refugio de Carranza. Por favor, permanezcan en silencio.

Pilar se tragó sus protestas aunque la furia crecía dentro de ella.

-¿Dónde estaba? Sí. Mientras mantenía cautiva a la señorita Sandoval, se sugiere que usted, Carranza, la sedujo en forma inmoral y pecaminosa. Esto fue hecho con malicia debido a su venganza contra don Esteban, que data de hace tiempo. Este caballero reclama además que usted lo siguió a la colina de Luisiana, donde se unió abiertamente con su hijastra con el propósito de desacreditarlo en su nueva posición. Entonces irrumpió en su casa con la ayuda de su hijastra a la que habría sobornado a voluntad. Cuando estaban allí, buscó la pequeña bolsa de esmeraldas que representaba la fortuna que había amasado durante toda su vida y también lo torturó para revelar el escondite de su oro.

-¿Esmeraldas? -dijo Pilar incrédula. El gobernador fijó su vista en ella.

-Una forma muy conveniente de transportar la riqueza, una forma a la que don Esteban había reducido unas propiedades bastante importantes.

-¿Y se supone que Refugio tomó esas esmeraldas? -repitió Pilar con lentitud.

- Ése es el cargo. -Las palabras eran descuidadas, como fue la forma en que el gobernador se dirigió a ella. Luego continuó-. Don Esteban también está dispuesto a jurar que Refugio de Carranza Intento matarlo en un altercado con espadas y que cuando fracasó en su intento, deliberadamente

prendió fuego a una capilla privada con el propósito de escapar con los bienes robados. El fuego causó la destrucción virtual de la ciudad de Nueva Orleans.

Pilar apenas escuchaba estos últimos cargos. Giró la cabeza para mirar a Refugio. ¿Era posible? ¿Podría haber hallado las esmeraldas y haberlas guardado durante la búsqueda por la casa de don Esteban?

Pero si lo hubiera hecho, seguramente se lo habría dicho. No podría haber omitido mencionar gemas de tal valor cuando sabía que eso podía representar lo que don Esteban le había robado a ella, la razón por la que lo había seguido a Luisiana en primer lugar.

Era imposible pensar que Refugio pudiera haberlas tenido con él todo el tiempo y, sin embargo, tenía mucho sentido. ¿Por qué si no don Esteban los había seguido con tanto riesgo y esfuerzo? ¿Por qué si no, excepto por una cosa que valoraba, la riqueza?

Refugio, al presentir esa mirada, giró la cabeza con lentitud. Se encontró con el tibio marrón de sus ojos; los suyos estaban impregnados de una dolorosa ironía.

Abruptamente, Pilar no tuvo más dudas. Refugio había robado las esmeraldas. Las había tomado y se lo ocultó con deliberación. La había traicionado y a su búsqueda conjunta, traicionando los tiernos momentos que habían compartido por un puñado de gemas. Había tomado las esmeraldas. Las había tenido todo el tiempo. Y todavía las tenía.

CAPÍTULO XXI

-Vaya hacerle una pregunta, Refugio de Carranza -dijo el gobernador Pacheco con voz pareja pero con cierta dureza-. ¿Es usted conocido en España como El León?

Los labios de Refugio se curvaron en una sonrisa.

-No soy un león, nunca lo fui -respondió-, aunque podría haber sido en ocasiones un chacal.

- ¡Ve! -exclamó el señor Huerta-. Lo que tiene aquí es la palabra de un hombre contra la de otro. Todo esto ha sido un error basado en cargos fuera de lugar.

Don Esteban levantó la cabeza.

-¿Me está acusando de mentir, señor? Si es así, le digo que el mentiroso está allí. -Señaló con el brazo a Refugio-. El examen ha sido demasiado débil; Carranza debe ser puesto a prueba.

El gobernador miró primero a un hombre, después al otro.

-No veo la necesidad de torturarlo para llegar al fondo de este asunto. Ha sido conducido con la consideración debida, dada la gravedad de las acusaciones y el bienestar del acusado. Si no aprueban la forma en que manejo el tema, les sugiero que se quejen ante la ciudad de Méjico. O a Madrid.

El señor Huerta no se amedrentó.

-Carranza es amigo de mi hijo y un hombre de gran honor y coraje. Ninguno de los cargos contra este noble español puede ser probado. Las acciones de don Esteban Iturbide no son más que un intento de usar la maquinaria oficial de esta provincia para una venganza privada, una venganza que data de mucho tiempo entre su familia y la de los Carranza. ¡Creo que esto no debe ser permitido!

-¿Y quién es usted para decir nada? -reclamó don Esteban-. Usted, señor, no puede saber nada de este asunto, perdido aquí como está en este desierto provincial. Le advierto que deje que Carranza pelee sus propias batallas o se encontrará en medio de una guerra que no le conviene.

El padre de Charro se adelantó.

-¿Me está amenazando?

-Tómelo como quiera. Y como prueba de lo que digo está mi hijastra del lado de Carranza. ¿Qué más se necesita?

-¿Qué si Pilar está aquí con nosotros? -preguntó Charro adelantándose-. Mucho se preocupa por ella cuando está allí enlodando su nombre delante del mundo.

-Usted andaba con Carranza por lo tanto debe ser uno de sus bandidos. ¿Qué peso puede tener su palabra? Por supuesto usted lo apoya, pues así salvará su pellejo al salvar el de él.

-¡Una mentira perversa! -gritó el señor Huerta.

-Por favor, nos estamos desviando del propósito que tenemos entre manos -dijo el gobernador molesto.

-Debo hablar -insistió Charro-. ¿Alguna vez, don Esteban, ha escuchado algo sobre los afectos del corazón? Su hijastra no sería la primera mujer que se uniera, como usted elegantemente lo dijo, con el enemigo de su familia.

El gobernador trató sin éxito de llamar al orden. Don Esteban ignoró al

funcionario y rió con dureza.

-¿Afectos? ¿Es así como lo llama? Se equivoca con los sentimientos de Carranza, mi amigo. No sabe nada excepto cómo odiar. Se ha quedado con mi hijastra sólo por hacerme quedar como un tonto, porque su vergüenza es mi vergüenza y le complace que eso sea así.

-No -dijo Refugio. La sola palabra cortó como una espada el murmullo de voces mientras Charro y su padre trataban de refutar a don Esteban, y el gobernador trataba de restablecer el orden-. No -continuó con un tono más calmo a medida que las voces se apagaban-. Pilar Sandoval y Serna ha viajado bajo mi protección, es verdad, y mi comportamiento hacia ella no ha sido siempre el más honorable, pero puedo jurar que nunca quise causarle daño. Nada desearía más que tenerla a ella conmigo, a mi lado, para el resto de mi vida. Mi mayor deseo es hacerla mi esposa.

El silencio descendió sobre ellos mientras buscaban con la mirada a Pilar. El gobernador fue el primero en hablar.

-¿Esto es verdad?

¿Lo era? Pilar no sabía ni podía darse el lujo de confiar en que así fuera. La razón era clara: las esmeraldas. No era su valor, la riqueza que representaban, lo que importaba; de pronto eso pareció no contar en absoluto. Lo importante era que Refugio no le había hablado de ellas. Se lo había ocultado, dejándole creer que no tenía forma de subsistir, negándole la libertad que ellas representaban. Si la había traicionado guardando las piedras, entonces, ¿por qué la larga lista de cargos de don Esteban no podía también ser verdad?

¿Refugio la había mantenido a su lado desde el principio sólo para deshonrar a su padrastro? ¿Podría haberle hecho el amor, aceptado su oferta sólo por agregar vergüenza a su antiguo enemigo? ¿La había mantenido con él, no porque se preocupara de ella, como había osado esperar, sino más bien porque se adaptaba a sus esquemas de venganza?

Y sin embargo, aunque fuera cierto, ella sola tenía la culpa. ¿Acaso no se había ofrecido aquella noche en el patio de Sevilla? Ella no había querido ir tan lejos. Había pensado que la vergüenza de don Esteban no duraría más que unas horas, un día a lo sumo, hasta que pudiera llegar a la casa de su tía. Sin embargo, en principio era lo mismo. No tenía de qué quejarse. Pero tenía razones para poner fin a que la siguieran utilizando. Podía hacerlo ahora, en este momento. Juntó sus manos y respiró profundamente.

- Espera -dijo Refugio con voz urgente-. Hay más razones de las que tú conoces y más promesas.

Charro, que estaba a corta distancia, se volvió también hacia ella.

-Déjala hablar -se opuso-. Tiene derecho.

Pilar miró primero a un hombre, luego al otro. El rostro de Charro era franco y calmo. En sus ojos azul claro había cierta luminosidad. En las facciones de Refugio había remordimiento, esperanza y desesperación en igual medida y una centena de otras cosas que no podía comprender. Su pensamiento era tan complicado, sus sentimientos tan complejos como para que ella pudiera sentirse identificada. El esfuerzo en ese momento era demasiado doloroso. Parecía lo mejor para él -y para todos- negar que alguna vez hubo algo de intimidad entre ella y Refugio.

Cuando habló Pilar, su voz era clara pero tenía matices del enfado que le daba valor.

-Refugio Carranza me ha resultado muy útil y le estoy agradecida. Pero si estaba interesado en algo más, no ha logrado transmitírmelo. Lo lamento

mucho. Antes he sido honrada con una petición de mano por parte del señor Miguel Huerta.

-¿Quiere decir que se casará con él? -preguntó el gobernador con sequedad.

Pilar miró a Charro hurgando en sus ojos. Era consciente del movimiento que hizo Refugio cuando Charro se adelantó para situarse detrás de Pilar, pero se contuvo.

-Sí -respondió-, lo haré.

Charro sonrió. Se situó junto a Pilar y pasó un brazo por sus I hombros y la acercó a él alejándola de Refugio.

-Querida -susurró-, seré un buen marido.

El gobernador aclaró su garganta y enderezó el borde de la carpeta cerca de su codo.

-Bueno. Parece que esto está solucionado. ¿Podemos continuar ahora?

-Precisamente -instó don Esteban.

El gobernador le miró molesto y se volvió una vez más a Refugio.

- Parece, señor Carranza, que es cierto que usted secuestró a la señorita Sandoval, bien fuera a petición de ella o por un propósito personal eso está fuera de cuestión. La huida en sí misma parece indicar que actuó al margen de la ley de un modo que no le era desconocido.

Refugio quedó en silencio mientras el gobernador hacía una pausa. Parecía que su mente estaba en otra parte o que si tenía algo que decir en su defensa, había perdido todo interés en hacerlo.

-Está claro entonces -continuó el gobernador- que no puedo absolverlo de los cargos presentados contra usted. También es verdad que el hecho de que haya secuestrado a la dama no prueba que usted sea El León. Por lo tanto, no tengo razón para retenerlo.

El júbilo se adueñó de los hombres que estaban en la sala, los miembros de la banda y Vicente y también los charros del señor Huerta. Don Esteban maldijo y golpeó la mesa, haciendo que los papeles del gobernador se mezclaran.

-¡Basta! -reclamó el gobernador ordenando sus papeles-. Es suficiente. Este asunto no está terminado.

-¿Qué quiere decir? -preguntó el señor Huerta. El gobernador lo ignoró y habló a Refugio.

-Si bien no puedo retenerlo, señor, tampoco puedo, con plena conciencia, ignorar la posibilidad de que haya cierta verdad en las acusaciones contra usted. Mi único recurso parece ser pedir a España la descripción de ese bandido, El León.

-Esto es un insulto -gritó don Esteban-. Le exijo que coloque a este hombre bajo arresto.

-¿Sí, señor? -dijo el gobernador mientras se ponía de pie-. ¿Y a usted también le gustaría quedar aquí en custodia hasta que reciba las noticias de España referidas a este asunto? ¿Sólo por si Refugio de Carranza quisiera levantar cargos contra usted si la respuesta es en su favor?

-¡No se atrevería!

-¿Por qué no? -El gobernador miró al hombre hacia abajo dada su altura superior-. Le recuerdo que soy la máxima autoridad al norte del río Grande.

-Por ahora. Tengo amigos que pueden impedir que reciba algún otro cargo oficial.

-Ojalá fuera así, don Esteban -replicó el gobernador enfurecido-, ¡pues nada deseo más que dejar este sitio y regresar a España! -El gobernador se

volvió a los otros-. Todos han escuchado mi decisión. Les extiendo mi aprecio más profundo por haber respondido con prontitud a mi citación y ahora les deseo un buen día.

Se marcharon y comenzó la fiesta. Hubo gritos, galopadas en círculo y una celebración general en el camino de regreso a la finca. El dictamen del gobernador se percibía como una victoria. El pedido de informes a España debía ir hacia el sur a través de Sonora hasta llegar a la ciudad de Méjico. De allí debía continuar a Veracruz y atravesar el océano para llegar a España. Siempre era posible que se perdiera en el camino o que, al ser recibido en España, se traspapelara en el escritorio de algún oscuro funcionario y quedara olvidado. Si esto no ocurría, parecía posible que la descripción de El León, aunque llegara hasta Nueva España después de un año y medio o dos, podría ser tan vaga que fuera difícil determinar con certeza de quién se trataba.

Por supuesto, era verdad que la mayoría de los campesinos entre Sevilla y Córdoba conocía, y mucha gente de ciudad adivinaba, que Refugio de Carranza era El León. Sin embargo, los funcionarios españoles en Madrid podían no estar al tanto o encontrar imposible probar algo.

Sucediera lo que sucediera, por el momento, la amenaza de don Esteban se había reducido prácticamente a la nada. Refugio estaba libre. Todos estaban a salvo y en camino hacia una buena comida y una cama cálida. E iba a haber una boda. Por eso todos reían, gritaban y hacían bromas. Los únicos que estaban en silencio eran Pilar, Refugio y el novio.

La señora Huerta, una vez que llegaron a la finca, celebró las noticias de las futuras nupcias con no demasiado entusiasmo.

-¿Es verdad, hijo? -preguntó, sujetando la cara de Charro entre sus dos manos.

-Sí, madre.

-¿Y serás feliz y te quedarás aquí con nosotros?

-Sí, madre.

Lo miró a los ojos un largo rato antes de asentir con lentitud.

-Entonces, está bien. Si va a haber una boda, debemos comenzar ahora mismo.

-No hay prisa -intervino Pilar.

-¿Hay alguna razón para la demora? -preguntó la señora.

-No, ninguna -respondió su hijo por Pilar-. Cuanto antes, mejor.

-¿Estás de acuerdo? -preguntó la señora Huerta a Pilar.

¿Qué otra cosa podía decir? Juntó fuerzas para sonreír y repitió en un susurro:

-Cuanto antes, mejor.

Los preparativos comenzaron a la mañana siguiente. La madre de Charro fue a la habitación de Pilar con Benita detrás de ella. En los brazos de la muchacha había una montaña de vestidos de noche de color azul pálido, crema y amarillo y también uno blanco bordado con pequeñas flores azules.

Eran los vestidos de novia que habían usado distintos miembros de la familia de la señora, su propio vestido y el de su hija. La hermana de Charro se había casado el verano anterior y vivía con su esposo en una casa del otro lado del río Grande. También habla uno o dos vestidos que pertenecían a la hermana de Charro y que había dejado por considerarlos muy juveniles para una mujer casada. Pilar debía probarse todos. Cuando hubiera decidido su vestido de novia y también otros para diversas ocasiones, Benita los

arreglaría de acuerdo con su talla.

Mientras hablaba, la mujer señalaba con gestos la cama con cortinas, indicando a Benita que debía dejar allí los vestidos.

Luego la señora caminó hasta las puertas dobles que se abrían al balcón. Las cerró y se sentó al lado de un enorme armario recostado contra la pared que enfrentaba los pies de la cama.

A Pilar no le importaba demasiado lo que pudiera ponerse; sin embargo, se esforzó por cooperar y mostrar aprecio. El vestido que había pertenecido a la señora era demasiado corto para que lo usara. Los que habían sido de la hermana de Charro eran demasiado anchos en la cintura, pero en lo demás se ajustaban bien. Después de algunas opiniones, la señora decidió que el blanco con flores azules era el más adecuado para la ceremonia. Sería el primero en ser reformado, luego seguirían los otros.

Pilar, de pie, con los brazos bien abiertos, esperó la llegada de Benita con aguja e hilo. Parecía que no había demasiados alfileres en Tejas. La muchacha usaba hilvanes para marcar los cambios necesarios.

La joven tenía cierta torpeza en sus dedos. La señora Huerta tuvo tiempo para hacer sólo una o dos preguntas sobre la familia de Pilar y sus estudios en el convento antes de que la niña terminara con un lado y se moviera para comenzar con otro. Apretó demasiado la seda y el algodón, de modo que constriñó la cintura de Pilar, y luego hundió la aguja en la tela. Pilar sintió un repentino aguijón en su costado. Gritó y se apartó de la joven.

-Mil perdones, señorita -se disculpó la joven india, pero no había remordimiento en sus ojos oscuros.

Pilar, al encontrar su mirada, reconoció una mezcla de celos y resentimiento. La joven estaba enamorada de Charro; siempre estaba haciendo algo por él: le quitaba el polvo de su sombrero, le traía agua o algún alimento especial de la cocina. Pilar se sintió mal de repente pues comprendió que no había considerado lo que su inesperado anuncio podía significar para nadie, excepto para ella.

La señora Huerta se puso de pie.

-Niña torpe -la reprendió enfadada-. Has hecho que una gota de sangre manchara el vestido. Termina ahora mismo lo que estás haciendo. Luego ve y limpia la mancha.

Pilar no retrocedió cuando la niña se acercó de nuevo con la aguja. Había sido un pequeño acto de revancha, un intento para atraer la atención. Lo había logrado.

El incidente no se repitió. Mientras Pilar permitía que le arreglaran el vestido que usaría para su boda, sintió que su futuro era lo que estaban ciñendo, y que ya nunca más sería capaz de respirar libremente.

Pilar no era la única que notó la angustia de Benita por la boda. Doña Luisa sacó a la luz el tema cuando se unió a Pilar un poco más tarde esa mañana.

- Parece que has destruido su pequeño mundo de sueños -dijo la viuda, mientras se dirigía al balcón mordiendo un trozo de caramelo-. Acabo de verla limpiar la mesa de la cocina y usando lágrimas como jabón.

-Siento mucho todo esto -aceptó Pilar, acercándose al balcón.

-Si puedo decirlo, no pareces mucho más feliz que Benita.-La mirada de doña Luisa demostraba preocupación y afecto.

-Estoy tratando de recuperar el aliento. Todo está sucediendo con tanta rapidez.

-Sí. Y no estás nada preocupada por Refugio.

Pilar se retiró del balcón.

-¿Por qué debería estarlo? -preguntó.

-Te propuso matrimonio públicamente y lo rechazaste. ¿No sientes curiosidad por saber cómo recibió esa afrenta?

-Tuvo sus razones para hacer lo que hizo; yo tuve las mías para rechazarlo. El es muy bueno tratando de descifrar las razones por las cuales las personas hacen algunas cosas. Estoy segura de que me entendió.

-Entender y aceptar son dos cosas muy diferentes. Pero me pregunto si no juzgas mal a Refugio. Quizás haya tenido un propósito para hacer todo lo que hizo, sí, pero el hecho de que su cerebro funcione muy bien no significa que sea incapaz de sentir. Es un hombre extraordinario. Yo me lo pensaría mucho antes de dejarlo ir.

-¿Lo harías? -dijo Pilar, demostrando indiferencia.

-Lo haría aunque probablemente eligiera casarme con Charro, como usted.

-¿Por qué dices eso?

-Tiene mejores perspectivas en este momento.

-Se olvida de las esmeraldas. Estoy segura de que Enrique te habló de ellas.

Doña Luisa rió.

-Sí, lo hizo, ¿cómo pude olvidarlo? Debe ser la buena influencia de Enrique.

-¿Lo admites?

-Sí, ¿no es divertido? Pilar hizo un gesto serio.

-¿No estarás sólo... jugando con Enrique?

-No es un hombre para este tipo de cosas -respondió la viuda con una sonrisa seca-. Es divertido y tolerante pero tiene altas pautas de conducta y un temperamento explosivo. Él mantiene esos patrones para sí y para mí. Yo encuentro eso atractivo.

-Ya veo -dijo Pilar con lentitud. Doña Luisa volvió a reír.

-No espero que comprendas, pero no importa pues soy feliz.

-¿Qué hay de las posesiones de tu marido? ¿Volverás para reclamarlas?

-¡No! -exclamó la viuda y agregó-. No, no si los santos lo permiten. No quiero volver a poner de nuevo un pie en un barco o un caballo.

-Es extraño que no hubieras necesitado dejar Nueva Orleans, que pudieras haber permanecido sin ser dañada por don Esteban.

-Extraño, sí, pero algunas cosas tienen que ser como son.

Pilar miró a la otra mujer un largo rato.

-¿Pero qué va a pasar con el dinero?

-Enrique se encargará. A él no le importa viajar y tendrá el derecho, como mi marido, para manejar mis asuntos.

-¡Tu marido! Pero... -Pilar se detuvo pues no quería hablar de algo que sólo había sido una nebulosa en su mente.

-¿Refugio? -La viuda rió una vez más-. Él fue gentil. Vio lo asustada que estaba de estar sola y lo herida por haberme casado con un hombre que se aferraba a su amante mulata. Más tarde, dejó de ser tan gentil. Tenía una razón, por supuesto: quería que me acercara a Enrique. Es diabólico, pero sabio.

¿Era posible, se preguntaba Pilar, que Refugio hubiera querido que ella se acercara a Charro? ¿Sentía un impulso a unir las mujeres que descartaba con otros hombres? En realidad no pensaba que fuera verdad pero la posibilidad era muy elevada y podía ayudarla a olvidarse de él.

-¿Te quedarás aquí, entonces?

-Sí, pese a que no hay ciudades de oro. Sospeché que se trataba de una trampa, sabes; no soy estúpida. Pero también quería ver si Refugio tenía razón, si era más fuerte de lo que creía. Nadie quedó más sorprendida que yo cuando descubrí que es así. Los apaches me aterrorizan, pero estaré tranquila mientras Enrique esté a mi lado. Cuando el asunto de la herencia de mi marido esté solucionado, encontraremos un lugar donde podamos criar ganado y tener niños. Me pondré gorda y a Enrique no le importará.

-¿Yeso te satisface? ¿No extrañarás la corte de Madrid?

-¡Por supuesto que la extrañaré! Y a veces patearé y gritaré, reclamando mis antiguos amigos y mis fiestas y las ropas finas y me preguntaré por qué me he enterrado en esta tierra salvaje. Pero sabré siempre que Enrique debe vivir lejos de España y del pasado. Él lo entenderá y me hará reír y todo pasará.

-Esperas mucho de él.

-Sí. Y él me dará más. Así es.

-Charro también será un buen marido -afirmó Pilar levantando el mentón.

-Sí, probablemente. Pero, ¿serás tú una buena esposa para él?

Ésa era, por supuesto, la cuestión. Pilar la consideró con cuidado después que se marchó doña Luisa. Lo intentaría, ¿pero sería suficiente?

Al atardecer, Pilar escuchó los primeros rasgueos de la guitarra. Quiso cerrarse al sonido pero no pudo. La melodía era una antigua canción de amor andaluza que Refugio había I tocado aquella noche en Sevilla y de nuevo en el barco. La música continuaba generando imágenes de fuentes y limoneros que brillaban bajo la luz de la luna y de las otras tantas cosas que pronto olvidaría. Y cuando pensó que no iba a poder soportarlo más, él comenzó a cantar; las palabras y los tonos eran suaves e increíblemente punzantes.

Pilar pasó de su dormitorio al balcón. No pudo verlo entre las sombras del patio. Sin embargo, su voz ascendía en un canto infinito.

No había nadie más en ese momento. Charro había salido con su padre para inspeccionar ganado, que los indios estaban juntando, y no habían regresado todavía. Vicente, Enrique y Baltasar habían ido a una riña de gallos. La señora estaba controlando los preparativos para la cena de la noche, apurando a los sirvientes en la parte baja del edificio. Doña Luisa estaba completando su toilette para la noche.

Pilar se adelantó un poco en el balcón para ver mejor.

Apoyó los dedos en la baranda, mientras caminaba para cambiar su visión. El brillo de las luces de las velas encendidas en la habitación de doña Luisa se deslizó sobre ella al pasar por su puerta e iluminó el dorado oscuro de su cabello, mientras descendió por las curvas de sus brazos y su cuello, descubiertos por su vestido de noche. La brisa movía las hojas de la viña.

De cierta distancia venía el sonido del ganado y los gritos de los niños indígenas en sus chozas del otro lado del patio. Y a través de todo eso, como un recuerdo al acecho, se oía la música de Refugio.

Pilar alcanzó el final del balcón en donde crecía la vid, y giró hacia el otro lado, caminando sin ningún objetivo. Ya no intentaba descubrir el escondite de Refugio, pues parecía que él no quería que lo encontrara. Deseaba que Charro y los otros regresaran con risas y bromas para alegrar la noche. Deseaba que sonara la señal para ir a cenar, aunque bien sabía que todavía faltaba alrededor de una hora. Deseaba que doña Luisa terminara de

arreglarse y viniera a hablar con ella. Deseaba que la señora Huerta encontrara alguna tarea en la que necesitara su ayuda. Quería que algo sucediera, algo que detuviese la música y el canto.

Volvió a su habitación y entró. Deliberadamente, cerró las puertas detrás de ella. La música disminuyó hasta desaparecer. Ya no podía escuchar.

¿Había terminado en realidad? Se quedó escuchando un largo rato pero no podía saberlo. Las paredes de la casa eran gruesas y las puertas del balcón muy sólidas.

Respiró profundamente, luego cerró los ojos y suspiró con lentitud. Levantó una mano para frotarse la nuca y caminó hacia el centro de la habitación.

Trató de ocuparse en arreglar sus pertenencias. Sin embargo, pronto se sintió incómoda. Las puertas cerradas impedían la entrada de la brisa fresca de la noche y no permitían salir el calor concentrado durante el largo día de calor. Era tonto resistirlo sólo por su sensibilidad irritada.

Volvió a las puertas. Tomó el picaporte y empujó los paneles sólidos y permitió que el aire de la noche entrara en su cuarto. Con la brisa llegó Refugio. Apareció en el marco de la puerta y sujetó con su espalda el panel abierto contra la pared.

-Complaciente e inagotablemente hospitalaria -dijo con voz cálida-. ¿También serás amante?

CAPÍTULO XXII

Pilar se alejó de Refugio. Casi con miedo a la respuesta, preguntó:

-¿Qué quieres decir?

-Estoy preguntando, a mi manera por supuesto, si soy bienvenido.

-¿Cómo puedes pensar eso, cuando sabes que vaya casarme con Charro?

-No niego que como un plan para persuadir al gobernador Pacheco de que sintiera compasión por mí, estuvo bien. Aunque yo habría desechado la ayuda, si se me hubiera permitido evitar la desdicha que ha traído consigo.

-Ocultas tu tormento muy bien.

-La práctica facilita las cosas -respondió Refugio.

-Sin embargo, la decisión está tomada y me vaya casar.

-¿Entonces intentas jurar fidelidad? -dijo con tono sarcástico.

-¡Por supuesto! -afirmó Pilar.

-Tan sólo me lo preguntaba -respondió Refugio.

Levantó el mentón cuando comprendió lo que quería decir.

-¿Sientes que yo debía serte fiel?

-De algún modo lo había esperado. -Se encogió de hombros-. No sé por qué.

-Tampoco yo cuando no confiaste en mí para nada más.

-Quieres decir para el asunto de las esmeraldas -dijo aceptando el cambio de tema.

Pilar le dio la espalda, y se alejó unos pasos antes de volver a enfrentarlo

-¿De qué otra cosa iba a hablar? Me lo ocultaste sabiendo muy bien lo que significaba para mí. Lo has mantenido en secreto durante todo este tiempo sin decir una sola palabra. ¿Cómo has podido hacerlo?

-¿Te has preguntado lo que significa para mí? -Su mirada se fijó en la cara encendida de Pilar.

-¿Qué significa, en verdad? Las propiedades de los Carranza en España han desaparecido para siempre. Quizás puedas tener aquí en Tejas, ganado, caballos y charros que sigan tus órdenes. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con la forma en que me has traicionado?

-Nada y mucho -respondió Refugio con impaciencia-. Para mí haberte dado las esmeraldas significaba ponerte en peligro de que don Esteban descubriera que tú las tenías. Además era una forma de mantenerte a mi lado.

Los ojos de Pilar se entrecerraron.

-Si tratabas de usarlas como un soborno para que me quedara, entonces tienes una errónea idea de mi carácter.

-No, en absoluto. Mientras yo las tuviera, el legado de tu madre estaba a salvo de don Esteban. Pero en tanto no lo supieras, no tendrías los medios para dejarme.

Sus facciones mostraban su indefensión, mientras esperaba la respuesta de la joven. Estaba completamente inmóvil, apoyado en las manos que presionaban la puerta detrás de él como si no se permitiera ningún tipo de gesto.

Pilar, al mirarlo, sintió que el significado de esas palabras penetraba hasta el centro de su ser. Refugio no había querido que ella lo dejara. Había arriesgado todo con la posibilidad de retenerla.

-¿Pensabas, -dijo finalmente- que si las compartías conmigo os

abandonaría y regresaría a España?

-¿Compartirlas? -dijo dubitativamente.

-Por supuesto, no me las hubiera llevado todas. Tú has perdido tanto como yo.

Su rostro demostró tensión.

-Qué generosa. Pero habrías obtenido lo que viniste a buscar. No habría modo de retenerte.

-¿Una mujer debe ser retenida por la fuerza o por el dinero, nunca por sus propios deseos? ¿No puede decidir por su voluntad si quiere irse o quedarse?

-La tentación de usar los medios al alcance es muy fuerte cuando la alternativa es insoportable.

Era, quizás, un intento de explicación, o incluso de justificación; ciertamente no era una disculpa. De pronto, a Pilar se le ocurrió que también podía ser una declaración, si bien no sabría decir de qué tipo. Siempre había pensado que él la deseaba, aunque nunca había sentido antes que la fuerza de ese deseo fuese algo que no pudiera soportar. Entrecerró los ojos mientras consideraba lo que acababa de escuchar.

-La noche después de la muerte de Isabel -dijo Pilar-cuando me hablaste de permanecer aquí en Nueva España... no fue una conversación más, ¿no es cierto? Sabías que tenías el dinero para hacer lo, si querías.

-No podría haberlo usado sin hacerte sospechar de dónde provenía. -Fue su rápida respuesta-. Te lo hubiera dicho cuando fuera el momento adecuado.

-Me habrías dicho algo; no lo dudo -dijo Pilar con un gesto de ironía y dejando solo a Refugio.

Refugio se alejó de la puerta, y dio un paso hacia ella.

-¿Qué puedo decir para que me creas, para que entiendas mi modo de actuar?

Sus palabras casi se perdieron detrás del ruido de cascos de caballos. Eran Charro y los otros hombres que volvían. Entraban en el patio a través de las puertas que algunos sirvientes debían de haber dejado abiertas. Sus voces resonaban contra las paredes de la casa cuando intercambiaban insultos y bromas y pedían a gritos algo para tomar que aclarase la garganta del polvo de la cabalgata.

-Es mejor que te vayas -dijo Pilar mirando con firmeza los ojos de Refugio-. A Charro no le gustaría encontrarte aquí.

-¿Se ha convertido en un novio posesivo? -dijo Refugio.

El rostro de Pilar se veía turbado.

-No hace comentarios, pero creo que nos vigila.

- Yo haría lo mismo en su lugar.

La voz de Refugio indicaba aceptación, pero no hizo ningún ademán para irse.

-Por favor -dijo Pilar-, debes irte.

-¿Debo? También podría quedarme. Y podría decirle a Charro que cometiste un error y que has cambiado de opinión.

-Di mi palabra. -Su voz era más firme de lo que Pilar sentía en su interior.

-Las palabras pueden romperse, y a menudo se rompen.

-No sin una buena razón.

-¿Qué razón serviría? -Había un extraño brillo en sus ojos.

-No las esmeraldas -dijo rápidamente Pilar, temerosa de que él se las ofreciera.

-Ay, Pilar, me juzgas mal. Tengo mayor capacidad de discernimiento y además proyectos para usarlas. El señor Huerta me dijo que hay una buena finca próxima a ésta hacia el sur que puede comprarse a buen precio. Los dueños están viejos y cansados de luchar contra los apaches y quieren morir en España. En todo caso, tengo más... sentimientos dentro de mí.

La severidad de su voz recordaba la última frase que se había usado en la reunión en casa del gobernador. ¿Quién la había dicho? ¿Don Esteban?

Su futuro esposo había entrado en la casa; podía escuchar su voz. La estaba buscando. La voz era seguida por el ruido de los pasos en la escalera. El pánico se apoderó de Pilar, que pensaba que los dos hombres se enfrentarían en su alcoba. Había algo en la postura de Refugio, cierta inquietud en sus modos que alimentaba sus temores.

Casi sin aliento, rogó:

-Refugio, por favor, no hagas esto.

Refugio ladeó la cabeza.

-¿No te interesan mis sentimientos?

-No en este momento, no aquí -respondió Pilar.

Refugio la miró durante unos breves segundos mientras se escuchaban los pasos de Charro cada vez más cerca. Abruptamente Refugio dijo:

-Entonces quedo abandonado a réquiem, venganzas y a mi amor no correspondido. Puede que me siente bien.

Hubo un golpe en la puerta de la habitación.

-¿Pilar? -llamó Charro.

Miró en esa dirección pero no respondió. Se volvió a Refugio como atraída por un imán.

-¿Amor? -apenas se atrevió a decir. No hubo respuesta.

Se había ido.

Fue un momento antes de que pudiera mover sus músculos entumecidos, de que pudiera forzarse a abrir la puerta. Charro estaba de pie mirándola, estudiando su rostro pálido hasta que comenzó a dirigir la vista hacia la habitación con una mirada que se detuvo en la puerta del balcón. Finalmente entró.

-¿Qué pasa? -preguntó-. ¿No te sientes bien?

Pilar intentó una sonrisa.

-Sí, bien. Sólo estaba... descansando.

Charro cerró la puerta con mucho cuidado. Cuando miró a Pilar de nuevo, había una sombra de duda en sus ojos.

-Él estaba aquí, ¿no es cierto?

-Sí -respondió Pilar. Hubiera sido equivocado persistir en la mentira.

-¿Rogándote que reconsideraras tu posición? ¿Haciéndote la corte?

-Explicándome -dijo- o tratando de hacerlo.

-¿Yeso es todo?

Pilar inclinó la cabeza. No había necesidad de decirle que podría haber habido más si no hubiera regresado.

Charro se acercó a ella y le tomó las manos. Acarició la suave superficie de sus dedos con los pulgares. Tenía la vista fija en ese pequeño movimiento. Su voz era profunda al decir:

-Refugio es mi amigo. Más que eso, ha sido un hermano para mí. Tomó a un niño asustado y lo convirtió en un hombre. Me devolvió mi orgullo y el sentido de mi identidad; no hay nadie a quien respete más. Pero, querida, no puedo tolerar que te visite de este modo. Si lo permito, eso nos destruiría.

-Lo sé -dijo con la garganta ahogada.-. No haría nada que... que te

lastimase. Traté de decírselo...

-Estoy seguro de que lo hiciste, pero Refugio no escucha a nadie cuando se trata de ti. Eres su debilidad. Siempre pensamos que no tenía ninguna, pero eso fue antes de que tú llegaras. Se tendrá que ir. Tendrá que dejar la casa. No podemos estar aquí juntos, nosotros tres.

-Sí -susurró Pilar-. Pero, ¿y si no quiere irse?

-Entonces tendrá que aprender, de algún modo, a dejarte ir. Si no puede, si no lo hace, entonces quizás haya que pelear. Y, o yo lo mato a él o él me mata a mí.

-No, Charro, por favor -susurró Pilar, buscando con la mirada el rostro de su prometido.

Charro bajó la cabeza, y acercó las manos de la joven a sus labios. Su voz era ronca y su aliento tibio humedecía las manos al decir:

-No hay alternativa.

-Debe de haber -protestó Pilar.

Charro no respondió mientras la abrazaba y presionaba su boca contra la de ella. Sus labios eran dulces y tiernos. Pero Pilar sólo sintió miedo.

Pilar no durmió bien esa noche. No cesaba de pensar en todo lo que Refugio y Charro le habían dicho. Sabía que Refugio tenía razón, que ella se casaba con Charro por despecho. ¿Estaba mal si Charro la quería y ella no tenía ningún otro lugar adonde ir?

También se dio cuenta de que, pese a lo que Refugio había dicho, no le había ofrecido una parte de las esmeraldas. Ella no las quería, en realidad, pero fue una fatal omisión. ¿O quizá la estaba protegiendo de don Esteban?

Había hablado de amor, aunque de modo indirecto, algo muy típico en él. ¿Había querido decir lo que ella pensaba o había otro significado en sus palabras que ella no podía ver? ¿Qué dijo antes de sus palabras? ¿Que las usaba para ocultarse detrás? ¿De qué se estaba ocultando ahora?

Las mangas largas y el pesado lino del camisón que la señora Huerta le había prestado era demasiado abrigado para esa noche. Pensó en quitárselo pero decidió no hacerla. La brisa que entraba a través del balcón era cada vez más fresca. Cerró los ojos esperando que acudiera el sueño.

Parecía que habían pasado muchas horas cuando algo la despertó. En algún lugar había escuchado un ruido, como una débil pisada. Pensó que venía del balcón o posiblemente desde el interior de su alcoba.

Poco a poco le fue inundando el enfado. Que Refugio pudiera pensar que tenía la libertad para entrar y salir de su alcoba cuando le placiera, incluso en medio de la noche, era más de lo que podía soportar. Le diría eso con palabras que no dejaran ninguna duda.

Apenas abrió los ojos. La puerta formaba un rectángulo gris en la oscuridad. No había señal de movimiento, tampoco la forma de un hombre. La habitación estaba completamente a oscuras, pero no podía sentir ningún movimiento. ¿Dónde se había ido? ¿O nunca había estado allí? Quizá sólo había imaginado pasos o lo había soñado.

En ese momento se escuchó un roce justo por encima de su cabeza. Antes de que pudiera girarse, antes de que pudiera moverse, una manta pesada cayó sobre ella. Le cubrió la cabeza y los hombros y unas manos duras la presionaron sobre su cara. Trató de moverse pero sus brazos se enredaron en los pliegues. Algo que parecía una rodilla le sujetó las piernas.

Trató de recuperar el aliento para gritar. El sonido quedó atrapado en su garganta cuando una mano le apretó la cara. Sintió que su labio superior se

le incrustaba en los dientes. Luego explotó la oscuridad en miles de puntos de luz cuando un golpe impactó en su mandíbula. Los puntos luminosos desaparecieron y no hubo nada más.

Cuando Pilar despertó, se hallaba tendida cabeza abajo sobre la silla de un caballo que acababa de detenerse. Estaba envuelta en los pliegues apretados de una manta que olía a lana de oveja y a humo de leños. Sus pies estaban atados juntos a la altura de los tobillos y sus manos estaban sujetas por las muñecas. Su cabeza latía con un feroz dolor. Escuchó el crujido del cuero cuando alguien desmontó. Luego fue arrastrada hacia atrás en la montura. Los latidos de su cabeza se multiplicaron. El dolor la hizo desvanecer nuevamente.

Las voces la hicieron volver a la conciencia. Era un murmullo profundo que parecía no tener palabras. Giró un poco la cabeza, mientras contenía el aliento por el dolor que sentía en la sien. Fue un momento antes de comprender que las voces habían cesado.

Abrió los ojos. Estaba tendida en un suelo de tierra apisonada. Una manta india la envolvía aunque la habían retirado de su rostro. Por encima había un techo de postes cruzados. Por un instante pensó que estaba en el patio de la finca de Charro, luego vio que el techo tenía un agujero en una esquina a través del cual podía verse el cielo lleno de estrellas y las paredes de adobe que la rodeaban estaban teñidas del humo negro de innumerables fuegos. No había muebles, ni camas, ni ollas alrededor del hogar. Era una choza abandonada, quizás una cabaña indígena.

La luz que le permitía descubrir su entorno provenía de una única lámpara. Estaba sobre el piso, bien lejos de la puerta de entrada. Dos hombres sentados al lado de ella, miraban a Pilar. Por un momento sus facciones estaban desdibujadas, poco a poco comenzó a reconocerlos.

-Así que estás despierta, mi querida Pilar -dijo don Esteban-. Estábamos comenzando a preocuparnos por ti. Mi gran amigo temía haberte golpeado demasiado fuerte.

Pilar vio al otro hombre de pie, escuchó lo que don Esteban decía de él pero aún así su mente se negaba a aceptarlo. Pestañeó tratando de aclarar la pesadez de su cabeza. Mojó los labios para hablar, aunque sus palabras sólo habían alcanzado a ser un susurro.

-¿Baltasar? -preguntó.

-¿Realmente te sorprende? -dijo don Esteban-. Pensé que no tenía tanta capacidad para representar su papel. Es interesante lo que la gente es capaz de hacer cuando tiene una buena razón.

Sin poderse explicar cómo, Pilar descubrió que podía desatarse las manos, si bien parecía haber un lazo de cuero trenzado alrededor de sus tobillos.

-No quise herirla -dijo Baltasar en voz muy baja-. Pero tenía que hacer algo para sacarla sin que gritara.

-¿Por qué? -preguntó Pilar.

-Órdenes mías -respondió su padrastro por Baltasar-. Necesitaba tenerte porque eres la única que puede traer a Carranza... y a las esmeraldas.

-¿Qué... -comenzó y se detuvo. Todo estuvo claro de repente.

- Lo ves, ¿no? Al igual que acudió a rescatar de los apaches a Isabel, vendrá detrás de ti. No puede hacer menos, porque es El León -dijo don Esteban. Pilar sacudió la cabeza, un grave error. El movimiento le produjo un gran malestar.

-¿Cómo sabrá adónde venir? Es más agudo que la mayoría pero no sabe

leer la mente.

-Dejé una nota sobre su almohada al salir de allí. Y le dije que viniera sólo. Puede pasar mucho tiempo hasta que el papel se encuentre y se lo den a él, pero vendrá -respondió Baltasar.

-En tu almohada -dijo don Esteban divertido-. Eso debería preocuparlo, ¿no crees?

Pilar lo ignoró con la vista fija en Baltasar.

-No entiendo cómo lo hiciste, ¿cómo me sacaste de la casa? ¿Y la guardia? ¿Cómo pudiste pasarla?

-Fue fácil -dijo el hombre mayor con una mirada sardónica que era extraña en su cara ancha-. Usted no pesa mucho y la cepa que llega a su balcón es fuerte. La guardia no fue un problema. Yo era el guardia.

-¿Pero si pudiste sacarme de la casa, por qué no robaste las esmeraldas si eso era lo que mi padrastro quería?

Don Esteban rió e hizo un sonido sordo.

-Tomar las esmeraldas hubiera sido mucho más difícil, pues Carranza las tiene encima todo el tiempo. Difícil o no, no hubiera sido suficiente. Tú deberías saber mejor que nadie que no quiero sólo las esmeraldas.

-Es insensato llevar esto más lejos -exclamó Pilar angustia- da-. Ha arriesgado tanto, y ¿por qué? ¿Odio y un puñado de piedras que proviene de algo que usted robó en primer lugar? ¿Por qué no pudo dejamos en paz cuando abandonamos Nueva Orleans?

- Porque no quise hacerlo -dijo el pequeño hombre con los ojos brillantes de odio.

Pilar lo miró un largo rato.

-Entonces, cualquier cosa que suceda cuando llegue Refugio, también será producto de su voluntad.

Don Esteban le dio la espalda y se dirigió hacia Baltasar con un gesto descuidado como si las palabras que acababa de escuchar no tuvieran el poder de perturbarlo. Los dos hombres se alejaron cuchicheando. Pilar se sentía muy indefensa tendida en el suelo, y por eso se empujaba tratando de sentarse con la espalda apoyada en la pared. Después de un momento en esta posición, los latidos de la cabeza cesaron, pero siguió un dolor sordo. Era más fácil pensar así.

¿Vendría realmente Refugio? La respuesta era simple: por supuesto que sí. Vendría porque era el jefe y por lo tanto responsable de ella. Vendría, posiblemente, en memoria de una noche en un barco en alta mar y otra en las planicies. Vendría porque ella no estaría donde estaba si no fuera por el ansia de venganza de don Esteban. Sí, vendría. ¿Vendría sólo?

Bien podría ser. Era el tipo de sacrificio que él consideraba su obligación.

¿Cuánto tiempo tardaría? Ya debía ser cerca del amanecer. Si nadie había visto a Baltasar llevársela, si nadie había descubierto su ausencia durante la noche, entonces no se darían cuenta hasta la hora del desayuno. No tenía idea de lo lejos que esa choza estaba de la finca de Charro, pero suponía que estaría a una o dos horas; seguramente no podían haberla llevado mucho más lejos que eso. Más cerca, sin embargo, podía haber sido muy peligroso.

A mitad de la mañana, entonces, o quizás a mediodía era lo antes que podía esperar a Refugio. Seguramente había algo que podía hacer para liberarse o para cambiar las cosas de algún modo durante ese intervalo de tiempo.

Bajo la manta, Pilar flexionó los músculos de sus pantorrillas con lentitud, presionando la cuerda atada alrededor de sus tobillos. Se incrustó

en su piel, pero ignoró el dolor. Pensó que podría haber un pequeño espacio libre en el nudo. Baltasar podría haberlo dejado un poco suelto, porque se suponía que no quería cortarle la circulación de la sangre en los pies. O quizá veía pocas posibilidades de huir. Pilar ignoraba lo que haría si lograba dejar los pies libres, pero al menos la ayudaría la sensación de estar haciendo algo.

Don Esteban giró la cabeza para mirarla.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó con un tono autoritario.

-Nada. -Pilar disfrazó su rostro de inocencia.

-No creas que puedes engañarme. ¿Qué estás haciendo bajo la manta?

-Los dedos de mi pie izquierdo están adormecidos -se quejó Pilar.

-Qué pena. Quédate quieta o haré que toda tú quedes adormecida. Para siempre.

Pilar obedeció, al menos hasta que su padrastro le volvió a dar la espalda. Luego comenzó con mucho cuidado a estirar la cuerda una vez más.

Refugio llegó sin aviso. No hubo sonido de cascos de caballo, ni pisadas, ni cambios en la quietud de la noche. La puerta de la choza crujió al abrirse sobre sus bisagras de cuero y él apareció en el interior.

Baltasar giró de inmediato, pues sus instintos habían sido muy bien adiestrados durante sus años con la banda. En ese mismo movimiento sacó la espada. Don Esteban se volvió a su vez con una maldición en los labios.

Refugio los miró, tranquilo. Con su capa sujeta al cuello y tirada por encima de los hombros, podía verse con facilidad que estaba desarmado.

-Buenas noches, caballeros -dijo- ¿o es de mañana?

-¿Cómo ha venido tan rápido? -preguntó don Esteban.

-A caballo, por supuesto. ¿No me estaban esperando?

Refugio avanzó unos pasos dentro de la choza. Su mirada se dirigió al lugar en el que Pilar estaba sentada. Se posó en ella sólo por un momento, pero la joven sintió que no había detalle de su apariencia que hubiera obviado; ni su cabello cayendo sobre los hombros de su camisón de lino, ni las sombras debajo de los ojos, ni el moretón que oscurecía su mentón, ni la manta que la envolvía. Pilar sólo podía mirarlo, pues su corazón le pesaba como una piedra.

Baltasar, con gesto serio, repitió la pregunta de don Esteban.

-¿Cómo pudiste haber encontrado este lugar tan rápido, a menos que...

-¿A menos que te haya seguido? ¿No se te ocurrió nunca, mi ex amigo, que tu secuestro nocturno fue demasiado simple?

-¿Qué estás diciendo? -gruñó Baltasar.

-Creías que estaba mordiendo un anzuelo, pero eras tú el que mordías el que yo había dejado. ¿No te preguntaste por qué te quedaste como único guardia? Una vez confié mucho en ti, pero eso fue hace mucho tiempo.

-¿Tú querías que trajera a Pilar? No lo creo.

La sonrisa de Refugio era plácida.

-Pensarás de un modo diferente cuando descubras que estáis rodeados.

Don Esteban gritó, e instantáneamente miró hacia la oscuridad de la noche que entraba por la puerta abierta. Pronto se recuperó.

- Es una mentira. Pero aunque fuera cierto -señaló- está desarmado.

Refugio se miró como sorprendido.

-Sí, lo estoy. ¿Tomará esto como permiso para cortarme en finos trozos? Hágalo y puedo prometerle el mismo fin antes de que pueda desenvainar su espada.

-Amenazas vacías -replicó don Esteban.

-Posiblemente. ¿Quiere comprobarlo?

-Nunca dejarías que Pilar corriera el peligro de ser capturada -dijo Baltasar, incrédulo.

-¿Lo dices por unas pocas noches en que compartimos un lecho o una manta? Fue una encantadora compañía para el viaje, pero todos los viajes terminan.

Baltasar miró a Pilar y de nuevo a Refugio.

-No te creo, no cuando se trata de esta mujer. Oí que le pedías que se casara contigo esta misma mañana; todos lo oímos.

Refugio rió con tranquilidad.

-¿Lo hice bien, no es cierto? Estoy encantado de que hayas apreciado el ardid, puesto que fue para tu beneficio. El tuyo y el de don Esteban, por supuesto. Necesitaba algún modo de forzarte a exponerte como el miembro de la banda que me traicionó. Al mismo tiempo, necesitaba persuadir a don Esteban que se alejara de la protección del gobernador y de la autoridad oficial. Pensé que un secuestro atraería a mi antiguo enemigo, que disfrutaría de tenderme la misma trampa que yo le había tendido en España. Necesitaba convencer a los dos de que Pilar era un rehén valioso. ¿Qué mejor que una propuesta matrimonial para indicar cuán valiosa era para mí? ¿Qué mejor que una propuesta para sugerir que valía la pena secuestrarla?

CAPITULO XXIII

Refugio la había utilizado. Comprender esto incendió la mente de Pilar. Había arriesgado su vida sólo por vengarse; no significaba para él nada más que eso. En ese caso, no había modo de que él pudiera amarla y todas sus súplicas no significaban nada. Eran monedas falsas arrojadas para persuadirla de que se rindiera a él una vez más. Sin duda, su orgullo se había sentido herido por su abierto rechazo a la propuesta matrimonial y, más aún, al ver que ella se alejaba de él, el valor que podía poseer de pronto se incrementó ante sus ojos. Su deseo por ella se avivó y la buscó sólo para satisfacerlo.

Nada de esto se parecía al Refugio que creyó conocer. Sus propias palabras lo condenaban. Las conclusiones surgían inexorablemente de este hecho.

Baltasar no se convenció con tanta facilidad.

-¿No te importará si don Esteban la mata? -preguntó escéptico.

-¿Qué probaría matándola, excepto que tiene fuerza o un arma? -contestó Refugio.

-Nada -aceptó Baltasar-, pero te heriría como tú me heriste. Debería haber tomado a Pilar en el camino, haberla entregado a los indios y hacer que tú también la mataras.

Refugio sacudió la cabeza con la vista fija en Baltasar.

-No maté a Isabel por orden tuya.

-¿No? Yo lo recuerdo de un modo diferente.

-Puede ser -agregó Refugio con voz suave-. Lo hice por mí mismo. Considero que me vi forzado a matarla porque tú le fallaste.

Pilar, al verlos, sintió que su propio dolor se confundía y cedía, pues era testigo de la profundidad del dolor que enfrentaba a esos dos hombres. Pero vio algo más. Vio que don Esteban los miraba sonriendo. Pilar habló con rapidez antes de que pudiera perder la convicción que crecía en su interior.

-Creo que ninguno de los dos causó la muerte de Isabel -dijo-. Pienso que el responsable es el hombre que está de pie allí, al lado de ustedes.

Baltasar se volvió para mirarla.

-¿Qué está diciendo?

-Si no hubiera sido por don Esteban, ninguno de nosotros habría dejado España. El fue quien comenzó la larga serie de sucesos que nos trajo hasta aquí. Su responsabilidad puede retraerse hasta la muerte del padre de Refugio, e incluso más allá. Eso involucra a mi madre, pero lo más importante es esto: si no hubiera secuestrado a Vicente y no lo hubiera traído con él a Luisiana, ninguno de nosotros habría salido de España, e Isabel todavía estaría viva.

-Si Carranza no hubiera tomado las esmeraldas... -comenzó don Esteban.

-Un error, debo admitirlo -dijo Refugio-, uno más entre: muchos. Y, sin embargo, don Esteban, creo que la muerte de Isabel puede estar más estrechamente ligada a usted.

-¿Cómo? -La voz de Baltasar revelaba la sospecha.

-Es una trampa -dijo don Esteban con rapidez-. No dejes que te confunda retorciendo los hechos para que se ajusten a sus fines.

-¿Retorcerlos, cómo? -Baltasar mostraba su terquedad.

-No es ningún misterio -aclaró Refugio-, sólo un ejercicio de lógica. Don

Esteban estaba viajando con comerciantes franceses que estaban familiarizados con las diversas tribus, que hablaban su lenguaje y tenían hachas de acero, cuchillos y fusiles para intercambiar por cualquier cosa de valor que tuvieran los indios. Al principio, los guerreros apaches estaban detrás de nosotros, ¿recuerdas?, siguiéndonos como si la suya fuera una misión de venganza, o como si necesitaran asegurar- se de quiénes éramos.

-¿Estás diciendo que fueron pagados para atacamos? -El rostro de Baltasar era pensativo.

-Con fusiles, y seguramente les darían más cuando les llevaran nuestros cueros cabelludos. Baltasar se volvió a don Esteban.

-¿Envió a esos demonios asesinos detrás de nosotros? ¿Los envió, sabiendo que yo e Isabel estábamos con ellos?

-¡Por supuesto que no! -se apresuró a decir don Esteban-. Fueron atacados porque estaban atravesando el territorio de los indios. No tengo nada que ver con eso.

-Pero usted y su grupo no fueron atacados -señaló Refugio.

-¡Un hecho que no prueba nada en absoluto!

-Refugio no dice cosas sin razón -agregó Baltasar.

-Sí, y su razón es enemistamos -declaró don Esteban.

-¿Podría ser que eso es lo que debamos ser? -dijo Baltasar.

-¿Pero qué hay de Carranza? -preguntó don Esteban, elevando la voz-. Fuiste tú quien me dijo que era él el que había decidido viajar por tierra.

Baltasar no habló por un momento. En el silencio, Pilar encontró la mirada de Refugio. Supo entonces que lo que don Esteban decía era verdad. Refugio quería que los dos hombres se enemistaran. ¿Eso significaba que no había nadie en la oscuridad rodeando la choza? No se atrevía a pensar que pudiera ser así, pues también significaría que estaba desarmado contra dos hombres que querían matarlo. Y significaría que todo lo que había dicho de tender una trampa con ella como presa era una mentira.

Pero si esto era así, entonces necesitaría su ayuda para hacer lo que se proponía. Deliberadamente dijo:

-¿Si estás buscando a alguien a quien culpar, Baltasar, por qué no tú mismo? Si no hubieras herido a Refugio durante el ataque, Isabel no habría dejado la barricada y los apaches no se la habrían llevado. Pero tú lo hiciste, así como contrataste a alguien para que le disparara durante el ataque de los corsarios en el barco, así como reemplazaste la espada desafilada en el duelo de La Habana por otra afilada. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué te hizo unirte a mi padrastro en contra de la banda?

El hombre rió secamente.

-Refugio tenía el amor de mi Isabel y la trataba como si fuera algo sin valor. Se llevó todo lo que ella tenía pero no iba a dejarla ir.

-Lo intenté -dijo Refugio con un tono reflexivo.

-Sí, lo intentaste. Trajiste a una dama a la sierra para avergonzarla. Llevaste a Pilar para mostrarle a Isabel lo lejos que estaba de ella y de ti.

-Para mostrarle el tipo de mujer que necesitaba, para convencer a Isabel que era verdad cuando le dije que no podía amarla. Pensé que ella se refugiaría en ti -contestó Refugio.

-Lo hizo, pero por consuelo, no por amor. Le di todo el amor que tenía dentro, y todo lo que pudo devolverme fue piedad.

-Eso no es verdad -interrumpió Pilar-. Ella te amaba.

-Me amaba como se ama a un perro.

Pilar meneó la cabeza.

-¿Crees que amaba a Refugio? Me parece que lo adoraba porque la había salvado, porque fue el primer hombre que la hizo sentir a salvo. Eso no es amor.

-Puede ser. Pero esa adoración era lo que yo quería de ella, y supe que mientras el gran León estuviera vivo, nunca sería capaz de dármela. Ella misma me lo dijo la noche que usted llegó, cuando Refugio la forzó a aceptarla y a darle su cama.

-Entonces te ofreciste a ayudar a su enemigo -contestó Pilar.

-Eso fue semanas antes de que usted llegara, después que me dejara tener a Isabel, después que vi cómo sería nuestra vida.

-¿Tú... fuiste tú quien mató a mi tía, esa noche cuando saliste de la cabaña y te internaste en las montañas?

-No, ¿cómo podría haberlo hecho? Don Esteban envió a otros hombres para eso. Hasta esa noche, yo sólo le daba a conocer, cada cierto tiempo, lo poco que podía descubrir de los movimientos de la banda; no era mucho, pues sólo Refugio sabía adónde íbamos y qué íbamos a hacer. Luego vi cómo Refugio hirió a Isabel al traerla a usted. Vi que ella nunca me amaría mientras él estuviera vivo y deseé con todas mis fuerzas que muriera. Pensé que si arreglaba eso, don Esteban me recompensaría.

-Trataste de matarlo después de todo lo que había hecho.

Baltasar apartó su vista de Pilar.

-Quería el dinero para Isabel. Para después.

-Ahora no habrá después, ya que Isabel está muerta. Don Esteban tuvo la culpa.

-Qué conmovedor -agregó don Esteban curvando los labios a medias escondidos por su barba perfumada-. Pero tampoco habrá después para ti, mi querida hijastra. O para Carranza.

Baltasar se puso rígido y serio.

-Usted prometió dejar marchar a la señorita Pilar si venía Refugio.

-Por supuesto, lo prometí porque si no tú no la hubieras traído -dijo don Esteban con impaciencia-. Pero no puede ser. Ella iría directamente a ver al gobernador con la historia.

-Si Refugio resulta muerto al tratar de impedir que usted se la lleve, es una cosa, pues ella es su hijastra y usted puede declarar que estaba protegiendo su honor al salvarla de ese hombre. Pero, ¿qué excusa puede dar al gobernador si la mata a ella? Será mejor que lo piense bien.

Las facciones de don Esteban se inmovilizaron.

- Ella no ha hecho nada, excepto crear problemas desde que dejó el convento y ya he sufrido suficientes molestias por su causa. Puede tratarse de un accidente. Posiblemente Carranza tratará de usarla como escudo contra mi furia, o quizá Carranza mismo la mate en un ataque de celos. No importa la historia que contemos, la quiero muerta.

Refugio, con la vista fija en la cara del hombre que una vez fue su amigo, dijo:

-Me diste tu palabra en la nota de que Pilar quedaría en libertad.

-La nota fue escrita por don Esteban.

-Pero fuiste tú quien me la dejó. Tú has dado las condiciones de la rendición. Te hago responsable de su cumplimiento.

-No prestes atención -dijo don Esteban en tono estridente-. Piensa en la gloriosa venganza que tendrás, si él sabe que ella morirá con él y por él.

Baltasar estudió la cara de Refugio. Luego se volvió a don Esteban.

-No está bien -insistió-. Le di a Refugio mi palabra. No habría venido si no

hubiera creído en lo que dije.

-¿Cuál es la diferencia? -urgió el anciano, enterrando su puño en la otra mano mientras su rostro se tornaba púrpura-. ¡No hay tiempo para escrúpulos repentinos!

-Por favor, dejemos de lado los escrúpulos -dijo Refugio-, si no puedo tener un amigo honorable, permítame al menos tener un enemigo sin honor.

-Quiero que Refugio muera, pero no la señorita Pilar. No soy partidario de matar mujeres.

-Sería tu venganza perfecta, mucho más que sólo matarlo a él -insistió don Esteban con violencia-. Si ella es la primera, él sufrirá por unos segundos como tú sufriste cuando murió Isabel.

Pilar vio en el rostro de Baltasar la reticencia reflejada. De pronto, comprendió.

-¿Qué pasa Baltasar? -dijo- ¿Te resulta difícil matar a un amigo cuando te reta? ¿Especialmente cuando el amigo es El León? Lo honorable sería que le dieras una espada y que combatieras con él. Nunca quisiste eso, ¿no es cierto? Tres veces trataste de matarlo y las tres veces fallaste. ¿Estás seguro de que realmente quieres matarlo?

-¡Cállate! -dijo don Esteban furioso.

Refugio no dijo nada; sólo la miró a ella y a los otros dos hombres con mucha atención.

Pilar continuó. Se concentró en la imagen de Baltasar y su lucha interior.

-Fue don Esteban el que causó la muerte de Isabel, así como mató a mi madre y a mi tía y ahora quiere que yo muera. Le parece fácil atacar a las mujeres. No le importan a él; sus muertes no le molestan más que si se tratara de animales.

-La tuya -dijo don Esteban sacando la espada que tenía en el costado- me molestará aún menos.

Pilar apenas miró a la hoja desnuda que le apuntaba aunque comenzó a hablar con más rapidez.

-¿Lo dejarás que se salga con la suya, Baltasar? ¿Le dejarás usarte para obtener lo que quiere, aunque te hubiera dejado morir a manos de los apaches junto con el resto de nosotros? La solución es fácil. Dale una espada a Refugio. Dásela, y deja que los dos hombres que te han herido traten de matarse.

-Una idea excelente -dijo Refugio con voz suave como si temiera que una palabra más fuerte moviera a Baltasar en la dirección equivocada.

En ese instante, don Esteban dio un paso hacia Pilar.

-¡Te dije que te callaras! -gritó.

Baltasar se movió con rapidez para impedir el golpe de don Esteban, y Refugio se puso a la par. La luz de la lámpara reflejaba una lengua azul plateada en la espada del anciano.

Pilar se empujó con la espalda presionada contra la pared que tenía detrás. Usándola como apoyo, se puso de pie de un modo inestable. Saltó hacia el lado de su tobillo derecho con fuerza desesperada tratando de soltar la cuerda. Sintió la humedad de la sangre tibia que le resbalaba por el pie y mojaba el lazo de cuero. Aumentó la presión, olvidada del dolor. Abruptamente, la cuerda se zafó. Su pie derecho estaba libre, aunque su entumecimiento era tal que no estaba segura de que pudiera sostenerla.

Don Esteban avanzó otro paso cuando vio que había desatado el lazo, aunque al mismo tiempo miró hacia la puerta. Parecía que no estaba del todo seguro de que la choza estuviese rodeada o si podía actuar con libertad.

Maldijo a Baltasar:

-Tú me has apoyado en este plan. ¡Ahora deja de hacerte el tonto y ayúdame a terminarlo!

-No es tonto admitir que cometiste un error -se apresuró a decir Pilar-. No le debes nada a don Esteban... a menos que éste sea el pago por lo que hizo que le sucediera a Isabel. Puedes recompensarlo si quieres.

-Escúchala, Baltasar -volvió a decir Refugio con suavidad-, escucha, y tómate tu venganza como te dijo Pilar... o si no déjame a mí.

-Estúpidos -dijo don Esteban con una mueca en los labios.

Sujetó la espada con más fuerza, y avanzó con ella apuntando al corazón de Pilar que se quedó con los músculos temblorosos.

Baltasar se humedeció los labios mientras escuchaba a Refugio.

-Después me matarás por esto -conjeturó.

-No -respondió rápidamente Refugio-. Puedes salir tranquilo por la puerta.

-¡No seas imbécil! -gritó don Esteban con un repentino signo de temor en la voz-. No necesitas eso.

Baltasar sacudió la cabeza.

-La banda me disparará en cuanto me vea.

-Lo intentarán, por eso tienes que ser rápido. Pero te prometo una recompensa por el dolor de Isabel y su sangre. -La voz de Refugio era firme-. Y la vida de Pilar.

-¡No si yo la mato antes! -Don Esteban llevó hacia atrás la espada para asestar el golpe.

Baltasar emitió un sonido ahogado al murmurar:

-Pide a Dios que la banda dispare directamente.

Sacó la espada rechinante de su estuche y la puso en la mano de Refugio. En el mismo instante se perdió por la puerta.

Refugio ni lo miró, pero se lanzó con todas sus fuerzas hacia delante para interceptar el golpe que don Esteban ya había iniciado. Las hojas entrechocaron generando chispas anaranjadas. Refugio alcanzó el hombro del anciano y lo sacudió. Don Esteban perdió el equilibrio, y se incrustó contra la pared de adobe. Giró de inmediato para enfrentar a su oponente.

Refugio dio un paso atrás. Sujetó el dobladillo de su capa y la envolvió alrededor del brazo izquierdo. Luego esperó dispuesto a la pelea.

Pilar, con la respiración entrecortada, se deslizó por la pared hasta quedar fuera del alcance de los hombres. Se inclinó para recoger la manta que estaba en el suelo bajo los pies de Refugio y que podía causarle problemas. Él la miró con afecto y luego se acomodó en su posición interesado sólo en el hombre que tenía delante.

Don Esteban atacó furioso, tratando de sacar ventaja de los límites de la cabaña para empujar a Refugio cerca de Pilar o atraparlo en una esquina. Pilar retrocedió apurada hacia la puerta preparada para pasar del otro lado. No pudo alejarse más, sin embargo. Se quedó de pie mirando con los dedos clavados en la manta. Desde la noche llegó el ruido sordo de los cascos del caballo que desaparecían a medida que Baltasar se alejaba. No hubo disparos, ni gritos.

Refugio había mentido. Estaba solo.

Don Esteban luchaba como un animal enfurecido, apresado en una trampa, y usaba todos los ardides desesperados que tenía a mano, cada treta que había aprendido desde el encuentro en Nueva Orleans. Refugio estaba peleando por dos; su derrota significaría la muerte de Pilar. Sus

respuestas eran bastante efectivas pero cautelosas.

La lámpara alargaba sus sombras y las tipificaba sobre la pared. Formaba charcos de oscuridad en las esquinas que eran más traicioneros que la misma negrura. El techo era bajo y desigual; los dos hombres debían tener cuidado para no hacer caer de los postes escorpiones, arañas y otros insectos.

Refugio no emitía sonidos. Don Esteban respiraba con dificultad. El sudor apareció en el rostro del anciano y comenzó a deslizarse por la frente y las mejillas. Sobre sus hombros la chaqueta estaba húmeda. Refugio también transpiraba y el cuello abierto de su camisa mostraba un brillo satinado.

Los pies se movían hacia delante y hacia atrás en el suelo de tierra. De pronto, don Esteban se volvió más agresivo como si quisiera acabar de una vez con Refugio. Éste se evadía haciendo un mínimo de esfuerzo.

El hombre más joven retrocedió un poco y desenrolló su capa del brazo y hundió la mano izquierda en su bolsillo. Con los dedos buscó algo y sacó una pequeña bolsa de cuero. Su mirada se fijó en la punta de la espada de su oponente. Puso la bolsa en la boca y usó los dientes para desatar la cuerda que la mantenía cerrada. Abruptamente, volcó la bolsa abierta.

Las gemas cayeron como un arroyo tan verde y brillante como las nuevas hojas del verano. Se estrellaron en el suelo esparciéndose bajo los pies de los dos hombres, enterrándose en la superficie polvorienta donde titilaban como los ojos de un gato en la luz opaca.

-Quería las esmeraldas a cambio de Pilar -dijo Refugio-. Ahí las tiene. Algunas pueden convertirse en polvo antes de que terminemos, pero yo respeto mis tratos.

Don Esteban maldijo salvajemente. Se movía de puntillas y lanzaba miradas rápidas y agónicas hacia el suelo con los dientes apretados como si sufriera de algún dolor.

Pisó una de las piedras verdes que crujió ominosamente en la tierra. Don Esteban se sintió desvanecer y entrechocó su espada con la de Refugio. Lo empujó mientras retrocedía de un salto.

-Quédate allí -gritó con el pecho agitado por el esfuerzo-. Debo recoger mi propiedad.

Refugio inclinó la cabeza con cortesía.

-Por supuesto.

Don Esteban se agachó, e intentó recoger las esmeraldas del polvo una a una y colocarlas en su mano izquierda. En su apuro se movía con torpeza y tomaba gran cantidad de tierra seca junto con las piedras. Mientras lo hacía, levantaba la vista para mirar a Refugio como si sospechara algún ardid o estuviera planeando algo él mismo.

La inquietud se apoderó de Pilar. Antes de que pudiera detenerlo, pronunció una advertencia.

-Ten cuidado...

No hubo necesidad de que terminara de hablar. Refugio estaba mirando, esperando, pues conocía la malicia de las acciones de don Esteban.

El padrastro de Pilar se puso de pie de un salto, y arrojó el puñado de joyas y polvo a la cara de Refugio. A eso siguió un ataque feroz con toda su fuerza. Refugio se inclinó levemente ante la lluvia de piedras verdes y polvo, y cruzó su espada con la de su oponente. Después de un forcejeo, un ataque de Refugio no pudo ser amortiguado por la guardia de don Esteban.

El anciano gritó. Los dos hombres mantuvieron sus lugares mientras el

polvo que el anciano había arrojado se asentaba en el suelo. Por un momento pareció que estaban abrazados y que Refugio sostenía al otro hombre. Luego Refugio retiró su espada. Don Esteban tambaleó hacia atrás resbalando para caer en el polvo con una mancha roja en el frente de la chaqueta.

Pilar exhaló su aliento contenido, y cerró los ojos. Las lágrimas parecían que iban a abrumarla y trató de tragarlas. Se sintió enferma y vacía. Había presenciado una ejecución. Presintió cómo sería, cómo debía ser, así como lo presintió Baltasar cuando le dio a Refugio su espada y partió. Refugio podría haber prolongado la agonía, podría haber atormentado a su antiguo enemigo como el león podría haber jugado con un ratón. No lo había hecho. Le había permitido una última oportunidad para escapar, una oportunidad para retirarse de la lucha e incluso llevarse su propiedad. Don Esteban no había sido capaz de resistir la tentación de un último ardid, un último intento de vencer a su enemigo desprevenido. Y por eso había muerto.

Había muerto y todo había terminado.

Pilar abrió los ojos. Refugio estaba con una rodilla en el polvo y buscaba las esmeraldas. Sus movimientos eran deliberados, precisos. Recogía las piedras en la mano y las contaba con minuciosidad. Pilar sintió en el pecho un agudo dolor. Se movió con lentitud para unirse a él. Se arrodilló y alcanzó a ubicar una media docena de piedras.

-Ya están todas. -El rostro de Refugio estaba inmóvil, sus ojos entrecerrados en la oscuridad.

Pilar mantuvo las esmeraldas a contraluz, luego inclinó la cabeza para soplar con cuidado el polvo que tenían adheridas.

Luego se las pasó a Refugio.

Él se acercó a la mano de Pilar y la tomó en la suya. En la otra mano retenía las piedras. La colocó encima de la de la joven, abrió el puño y dejó caer las gemas. Retiró su mano y cerró la de Pilar.

-¿Qué estás haciendo? -dijo la joven-. No las quiero.

-Antes las querías.

-Ya no. Tú eres el que ha arriesgado la vida por ellas, el que más has perdido. Eres tú quien debe tenerlas.

Trató de devolvérselas pero él no lo permitió. Aumentó la presión sobre el puño hasta que ella pudo sentir que el borde pulido de las piedras se incrustaba en su piel. Abruptamente, Refugio la liberó y se puso de pie con decisión. Dio un paso atrás.

-No quiero ver las más -dijo-. Son el recuerdo de muchas cosas que es mejor olvidar. Te las devuelvo, es tu dote. ¿Nos vamos?

-Pero, ¿y tú? -preguntó Pilar.

Refugio ya estaba en la puerta. Miró hacia atrás con una cansado.

-¿Y yo? La dote es algo conveniente, no lo dudo, pero yo... no necesito ninguna.

CAPÍTULO XXIV

El funeral de don Esteban se llevó a cabo al día siguiente. Lo enterraron en una parcela de tierra santa detrás de las paredes de la casa, en donde también estaban enterrados algunos charros y sus familias, así como el abuelo de Charro a quien se le habían otorgado las tierras. El anciano había querido controlar sus mercedes y por eso pidió descansar allí, aunque otros miembros de la familia Huerta estaban en el cementerio próximo a la misión de San Juan.

Fue el señor Huerta el que señaló que, probablemente, Pilar era ahora la heredera de don Esteban. Su hijo estaba muerto y no había otros parientes cercanos vivos, por lo que su reclamo sería escuchado. Había cierta ironía en todo esto. No obstante, a Pilar le importaba bien poco, más allá del hecho de que nadie le disputaría la posesión de las esmeraldas.

El gobernador Pacheco se había presentado en el servicio fúnebre. Vicente había sido enviado para informarle acerca de su muerte, y esperó sus órdenes referidas a la investigación del asunto. Fue una gran concesión de parte del gobernador ir personalmente a la finca; sin duda, se debía a la posición del señor Huerta en la comunidad. Después de la ceremonia, el gobernador concertó una audiencia. Pilar no asistió por la simple razón de que ni ella ni ninguna de las otras mujeres de la casa habían sido informadas. No duró mucho. El gobernador, después de atenerse a la evidencia de que don Esteban había resultado muerto en un duelo con espadas, decidió que no podía culparse a Refugio del trágico desenlace. El gobernador Pacheco parecía tener cierta aversión por don Esteban y no se sentía inclinado a perder mucho tiempo preocupándose por su muerte. Según el funcionario, lo sorprendente no era que alguien le hubiera matado, sino que nadie lo hubiese hecho antes. Alguien sugirió que se acusara de la muerte a los apaches y se declarara que la llegada de Carranza sólo había impedido la mutilación del cadáver. Refugio no estuvo de acuerdo. La responsabilidad era suya y no iba a negarlo. Parecía decidido a objetar que lo llamaran un encuentro de honor, pero lo convencieron de que era lo más sensato.

Vicente se perturbó por los requerimientos de la pesquisa pero estaba contento de que su hermano se viera libre de la amenaza de ser castigado por ese asunto. Había sentido la necesidad de hablar con un sacerdote sobre el tema. Esto no fue difícil, pues el buen padre de la misión de San Juan había ido a la finca de los Huerta para la ceremonia fúnebre y se había quedado a pasar la noche allí. Los dos se sentaron hasta cerca del alba a discutir esto y una multitud de otras cuestiones teológicas y también los problemas de la vida en la misión. Cuando llegó la mañana, Vicente cabalgó con el padre de regreso a la misión, como parte de su escolta. Vicente no regresó. Por el contrario, dejó un mensaje que decía que volvería con el padre dos días después para celebrar la misa de boda pero luego se quedaría a vivir en la misión. Se necesitaba su ayuda allí, y era posible que se convirtiera en asistente del sacerdote.

El mensaje recordó a Pilar lo cerca que estaba la fecha de la boda. Sólo quedaban dos noches, y luego se casaría con Charro. Pilar quería ser feliz, sentir cierta ilusión, pero no pudo. Apreciaba a Charro. Más que eso, lo respetaba y sabía que sería un buen marido para ella. Sin embargo, el

pensar en la boda, en la noche después, la llenaba de temor. Le gustaría salir de esta situación, pero no sabía cómo. Era reticente a herir los sentimientos del joven y avergonzarlo negándose a continuar con la ceremonia después que ella lo había alentado. Odiaba admitir que no se conocía, que había aceptado su oferta por despecho y desesperación. Más aún, no podía pensar en qué haría, adónde iría y cómo llegaría a San Antonio por esos peligrosos caminos. Si no podía partir, no podía ordenar una escolta, sería mucho más incómodo quedarse allí para enfrentar al señor y la señora Huerta así como a Charro.

Pensaba que él sospechaba cómo se sentía, pues lo sorprendió con preocupación en los ojos. Estaba de malhumor y distante, aunque se mantenía muy cerca cuando Refugio rondaba por ahí.

Cuando Charro no estaba con ella, pasaba mucho tiempo con Enrique. Los dos hombres parecían echar de menos a Baltasar. No era sorprendente; habían estado juntos durante mucho tiempo. Baltasar no volvió a aparecer, ni se encontró ninguna señal de él cerca de la finca. Nadie podía decir dónde se había ido, qué hacía, o de qué vivía. Podía estar en cualquier parte. Estaba acostumbrado a sobrevivir. Era posible, también, que se hubiera ido a San Antonio, o que hubiera cabalgado hacia el sur, hacia el río Grande o de nuevo hacia el este, de regreso a Luisiana.

Pilar pensaba a menudo en él desde esa noche en la cabaña. Baltasar había cometido muchos errores; sin embargo, había salvado su vida. Nunca olvidaría la mirada en sus ojos cuando partió o su débil súplica en la que esperaba que la banda estuviera esperando fuera para matarlo.

Baltasar quería morir. No era sólo la muerte de Isabel y su parte la causa -pensaba Pilar-, sino también su traición al hombre que había sido su amigo y su jefe. Mientras había mantenido a Isabel como motivo, lo había soportado. Cuando ella murió, no pudo más. A Pilar le preocupaba qué pasaría con Baltasar, aunque era posible que nunca más volviera a saber de él.

No podía dormir. Parecía que habían pasado años desde la última vez que había dormido. Se sentía tan inquieta que ni siquiera se había puesto el camisón cuando se retiró a dormir; todavía lucía el vestido de rayas grises y un corsé negro que llevaba esa mañana. Intentó trabajar en una prenda que la madre de Charro le había dado para coser, una enagua para su ajuar, pero pronto la dejó de lado. Las velas seguían encendidas sobre la mesa de noche pero Pilar había sacado las sillas al balcón. De algún modo, todo parecía más tranquilo allí donde crecían las vides formando una espesa cortina.

La noche estaba calma, el aire fresco y seco, aunque suave. Las estrellas parecían estar muy cerca. La luna apenas se movía en su paso por el cielo. Había un guardia en la plataforma cercana a la puerta pero Pilar pensaba que estaba dormido; hacía bastante rato que no se oía ni el más mínimo movimiento. Cada tanto, una polilla atraída por la luz se introducía en la alcoba. Podía oír los insectos que chocaban contra el vidrio que rodeaba a la vela provocando un débil campanilleo.

Las primeras notas de la guitarra sonaron tan suaves que no estaba muy segura de que fueran otra cosa que las polillas contra el vidrio. Gradualmente fueron aumentando el volumen, pero incluso así parecían venir de muy lejos, quizá de una habitación del otro lado de la galería, quizás hasta desde fuera de la pared del patio.

Luego, cuando reconoció la melodía, Pilar sintió algo ardiente y sofocante

que le apretaba el corazón.

¿Por qué? ¿Por qué tenía que hacer esto? ¿Sabía el dolor que ese sonido le producía, los recuerdos que le surgían en su cabeza? Esa noche en el barco, el instante en que sus facciones se relajaron antes de estrecharla entre sus brazos. La forma en que se arrodilló para consolar al niño que había sido mordido por un loro. La sensación de su abrazo en la cama de la casa de doña Luisa en Nueva Orleans. La mirada en sus ojos, cuando vio la ciudad en llamas. La gracia infinita al caer del caballo cuando le dispararon durante el ataque apache. El timbre de su voz cuando le prometía el placer del cuerpo. La cascada negligente de esmeraldas que brillaba a la luz de la lámpara.

El sonido del rasgueo se acercó, como si el ejecutante estuviera caminando a un paso lento y tranquilo. Parecía que Pilar casi podía sentir las cuerdas vibrar muy dentro de ella extrayendo la misma dulce resonancia que antes. Al mismo tiempo, la inundó el pánico. ¿Qué pasaría si Refugio viniera por ella? ¿Qué diría? ¿Sería capaz de negarse, de echarlo? ¿Qué sucedería si Charro lo encontraba allí?

¿Cómo Charro no sabía que El León estaba allí, si anunciaba su presencia, y sus intenciones, con la música?

Podía no ser Refugio. Podía ser cualquier hombre con una guitarra que había escuchado la canción que él tocaba y la recordaba o se había dado cuenta de que la conocía.

No, sabía que era Refugio. Nadie más ejecutaba con esa combinación de precisión y fuego oculto. Nadie más podía extraer el júbilo y la pasión que había dentro de la canción y hacerlos sonar en el aire. Nadie más sabía tan bien cómo quebrar sus defensas y como músico y espadachín consumado que era, perforar su corazón con una sola nota.

Cerró los ojos y escuchó concentrada como si pudiera memorizar cada frase y cada cadencia, cada delicada intimación a la emoción contenida. Escuchaba casi sin respirar. Escuchaba y sentía, en algún lugar dentro de sí, la gestación de ardientes lágrimas.

No podía hacerlo. No podía casarse con Charro cuando cada partícula de su ser podía despertar a la añoranza con el sonido de una guitarra. Estar de pie con él delante de un sacerdote e intercambiar votos de fidelidad y amor sería una traición a todo lo que era, a todo lo que sentía por Refugio. ¿Adónde podría conducir esto sino al desastre? Pues si Refugio venía por ella, ella debía ir con él. Nada podría evitarlo, excepto la muerte.

¿Se estaba acercando? ¿La música se escuchaba más fuerte, más cerca? Se puso de pie y se acercó a las plantas. No podía ver nada en el patio de abajo, excepto los largos rectángulos negros y la débil luz de la luna entre las gotas desparramadas que caían de la fuente. No había movimiento.

¿O estaba allí? ¿Eso había sido el grácil deslizamiento de una sombra por la pared? Aguzó sus ojos pero no pudo estar segura.

¿Si él venía por ella, qué iba a pasar? ¿En qué se convertirían los dos? ¿Adónde irían? El gobernador Pacheco podía haber pasado por alto la muerte de don Esteban, pero eso no significaba que fuera a olvidar que debía pedir a España información sobre El León. Quizá dispusieran de un año o dos y luego Refugio sería otra vez un hombre buscado. Podían huir, dirigirse más hacia el sur en dirección a Veracruz o a México, pero algún día, en algún lugar, la larga mano del rey los alcanzaría yeso podría ser el fin.

Pero hasta entonces tendrían tiempo. Podrían llegar a la gloria. Un año podía ser mucho tiempo. En un año, podía haber un niño. En dos, podía

haber otro. Tendría algo de Refugio para aferrarse, algún cáliz viviente en el cual guardar la esencia de su amor.

Se estaba acercando.

La canción terminaba. Sólo faltaba un acorde. Pilar contuvo la respiración, y se aprestó a dejar su escondite en la oscuridad para atraerlo.

Y entonces la música se detuvo.

Se detuvo en un acorde desafinado, un rasgueo disonante de las cuerdas que conmocionó los nervios de Pilar e hizo temblar su columna vertebral. No se movió. La inquietud vibró a través de ella. Abrió los ojos hasta que le dolieron, mientras lo buscaba en las esquinas oscuras del patio.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Quién estaba allí? La necesidad de gritar se apoderó de su garganta pero se contuvo. Pensó en entrar, en bajar las escaleras y salir al jardín. Dudó con la incertidumbre de si era sensato, con la seguridad de que su punto de vista era el mejor.

Entonces se escuchó el roce de hojas de vid desde la otra esquina del balcón. Se sacudieron de nuevo, un movimiento que provocó el temblor de la vid que estaba más cerca de Pilar.

La agitación era muy violenta para tratarse de una lagartija o incluso del gato de la cocina tratando de cazar alguna criatura nocturna. Había un hombre que trepaba desde la galería.

Se movía con rapidez, sin pausa, como si ya lo hubiera hecho antes. Avanzaba con la elasticidad atlética de los músculos fortalecidos y los reflejos ejercitados. Sólo le llevaría un momento llegar a la baranda del balcón. Pilar dio un paso hacia delante.

La cabeza apareció entre las hojas como una sombra. Se empujó hacia arriba acompañando el esfuerzo con sus anchos hombros. Alcanzó la baranda, se apoyó allí y se elevó hasta poner un pie en el borde del balcón.

Pilar se movió con rapidez para que la iluminara la luna. Su voz casi sin aliento ensayó una bienvenida.

-Aquí estoy, Refugio.

Debajo, en el patio, un hombre corrió desde las sombras. Tenía la cabeza descubierta y sus facciones estaban distorsionadas por el miedo y la furia. Llevaba un arma en la mano.

-¡Atrás, Pilar! -gritó Charro-. Aléjate de él.

El hombre se movía ahora con velocidad, apartándose de las vides, levantando su larga pierna para pasarla por encima de la baranda. En un momento aterrizó con sus pies en el balcón. Abajo, Charro llevó su arma al hombro. Apuntó listo para disparar.

Pilar veía lo que estaba sucediendo y no podía creerlo. Un grito se agolpó en su garganta, pronto a estallar.

-¡No! -expresó en su desesperación.

El disparo resonó. El fuego anaranjado cubrió el barril del fusil al que siguió una nube de humo oscuro. Otro fusil resonó desde otro rincón y luego otro. Las vívidas explosiones sacudieron la noche y cubrieron los demás ruidos con su tronar.

Las balas penetraron en el hombre del balcón que gruñó mientras se tambaleaba hacia atrás con manchas oscuras en la camisa blanca. Se apoyó con las manos en la baranda. Luego abrió sus manos y cayó, pesado y laxo, al patio.

Pilar oyó el ruido seco cuando se estrelló contra el suelo del patio. Trató de recuperar el aliento que tenía concentrado en la garganta. Intentó que su mente y su cuerpo obedecieran a su frenética voluntad, mientras sentía que

su corazón sangraba.

-¡No! -dijo en un susurro con una violenta convulsión de la cabeza-. ¡No!

Luego atravesó la puerta de su dormitorio y cruzó la habitación. Salió como despedida y corrió escaleras abajo para llegar a la galería. Luego disminuyó el paso y se acercó al hombre que yacía tirado en el piso con Charro y Enrique sobre él. Detrás de ella, la casa estaba completamente iluminada y las voces comenzaban a llenarla de angustia y miedo. A través de una nube de lágrimas, Pilar vio a Benita que venía corriendo desde su habitación, vio al señor Huerta que caminaba desde una oscura esquina del patio con un fusil humeante en la mano.

Charro giró la cabeza cuando escuchó que Pilar se acercaba.

Su rostro había empalidecido y su boca era una línea de dolor. Se puso de pie delante del cuerpo. Trató de tomarla de los brazos, de detenerla.

-No -dijo con voz densa-. No mires. No hay nada que puedas hacer.

Ella logró evadirse y se negó a mirarlo a los ojos sacudiendo el brazo que Charro había alcanzado a tomar. Se apoyó en una rodilla al lado del hombre tendido. Su mirada, rápida y desesperada, recorrió la humedad roja que se extendía y coloreaba todo el frente de la camisa. Un temblor la sacudió cuando logró girar el rostro del muerto para verlo a la luz.

Un pequeño grito creció dentro de ella y después un largo suspiro. Las lágrimas se derramaron a través de las pestañas y corrieron como tibios torrentes por su rostro. Colocó la mano en la frente y la bajó despacio para cerrar los ojos todavía abiertos.

Los hombres que estaban a su alrededor se movieron. Detrás de Pilar se escucharon unos pasos. Una figura se arrodilló a su lado.

-Espero que estés cerca -dijo Refugio- para ser la última cosa de la tierra que vea y me cierres los ojos.

Puso el brazo alrededor de sus hombros y la sostuvo contra él un largo rato antes de ayudarla a ponerse de pie. Estaba sereno, aunque su rostro revelaba angustia y sus ojos estaban oscurecidos.

Charro dio un paso hacia delante.

-Tuvimos que dispararle. Baltasar vino a buscar a Pilar de nuevo. Dios sabe por qué... venganza... las esmeraldas..., pero no podíamos hacer otra cosa.

No fue sólo Charro sino también su padre y Enrique los que habían disparado. Llevaban sus fusiles o los habían dejado cerca del cuerpo. Pilar vio que Refugio no tenía un arma de fuego. Sólo llevaba su espada al costado. La tira de cuero que cruzaba su pecho mantenía la guitarra colgada detrás de su espada.

-Debo agradecerte llevar a cabo mi venganza -dijo Refugio.

Charro pestañeó, mientras una marea de furia coloreaba su rostro.

-Parecía necesario. Tú no lo hubieras hecho.

-¿Quizá por alguna razón?

-Sí, porque tienes una compasión mal dirigida. Baltasar trató tres veces de matarte y podría haberlo intentado otra vez. Ya había secuestrado a Pilar y había puesto su vida en peligro y estaba intentando hacer lo mismo. Teníamos que terminar con esto.

-No creo que haya querido hacerme daño -interrumpió Pilar con voz ronca-. Impidió que me lastimaran antes cuando mi padrastro quiso matarme. No, creo que él sabía que ustedes estaban observando, esperando. Creo que Baltasar quería...

El brazo de Refugio le apretó de nuevo los hombros, una presión que fue

como una advertencia y que concluyó casi de inmediato.

-Baltasar quería algunas esmeraldas, sin duda, para facilitar su camino hacia donde se decidiera a ir. La respuesta es obvia -intervino Refugio.

Quizás era obvia pero no correcta, Pilar estaba casi segura, quiso morir y eligió a la banda como sus ejecutores. Refugio lo sabía tan bien como ella; había estado allí para escuchar la súplica susurrada en la choza. Decirle la verdad a la banda, sin embargo, no era una gentileza. Sentía suficiente culpa y dolor, como para agregarle más.

-Podría haber herido a Pilar para obtenerlas -agregó Charro sacudiendo la cabeza.

-Quizá -concluyó Refugio.

Baltasar -pensaba Pilar-, también sabía que Refugio no estaba de guardia, pues había escuchado la serenata. Le había dado a su jefe esa pequeña merced, quizás a cambio de la muerte de Isabel, Refugio no tenía que tomar parte en esta nueva muerte. Refugio también lo sabía.

Una vez Pilar había pensado que le disgustaban los complejos procesos mentales del hombre que tenía a su lado. Estaba equivocada. Amaba esa complejidad que era una parte tan íntima de su ser pues revelaba tolerancia y comprensión desconocidas para todos. Se había beneficiado con esto tanto como los otros y, si Dios le permitía, lo haría otra vez.

-Todo ha terminado -dijo Enrique con palabras bruscas que ocultaban lo que sentía-. Deberíamos cubrirlo, enterrarlo y poner fin a esto.

-Sí -aceptó el señor Huerta mirando hacia donde su esposa y doña Luisa estaban con Benita y otros sirvientes. Llamó a uno de los indios y también a uno de los guardias. Se apresuraron a cumplir las órdenes.

-Por aquí -dijo su esposa, indicando que el cuerpo debía ser transportado a una pequeña habitación para huéspedes en la planta baja.

Charro se dirigió hacia Pilar. Su rostro estaba rígido, mientras su mirada se fijaba en el brazo de Refugio que todavía rodeaba los hombros de Pilar.

- Ven, Pilar. Esto ha sido muy angustiante para ti. Mejor será que vuelvas a tu cuarto y a tu cama, y quizá te acerque un vaso de vino para calmarte.

-No.

Fue Refugio quien habló. Su tono fue simple y terminante. No soltó a Pilar, sino que la retuvo a su lado.

Charro buscó su rostro.

-No tienes derecho a interferir. Ella es mi prometida.

-Ya no. Tengo un derecho anterior y vaya llevarla conmigo.

-¿Derecho anterior? Si lo que quieres decir es que la convertiste en tu amante, ¡me niego a reconocerlo!

-No, mi amigo. Por promesas y votos hechos en dos hemisferios, no bendecidos pero no menos vinculantes. Por noches y peligros compartidos y por dos mentes que llegan juntas a una misma conclusión. Porque ella es la belleza, la fuerza y la verdad y yo tengo necesidad de eso. Porque ella puede contener mi alma en su mano y guardarla allí para que esté segura. Porque debo. Porque ella lo necesita.

Charro se quedó de pie bajo la luz de la luna que resaltaba los prominentes huesos de su rostro y dejaba sus ojos en sombra.

-No permitiré que te la lleves.

- Deténme -dijo Refugio con calma y sacó la espada.

Benita gritó y la señora Huerta gimió mientras su marido maldecía. Los hombres que estaban trasladando el cuerpo de Baltasar lo dejaron sobre el suelo y esperaron órdenes.

Charro no movió un músculo, aunque su pecho subía y bajaba con agitación. Su voz estaba tensa cuando replicó.

-Puedo dar órdenes a una docena de hombres con una sola palabra. Las puertas están cerradas. No hay forma de que puedas salir.

-Pelear no es mi pasatiempo favorito, pero puedo hacerlo -respondió Refugio con la punta de su espada firme a sólo unos centímetros del corazón de Charro-. Hay caballos esperando del otro lado del muro y Enrique abrirá la puerta.

Cuando Charro se volvió para mirarlo, el acróbata se encogió de hombros y asintió.

-Lo prohíbo -dijo el hijo de los Huerta-. Y mi palabra es ley aquí.

-No para mí -dijo Enrique, apenado pero seguro-. Refugio es todavía, y siempre lo será, mi jefe. Todavía es El León.

Las facciones de Charro se endurecieron. Se volvió de pronto hacia Pilar y sus ojos se entrecerraron mientras estudiaba el pálido rostro de la muchacha.

-Esto estaba planeado, entonces -dijo-. Debería haberlo sabido, ¿tú lo sabías?

Pilar comenzó a negar con la cabeza pero Refugio habló primero.

- La traición es sólo mía. Se planeó un secuestro para esta noche, pero el resto... fue imprevisto.

-Muy cortés, como siempre, pero la tuya no es la respuesta que busco. No protestas, Pilar, ni pides quedarte. Si te malinterpreté cuando dijiste delante del gobernador que quenas casarte conmigo debiste habérmelo dicho.

-No malinterpretaste. Es sólo que... lo siento, Charro. Pensé que sería lo mejor para todos. Estaba equivocada.

-Entonces, ¿te vas con Refugio?

Hizo un pequeño gesto que reveló su tensión.

-Por favor no trates de detenerlo. No podría soportar que hubiera otra muerte.

-Pero si no quieres... -comenzó con urgencia.

-No, no es que no quiera.

Refugio señaló con su espada a Enrique. El acróbata saltó para levantar la barra que mantenía cerrada la puerta. Con pasos lentos, Refugio llevó a Pilar hasta allí. Charro los siguió con las manos apretadas en puños y las mandíbulas tan tiesas que los músculos sobresalían. No obstante, en sus ojos se revelaba cierta indecisión.

-Déjalos ir, hijo -fue el consejo tranquilo de la señora Huerta-. Has interferido lo suficiente.

-Sí -agregó Benita en un tono entre enfadado y feliz, mientras se acercaba a Charro-. Déjalos ir.

Refugio no esperó más. Salió rápidamente del patio con Pilar hacia el lugar en el que esperaban un par de caballos atados a un poste. La subió a la silla, ajustó las riendas y luego se subió a su caballo. En un instante comenzaron el largo y polvoriento camino que llevaba a San Antonio.

Cabalgaban a toda velocidad y sin descanso. Pilar no preguntó adónde estaban yendo, no quería saberlo. Era suficiente estar al lado de Refugio y que el camino plateado por la luz de la luna se abriera delante de ellos. El presente era suyo, como el gran amor que sentía dentro de ella. Nada podía quitárselo, nada podía cambiarlo. Guardaría el recuerdo para siempre.

Habían andado quizá cinco kilómetros cuando miró hacia atrás. El camino estaba despejado y sin embargo había una nube que crecía, una

nube que parecía atrapar la luz de la luna. Parecía que se movía con rapidez: era un grupo de jinetes, y no era pequeño.

Sus ojos se ensombrecieron cuando miró a Refugio.

-Nos siguen -afirmó.

-Lo sé. -El reconocimiento era doloroso.

-¿Piensas que son los apaches?

-Charro -aseguró moviendo la cabeza.

Aumentaron la velocidad y galoparon toda la noche. El viento era frío cuando golpeaba en el rostro, el aire estaba impregnado de un dulce aroma a salvia. Los conejos saltaban de sus sendas y desaparecían con la misma rapidez. Aves de patas largas y cuellos más alargados aún corrían a su lado por cortos tramos antes de perderse en el pasto. La luna estaba ocultándose hasta que por fin se perdió por detrás del horizonte. Ellos siguieron cabalgando.

Los jinetes que los seguían mantenían el mismo paso. No estrechaban la distancia pero tampoco permitían que se ampliara. Seguían cuando la aurora se extendió por el cielo, pintándolo de rosado y violeta. El sol salió y envió sus rayos vitales que golpeaban sus ojos. Y luego, cuando todo era más brillante, escucharon flotando en la brisa matinal el repicar de las campanas.

Vicente los estaba esperando en frente de la capilla de la misión. Los dos hermanos se palmearon el hombro. Vicente, cuando Refugio lo dejó, se adelantó para besar a Pilar en la mejilla.

-Suficiente -dijo Refugio con simulada desaprobación-. Tenemos que apuramos.

-¿Hay algún problema? -preguntó Vicente preocupado. - Podría decirse eso. Charro está en camino.

-Entonces, vengan por aquí. El padre está esperando.

Cuando Vicente entró en la iglesia, Refugio se volvió a Pilar. De pronto, hubo gravedad en sus ojos cuando le ofreció la mano y con ella una mirada abierta, desprotegida, que la joven nunca había visto antes.

-No quería que fuera de este modo -dijo-. Quería tomarme varias horas para convencerte de que todas las cosas que dije a don Esteban y a Baltasar esa noche fueron mentiras destinadas a preservar tu vida y mi integridad. Quería curar con suaves palabras las heridas de todos esos meses en silencio en los cuales no tenía el derecho de declararte mi amor, de cortejarte con caricias y promesas de devoción eterna. Sólo si eso fracasaba iba a robarte.

-Sólo entonces -repitió Pilar-. ¿Por qué piensas que iba a ser necesario?

-¿Puedes negarlo? -se lamentó-. ¿Hubieras herido el orgullo de Charro rechazándolo cuando la boda estaba tan cerca? ¿Hubieras desoída el clamor de tu conciencia? Quise hacerlo por ti.

-¿Para impedirme que cometiera un error?

-No soy tan noble. Para conservarte para mí.

-Escuché los motivos que usaste para convencer a Charro -dijo con una suave angustia al encontrar el penetrante gris de sus ojos-, ¿pero estás seguro de que esto es lo que quieres?

-Es lo que necesito, lo que debo tener o enloqueceré tratando de mantener al mundo a la distancia de mi espada mientras te protejo.

-Puedes viajar más rápido solo. -Las palabras eran duras, en un tono de sacrificio.

-No voy a ningún lado.

-Pero eventualmente tendrás que hacerlo. ¿Qué va a pasar cuando el gobernador Pacheco reciba noticias de España?

-Decidió no enviar el despacho; me lo dijo en el funeral. Tejas necesita pobladores y no sería el primer bandido de la provincia. Según él, la mitad de los funcionarios del sistema colonial podrían serlo.

-Entonces, ¿sabe quién eres?

-Quizá prefiera no saber lo... Mientras haya dudas, está conforme. No quería saber nada de tu padrastro. Lo enfurecía, y además ya había escuchado versiones sobre él, no precisamente buenas, en Madrid. Y también parece que en otro tiempo conoció a mi padre.

-Entonces, eso significa -dijo con lenta y creciente alegría- que estás a salvo.

-Estamos a salvo por el momento. Todavía nos persigue un novio herido y el tiempo se está escapando. ¿Deberé ser un secuestrador muerto o un marido amado, mi dulce Pilar? ¿Cuánto tendré que esperar la respuesta que busco?

-Sólo pregunta -respondió con los ojos fijos en la intensidad de su mirada inquisidora.

Refugio sonrió divertido.

-Prefiero a mi modo -dijo y se inclinó para colocar su mano debajo de las rodillas de Pilar. La levantó con toda la fuerza de sus brazos. Atravesó con ella las puertas de la iglesia. Se detuvo.

-¿Te casarías conmigo? -preguntó con voz profunda.

-De inmediato -fue la respuesta, pues ya podía oírse los cascos de los caballos que superaban a los latidos del corazón.

-Sí -dijo con suavidad-. De inmediato.

El sacerdote vestía su atuendo y las bujías ardían. El reclinatorio estaba colocado ante el altar. Olor a incienso, a madera seca y a santidad impregnaban el aire. Los indios de la misión con los rostros expectantes llenaban los rústicos bancos de la iglesia. Las campanas habían dejado de sonar. Todo estaba preparado.

No llevó más que unos segundos que el sacerdote repitiera los nombres. Los votos fueron hechos mientras las velas iluminaban sus rostros. El sacerdote hizo la señal de la cruz al bendecirlos. Estaban casados. El padre con voz gentil, aunque con prisa, comenzó a entonar la oración final.

Las puertas de la iglesia se abrieron. Podía escucharse el caminar de pies calzados con botas resonando en el suelo de madera. Venían en silencio.

La voz del sacerdote se quebró pero continuó con valor hasta el final. Con la última bendición, levantó la cabeza.

Pilar, con el brazo de Refugio a su alrededor, se puso lentamente de pie y luego volvió la cabeza para mirar el pasillo de la iglesia.

Charro estaba allí de pie, con Enrique a un lado y su padre al otro. Detrás de ellos estaban los charros, alrededor de veinte. Habla polvo en sus hombres y en las arrugas de su cara y cada uno sostenía el sombrero en la mano.

-No podíamos dejarlos cabalgar todo este camino sin escolta, aunque fuera un poco tarde -dijo Charro con su rostro sonriente-. Parecía una pena que los apaches pudieran impedir la boda. Es lo que pensamos todos nosotros que debían haber hecho hace mucho tiempo.

Su padre le palmeó la espalda.

-Bien dicho, hijo. Y lo celebraremos como acostumbramos a hacerlo aquí en Tejas. Mi esposa y Benita están preparando la fiesta y ya se han enviado

jinetes para que traigan a los invitados. Cuando regresemos, tendrán preparada la cámara nupcial, en la que permanecerán mientras lo deseen, ¡O mientras puedan! ¡Vengan y que comience la alegría!

Esa alegría fue casi infinita. La música, la comida, el vino y la risa continuaron por dos días y dos noches. Al verlo, Enrique y doña Luisa, manifestaron su propósito inalterable de permanecer en San Antonio antes de casarse. No estaban seguros de poder sobrevivir a otra fiesta en la casa.

Al principio la alegría de Charro no era espontánea pero luego, cuando las hijas de los hacendados vecinos comenzaron a pasar delante de él, a mirarlo con ojos seductores, se empezó a sentir más complacido. Y a menudo se le vio con Benita. Ella lo consolaba de muchas maneras, con palabras suaves y miradas acogedoras y permitiéndole el acceso a su cuarto en la planta baja.

La primera noche Benita se acercó a Pilar. Apoyada en la silla en la que Pilar se sentaba bajo la galería, la muchacha susurró:

-Mañana debe moler maíz.

-¿Qué? -Pilar se volvió a mirar a la niña.

-En el pueblo de mi madre, que llegó con los sacerdotes del sur, de Méjico, un hombre joven a menudo roba a una novia. Si ella no se escapa, si comienza a moler maíz, no existe pecado.

-Lo tendré presente -dijo Pilar con una sonrisa.

-Sí, es gracioso, pero también sabio. ¿Le traigo un pote para moler y un poco de grano?

-Por favor -dijo Pilar pensando en qué diría Refugio cuando lo viera.

-Lo haré -dijo la joven y se fue apurada a ver con quién estaba bailando Charro.

¿Qué sería de Benita? Ojalá Pilar lo supiera. Parecía poco probable que los padres de Charro permitieran un matrimonio entre ellos. Y, sin embargo, una vez sí habían perdido a Charro por tratar de separarlos. Quizás ella podía solucionar eso. Tendría que pensar algo.

Mientras tanto, se estaba haciendo tarde y Refugio, de pie con Enrique y el señor Huerta, ignoraba la conversación de los otros dos hombres y la miraba con unos ojos que hacían arder la sangre en el rostro de Pilar. Se excusó, saludó a sus anfitriones y se dirigió sin apuro hacia las escaleras.

Refugio se unió a ella un cuarto de hora más tarde. Ella lo estaba esperando sobre la cama, desnuda, con el cabello cepillado y desparramado a su alrededor a la luz de una sola vela y con la sábana tapándole los pechos. Refugio hizo una pausa en el umbral de la puerta, la luz de sus ojos grises se volvió del color del acero. Cerró la puerta y caminó hacia la cama.

Fue entonces cuando vio la pequeña bolsa de esmeraldas en el centro de la segunda almohada de la cama.

-¿Qué es esto? -preguntó, mientras comenzaba a sacarse la camisa.

-Mi dote -respondió.

-Ofenderte sería mi último deseo en este momento pero tengo que decirte que no me gustaría compartir mi almohada con ellas.

-Debemos decidir qué hacer con ellas.

-¿Debemos? ¿Ahora?

Pilar ignoró la profundidad seductora de sus palabras.

-Está el asunto de la finca colindante con ésta y que está en venta.

-¿Te gustaría tenerla?

-Pensé que a ti te gustaría, tal y como dijiste antes.

-Las esmeraldas son tuyas. Haz lo que quieras. -Arrojó su camisa a un

costado y comenzó a quitarse las botas. Pilar lo miró irritada.

-¿Cómo puedo comprar tierras a menos que estés de acuerdo? ¡No soy yo la que tendrá que ocuparse de ella o pelear con los indios!

-¿Quieres que yo decida?

-¡No quiero nada! -dijo, levantó la bolsa de piedras y se la arrojó a él-. ¡Haz lo que quieras con ellas!

Dejó de desabrocharse los pantalones para tomar la bolsa. Su vista se posó en la piel que quedó expuesta cuando la sábana se bajó un poco.

-¿Cualquier cosa? -preguntó con voz calma.

-Sí, no me importa. Nunca me importó, excepto que…

-Lo sé, mi amor. Siempre lo supe. No necesitas decírmelo.

Se deshizo de los pantalones y, desnudo, se sentó en la cama al lado de Pilar.

Ella lo miró y luego sus ojos se perdieron en el vacío.

- Entonces que las esmeraldas sean nuestras. Decidamos juntos qué hacer.

-Después -murmuró, apartando la sábana que ella sostenía y empujándola hasta los pies de la cama-. He pensado en algo más para hacer con ellas ahora mismo.

Se inclinó sobre ella apoyándose en un codo. La presionó hacia atrás y abrió la bolsa de esmeraldas y la vació.

Pilar saltó un poco cuando las frías piedras tocaron su piel y rodaron por el valle de sus pechos, atravesaron su abdomen y la última piedra brillante se depositó cerca de la cima de sus muslos. Y, adivinando su propósito, sintió el lento crecer de la excitación en sus venas. Divertida, vio cómo Refugio se inclinaba y tomaba con los labios una gema que descansaba sobre su pecho, antes de probar la piel que estaba debajo.

Con reticencia levantó la cabeza y luego giró y escupió la esmeralda a la mano.

-Tiene un poco de arena -dijo- pero es misteriosamente deliciosa.

-¿Misteriosamente? -preguntó en voz muy baja.

Refugio sonrió curvando suavemente sus labios firmes.

-Es posible que pueda conocer el misterio si continúo.

-Te amo -dijo Pilar y alcanzó con sus dedos el rostro de su amante, a la vez que sentía el fluir de la dicha, la pasión y la esperanza que venían desde muy adentro.

- Lo sé -respondió- pero pensé que nunca lo dirías. Si me lo dijeras mil veces, nunca sería suficiente.

-¿Quieres comprobarlo?

-No… en este momento -le contestó Refugio.

-¿Prefieres lo otro que habías pensado?

-Quizá. -Se agachó para tomar otra piedra que escupió más rápido que la anterior-. Mucha arena. Esta idea quizás haya sido un error.

Pilar levantó una ceja y lo miró con los ojos húmedos. Levantó tres o cuatro de las esmeraldas con más arena en sus dedos y las frotó contra la sábana para limpiarlas. Las devolvió con cuidado a la misma situación y se estiró hasta la vela que estaba en la mesa de noche para apagarla.

Se volvió a acostar sobre la almohada en la oscuridad.

- Ah -dijo suavemente-, no lo creo.

NOTA DE LA AUTORA

Permítanme confesar que nunca he estado en La Habana. Hubiera ido, de haber podido -hay pocos lugares que no visitaría- pero, dada la realidad política, no me pareció demasiado sensato llevar mi investigación tan lejos. Por supuesto, sí que visité España, San Antonio y Nueva Orleans, antes de disponerme a escribir Serenata. En realidad, la historia surgió de mi fascinación por lo español a partir de un viaje que realicé a ese país en 1985. Nunca habría salido a la luz si no hubiera paseado por los patios, las catedrales y las posadas de España o las misiones, museos y restaurantes Tex-Mex de San Antonio. Expreso aquí mi gratitud pública a mi amiga Sue Anderson por alejarme de mi viejo interés por la historia y la cultura francesas y por haberme alentado y acompañado en la investigación de las glorias que derivan de la Antigua España.

No existió, por lo que yo sé, ningún noble marginado conocido en España como El León de las colinas de Andalucía, ni tampoco una mujer llamada la Venus de la Torre. Ni los otros personajes, que también son ficticios, con excepción del rey Carlos III, el gobernador Miró, el tesorero Núñez de Nueva Orleans y el gobernador Pacheco de San Antonio.

El Gran Fuego de 1788, que casi destruyó a Nueva Orleans, sucedió en gran parte como se describe aquí. Comenzó cuando las cortinas de encaje próximas al altar de la capilla privada de la casa del tesorero Núñez se incendiaron, y el fuego se extendió a causa del viento del sur y la explosión de los depósitos de la ciudad. Los daños fueron de una importancia mayor, pues las campanas de la iglesia no doblaron para anunciar el peligro, debido a que era viernes santo. Los demás hechos de la historia son imaginarios.

Investigué en diversas fuentes todo lo necesario para ambientar el relato. *Spain, the Root and the Flower* de John W. Crow fue particularmente valioso por su visión histórica colorida y concisa, así como por la descripción del temperamento español, tanto regional como nacional. Para recrear el ambiente, extraje personajes y maravillosos ejemplos de *Tales of the Alhambra*, de Washington Irving. Para la sección de La Habana recurrí a la Enciclopedia Británica, un atlas y antiguos libros de viajeros. Este verano, en una de esas coincidencias que ocurren tan a menudo a los escritores, National Geographic publicó un artículo sobre la antigua Habana con imágenes de edificios y un mapa de la ciudad vieja. Esta nueva información confirmó imágenes que ya había extraído de escuetas descripciones impresas.

Tantas de mis historias están ambientadas en Nueva Orleans que a veces pienso que he pasado la mitad de mi vida encaramada a una escalera delante del sector dedicado a Luisiana en mi estudio-biblioteca. Saco y guardo libros, leo un poco aquí, un poco allá, pero todo es tan casual que nunca puedo recordar todos los libros que consulté para una novela en particular. Sin embargo, dos de los libros más útiles para esta historia fueron el muy detallado Louisiana, a *Narrative History* de Edwin Adams Davis y New Orleans, A *Pictorial History* de Leonard Huber.

La lista de libros utilizados para la parte dedicada a San 4 Antonio incluye New Spain's Par Northern Prontier, Essays on Spain in the American West, lJ40-1821 de David J. Weber; Mercedes Reales, Hispanic Land Grants of the Upper Rio Grande Region de Victor Westphall; Cycles of Conquest de

Edward H. Spicer; Lone Star, a History of Texas and the Texas de T. R. Fehrenbach; A Place in Time, A Pictorial View of San Antonio's Past de David McLemore; The San Antonio River de Mary Ann Noonan Guerra y The lndian Wars de Robert M. Utley y Wilcomb E. Washburn.

También agradezco a la investigadora de Houston, Linda Hardcastle, sus esfuerzos para rastrear el nombre y la situación del gobernador de Nueva España en el verano de 1788, así como un par de temas más.

Finalmente, vaya mi reconocimiento en especial a Lynne Murphy de Edmond (Oklahoma), más conocida como la escritora Georgina Gentry, por proporcionarme el nombre específico de las flores silvestres conocidas hoy como *bluebonnet* de Tejas, por una conversación divertida e informativa sobre los hábitos de los indios de las praderas y sobre todo por responder a la mejor tradición de la camaradería entre escritores.

Jennifer Blake
Sweet Brier
Quitman (Luisiana). Agosto 1989